

ATRAPADA



UNA NOVELA DE
LA CASA DE LA NOCHE

P. C. CAST Y KRISTIN CAST

LA SERIE QUE TODOS LOS LECTORES DE LA SAGA 'CREPÚSCULO'
DE STEPHENIE MEYER YA HAN LEÍDO EN ESTAD

Lectulandia

Los amigos de Zoey vuelven a respaldarla y Stevie Rae y los iniciados rojos ya no son un secreto para Neferet. Pero aparece una nueva amenaza. La alta sacerdotisa protege a su poderoso nuevo consorte, Kalona, y nadie parece comprender el peligro que supone. Kalona es indescriptiblemente bello, y mantiene a la Casa de la Noche bajo su hechizo. La clave para acabar con su influencia yace en una vida pasada pero ¿y si eso saca a la luz secretos a los que Zoey no puede enfrentarse?

En cuanto al tema de los novios, la poderosa iniciada tiene la oportunidad de arreglar las cosas con su ex, el supersexi Eric. Sin embargo no puede dejar de pensar en Stark, el arquero que murió en sus brazos, y se siente impulsada a tratar de salvarlo de la siniestra influencia de Neferet a cualquier precio.

Lectulandia

P. C. Cast & Kristin Cast

Atrapada

La Casa de la Noche - 5

ePUB r1.0
nalasss 01.03.14

Título original: *Hunted*

P. C. Cast & Kristin Cast, 2009

Traducción: Isabel Blanco González

Diseño de cubierta: Cara E. Petrus & Michael Storrings & Herman Estévez & Alonso Esteban & Dinamic Duo

Editor digital: nalasss

ePub base r1.0

más libros en lectulandia.com

Dedicamos esta entrega a John Maslin: ex estudiante, investigador, persona de confianza y genio extraordinario. Un chico estupendo, que sabe de todo y que tiene un asombroso parecido con nuestro Damien... ¡Vaya...!

Agradecimientos

La Casa de la Noche es el resultado de un esfuerzo colectivo, y no solo del asombroso dúo dinámico que formamos Kristin y yo. En esta serie ha colaborado un increíble grupo de personas de la editorial St. Martin's Press: solo su generosidad excede su creatividad. Por favor, sabed que Kristin y yo os apreciamos mucho a todos: Jennifer Weis, Anne Benson, Matthew Shear, Anne Marie Tallberg, Brittany Kleinfelter, Katy Hershberger y nuestro maravilloso equipo de diseño de la portada, Michael Storrings y Elsie Lyons. ¡Os queremos, Saint Martin's Press!

Quedamos en deuda permanente con nuestra agente y amiga, Meredith Bernstein.

Nos gustaría darles las gracias a los fans que tanto nos han apoyado a lo largo de toda esta serie y sin los cuales nuestras apariciones en público jamás habrían resultado tan divertidas ni para Kristin ni para mí. Gracias en especial a las clases del primer curso del instituto Will Rogers de Tulsa, Oklahoma, que adoptaron la lectura de *Marcada* en sus clases de literatura inglesa, y que hicieron de nuestra visita a su estupenda escuela un verdadero pasatiempo.

Y ya que mencionamos escuelas estupendas, tenemos que darles las gracias a un grupo de fans, que lo son desde hace mucho tiempo: los profesores de la organización de escuelas de Jenks, Oklahoma. ¡Algunos de sus profesores quedarán para siempre grabados en nuestros corazones! (¡Nos vemos en la próxima jornada de firmas!).



El sueño comenzó con un sonido de batir de alas. Recordándolo en retrospectiva, reconozco que debería haber caído en la cuenta de que era un signo de mal agüero, pero en ese escenario parecía solo un sonido de fondo, como el ruido del ventilador o el de la televisión encendida en el canal de teletienda.

En mi sueño, yo estaba de pie en medio de una preciosa pradera. Era de noche, pero había una luna llena enorme asomándose justo por encima de los árboles que formaban las lindes del prado. Arrojaba una luz azul plateada lo suficientemente intensa como para crear sombras y hacer que pareciera que todo estaba debajo del agua: una impresión reforzada por la agradable brisa que soplaba sobre la suave hierba que, a su vez, me acariciaba juguetonamente las piernas desnudas, como las olas que lamén dulcemente la costa. Esa misma brisa me levantaba el abundante pelo negro de los hombros, que llevaba descubiertos, y me hacía sentir como si fuera de seda y flotara sobre mi piel.

¿Piernas desnudas?, ¿hombros descubiertos?

Bajé la vista y solté un grito de sorpresa. Yo llevaba un vestido de ante verdaderamente corto. Tenía un escote en forma de «V» tanto por delante como por detrás, así que me dejaba los hombros descubiertos y gran parte de la piel al desnudo. El vestido era realmente increíble: blanco y adornado con flecos, plumas y conchas; parecía brillar a la luz de la luna. Estaba completamente bordado con cuentas que formaban complejos dibujos de una belleza alucinante.

¡Tengo tantísima imaginación!

El vestido me hizo recordar algo, pero en ese momento no hice caso. No quería estrujarme demasiado la cabeza. Al fin y al cabo, estaba soñando. En lugar de reflexionar sobre recuerdos ya vividos, preferí jugar a bailar por la pradera mientras me preguntaba si Zac Efron o incluso Johnny Depp aparecerían de pronto por allí para ponerse a ligar descaradamente conmigo.

Miré a mi alrededor mientras daba vueltas y me balanceaba con el viento, y entonces creí ver a las sombras moverse de una forma extraña e intermitente, dentro de la masa de los árboles. Me paré y entrecerré los ojos para ver mejor lo que estaba ocurriendo en la oscuridad. Me conozco y conozco mis extraños sueños, por lo que no me hubiera sorprendido ver botellas de refresco de cola colgadas de los árboles como si fueran frutas exóticas, esperando a que las cogiera.

Y entonces fue cuando él apareció.

Al borde de la pradera, bajo las sombras de los árboles, se materializó de pronto una forma. Logré ver su cuerpo porque la luz de la luna se reflejó en las lisas y

desnudas líneas de su silueta.

¿Desnudas?

Me paré. ¿Acaso mi imaginación se había vuelto loca? De ninguna manera estaba yo dispuesta a retozar por la pradera con un tipo desnudo, aunque fuera el increíble y misterioso Johnny Depp.

—¿Vacilas, mi amor?

Un escalofrío recorrió todo mi cuerpo al oír su voz, y el susurro de una carcajada terrible y burlona se coló por entre las hojas de los árboles.

—¿Quién eres?

Me alegré de que, en el sueño, mi tono no delatara mi miedo.

Su risa era tan grave y bella como su voz, e igual de alarmante. Resonó entre las ramas de los árboles expectantes hasta casi arremolinarse de forma visible en el aire, a mi alrededor.

—¿Finges no conocerme?

Su voz rozó mi cuerpo, haciendo que se me erizara el vello de los brazos.

—Sí, claro que te conozco. Soy yo quien te ha creado. Este es mi sueño. Eres una mezcla de Zac y de Johnny.

Vacilé, alcé la cabeza en su dirección. Yo hablaba con naturalidad a pesar de que el corazón me latía como un loco porque en ese momento me resultaba ya absolutamente evidente que ese tipo no era ninguna mezcla de dos actores.

—Bueno, o puede que seas Superman o mi príncipe azul —añadí por decir algo, con tal de que no fuera la verdad.

—No soy un producto de tu imaginación. Pero tú me conoces. Tu alma me conoce.

Yo no había dado un solo paso, pero mi cuerpo se veía arrastrado hacia él. Era como si su voz tirara de mí. Llegué a su lado y alcé la vista. La alcé, y la alcé, y la alcé...

Era Kalona. Lo había reconocido en cuanto pronunció las primeras palabras. Sencillamente, no había querido admitirlo en mi fuero interno. ¿Cómo podía estar soñando con él?

Era una pesadilla; tenía que tratarse de una pesadilla.

Su cuerpo estaba desnudo, pero no era enteramente material. Su silueta oscilaba y cambiaba según transcurría el tiempo y lo acariciaba la brisa. Detrás de él, entre las sombras verde oscuro de los árboles, vi las siluetas fantasmales de sus hijos, los cuervos del escarnio, cuyos miembros terminaban en manos y pies, y que me miraban con sus ojos humanos incrustados en sus rostros mutantes de pájaros.

—¿Sigues insistiendo en que no me conoces?

Tenía los ojos oscuros: eran como un cielo sin estrellas. Parecían la parte más corpórea de todo su ser. Eso y la voz suave. *Pero aunque se trate de una pesadilla*

sigue siendo mía, pensé. Puedo despertarme. Y quiero despertarme. ¡Quiero despertarme!

Pero no me desperté. No podía. No era yo quien ejercía el control, sino Kalona. Él había creado el lugar del sueño, esa oscura pradera de pesadilla, y de algún modo me había llevado a mí allí y había cerrado la puerta.

—¿Qué es lo que quieres?

Hice la pregunta con rapidez, para que él no pudiera oír el temblor de mi voz.

—Sabes lo que quiero, amor mío. Te quiero a ti.

—No soy tu amor.

—¡Pues claro que sí!

Esa vez fue él quien se movió. Se acercó tanto a mí que pude sentir el intenso frío que emanaba de su cuerpo insustancial.

—Eres mi A-ya.

A-ya era el nombre de la doncella que las mujeres sabias cheroquis habían creado para atraparlo hacía siglos. Sentí como el pánico me invadía.

—¡No soy A-ya!

—Tú controlas los elementos.

Su voz era como una caricia: horrible y maravillosa, irresistible y aterradora al mismo tiempo.

—Son los dones de mi diosa —contesté yo.

—Ya una vez controlaste los elementos. Estabas hecha de ellos. Creada a propósito para amarme.

Estiró y elevó las enormes alas oscuras. Las batió hacia delante con suavidad y me envolvió con ellas en un abrazo espectral, frío como el hielo.

—¡No! ¡Debes de haberme confundido con otra! ¡No soy A-ya!

—Te equivocas, mi amor. La siento en ti.

Me estrechó con las alas contra su cuerpo, me atrajo más hacia él. A pesar de que su forma física era solo en parte corpórea, pude sentirlo. Sus alas eran suaves. Todo él era como el frío del invierno contra el calor del yo del sueño. La silueta de su cuerpo era una neblina frígida. Me quemaba la piel, y al mismo tiempo me producía una especie de escalofrío eléctrico que me atravesaba entera y me embargaba con un deseo que no quería sentir, pero al que no podía resistirme.

Su risa era seductora. Deseaba ahogarme en ella. Me incliné hacia delante, cerré los ojos y jadeé. El hielo de su espíritu me abrasaba el pecho y me producía sensaciones bruscas y dolorosas, pero también deliciosamente eróticas, hasta el punto de hacerme creer que iba a perder el control.

—Te gusta el dolor. Te produce placer.

Sus alas se volvieron más insistentes; su cuerpo se tornó más duro y frío, más apasionadamente doloroso al apretarse contra el mío.

—Ríndete a mí —dijo con una voz que, si ya antes era bella, con la excitación sonó increíblemente seductora—. He pasado siglos en tus brazos. Esta vez yo seré el amo de nuestra unión, y tú te deleitarás en el placer que yo te voy a dar. ¡Quítate los grilletes de tu diosa distante y ven a mí! ¡Sé mi amante de verdad, en cuerpo y alma, y yo te concederé el mundo!

Por fin el significado de esas palabras penetró la neblina de dolor y de placer, fue como si los ardientes rayos del sol quemaran y se llevaran las gotas de rocío. Recuperé mi fuerza de voluntad y salí a trompicones del abrazo de sus alas. Volutas de humo negro y helado seguían enroscándose aún alrededor de mi cuerpo, aferrándose a mí, tocándome, acariciándome...

Me sacudí como si fuera un gato enfadado, despojándome de las oscuras y resbaladizas briznas de humo, y contesté:

—¡No! No soy tu amante. No soy A-ya. ¡Y jamás le daré la espalda a Nyx!

Al pronunciar el nombre de Nyx, la pesadilla se rompió.

Me incorporé y me senté en la cama, temblorosa y jadeante. Stevie Rae dormía profundamente a mi lado, pero *Nala* estaba despierta y gruñía. Tenía la espalda arqueada y el cuerpo hinchado por completo, y miraba con los ojos entrecerrados justo por detrás de mí.

—¡Aj, demonios! —chillé yo.

Salí de la cama, me di la vuelta y alcé la vista. Esperaba ver a Kalona planeando como un pájaro gigante por encima de nosotras.

Pero nada. Encima de nosotras no había nada.

Agarré a *Nala* y me senté en la cama. La acaricié una y otra vez con manos trémulas.

—Solo ha sido un mal sueño... un mal sueño... un mal sueño.

Eso fue lo que me dije, pero yo sabía que era mentira.

Kalona era real, y de algún modo era capaz de llegar a mí a través de los sueños.



Bien, de modo que Kalona podía meterse en mis sueños. Pero en ese momento estaba despierta, así que ya podía relajarme, me repetí con severidad una y otra vez, mientras acariciaba a *Nala* y dejaba que el ronroneo de la gata me tranquilizara. Stevie Rae se movió y murmuró algo que no pude oír. Luego, aún durmiendo, sonrió y suspiró. Yo bajé la vista hacia ella; me alegraba ver que tenía mucha más suerte que yo.

Tiré con suavidad de la manta bajo la cual se acurrucaba y respiré aliviada al ver que no le salía sangre por el vendaje que le tapaba la horrible herida de flecha que la había atravesado.

Stevie Rae volvió a moverse. En esa ocasión parpadeó y abrió los ojos. Por un momento pareció confusa, pero luego sonrió medio en sueños en mi dirección.

—¿Qué tal estás? —le pregunté.

—Estoy bien —contestó ella, bastante grogui—. No te preocupes tanto.

—Es un poco difícil no preocuparse cuando mi mejor amiga no hace más que morirse —dije con una sonrisa.

—Esta vez no me he muerto. Casi me muero, que es distinto.

—No me parece que haya tanta diferencia, a pesar del «casi», por lo que se refiere a los nervios.

—Pues diles a tus nervios que se calmen y que se vayan a la cama —concluyó Stevie Rae, que inmediatamente cerró los ojos y tiró de la manta hasta taparse la cara—. Estoy bien —repitió—. Todo saldrá bien.

Poco después su respiración comenzó a hacerse más profunda, y en menos tiempo del que se tarda en parpadear ya estaba otra vez dormida.

Reprimí un enorme suspiro y volví corriendo a la cama. Traté de ponerme cómoda. *Nala* se acurrucó en medio, entre Stevie Rae y yo, y me soltó un «*miauff*» de cascarrabias, que quería decir que me relajara y me durmiera.

¿Dormir? ¿Y volver a soñar otra vez? ¡Ah, no! ¡Ni hablar!

Prefería vigilar la respiración de Stevie Rae y seguir acariciando a *Nala*, aunque en realidad estuviera ausente. Me resultaba increíblemente extraño que todo fuera normal en aquella pequeña burbuja de paz que habíamos construido. Estuve contemplando cómo dormía Stevie Rae, y me pareció casi imposible creer que solo unas pocas horas antes a ella le saliera una flecha por el pecho y que hubiéramos tenido que escapar de prisa y corriendo de la Casa de la Noche porque el caos estaba desgarrando nuestro mundo. Me resistía a dejarme llevar por el sueño, de modo que mi mente, agotada, volvía una y otra vez, como en círculos, a los mismos hechos,

para revivir los acontecimientos de la noche. Y mientras los revisaba, volvía a asombrarme una y otra vez de que hubiéramos podido sobrevivir...

Entonces recordé que, por increíble que parezca, Stevie Rae me había pedido que consiguiera lápiz y papel porque creía que aquel era un buen momento para hacer una lista de las cosas que tendría que bajar a los túneles. No quería que nos faltara ni comida ni nada, sobre todo si íbamos a tener que estar allí escondidos un tiempo.

Y me lo había pedido con una voz por completo serena, sentada frente a mí, con la flecha atravesándole el pecho. Recuerdo haberla mirado, haber sentido ganas de vomitar, haber apartado la vista y haber contestado:

—Stevie Rae, no estoy segura de que este sea un buen momento para hacer ninguna lista.

—¡Ay! ¡Demonios, esto duele más un cardo borriquero clavado en el pie! —se había quejado Stevie Rae, que por un momento había retenido el aire y al momento siguiente lo había soltado. A pesar de todo, logró sonreír por encima del hombro en dirección a Darius, que le había rasgado la camisa por detrás para dejar al descubierto la flecha que le salía por el centro de la espalda—. Perdona, no quería decir que me duela por tu culpa. ¿Cómo me has dicho que te llamas?

—Me llamo Darius.

—Es un guerrero de los Hijos de Érebo —añadió Aphrodite, dedicándole al chico una sonrisa sorprendentemente amable.

Recalco de ese modo su sonrisa porque, por lo general, Aphrodite es egoísta, malcriada, odiosa y un tanto difícil de soportar, aunque a mí ya empieza a gustarme. En otras palabras: que no es una persona simpática, aunque cada día estaba más y más claro que sentía algo por Darius, y de ahí que fuera más amable con él de lo que suele ser con nadie.

—¡Por favor! Es evidente que es un guerrero. Tiene la constitución de una montaña —había dicho Shaunee, lanzándole a Darius una mirada seductora.

—Una montaña supersexi —añadió Erin como un eco, al tiempo que le lanzaba a su vez un sonoro beso.

—No está disponible, gemelas *frikis*, así que marchaos a jugar las dos juntitas —les soltó automáticamente Aphrodite.

Sin embargo, a mí no me pareció que pusiera toda su alma en el insulto. De hecho, después de volver a reflexionar sobre el asunto, incluso creo que sonó amable.

¡Ah!, por cierto, Erin y Shaunee son almas gemelas. No son gemelas biológicas, ya que Erin es rubia, de ojos azules y de Oklahoma, y Shaunee tiene la piel del color del caramelo, como los jamaicanos del este, de los que es descendiente. Pero las leyes genéticas no servían en este caso, pues aunque las hubieran separado al nacer se habrían juntado con su radar gemelar.

—¡Ah, genial! Gracias por recordarnos que nuestros novios no están aquí — exclamó Shaunee.

—Sí, porque probablemente a estas alturas ya se los habrán comido los hombres pájaro *frikis* esos —añadió Erin.

—¡Eh, animaos! En realidad la abuela de Zoey no dijo que los cuervos del escarnio se comieran a la gente. Solo dijo que los agarraban con sus gigantescos picos y los arrojaban una y otra vez contra una pared, o contra lo que sea, hasta romperles los huesos —les dijo Aphrodite a las gemelas con una sonrisa desenfadada.

—Bueno, Aphrodite, no creo que eso vaya a animarlas mucho —intervine yo.

Aunque Aphrodite tenía razón. En realidad, y por terrible que sonara, tanto ella como las gemelas podían tener razón. Yo no quería pensar demasiado en eso; prefería prestar atención a mi mejor amiga, que estaba herida. Stevie Rae tenía un aspecto absolutamente horrible: estaba pálida, sudorosa y cubierta de sangre.

—Stevie Rae, ¿no crees que deberíamos de llevarte a...?

—¡Lo tengo! ¡Lo tengo!

Justo entonces Jack entró de golpe en la estrecha zona lateral del túnel que se había convertido en el dormitorio de Stevie Rae, seguido de cerca por la perra labradora amarilla que no le quitaba el ojo de encima al chico. Jack estaba colorado y blandía una especie de maletín blanco que tenía una enorme cruz roja encima.

—Estaba donde tú decías, Stevie Rae. En ese túnel que parece una especie de cocina.

—Y en cuanto recupere el aliento, os contaré lo contento que me puse al descubrir que las neveras y los microondas funcionan —añadió Damien, que entró en el dormitorio después de Jack. Respiraba trabajosamente y se apoyaba con exageración sobre una cadera—. Tienes que explicarme cómo te las has arreglado para bajar todo eso aquí, incluyendo la electricidad —continuó Damien, que hizo una pausa, vio la camisa desgarrada y ensangrentada de Stevie Rae y la flecha que aún le salía por la espalda, y sus mejillas sonrosadas se tornaron pálidas—. Ya me lo explicarás en cuanto te cures y dejes de estar ensartada *en brochette*.

—¿En qué? —preguntó Shaunee.

—¿Bro... qué? —preguntó a su vez Erin.

—Es una palabra de origen francés que significa que algo está pinchado, por lo general algo de comer, cretinas. «Que el mundo se esté volviendo loco y el mal soltara los pájaros de la guerra» —continuó Damien, que alzó las cejas en dirección a las gemelas mientras citaba erróneamente a Shakespeare a propósito. Sin duda esperaba que ellas reconocieran la frase, cosa que, evidentemente, no ocurrió—, no excusa vuestro lenguaje —añadió. Luego se giró hacia Darius y añadió—: ¡Ah!, y también he encontrado esto entre un montón de herramientas no muy limpias.

Damien levantó la mano con lo que parecían unas tijeras gigantes.

—Traed el cortaalambres y el equipo de primeros auxilios aquí —dijo Darius con tono eficiente.

—¿Qué vas a hacer con el cortaalambres? —preguntó Jack.

—Voy a cortar la punta de la flecha para poder sacársela por delante. Así podrá empezar a curarse —contestó Darius con sencillez.

Jack gritó y se dejó caer sobre Damien, que lo rodeó con un brazo. *Duchess*, la perra labradora amarilla que tan profundamente se había apegado a él desde el momento en el que su amo original (un iniciado llamado James Stark) había muerto no muerto y, por último, disparado la flecha que se le había clavado a Stevie Rae en el pecho como parte del malévolo plan para liberar a Kalona, el horrible ángel caído (sí, ahora me doy cuenta, volviendo la vista atrás, de que es una historia muy compleja y hasta confusa, pero es lo típico de los planes malévolos); bueno, *Duchess* ladró y se reclinó sobre la pierna de Jack.

¡Ah!, y además Jack y Damien son pareja. Lo que significa que son adolescentes gais. Sí, son cosas que ocurren. Más a menudo de lo que uno espera. No, borra eso. Lo que pasa es que ocurre más a menudo de lo que los padres esperan.

—Damien, ¿podrías Jack y tú eh... volver a la cocina que habéis encontrado y coger algo de comer para todos? —les pedí yo, buscando algo que pudieran hacer para no quedarse mirando a Stevie Rae—. Apuesto a que todos nos encontraríamos mucho mejor si comiéramos algo.

—Yo probablemente vomitaría —declaró Stevie Rae—. Es decir, a menos que se trate de sangre —añadió, encogiéndose de hombros a modo de disculpa.

No terminó de hacer el gesto, porque gritó y se puso aún más pálida que antes, si cabe.

—Sí, por aquí tampoco tenemos mucha hambre, la verdad —convino Shaunee, que seguía mirando la flecha que le salía a Stevie Rae por la espalda con la boca abierta y con la misma fascinación con la que la gente contempla un accidente de coche.

—Lo mismo digo, gemela —confirmó Erin.

Erin, en cambio, dirigía su mirada hacia cualquier otra persona que no fuera Stevie Rae.

Yo acababa de abrir la boca con la intención de decirles a todos que en realidad me daba lo mismo si tenían hambre o no, y que lo único que quería era mantenerlos ocupados y alejados de Stevie Rae durante un rato, cuando Erik Night entró corriendo en el dormitorio.

—¡Lo tengo!

Llevaba un aparato combinado de radiocasete con CD integrado viejo y enorme. Era uno de esos armatostes grandes, con altavoces, que antiguamente se llamaban «loros», en los años ochenta, creo. Sin mirar siquiera a Stevie Rae, lo dejó encima de

la mesa que estaba junto a ella y Darius, y comenzó a jugar con los enormes botones, que eran como pomos de plata brillantes, mientras farfullaba que esperaba poder coger algo allí abajo.

—¿Dónde está Venus? —le preguntó Stevie Rae a Erik.

Era evidente que a Stevie Rae le costaba trabajo hablar, y su voz sonaba temblorosa.

Erik volvió la vista hacia el agujero redondo de la entrada, tapado con una tela, que daba paso al dormitorio y que servía de puerta. Pero allí no había nadie.

—Venía justo detrás de mí. Creía que había entrado aquí... —contestó Erik. Entonces sí miró a Stevie Rae, y no terminó la frase—. ¡Ah, demonios!, eso sí que debe de doler. Tienes mala cara, Stevie Rae.

Ella trató de sonreír, pero fue incapaz.

—Bueno, he tenido momentos mejores. Me alegro de que Venus te haya ayudado a buscar el radiocasete. A veces conseguimos captar alguna emisora de radio aquí abajo.

—Sí, eso es lo que me ha dicho Venus —contestó Erik, distraído, mientras seguía con la vista fija sobre la flecha que le salía a Stevie Rae de la espalda desnuda.

A pesar de mi preocupación por Stevie Rae, comencé a hacerme preguntas a propósito de Venus, la chica ausente, y a esforzarme al máximo por recordar qué aspecto tenía. La última vez que había visto realmente bien a los iniciados rojos ni siquiera eran rojos todavía, lo cual significa que la silueta de la luna creciente de sus frentes era aún de color zafiro, igual que el tatuaje de cualquier iniciado recién marcado. Pero los iniciados rojos habían muerto. Y luego no muerto. Y todos se habían convertido en enloquecidos monstruos chupasangre hasta que Stevie Rae superó otro tipo de cambio. De algún modo, la humanidad de Aphrodite (¿quién habría creído que tuviera de eso, verdad?) se mezcló con el poder de los cinco elementos, los cuales yo puedo controlar, y *voilà!*: Stevie Rae recuperó la humanidad al tiempo que se ganaba unos cuantos preciosos tatuajes de vampiro adulto, que parecían parras y flores, para decorar el rostro. Pero en lugar de ser tatuajes de color azul oscuro, se habían vuelto rojos. Rojos como la sangre fresca. Y mientras le ocurría eso a Stevie Rae, los tatuajes del resto de los iniciados muertos no muertos también se volvían rojos. Y recuperaban su humanidad. En teoría. Yo apenas había estado con ellos, ni tampoco con Stevie Rae, desde el momento en que ella había superado el cambio, de modo que no podía estar segura de que volvieran a ser ellos mismos al cien por cien. ¡Ah!, y Aphrodite había perdido la marca. Por completo. Así que se supone que vuelve a ser humana, a pesar de que aún tiene visiones.

Todo ello explica por qué, la última vez que estuve con ellos, Venus seguía siendo aún más que desagradable, ya que estaba asquerosamente muerta no muerta. Pero por fin estaba mejor, o algo así, y como yo sabía que solía andar con Aphrodite antes de

morirse (y de no morirse), pues me imaginaba que tenía que haber sido superguapa, porque Aphrodite no creía en las amigas feas.

Vale, dejadme que me explique antes de que todo el mundo piense que soy una *friki* supercelosa: Erik Night es un chico muy sexi que está como para morirse, al estilo de Superman-Clark Kent y, para seguir con la analogía del superhéroe, además tiene talento y, sinceramente, un buen chico. Eh... quiero decir un buen vampiro. Porque además acaba de convertirse en vampiro. Y encima es mi novio. Eh... ex novio. Quiero decir que es mi ex novio desde hace nada. Por desgracia, eso significa que me voy a poner ridículamente celosa de cualquiera que logre captar en exceso su interés (en exceso es igual a un poco), aunque sea una *friki* de iniciada roja.

Es una suerte que Darius, con su voz seria, interrumpiera los desvaríos de mi mente.

—La radio puede esperar. Ahora mismo hay que atender a Stevie Rae. Necesitará una camisa limpia y sangre en cuanto yo termine con esto.

Darius dejó el maletín de primeros auxilios sobre la mesilla, junto a la cama de Stevie Rae, lo abrió y sacó una venda, alcohol y algunos artilugios espeluznantes.

Eso nos hizo callar a todos de una vez.

—Sabéis que os quiero a todos más que al pan blanco, ¿verdad? —preguntó Stevie Rae, dedicándonos una valiente sonrisa. Mis amigos y yo se la devolvimos a la fuerza—. Vale, así que no os lo toméis a mal si os digo que todos, excepto Zoey, tenéis que ir a hacer cualquier cosa que os mantenga ocupados mientras Darius me saca esta flecha del pecho.

—¿Todos menos yo? ¡No, no, no, no, no! ¿Por qué quieres que me quede yo?

Adiviné la risa en los ojos llorosos de Stevie Rae.

—Porque tú eres nuestra alta sacerdotisa, Z. Tienes que quedarte para ayudar a Darius. Además, tú ya me has visto morir una vez. ¿De verdad crees que esto va a ser mucho peor? —preguntó Stevie Rae. Entonces hizo una pausa con los ojos inmensamente abiertos y la mirada fija en las palmas de mis manos, que yo seguía levantando como una tonta—. ¡Maldita sea, Z, mírate las manos!

Giré las manos para poder ver lo que se había quedado mirando, y sentí que entonces era a mí a quien se le abrían los ojos como platos. Tenía tatuajes por las palmas de las manos: tatuajes con el mismo complicado dibujo de espirales de encaje que decoraban mi rostro y mi cuello, y que se extendían por mi espalda y alrededor de mi cintura. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Había sentido esa misma repentina sensación de quemazón en las manos que conocía tan bien; la había sentido mientras escapábamos y entrábamos todos en los túneles. Y me había dado cuenta enseguida de lo que significaba. Mi diosa, Nyx, la personificación de la noche, había vuelto a marcarme como exclusivamente suya. Me había elegido una vez más entre todos los iniciados y vampiros del mundo. Ningún otro iniciado tenía un tatuaje tan completo

ni tan extendido. Eso solo ocurría cuando se superaba el cambio, y entonces la silueta de la luna creciente de la frente se rellenaba y se extendía por los lados de la cara, formando un tatuaje único que enmarcaba el rostro y que proclamaba al mundo que esa persona era un vampiro.

De tal modo que mi rostro revelaba que yo era un vampiro, pero mi cuerpo decía que seguía siendo una iniciada. ¿Y el resto de los tatuajes? Bueno, eso era algo que no había ocurrido antes: ni a ningún iniciado, ni a ningún vampiro, y ni siquiera en ese momento tenía una seguridad al cien por cien de su significado.

—¡Vaya, Z, son increíbles! —dijo Damien, que se acercó a mi lado y me tocó, vacilante, la palma de la mano.

Alcé la vista hacia sus amigables ojos marrones buscando cualquier síntoma de cambio en su forma de mirarme. Busqué el rastro de la veneración, del nerviosismo o incluso de algo peor: el miedo. Pero solo vi a Damien, mi amigo, y su cálida sonrisa.

—Antes he sentido que me ocurría, al bajar aquí. Creo... supongo que se me había olvidado —dije.

—¡Así es nuestra Z! —exclamó Jack—. ¡Solo ella podría olvidarse de algo que es prácticamente un milagro!

—Más que prácticamente —confirmó Shaunee.

—Pero es un milagro típico de Z. Le ocurre todo el tiempo —dijo Erin, como si nada.

—¡No puedo ni conservar un solo tatuaje, y ella está toda cubierta, de arriba abajo! —exclamó Aphrodite—. ¡Imagínate!

Pero su sonrisa era tan amarga como sus palabras.

—Son la marca del favor de la diosa, que te demuestra que estás siguiendo el camino que ella ha elegido para ti. Eres nuestra alta sacerdotisa —afirmó Darius con solemnidad—. La elegida de Nyx. Y, sacerdotisa, necesito tu ayuda con Stevie Rae.

—¡Ah, demonios! —musité yo.

Me mordí los labios con nerviosismo y apreté los puños, ocultando los nuevos y exóticos tatuajes.

—¡Vale, joder! ¡Yo me quedaré a ayudar! —exclamó Aphrodite, que se acercó corriendo a la cama de Stevie Rae y se sentó al borde—. A mí no me molestan ni la sangre, ni el dolor. Siempre y cuando no sean míos, claro.

—Debería llevarme esto a la entrada de los túneles. Probablemente allí tendremos más suerte y podremos captar algo —dijo Erik que, sin apenas mirarme ni decir una sola palabra acerca de mis nuevos tatuajes, desapareció por la cortina que hacía las veces de puerta.

—¿Sabes? Creo que lo de preparar algo de comer sí que era una buena idea —comentó Damien, que se llevó a Jack de la mano y salió del dormitorio detrás de Erik.

—Sí, Damien y yo somos gais. Y eso significa que está garantizado que somos buenos cocineros —dijo Jack.

—Vamos con vosotros —comentó Shaunee.

—Sí, nosotras no estamos tan convencidas de ese detalle de la genética. No creo que ser gay garantice ser buen cocinero. Mejor que os supervisemos —dijo Erin.

—La sangre. No os olvidéis de la sangre. Mezcladla con vino, si queréis. La necesitará para recuperarse —advirtió Darius.

—Una de las neveras está llena de sangre. Y luego id a buscar a Venus —gritó Stevie Rae, que hizo una mueca mientras Darius, que había sacado un algodón impregnado en alcohol, comenzaba a limpiarle la sangre seca de la espalda, alrededor de la herida y de la flecha—. A ella le gusta el vino. Decidle para qué lo necesitáis, y ella os lo conseguirá.

Las gemelas vacilaron y se miraron extrañadas. Erin tomó la palabra en nombre de las dos:

—Stevie Rae, ¿de verdad crees que estos chicos están bien? Quiero decir que son los mismos que mataron a los dos jugadores del equipo de fútbol del Union y que hicieron prisionero al novio humano de Z, ¿no?

—Ex novio —la corregí yo.

Nadie me hizo caso.

—Venus acaba de estar un rato con Erik, ayudándolo —dijo Stevie Rae—. Y Aphrodite estuvo aquí dos días, y todavía sigue de una sola pieza.

—Sí, pero Erik es vampiro; es un hombre, y además es grande y está sano. Sería difícil darle un mordisco —objetó Shaunee.

—Aunque sin duda está bueno —matizó Erin.

—Cierto, gemela —dijo Shaunee. Las dos se encogieron de hombros a modo de disculpa, sin dejar de mirarme. Luego Shaunee añadió—: Y Aphrodite es tan asquerosa que nadie querría darle ni un solo mordisco.

—Pero nosotras somos como la vainilla y el chocolate. Tentaríamos incluso al monstruo chupasangre más amable —argumentó Erin.

—Tu madre sí que es un monstruo chupasangre —comentó Aphrodite, sonriendo con dulzura.

—¡Como no dejéis todas de discutir, yo sí que os voy a morder! —gritó Stevie Rae.

De nuevo volvió a hacer una mueca y a quejarse de dolor, mientras trataba de seguir respirando.

—Chicas, la estáis haciendo sufrir y a mí me estáis produciendo dolor de cabeza —me apresuré a decir. Conforme transcurrían los segundos, al ver su aspecto, me iba preocupando más y más por Stevie Rae—. Stevie Rae afirma que los iniciados rojos están bien. Y nosotros acabamos de escapar del infierno que se ha desatado en la

Casa de la Noche con ellos, y de camino aquí nadie ha tratado de comerse a nadie. Así que sed buenas, e id a buscar a Venus tal y como os ha mandado Stevie Rae.

—Z, esa no puede considerarse ninguna señal en su favor —alegó Damien—. Todos corríamos para salvar nuestras vidas. Nadie tenía tiempo de comerse a nadie.

—Stevie Rae, contéstame de una vez por todas: ¿son o no son de fiar los iniciados rojos? —pregunté.

—De verdad que me gustaría que os preocuparais por ser más amables con ellos y por aceptarlos tal y como son. No es culpa suya si se murieron y luego no se murieron.

—¿Lo veis? Son de fiar —dije.

Solo más tarde me di cuenta de que Stevie Rae en realidad no había contestado a mi pregunta sobre si los iniciados rojos eran o no de fiar.

—Está bien, pero hacemos responsable a Stevie Rae de lo que pueda pasar —dijo Shaunee.

—Sí, y si alguno de ellos trata de darnos un mordisco, hablaremos con ella del asunto después de que se cure —añadió Erin.

—Sangre y vino. ¡Ya! Más acción y menos hablar —ordenó Darius, directo al grano.

Todos salieron del dormitorio dejándonos solos a Darius, a Aphrodite, a mi mejor amiga hecha una brocheta, y a mí.

¡Demonios!



—En serio, Darius, ¿no se puede hacer esto de alguna otra manera? Por ejemplo, como lo hacen en un hospital. En un hospital. Con médicos y salas de espera para los amigos mientras los... los... —Mi voz se desvaneció al tiempo que hacía un gesto de miedo hacia la flecha que le salía a Stevie Rae por la espalda—. Mientras los médicos le arreglan eso.

—Puede que haya una manera mejor, pero no dadas las circunstancias. Aquí abajo las reservas de todo tipo son muy limitadas, y si te paras un momento a pensarlo, sacerdotisa, no creo que quieras que ninguno de nosotros suba esta noche para ir a un hospital de la ciudad —contestó Darius.

Me mordí el labio en silencio, pensando en que tenía razón pero buscando al mismo tiempo otra alternativa menos horrible.

—No —negó Stevie Rae—. No voy a subir ahí. Y no solo porque ahora Kalona y sus asquerosos bebés pájaro sean libres, sino porque además hasta puede que me pille la salida del sol sin estar bajo tierra. Siento que no va a tardar en amanecer, y no creo que pudiera sobrevivir a la luz, doliéndome el pecho como me duele. Z, me temo que vas a tener que ayudarme tú.

—¿Quieres que tire de la flecha mientras la sujetas para que se esté quieta? —se ofreció Aphrodite.

—No, creo que observar puede ser peor aún que ayudar —dije yo.

—Haré todo lo que pueda para no gritar muy alto —prometió Stevie Rae.

Lo dijo tan en serio que en aquel momento se me encogió el corazón. Exactamente igual que ahora, al recordar.

—¡No, preciosa! Grita todo lo que quieras. ¡Demonios!, yo gritaré contigo —contesté. Dirigí la vista hacia Darius—. Estoy lista si tú lo estás.

—Voy a cortar la cola de la flecha con la pluma que le sobresale todavía por el pecho. Tú mientras tanto toma esto —me dijo Darius, tendiéndome un pedazo de algodón empapado en alcohol—. Presiónalo contra la flecha rota. Cuando yo haya agarrado bien la flecha por detrás, te diré que empujes. Tú empuja fuerte mientras yo tiro. Así saldrá con más facilidad.

—Dolerá un poco, ¿no? —preguntó Stevie Rae, que parecía desfallecida.

—Sacerdotisa —respondió Darius, apoyando su enorme mano sobre el hombro de Stevie Rae—. Esto va a doler bastante más que un poco.

—Por eso estoy yo aquí —dijo entonces Aphrodite—. Yo te sujetaré bien para que no te muevas ni te retuerzas de dolor, no vaya a ser que eches a perder el plan de Darius —explicó; vaciló un instante, y enseguida añadió—: Pero tienes que saber que

como te vuelvas loca de agonía y me muerdas otra vez, te dejo fuera de combate.

—Aphrodite, no voy a morderte. Otra vez —prometió Stevie Rae.

—Terminemos con esto —dije.

Antes de desgarrarle lo poco que le quedaba de la camisa, Darius le dijo a Stevie Rae:

—Sacerdotisa, tengo que desnudarte el pecho.

—Sí, ya había pensado en eso mientras me mirabas la espalda. Pero tú eres como una especie de médico, ¿no?

—Todos los Hijos de Érebo tenemos preparación en el campo de la medicina para poder cuidar de nuestros hermanos heridos —contestó Darius. Por un momento relajó su expresión seria y le sonrió a Stevie Rae antes de añadir—: Así que sí, puedes pensar en mí como en un médico.

—Entonces me parece bien que me veas las tetas. Los médicos están preparados para que ese tipo de cosas no les afecten.

—Esperemos que su preparación no haya sido tan exhaustiva —musitó Aphrodite.

Darius le guiñó un ojo. Yo solté una risita sofocada, lo cual hizo reír ahogadamente a Stevie Rae, quien inmediatamente jadeó al sentir que el movimiento del pecho le provocaba más daño. Trató de sonreír en dirección a mí para que no me preocupara por ella, pero estaba demasiado pálida y temblorosa.

Entonces fue, más o menos, cuando yo comencé a preocuparme en serio. Antes, en la Casa de la Noche, Stark, el chico muerto no muerto, había obedecido las órdenes de la pesada de Neferet y había disparado a Stevie Rae. Y en ese mismo instante había comenzado a salirle sangre a una velocidad alarmante, tanta que parecía como si fuera la tierra de su alrededor la que estuviera sangrando, con lo cual se había cumplido la estúpida profecía que servía para liberar al idiota del ángel caído, Kalona, de su prisión bajo tierra, en la que llevaba millones y millones de años. A juzgar por su aspecto, se diría que allí mismo, sobre la tierra, el cuerpo de Stevie Rae se había vaciado por completo de su sangre, y aunque a partir de entonces no se había sentido tan mal, ya que podía caminar y hablar, y estaba consciente casi todo el tiempo, en ese momento comenzaba a apagarse muy deprisa y a convertirse en un pálido fantasma delante de nuestras narices.

—¿Lista, Zoey? —preguntó Darius.

Su voz me sobresaltó y me hizo rechinar los dientes con tanta fuerza, que apenas fui capaz de tartamudear un:

—Sssí.

—¿Stevie Rae? —siguió preguntando él con amabilidad—, ¿estás preparada?

—Tanto como podría estarlo, me imagino. Pero me gustaría que dejaran de pasarme estas cosas, te lo digo en serio.

—¿Aphrodite?

Darius la miró a ella a continuación.

Aphrodite se movió y se colocó de rodillas en el suelo, delante de la cama, para agarrar a Stevie Rae de los antebrazos con fuerza.

—Trata de no revolverte mucho —le dijo Aphrodite a Stevie Rae.

—Lo haré lo mejor que pueda.

—A la de tres —anunció Darius, con las tijeras de podar suspendidas junto a la punta adornada con una pluma—. Una, dos, ¡tres!

En ese momento todo ocurrió muy deprisa. Darius cortó la punta de la flecha igual que si hubiera cortado una rama diminuta.

—¡Tápala! —me gritó Darius.

Apreté el algodón contra los escasos treinta centímetros de flecha que le sobresalían a Stevie Rae del pecho, directamente entre las tetas, mientras Darius volvía de nuevo hacia la espalda. Stevie Rae había cerrado los ojos y los apretaba. Respiraba deprisa, con jadeos cortos, y se le agolpaban las gotas de sudor en la cara.

—Otra vez a la de tres, solo que ahora tienes que empujar la punta de la flecha para dentro —dijo Darius.

Yo hubiera querido detener todo aquello y gritar: «No, vamos a envolverla simplemente en una manta y a arriesgarnos a llevarla a un hospital». Pero Darius ya había empezado a contar otra vez.

—Una, dos, ¡tres!

Empujé la punta de la flecha, dura y recién cortada, hacia dentro, mientras Darius tiraba de ella por el otro lado, apoyándose con una mano contra la espalda de Stevie Rae. Con solo un tirón suave, que sonó de una forma horrible, le sacó la flecha.

Stevie Rae gritó. Y yo. Y Aphrodite. Y entonces Stevie Rae se dejó caer hacia delante, sobre mis brazos.

—Mantén el algodón presionado contra la herida —me dijo Darius, que enseguida corrió a limpiarle el nuevo agujero recién abierto por la espalda.

Recuerdo que yo repetía una y otra vez:

—Todo va bien. Todo va bien. Ahora ya pasó. Ya pasó...

Recuerdo que Aphrodite y yo estuvimos llorando. Stevie Rae tenía la cabeza sobre mi hombro, así que no pude ver su rostro, pero sí pude sentir que me mojaba la camisa. Cuando Darius la levantó suavemente y la posó de nuevo sobre la cama para vendarle la herida, sentí como el miedo me embargaba por completo.

Jamás había visto a nadie tan pálido como estaba Stevie Rae en ese momento; es decir, a nadie vivo. Apretaba los párpados con fuerza, pero unas lágrimas ligeramente teñidas de rosa iban dejando horribles huellas sobre sus mejillas, y aquel rosa pálido contrastaba brutalmente con el color de su piel, casi transparente.

—Stevie Rae, ¿estás bien?

Vi su pecho subir y bajar, pero no había abierto aún los ojos y no hacía ningún ruido.

—Estoy... aquí... todavía... —susurró Stevie Rae, haciendo largas pausas entre palabra y palabra—. Pero... me... siento... como... si... estuviera... flotando... por... encima... de... vosotros.

—No sangra —dijo Aphrodite en voz baja.

—No le queda nada que sangrar —dijo Darius mientras le pegaba la venda al pecho.

—La flecha no le ha dado en el corazón —dije—. Su propósito no era matarla, sino conseguir que se desangrara.

—Hemos tenido suerte, desde luego, de que el iniciado errara el tiro —dijo Darius.

Esas palabras siguieron dando vueltas y más vueltas en mi cabeza, porque yo sabía algo que los demás no sabían: que Stark no podía dejar de darle al blanco. El don que le había otorgado Nyx consistía en que su puntería siempre sería certera; atinaría allí donde apuntara, aunque a veces eso tuviera consecuencias horribles. En una ocasión, nuestra diosa me había dicho que una vez que concedía un don, jamás lo retiraba. De modo que aunque Stark hubiera muerto y hubiera vuelto a la vida, y aunque no fuera más que una retorcida versión de sí mismo, siempre seguiría acertando en el corazón y, por tanto, asesinando, si es que era esa su intención. Así que, ¿significaba eso que quedaba en Stark más humanidad de la que parecía? Stark me había llamado por mi nombre, me había reconocido. Y yo me había echado a temblar, recordando la química que había surgido entre los dos antes de su muerte.

—Sacerdotisa, ¿es que no me has oído? —preguntó Darius.

Él y Aphrodite llevaban un rato mirándome.

—¡Ah!, ¡lo siento! ¡Lo siento! Estaba distraída pensando en...

En ese momento no quise explicarles que estaba pensando en el chico que había estado a punto de matar a mi mejor amiga. Y aún ahora sigo sin querer explicárselo.

—Sacerdotisa, estaba diciendo que si Stevie Rae no consigue sangre, esta herida, aunque no le haya alcanzado el corazón, podría muy bien causarle la muerte —dijo el guerrero, sacudiendo la cabeza mientras examinaba a Stevie Rae—. Aunque, por otro lado, tampoco puedo estar seguro del todo de que se curará. Ella pertenece a un nuevo tipo de vampiros, y no sé cómo reaccionará su cuerpo, pero si fuera uno de mis guerreros, yo estaría muy preocupado.

Respiré hondo. Aún retenía el aliento cuando dije:

—Vale. Bien. Olvídate de esperar a las gemelas con la sangre. Muérdeme a mí —sugerí.

Stevie Rae abrió por fin los ojos y se las apañó incluso para esbozar una débil sonrisa.

—Sangre humana, Z —dijo mi amiga, volviendo a cerrar los ojos otra vez.

—Sí, es probable que Stevie Rae tenga razón. La sangre humana siempre ha tenido un efecto mucho más poderoso sobre nosotros que la sangre de iniciado o de vampiro —confirmó Darius.

—Bueno, entonces saldré corriendo a buscar a las gemelas —dije, a pesar de que no tenía ni idea de en qué dirección echar a correr.

—Sería mejor sangre fresca que esa sangre insulsa de la nevera —agregó entonces Darius.

El guerrero no hizo más que lanzarle una miradita a Aphrodite, pero no cabe duda de que ella captó el mensaje.

—¡Joder, qué fastidio! ¿Y se supone que ahora tengo que dejarla que me muerda? ¿Otra vez?

Parpadeé sin saber muy bien qué decir. Por suerte, Darius acudió en mi ayuda.

—Pregúntale a tu diosa qué querría ella que hicieras.

—¡Vaya!, ¡mierda! ¡Es un verdadero asco eso de ser uno de los buenos! Literalmente hablando —se quejó Aphrodite. Suspiró, se puso en pie y se remangó la manga del vestido de terciopelo negro. Se sujetó la muñeca delante de la cara de Stevie Rae y dijo—: Vale. ¡Adelante! ¡Muérdeme! Pero me debes una. Vamos, otra. Y no sé por qué sigo salvándote la vida. Quiero decir que ni siquiera sé si...

Entre los gritos de dolor y de susto, a Aphrodite se le atragantaron las palabras.

Pensar en lo que ocurrió a continuación resulta un tanto desconcertante. Vi como Stevie Rae cambiaba por completo de expresión al agarrarle el brazo a Aphrodite. Al instante pasó de ser mi cariñosa mejor amiga a convertirse en una extraña salvaje. Sus ojos brillaron con un asqueroso tono rojo oscuro, y con un estremecedor siseo, le mordió y le rajó la muñeca a Aphrodite.

Pero, de pronto, los gritos de Aphrodite se transformaron en perturbadores y sensuales gemidos, y cerró los ojos mientras los labios de Stevie Rae se pegaban a su brazo, rasgándole la piel con mayor facilidad y provocándole un río de sangre cálida y vibrante. Mi mejor amiga succionó esa sangre con gula y se la tragó como un verdadero depredador.

Vale, sí. Es cierto que resultaba perturbador y asqueroso, pero también extrañamente erótico. Y sé que a ellas tenía que hacerlas sentirse bien: era inevitable. Porque es así como están hechos los vampiros. Incluso ser mordido por un simple iniciado puede provocar una experiencia muy real de intenso placer sexual tanto a quien es mordido, el humano, como al que muerde, el iniciado. Es la forma que tenemos de sobrevivir. Los antiguos mitos que hablan de vampiros que rasgan gargantas y se llevan a sus víctimas por la fuerza son caca de vaca; bueno, a menos que alguien cabree a un vampiro de verdad. E incluso entonces, a pesar de que le rasguen la garganta, a la víctima seguramente también le gustará.

De un modo u otro, somos lo que somos. Y después de observar lo que estaba sucediendo entre Stevie Rae y Aphrodite, estaba claro que los vampiros rojos también tenían el poder de provocarles placer a los humanos. Quiero decir que Aphrodite incluso se apoyó sugerentemente sobre Darius, que la estrechó con un brazo y se inclinó para besarla mientras Stevie Rae seguía succionándole la sangre de la muñeca.

El beso entre el guerrero y Aphrodite soltó tantas chispas que juro que casi pude verlas saltar. Darius la sostuvo delicadamente, de modo que Stevie Rae no le arrancara el brazo. Aphrodite enrolló el brazo que le quedaba libre alrededor de él y se entregó de tal modo al guerrero que fue evidente hasta qué punto confiaba en él. Yo me sentí culpable por estar mirando, a pesar de que era innegable la erótica belleza de lo que estaba ocurriendo entre los tres.

—Vale. ¡Qué oportuno!

—En serio. Podría haberme pasado la vida tranquilamente sin ver nada de esta escena.

Había apartado la vista de Stevie Rae y compañía para ver a las gemelas de pie, ante el hueco de la puerta tapado con una tela. Erin llevaba unos cuantos paquetes de lo que obviamente eran bolsitas de sangre. Shaunee llevaba una botella de vino tinto y un vaso grande, de esos que usan las madres para servir té helado.

Duchess pasó por delante de ellas y entró en el dormitorio sin dejar de mover la cola, seguida de cerca por Jack.

—¡Oh Dios mío!, acción entre chicas, mientras el chico se aprovecha de la ocasión —dijo Jack.

—Interesante... ¡Y pensar que algunos tíos encontrarían esto excitante de verdad! —comentó Damien, que apareció en el dormitorio detrás de Jack con una bolsa de papel, y asomó la cabeza para observar a Stevie Rae, a Aphrodite y a Darius como si se tratara de un experimento científico.

Darius se las apañó para despegar los labios de Aphrodite y estrecharla con fuerza contra su pecho.

—Sacerdotisa, esto va a ser humillante para ella —me dijo a mí en voz baja y con un tono de nerviosa urgencia.

No me molesté en perder el tiempo preguntándole a quién de «ellas» se refería, si a Aphrodite o a Stevie Rae. Antes incluso de que él terminara la frase, yo ya me estaba acercando a las gemelas.

—Yo me encargaré de esto —dije, quitándole una bolsa de sangre a Erin de las manos.

Utilicé los dientes para rasgar la bolsa y me aseguré de mancharme bien la boca de sangre para atraer la atención de todos y desviarla de la escena que se desarrollaba en la cama.

—Sujétame esto —le ordené a Shaunee.

Hizo lo que yo le decía a pesar de que me miraba con cierta expresión de asco. Serví la mayor parte de la sangre en el vaso sin hacerle ningún caso, poniendo buen cuidado de lamerme bien los labios y de no desperdiciar ni una gota. Me terminé la bolsa a propósito y sorbí ruidosamente la poca sangre que quedaba antes de tirarla. Entonces le quité el vaso a Shaunee.

—Y ahora el vino.

La botella ya estaba abierta, así que lo único que tenía que hacer Shaunee era tirar del corcho. Yo sostuve el vaso. Lo había llenado con unas tres cuartas partes de sangre, así que no tardé en añadir el vino hasta el borde.

—Gracias —dije alegremente para girarme de inmediato hacia la cama.

Agarré el brazo de Aphrodite y tiré de él con un movimiento firme y profesional, liberándola de las suaves manos de Stevie Rae, que se quedó muy sorprendida. Discretamente me coloqué delante de ella, bloqueando a las masas boquiabiertas, (es decir, a las gemelas, a Damien y Jack) la visión del cuerpo desnudo de mi mejor amiga.

Stevie Rae alzó la vista hacia mí con los ojos brillantes y los labios ligeramente abiertos, mostrando unos dientes afilados y manchados con el rojo de la sangre. A pesar de estar asustada por el aspecto de monstruo que mi amiga tenía en ese momento, conseguí hablar con calma e incluso mostrar cierto tono de enfado con ella.

—Vale, ya basta. Ahora tómate esto.

Stevie Rae me gruñó.

Fue extraño, pero Aphrodite hizo un sonido que pareció el eco del gruñido de Stevie Rae. ¿Qué demonios estaba ocurriendo? Me habría gustado poder volverme hacia Aphrodite para averiguar qué le estaba pasando, pero comprendí que debía centrarme en mi mejor amiga, que seguía de muy mal humor conmigo.

—¡He dicho que basta! —solté en voz baja, esperando que no me oyera nadie más—. Contrólate, Stevie Rae. Ya has bebido bastante de Aphrodite. ¡Bébetelo esto! ¡Ahora!

Le di la orden articulando cada palabra por separado con mucha claridad, y después puse el vaso de sangre y vino en sus manos.

Su rostro cambió. Stevie Rae parpadeó y pareció de pronto confusa. Llevé el vaso hasta sus labios y, en cuanto le llegó la fragancia, comenzó a bebérselo de golpe. Se lo bebía con avaricia, así que me permití alzar por un segundo la vista hacia Aphrodite. Seguía en brazos de Darius. Parecía estar bien aunque bastante mareada, y miraba atónita a Stevie Rae.

Sentí una punzada de incomodidad recorrerme de arriba abajo al ver la expresión conmocionada de Aphrodite, que resultó ser una premonición exacta del acontecimiento misterioso que iba a tener lugar. Pero en aquel entonces centré la

atención de nuevo sobre mis amigos boquiabiertos.

—Damien —lo llamé con brusquedad a propósito—, Stevie Rae necesita una camisa. ¿Puedes ir a buscarle una?

—En la cesta de la ropa de la lavadora. Allí hay camisas limpias —dijo Stevie Rae entre trago y trago.

De nuevo volvía a hablar y a tener un aspecto más parecido al de siempre. Señaló con una mano temblorosa hacia una pila de ropa. Damien asintió y se apresuró.

—Deja que te examine la muñeca —le dijo Darius a Aphrodite.

Sin decir una palabra, Aphrodite les dio la espalda a las gemelas y a Jack, que seguían mirando, y se volvió hacia Darius. Así que yo fui la única que realmente vio lo que él hizo. El guerrero alzó la muñeca de Aphrodite hasta sus labios. Sin apartar los ojos de ella, sacó la lengua y lamió los bordes de las heridas causadas por el mordisco, por las que aún salían gotas de sangre color rojo escarlata. Aphrodite contuvo el aliento y yo la vi estremecerse, pero en el momento en el que la lengua rozó la herida la sangre comenzó a coagular. Yo lo observé de cerca, de modo que no se me escapó el detalle de cómo los ojos de Darius se abrieron de pronto, inmensamente, por la sorpresa.

—¡Vaya, mierda! —oí exclamar a Aphrodite en voz baja, dirigiéndose únicamente a él—. Así que es cierto, ¿no?

—Sí, es cierto —respondió él en voz baja, también solo para ella.

—¡Mierda! —volvió a repetir Aphrodite con una mueca molesta.

Darius sonrió, y yo vi el brillo de una sonrisa en sus ojos. Entonces besó delicadamente la muñeca de Aphrodite y dijo:

—No importa, eso no nos afectará.

—¿Me lo prometes? —susurró ella.

—Te doy mi palabra. Lo has hecho bien, mi belleza. Tu sangre le ha salvado la vida.

En un instante de descuido logré ver la expresión de Aphrodite. Sacudió la cabeza ligeramente y esbozó una sonrisa teñida de verdadera extrañeza y mucho sarcasmo, y dijo:

—Lo que no entiendo es por qué tengo que seguir salvándole el culo a esta paleta. Solo sé que antes era mala de verdad, y ahora tengo que redimirme de algún modo por la increíble cantidad de mierda que causé.

Aphrodite se aclaró la garganta y se pasó una mano temblorosa por la frente.

—¿Quieres beber algo? —le ofrecí yo.

No dejaba de preguntarme de qué demonios habían estado hablando los dos, pero como era evidente que no querían que el resto de los presentes se enteraran, no dije nada en ese momento.

—Sí.

Fue Stevie Rae la que respondió por Aphrodite, cosa que me sorprendió.

—Aquí hay una camisa —dijo Damien, que al acercarse a la cama vio que Stevie Rae estaba en parte desnuda, y apartó los ojos.

Stevie Rae había dejado de dar grandes tragos para pasar a beber sorbos del vaso con más lentitud.

—Gracias —le dije yo a Damien, esbozando una rápida sonrisa.

Le quité la camisa y se la arrojé a Stevie Rae. Entonces me volví de nuevo hacia las gemelas. Los tragos que había dado de sangre comenzaban a hacerme efecto, reduciendo el agotamiento que sentía después de haber tenido que invocar a los cinco elementos y controlarlos durante toda la huida desde la Casa de la Noche hasta los túneles, y permitiéndome por fin pensar.

—Vale, chicos, traed la sangre y el vino para acá. ¿Tenéis otro vaso para Aphrodite?

Antes de que las gemelas pudieran responder, Aphrodite se adelantó:

—¡*Puaj!*, yo no quiero sangre. Solo tengo una palabra para describir su sabor: desagradable. Pero daré un trago de vino.

—No hemos traído más vasos —dijo Erin—. Tendrás que beber de la botella como una vulgar pueblerina.

—Vaya, lo siento —se disculpó Shaunee con cierta ironía—. Así que, como humana, ¿puedes explicarnos qué se siente cuando un vampiro te succiona la sangre?

—Sí, las mentes curiosas queremos saberlo, porque poníais cara de que os gustaba, y nosotros no sabíamos que tuvierais esa tendencia —dijo Erin.

—¿Es que vosotras, Socias Mentales, no prestáis ninguna atención en clase de sociología vampírica? —preguntó Aphrodite, que, acto seguido, levantó la botella y dio un trago.

—Bueno, yo he leído la sección de fisiología del *Manual del iniciado* —dijo Damien—. La saliva de los vampiros tiene coagulantes, anticoagulantes y endorfinas que actúan sobre las zonas receptoras del placer del cerebro, tanto del humano como del vampiro. Así que sí, Aphrodite tiene razón. Vosotras dos deberíais de prestar más atención en clase, en serio. Se supone que ir a clase es algo más que un acontecimiento social —terminó Damien con recato, mientras Jack asentía con entusiasmo.

—¿Sabes, gemela? Con todo el drama que se está viviendo ahí arriba, entre el malo del ángel caído liberado y sus polis, y la Casa de la Noche en estado de pánico, puede que nos quedemos sin clases durante una temporada —dijo Shaunee.

—Bien pensado, gemela —contestó Erin—. Lo cual significa que no necesitamos a la reina Damien ni su tutela por una temporada.

—Así que podríamos, digo yo, ¿agarrarlo y tirarle del pelo? ¿Qué te parece? —preguntó Shaunee.

—¡Suenan divertido! —contestó Erin.

—¡Genial! Estoy bebiendo vino barato de una botella. Miss Vampira Paleta Adolescente acaba de mordirme. Otra vez. Y ahora encima voy a ser testigo de una revuelta de la pandilla de lerdos —se quejó Aphrodite, que volvía a parecer la bruja de siempre. Suspiró con teatralidad y se dejó caer sobre la cama junto a Darius—. Bueno, al menos ahora que soy humana creo que podré emborracharme. Puedo pasarme borracha los próximos diez años.

—No tengo tanto vino como para eso.

Todos alzaron la vista y la dirigieron hacia la iniciada roja que entraba en ese momento en el dormitorio, seguida de muchos otros iniciados rojos que se agruparon tras ella, a su sombra.

—Y ese no es vino barato. Yo no tengo nada barato.

Todo el mundo prestó atención a la iniciada roja nada más ponerse a hablar, pero yo me quedé observando a Aphrodite, que se quejaba de las gemelas, (dispuesta a intervenir y hacerlos callar a todos), y por eso vi la breve expresión que cruzó su rostro: una mezcla de desconcierto e incomodidad. De inmediato se controló y dijo fríamente:

—Panda de lerdos, esta es Venus. Gemelerdas y Damien, probablemente os acordéis de mi ex compañera de habitación, que murió hace unos seis meses o así.

—De hecho creo que la noticia de mi muerte fue algo prematura —añadió la linda rubia con soltura.

Entonces ocurrió algo realmente extraño. Venus hizo una pausa y olfateó el aire. Quiero decir que, literalmente hablando, alzó la barbilla y tomó varias bocanadas cortas pero bruscas de aire en dirección a Aphrodite. Los iniciados rojos, que seguían agrupados tras ella, imitaron su ejemplo, y los vi oler el aire también. Entonces Venus abrió inmensamente sus ojos azules y dijo con voz divertida:

—¡Vaya, vaya, vaya...! ¡Qué interesante!

—Venus, no... —comenzó a ordenarle Stevie Rae, pero Aphrodite la interrumpió.

—No. No importa. Ya se puede enterar todo el mundo.

La rubia esbozó una sonrisa malévola y continuó:

—Solo iba a comentar lo interesante que es que Stevie Rae y Aphrodite hayan establecido una conexión.



Tuve que apretar los dientes para no quedarme boquiabierta exactamente igual que las gemelas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Conectadas! ¿En serio? —soltó Jack.

Aphrodite se encogió de hombros.

—Eso parece.

Me pareció que Aphrodite se lo tomaba con excesiva naturalidad, y desde luego evitaba por todos los medios dirigir la vista hacia Stevie Rae. Creo que casi todo el mundo se dejó engañar por esa actitud de «¡Y a mí qué!».

—¡Vaya, que me aspen! —exclamó Shaunee.

—¡Y a mí, gemela! —la imitó Erin.

De pronto las dos se echaron a reír sofocadamente, de una forma casi histérica.

—Esto es interesante —dijo Damien en voz bien alta para que lo oyera todo el mundo a pesar de las risas.

—Sí, yo también lo creo —afirmó Jack—. Interesante en el sentido de raro, de *friki*.

—Parece que por fin el karma ha alcanzado a Aphrodite —comentó Venus, con un gesto de desprecio que por un segundo deformó la belleza de su rostro hasta hacerla parecer un reptil.

—Venus, Aphrodite acaba de salvarme la vida. Otra vez. Y no está nada bien que seas desagradable con ella —la regañó Stevie Rae.

Por fin Aphrodite dirigió la vista hacia Stevie Rae.

—No empieces a hacer eso.

—¿Que no empiece a hacer qué? —inquirió Stevie Rae.

—¡No empieces a defenderme! Puede que hayamos establecido una jodida conexión, pero con eso me basta y me sobra. ¡No vuelvas a defenderme como si fueras mi mejor amiga! —repitió Aphrodite lenta y claramente.

—El hecho de que te pongas odiosa no va a cambiar nada —dijo Stevie Rae.

—Escucha, voy a continuar como si nada de esto hubiera ocurrido —dijo Aphrodite en dirección a Stevie Rae. Una nueva ola de risitas de las gemelas provocó que dirigiera la vista otra vez hacia ellas—. Gemelerdas, como no dejéis de reiros de mí encontraré el modo de asfixiaros mientras estáis durmiendo.

Naturalmente, las gemelas se echaron a reír a carcajadas.

Aphrodite les dio la espalda y se giró hacia mí.

—Vale, tal y como iba diciendo antes de que me interrumpieran diez veces bruscamente: plasta de Venus, esta es Zoey, la superiniciada de la que estoy segura

que has oído hablar mil veces, Darius, el guerrero Hijo de Érebo con el que no vas a escaparte por ahí, y Jack. Él no va a escaparse por ahí contigo tampoco, más que nada porque es tan gay como un pastelito francés. Y su otra mitad es Damien, el tipo que no deja de mirarme como si yo fuera un jodido proyecto científico. Ya conoces a las gemelas: son las cabezas sonrientes de allí.

Sentí la mirada de Venus fija en mí, así que aparté la vista de Aphrodite (¡conectada! ¡Con Stevie Rae!) y la dirigí hacia ella. Me observaba con tal intensidad que al instante me puse a la defensiva. Yo aún seguía tratando de decidir si mi reacción negativa ante Venus se debía a que era una puta (lo que era evidente), a que había estado haciendo quién sabe qué por los túneles con Erik, o a que todos los iniciados rojos me daban mala espina en general; y entonces ella tomó la palabra:

—Zoey y yo ya nos conocemos, aunque no fue una presentación oficial. Creo que la última vez que la vi intentaba matarnos.

Me llevé una mano a la cadera y le devolví la descarada mirada de sus fríos ojos azules, diciendo:

—Pues ya que vamos a dar un paseo por «la calle de los recuerdos», si quieres te doy una pista. Yo no intentaba matar a nadie. Intentaba salvar a un chico humano al que vosotros queráis comeros. Porque, a diferencia de vosotros, yo prefiero ir a la Casa Internacional de las Tortitas a darle un bocado a una tortita con pepitas de chocolate que a un futbolista.

—Pero no por eso la chica a la que mataste está menos muerta —replicó Venus mientras los iniciados rojos agrupados tras ella se movían nerviosos.

—¡Z! ¿Mataste a una chica? —preguntó Jack.

Abrí la boca para responder, pero Venus me hizo tragarme mis palabras.

—Sí, la mató. Mató a Elisabeth Sin Apellido.

—Tuve que hacerlo —dije con sencillez, hablando para Jack y haciendo caso omiso de Venus y de los iniciados rojos, a pesar de que algo en ellos me ponía los pelos de punta—. No querían dejarnos salir vivos de aquí ni a Heath ni a mí.

Entonces me volví de nuevo hacia Venus. Poseía una belleza helada. Era delgada y sexi, y llevaba unos vaqueros de diseño ajustados y un top de tirantes negro muy corto con un dibujo de una calavera, adornado con un diamante falso. Tenía el pelo abundante y largo, de ese tipo de rubio que parece dorado. En pocas palabras: que era lo suficientemente guapa como para ser amiga de Aphrodite, que ya es decir bastante, porque Aphrodite es absolutamente preciosa. Y al igual que solía ser Aphrodite, Venus era una odiosa puta, y probablemente lo era ya antes de morir y no morir. Entrecerré los ojos y añadí:

—Escuchad, chicos: os dije que os echarais atrás y que nos dejarais salir de aquí. No quisisteis. Así que hice lo que tenía que hacer para proteger a alguien a quien quería. Y deberías saber que volvería a hacerlo otra vez si fuera necesario.

Desvié la vista de Venus hacia los iniciados que se escondían detrás de ella. Tuve que reprimir las ganas de invocar un par de elementos y hacer que el viento y el fuego le añadieran un poco de fuerza a mi amenaza.

Venus seguía mirándome.

—Vale, pues tendréis que aprender a llevaros bien. ¿Es que no os acordáis de que ahí arriba el resto del mundo está en contra nuestra, o si no, al menos, está plagado de monstruos peores que el coco? —preguntó Stevie Rae, que parecía cansada, pero volvía a ser la de siempre. Se irguió en la cama, se tiró cuidadosamente de la camiseta de Dixie Chicks y se reclinó despacio sobre los almohadones que Darius le colocó a la espalda—. Así que, como diría Tim Gunn en *Project Runway*, vamos a hacer que esto funcione.

—¡Ah, me encanta ese programa! —exclamó Jack.

Oí a un par de iniciados rojos musitar que estaban de acuerdo y decidí que puede que Stevie Rae hubiese tenido razón durante una de esas inútiles argumentaciones nuestras sobre telebasura: los *reality shows* pueden lograr que el mundo sea un lugar mucho mejor y traer la paz a toda la humanidad.

—Me parece bien eso de hacer que esto funcione —dije yo.

A pesar de que seguía sonando una alarma en mi interior para advertirme de que no todo era amor y comprensión entre los iniciados rojos, yo dirigí una sonrisa hacia Stevie Rae, que a su vez arrugó los labios, formando hoyuelos. Vale, era evidente que ella creía que podíamos encontrar la forma de llevarnos bien. Así que puede que mi sistema de alarmas interior se hubiera disparado sencillamente porque Venus era una puta odiosa, y no porque ella y el resto de los iniciados rojos fueran una encarnación del mal.

—Bien. Así que, para empezar, ¿podría, por favor, tomar otro vaso de sangre y vino? Que esté fuertecito de sangre.

Stevie Rae alargó el vaso vacío hacia las gemelas, que se alegraron de poder acercarse a su cama y alejarse del grupo de iniciados rojos. Yo noté que Damien y Jack, con *Duchess* a su lado, también se las habían apañado para pasar hasta donde estaba yo.

—Gracias —dijo Stevie Rae cuando Erin le cogió el vaso—. Hay unas tijeras en el cajón de allí, así que no hace falta que rompáis la bolsa con los dientes.

Stevie Rae me miró y puso los ojos en blanco. Luego comenzó a examinar a los iniciados rojos mientras Erin y Shaunee se ocupaban de volver a llenarle el vaso.

—Escuchad, ya hemos hablado de esto. Todos sabéis que vais a tener que portaros bien con Zoey y el resto de los chicos —continuó Stevie Rae, que alzó la vista hacia Darius y sonrió—. Bueno, el resto de chicos y de vampiros, quiero decir.

—¡Eh!, disculpadme, chicos. Tengo que pasar.

Me puse automáticamente a la defensiva, nada más ver a Erik empujar a la

multitud que se agolpaba en la puerta. Si alguien, digamos Venus, se atrevía a darle un mordisco, yo le daría una patada en el culo. Y punto.

Darius, sin hacer ni caso de la tensión que se respiraba en el ambiente, preguntó:

—¿Qué dice la radio de lo que está ocurriendo ahí arriba?

Erik sacudió la cabeza.

—No consigo captar ninguna emisora. He subido incluso hasta la planta baja. Pero no he captado nada más que interferencias. Y tampoco consigo que me funcione el móvil. He oído unos cuantos truenos y he visto unos cuantos rayos, tremendos. Sigue lloviendo aunque cada vez hace más frío, lo cual significa que acabará por convertirse en nieve. Además, se ha levantado un viento que es una locura. No sé si es un clima natural, o si lo están provocando Kalona y esas criaturas. De un modo u otro, probablemente sea eso lo que impide sintonizar cualquier emisora de radio y la línea de teléfono. Me pareció que querriais saberlo, por eso he bajado a decíroslo — explicó Erik, que desvió la vista de Darius a Stevie Rae, vio que ya no tenía la flecha y sonrió—. Tienes mejor aspecto.

—La ha salvado Aphrodite, dándole a beber su sangre —dijo Shaunee, que entonces se echó a reír sofocadamente.

—Sí, y ahora resulta que las dos están conectadas —terminó de explicar Erin a toda prisa, para ponerse a reír con Shaunee.

—¡Vaya!, lo decís en broma, ¿no? —preguntó Erik, que se quedó completamente atónito.

—No, no lo dicen en broma —respondió Venus con toda crudeza.

—¡Ah!, vaya. Es interesante —respondió Erik.

Yo observé como torcía los labios al quedarse mirando a Aphrodite. Ella lo ignoró por completo y siguió bebiendo directamente de la botella que tenía en la mano. Erik disimuló una enorme carcajada con una falsa tos, y luego desvió la vista hacia Venus y sus ojos se iluminaron. Asintió, volvió a su forma habitual de ser, siempre tan popular y de carácter amable y sencillo, y añadió:

—Hola otra vez, Venus.

—Erik —contestó Venus con una sonrisa salvajemente seductora, por lo que me dieron ganas de aplastarla como si fuera un bicho.

—Aphrodite ha hecho bien en empezar con las presentaciones —dijo Stevie Rae, y antes de que Aphrodite pudiera adelantársele, se apresuró a añadir—: Y no, no lo digo porque estemos conectadas.

—Me gustaría que dejarais de hablar de eso —musitó Aphrodite.

Stevie Rae siguió hablando como si no la hubiera oído.

—Creo que mostrarse amables es una buena idea, y hacer las presentaciones siempre es de buena educación. Todos conocéis a Venus —continuó Stevie Rae—. Así que empezaré por Elliot —añadió a toda prisa.

Un chico pelirrojo dio un paso adelante. Vale, morir y no morir no había contribuido mucho a darle mejor aspecto al pobre chaval. Seguía siendo regordete, pálido, y le seguían saliendo bolitas ensortijadas y puntiagudas de pelo enredado de color naranja por los lugares más insospechados de la cabeza.

—Yo soy Elliot.

Todo el mundo asintió en dirección a él.

—El siguiente es Montoya —dijo Stevie Rae.

Un chico bajito, de origen hispano, con pintas de ser un verdadero matón, con los pantalones colgando y con montones de pírsines, asintió con la cabeza. El movimiento le sacudió la abundante melena morena por la cara.

—Hola.

Apenas tenía acento hispano, y además su sonrisa resultó sorprendentemente cálida y bonita.

—Y esa es Shannon Compton —dijo Stevie Rae, pronunciando el nombre y el apellido tan seguidos, que sonó como si hubiera dicho «Shannoncompton».

—¿Shannon Compton? ¡Eh!, ¿no fuiste tú la que leyó esa pieza que llamó tanto la atención, la de los *Monólogos de la vagina*, el año pasado, en la fiesta de la escuela? —preguntó Damien.

El bello rostro de Shannon se iluminó.

—Sí, fui yo.

—Lo recuerdo porque los *Monólogos de la vagina* sencillamente me encantan. ¡Son tan motivadores! —exclamó Damien—. Y luego, justo después del espectáculo, tú te... eh...

Su voz se desvaneció y Damien se revolvió inquieto.

—Sí, fallecí —afirmó Shannon Compton.

—Sí, exacto —confirmó Damien.

—¡Oh, vaya, qué lástima! —exclamó Jack.

—¡Pero ya no está muerta, tontos! —exclamó Aphrodite con un suspiro.

—Y esta es Sophie —se apresuró a continuar Stevie Rae, frunciendo el ceño por un momento en dirección a Aphrodite, que hablaba como si estuviera ya un poco achispada.

Una chica morena y alta dio un paso adelante, tratando tímidamente de esbozar una sonrisa simpática.

—Hola.

Todos la saludamos con la mano y musitamos un «hola». Por fin conocía a los iniciados rojos de uno en uno, y eso hacía que comenzara a sentirme mejor con relación a ellos. Empezaban a ser personas, y no gente dispuesta a darnos un bocado. O al menos en ese momento no parecían dispuestos a hacerlo.

—El siguiente es Dallas —dijo Stevie Rae, señalando a un chico que estaba de

pie, detrás de Venus.

Al oír su nombre, el chico salió cansina y perezosamente de detrás de ella y musitó lo que pareció una versión escueta de «hola». Su aspecto no habría llamado en absoluto la atención de no haber sido por sus ojos, despiertos e inteligentes, y una especie de sonrisa ligona que le dedicó a Stevie Rae. ¡*Vaya!*, me dije, a la vez que me preguntaba si habría algo entre ellos dos.

—Dallas nació en Houston, cosa que nos parece a todos un poco confusa —añadió Stevie Rae.

El chico se encogió de hombros.

—Es por una historia un poco guarra que cuenta mi padre acerca de que él y mamá me concibieron en Dallas. Pero yo nunca quise conocer los detalles.

—¡*Puaj*, sexo entre los padres! —exclamó Shaunee.

—¡De lo más desagradable! —convino Erin.

El comentario de las gemelas provocó una pequeña ola de risas entre los iniciados rojos, y por fin comenzó a relajarse de verdad la tensión que se había estado respirando entre los dos grupos.

—El siguiente es Anthony, pero todos le llamamos Ant.

Ant saludó con la mano, incómodo, y dijo hola. Bueno, era evidente por qué todo el mundo lo llamaba Ant, «hormiga». Era uno de esos chavales pequeñitos que parece que tienen, digamos, diez años, cuando en realidad tienen catorce, y que se supone que ya han pasado la pubertad. Entonces, como para hacer contraste, Stevie Rae pasó al siguiente chico:

—Este es Johnny B.

Johnny B era alto y enorme. Me recordaba a Heath por su cuerpo atlético y por la confianza que parecía tener en sí mismo.

—Hola —saludó, enseñando unos dientes blancos y mirando a las gemelas de arriba abajo de forma descarada.

Las gemelas alzaron las cejas y le devolvieron el mismo tipo de mirada.

—La siguiente es Gerarty. Es la mejor artista que he conocido jamás. Ha empezado a decorar algunos trozos de los túneles. Van a quedar muy chulos cuando termine —dijo Stevie Rae, que enseguida le lanzó una sonrisa a otra rubia.

Gerarty, sin embargo, no era ni alta, ni tenía el aspecto de una Barbie. Era mona, pero su pelo rubio parecía más descolorido que dorado, y lo llevaba todo desgredado, al estilo de los años setenta. Asintió en dirección a nosotros con aspecto de sentirse incómoda.

—Y por último, aunque no por ello menos importante, Kramisha.

Una chica negra salió bruscamente del grupo. En ese momento fui consciente de que había estado distraída observando a Venus, a Aphrodite y a Stevie Rae, ya que hasta entonces no había reparado en su presencia. Iba vestida con una camisa bien

apretada de color amarillo chillón y escote muy bajo que mostraba el sujetador negro de encaje, unos vaqueros de cinturilla alta completamente pegados, y un cinturón ancho de piel dorado a juego con unos zapatos de cuña. Llevaba el pelo cortado geométricamente, abultado por delante y teñido de color naranja chillón solo en su mitad.

—Vamos a dejar las cosas claras desde ya: no comparto mi cama con nadie —afirmó Kramisha, meneando la cabeza con un gesto de aburrimiento y de cabreo al mismo tiempo.

—Kramisha, te he dicho un millón de veces que no hay ninguna razón para generar un problema donde no lo hay —le dijo Stevie Rae.

—Solo quería dejar las cosas claras ya —repitió Kramisha.

—Bien. Está claro —contestó Stevie Rae, que hizo una pausa y me miró, expectante—. Bueno, pues este es mi grupo.

—¿Y estos son todos los iniciados rojos? —preguntó Darius antes de que yo pudiera lanzarme a hacer las presentaciones.

Stevie Rae se mordió la cara interior de las mejillas sin mirar a Darius a los ojos.

—Sí, estos son todos mis iniciados rojos.

Esa no era toda la verdad. Yo lo suponía, pero cuando Stevie Rae me miró a los ojos, los suyos me suplicaron tan claramente que no dijera nada entonces que decidí mantener la boca cerrada y sonsacarle toda la historia cuando los demás no estuvieran delante.

Pero el hecho de que tuviera que retrasar el interrogatorio de Stevie Rae no contribuyó a despejar esa sensación de alarma que sentía en mi interior, sensación que volvía a mí con más fuerza en ese momento ante la evasiva de Stevie Rae. Por fin quedaba claro que ocurría algo entre los iniciados rojos, y no creía que se tratara de nada bueno.

Me aclaré la garganta y, con una voz que pretendía ser cortés y normal a pesar de que la situación no acompañaba, dije:

—Bueno, yo soy Zoey Redbird.

—Ya os he hablado de Zoey. Tiene afinidad con los cinco elementos, y fue a través de sus poderes como conseguí cambiar y todos nosotros recuperamos nuestra humanidad —comentó Stevie Rae.

Noté que Stevie Rae miraba directamente a Venus.

—Bueno, no fue solo a través de mí. Mis amigos también tuvieron mucho que ver —añadí yo, asintiendo en dirección a Aphrodite, que seguía bebiendo directamente de la botella—. A Aphrodite ya la conocéis, chicos. Ahora es humana, pero digamos que no es una humana normal —continué, evitando mencionar el tema de la reciente conexión con Stevie Rae.

Aphrodite soltó un bufido, pero no dijo nada.

—Estas son Erin y Shaunee, las gemelas. Erin tiene afinidad por el agua, y la afinidad de Shaunee es el fuego.

Las gemelas asintieron y saludaron.

—Damien y Jack son pareja —dije yo—. La afinidad de Damien es el aire. Jack es el chico audiovisual.

—Hola —saludó Damien.

—Hola, ¿qué tal? —saludó Jack, levantando la bolsa con la que aún cargaba—. He hecho sándwiches. ¿Alguien tiene hambre?

—¿Alguien puede explicarme por qué está este perro aquí? —preguntó entonces Venus, que no hizo absolutamente ningún caso del simpático comentario de Jack.

—Esa perra está aquí porque es mía —dijo Jack—. Ella se queda conmigo —añadió, agachándose y dándole golpecitos a *Duchess* en la oreja.

—*Duchess* se queda con Jack —afirmé con rotundidad mientras le lanzaba a Venus una mirada dura y pensaba en lo feliz que sería si pudiera estranglarla con la correa de la perra antes incluso de terminar con las presentaciones—. Y este es Erik Night.

—Me acuerdo de ti por las clases de teatro —comentó Shannon Compton, quien se sonrojó—. Todo el mundo te conoce.

—Hola, Shannon —sonrió Erik con sencillez—. Me alegro de volver a verte.

—Yo también me acuerdo de ti. Tú salías con Aphrodite —dijo Venus.

—Ya no —se apresuró Aphrodite a intervenir, lanzándole a Darius una miradita.

—Es evidente. Además tú ya no eres un iniciado —continuó Venus con una voz sedosa que sonó excesivamente interesada—. ¿Cuándo cambiaste?

—Hace muy pocos días —dijo Erik—. Iba de camino hacia la academia de teatro europea cuando Shekinah me pidió que sustituyera temporalmente a la profesora Nolan en la Casa de la Noche.

—¡Vaya, sabía que conocía a esa alta sacerdotisa! ¡Así que es verdad que era Shekinah! —exclamó Shannon Compton—. La vi justo antes de que se acercara hacia ese tipo de las alas y...

Shannon Compton interrumpió de golpe la frase y se mordió el labio, asustada.

—Y Neferet la matara —terminé la frase por ella.

—¿Fue Neferet quien la mató? ¿Eso lo sabes seguro? —preguntó Darius.

—Shekinah está muerta, y yo vi a Neferet matarla. Creo que la mató con la mente —dije.

—La reina *tsi sgili* —murmuró Damien—. Entonces es cierto que es ella.

—Necesito que me expliquéis todo lo que ha ocurrido —dijo Darius escuetamente.

—Y este es nuestro guerrero Hijo de Érebo, Darius —presenté yo.

—Darius tiene razón —afirmó Stevie Rae—. Nosotros también necesitamos que

nos expliquéis todo lo que ha ocurrido esta noche.

—No solo lo que ha ocurrido esta noche —sugirió Darius, dejando que su mirada descansara en el grupo de extraños iniciados de la marca roja—. Si voy a protegeros, necesito información. Tengo que saber todo lo que ha estado ocurriendo desde el principio.

—De acuerdo —convine yo.

Estaba más contenta de lo que las palabras podían expresar por tener un Hijo de Érebo con experiencia en nuestro grupo.

—Podemos comer y hablar —sugirió Jack. Lo miré, y él me dedicó una enorme sonrisa—. Comer todos juntos siempre ayuda. Las reuniones para comer siempre lo facilitan todo entre la gente.

—A menos que tú seas la comida —oí musitar a Aphrodite.

—Jack tiene razón —dijo Stevie Rae—. ¿Por qué no vais todos a por las colchonetas que hay en la cocina y cogéis unas bolsas de patatas o de lo que sea? Tomaremos algo mientras hablamos.

—Ese lo que sea, ¿podría ser sangre? —preguntó Venus.

—Sí, podría ser —concedió Stevie Rae con indiferencia, poco dispuesta a montar un escándalo por una bolsa de sangre.

—Vale, entonces iré a por más —dijo Venus.

—¡Eh!, pues ya que vas, tráeme otra botella de vino —le pidió Aphrodite.

—Sabes que no soy ninguna hermanita de la caridad, así que tendrás que pagarme —le contestó Venus.

—Lo sé —respondió Aphrodite—. Y tú deberías recordar que siempre pago mis deudas.

—Sí, antes solías hacerlo, pero parece que ahora has cambiado.

—¿En serio? ¿Quieres decir que acabas de darte cuenta de que me he vuelto humana?

—No estaba hablando de eso. Devuélveme lo que me ha costado el vino —añadió Venus antes de abandonar el dormitorio.

—¡Eh!, ¿pero no erais compañeras de habitación? —le preguntó Stevie Rae a Aphrodite.

Aphrodite hizo caso omiso de la pregunta, y yo sentí la necesidad de acercarme a ella, zarandearla y gritarle: «¡Oye, por el hecho de que dejes de hablarle o de mirarla no se va a romper tu conexión con Stevie Rae!».

—Sí, lo eran —dejó caer Erik.

Eso me hizo pensar que, como él y Aphrodite habían salido juntos, él debía de conocer a su compañera de cuarto... quizá incluso demasiado bien.

—Sí, bueno, las cosas cambian —consiguió decir por fin Aphrodite.

—La gente cambia —dije, apartando la vista de Erik.

Aphrodite me miró a los ojos. Sus labios se fruncieron, esbozando una sonrisa triste y sarcástica, antes de añadir:

—Sí, eso es condenadamente cierto.



—Vale, así que tenemos sándwiches de mantequilla de cacahuete y mermelada, y de mortadela con lonchas de queso americano procesado —enumeró Jack, pronunciando lo de las «lonchas de queso americano procesado» con desgana, como si estuviera ofreciendo sándwiches de gusanos y barro—. Y mi mezcla personal, la combinación especial digna del programa *Top Chef*: mayonesa, mantequilla de cacahuete y lechuga, todo ello en pan de trigo.

—¡Vale, Jack! ¡Qué asco! —exclamó Shaunee.

—¿Es que has perdido por completo la cabeza? —comentó Erin.

—El chico gay blanco es rarito —sentenció Kramisha, agarrando uno de los sándwiches de mortadela con queso.

Las gemelas asintieron y estuvieron de acuerdo. Kramisha se sentó en la colchoneta que había al lado de ellas.

Jack pareció mortalmente ofendido.

—Pues a mí me parecen muy ricos, y vosotras, chicas, deberíais de probar las cosas antes de rechazarlas.

—Probaré uno —dijo Shannon Compton amablemente.

—Gracias —sonrió Jack, tendiéndole un sándwich envuelto en una servilleta.

Hubo ruido de papeles. Nos apretujamos en el dormitorio de Stevie Rae, elegimos sándwiches y nos pasamos las bolsas de patatas los unos a los otros. Me sorprendió ver la cantidad de comida, de patatas fritas y de refrescos de cola que había (¡vivan los refrescos de cola!). La mezcla con las botellas de vino tinto y las bolsas de sangre compartidas resultaba extraña y hasta surrealista. Me senté en la cama con Aphrodite, Darius y Stevie Rae, que cada vez tenía mejor aspecto. Por un segundo, con el ruido que hacían los chicos al comer y al hablar, me resultó fácil imaginar que estábamos en una especie de edificio desvencijado de la Casa de la Noche; olvidar que estábamos en un túnel bajo tierra, debajo de la ciudad, y que nuestras vidas estaban a punto de cambiar para siempre. Por un segundo no fuimos más que un grupo de chicos, unos más amigos y otros menos, que se reúnen para pasar una noche juntos.

—Cuéntame lo que sabes de la criatura que surgió de la tierra y de los seres como pájaros que salieron después.

Las palabras de Darius acabaron con la fantasía de los amigos que se reúnen para pasar una noche juntos como si se tratara de un castillo de naipes.

—Desgraciadamente, no sabemos de él tanto como nos gustaría, y lo poco que sabemos ha sido a través de mi abuela —expliqué. Me tragué la tensión que me provocó el simple hecho de mencionarla y añadí—: Mi abuela entró en coma, así que

ya no puede ayudarnos más.

—¡Oh, Z! ¡Cuánto lo siento! ¿Cómo fue? —me preguntó Stevie Rae, poniendo una mano sobre mi brazo.

—La versión oficial es que tuvo un accidente de coche. La verdad es que el accidente fue provocado por un cuervo del escarnio, porque ella sabía demasiado acerca de ellos —expliqué.

—Cuervos del escarnio... ¿son esos seres que salieron de la tierra detrás del hombre con alas? —preguntó Darius.

Asentí.

—Son sus hijos. Producto de la violación de las mujeres cheroquis hace más de mil años. Al resquebrajar Kalona la tierra, recuperaron sus cuerpos.

—¿Y conoces a esas criaturas porque pertenecen a la leyenda cheroqui? —siguió preguntando Darius.

—Sí. Bueno, en realidad las conocemos porque Aphrodite tuvo una visión hace un par de días en la que vio lo que creemos que fue la profecía del retorno de Kalona. Estaba escrita a mano con la letra de mi abuela, así que la llamamos y se lo contamos. Ella reconoció las estrofas y vino a la Casa de la Noche a ayudarnos —relaté. Hice una pausa y traté de calmarme y de serenar mi voz—. Por eso es por lo que la atacaron los cuervos del escarnio.

—¡Ojalá tuviéramos esa profecía! —dijo Damien—. Me gustaría echarle un vistazo y revisarla ahora que Kalona está libre.

—Eso es fácil —dijo Aphrodite.

Aphrodite dio un largo sorbo de la botella de vino, soltó un par de hipos y comenzó a recitar:

Resurgir quiere aquel que desde antaño dormita.
El poder de la tierra deberá sangrar de un rojo sagrado,
para que la marca se haga realidad, tal y como la reina *tsi sgili* imagina
cuando él de su lecho de ultratumba sea izado.

Él será libre a través de la mano de los fallecidos.
Terrible belleza, monstruoso panorama.
De nuevo serán regidos,
y ante este oscuro poder se arrodillarán las damas.

Dulce suena la canción de Kalona
Mientras masacramos con gélido calor.

—¡Vaya! ¡Bien hecho! —exclamó Jack, quien comenzó a aplaudir.
Aphrodite inclinó la cabeza dignamente y dijo:

—Gracias... gracias... No es para tanto. En serio.

Y enseguida siguió bebiendo vino.

Tomé nota mentalmente de controlar lo que bebía. Vale, sí, últimamente había sufrido mucha tensión, y el hecho de que Stevie Rae le mordiera por segunda vez y además, y aun resultando extraño, creara una conexión con ella, no podía ser nada bueno para sus nervios. Pero solo nos faltaba que la chica visionaria se convirtiera en la chica alcohólica visionaria.

Darius asintió pensativo.

—Kalona es el que desde antaño dormita, pero eso no explica qué tipo de ser es.

—La abuela dice que el modo más sencillo de describirlo es decir que es un ángel caído, un ser inmortal que caminaba por la tierra en los tiempos antiguos. Parece ser que antes había un montón de ellos por ahí, y que aparecen en la mitología de muchas culturas de hace siglos como la de la Grecia antigua o el Viejo Testamento.

—Sí, y estando de vacaciones del cielo o algo así, decidieron que las mujeres eran muy sexis, así que se aparearon con ellas —explicó Aphrodite, que articulaba ligeramente mal las palabras—. Lo de aparearse es la manera fina de decir que fo...

—Gracias, Aphrodite. Seguiré con la explicación —la interrumpí.

Me alegré de que a Aphrodite se le hubiera pasado el enfado, pero no estaba segura de que su sarcasmo de borracha fuera mucho mejor. Damien me tendió un sándwich en silencio, con un gesto de asentimiento hacia Aphrodite. Le pasé el sándwich, diciéndole:

—Toma, come algo.

Acto seguido retomé el hilo de la historia.

—Así que Kalona tuvo relaciones con mujeres cheroquis, y enseguida se hizo extrañamente adicto al sexo. Pero entonces las mujeres lo rechazaron, y él comenzó a violarlas y a esclavizar a los hombres de la tribu. Un grupo de mujeres sabias, llamadas *ghigua*, crearon a una doncella de barro para tenderle una trampa.

—¿Cómo? —preguntó Stevie Rae—. ¿Quieres decir que hicieron una muñeca de tierra?

—Sí, solo que era muy atractiva. Cada una de esas mujeres le dio a la muñeca un don en particular, y luego le insuflaron vida y la llamaron A-ya. Kalona deseaba a A-ya, pero ella huyó de él y lo llevó hasta una cueva en lo más profundo de la tierra. Él la siguió a pesar de que siempre evitaba meterse bajo tierra, y así fue como lo atraparon.

—Y por eso es por lo que nos has traído aquí, a estos túneles —dijo Darius.

Asentí.

—Así que tenemos que pensar en Kalona como en un ser peligroso e inmortal, y en los cuervos del escarnio como en sus sirvientes. Pero ¿quién es la otra criatura que menciona la profecía, a la que también ha nombrado Damien, la reina *tsi sgili*? —

preguntó Darius.

—Según mi abuela, las *tsi sgili* son brujas cheroquis verdaderamente terribles. No molan. No hay que pensar en ellas como si fueran hechiceras wiccanas o sacerdotisas. No son en absoluto buenas, sino que más bien son demonios, pero mortales. Son conocidas por sus habilidades psíquicas, sobre todo por la habilidad de matar con la mente —expliqué—. Neferet es la reina de la que habla la profecía.

—Pero cuando estábamos en la Casa de la Noche, Neferet anunció que Kalona era Érebo, que había vuelto a la tierra y que era su consorte; como si ella fuera la encarnación de Nyx —dijo Darius muy lentamente, como si estuviera razonando en voz alta.

—Miente. En realidad ella le ha dado la espalda a Nyx —aclaré—. Hace tiempo que lo sé, pero es casi imposible actuar abiertamente en contra de Neferet. Quiero decir que... ¡mira lo que ha ocurrido esta noche! Todo el mundo ha visto a Stevie Rae y a los iniciados rojos, pero nadie se ha vuelto en contra de ella. Excepto Shekinah, la gente apenas ha parpadeado después de que ella le ordenara a Stark disparar.

—Y por eso es por lo que Neferet ordenó que trasladaran a Stark de la Casa de la Noche de Chicago a la de Tulsa —concluyó Damien. Casi todo el mundo lo miró con un gesto de confusión, así que Damien se explicó—: Stark es James Stark, el iniciado que ganó la medalla de oro en los Juegos de Verano por su puntería con el arco. Neferet quería que viniera aquí para que le disparara a Stevie Rae.

—Es lógico —dijo Aphrodite—. Todos sabemos que Neferet está relacionada con los iniciados no muertos. Es evidente que quería utilizar a Stark, y su plan ha funcionado porque Stark está no muerto y bajo su control.

Aphrodite pareció complacida con su deducción. Alzó la botella de vino y se la terminó con un largo trago.

—Entonces supongo que tengo suerte de que le haya fallado la puntería ahora que ha muerto y ha vuelto a la vida —comentó Stevie Rae.

—No es eso —dije, sin querer—. Erró el tiro a propósito.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Stevie Rae.

—Antes de morir, Stark me contó cuál era el don que le había concedido Nyx. Jamás falla al apuntar. No puede. Siempre le da al blanco.

—Entonces, si falló a propósito y no mató a Stevie Rae, eso quiere decir que no está del todo bajo la influencia de Neferet —concluyó Damien.

—Dijo tu nombre —intervino Erik. Sus penetrantes ojos azules parecieron ver en mi interior—. Lo recuerdo con mucha claridad. Estoy absolutamente seguro de que te reconoció justo antes de dispararle a Stevie Rae. Dijo incluso que había vuelto a por ti.

—Estaba con él cuando murió —expliqué a la vez que le dedicaba una mirada penetrante a Erik y trataba de aparentar indiferencia, a pesar de lo culpable que me

sentía por la atracción que me inspiraba otro chico más que tampoco era él—. Justo antes de que muriera, le dije que los iniciados de la Casa de la Noche de Tulsa volvían a la vida después de muertos. De eso era de lo que hablaba él.

—Bueno, pues es evidente que había algún tipo de conexión entre vosotros dos —concluyó Darius—. Y eso ha sido probablemente lo que ha salvado a Stevie Rae.

—Pero Stark no era el mismo de siempre, eso seguro —insistí, apartando la vista de Erik. Apenas habían pasado unos días desde que Stark y yo nos habíamos besado y él había muerto en mis brazos, y sin embargo me daba la sensación de que hacía una eternidad—. Por mucho que tratara de resistirse, es evidente que estaba bajo la influencia de Neferet.

—Sí, es como si ella lo hubiera hechizado o algo así —sugirió Jack.

—Espera un momento, eso me recuerda una cosa —dijo entonces Damien—. Me acuerdo de que, por un momento, casi todo el mundo se quedó atónito y hasta desorientado cuando apareció Kalona.

Venus soltó un bufido que me recordó mucho a Aphrodite cuando se ponía en plan sarcástico, que era cuando menos me gustaba.

—Sí, todo el mundo excepto nosotros —dijo Venus. Entonces hizo un gesto que englobaba a todos los iniciados rojos y añadió—: Nosotros comprendimos que él era el mal y que era una completa cagada nada más verlo.

—¿Cómo? —solté yo bruscamente—. ¿Cómo os disteis cuenta vosotros? Todos los otros iniciados, bueno, excepto nosotros, cayeron casi rendidos de rodillas a sus pies nada más verlo. Ni siquiera los guerreros, los Hijos de Érebo, movieron un dedo en su contra.

También había sentido la atracción que ejercía Kalona, pero no quise admitirlo abiertamente delante de Venus.

Venus se encogió de hombros.

—Bueno, era evidente. Sí, es muy sexi y todo eso, pero ¡venga ya! Salió después de que se abriera la tierra y de que Stevie Rae se desangrara allí mismo.

La observé con detenimiento y me pregunté si habría reconocido al mal en Kalona precisamente porque había estado demasiado cerca de él.

—Mira, tenía alas. Y eso no puede ser bueno —añadió Kramisha, reclamando en parte mi atención—. A mí, mi mami siempre *ma'* dicho que no confíe en los chicos blancos. Ni aunque sean guapos. Y un chico blanco guapo con alas, que sale de la tierra en medio de un montón de sangre junto con unas cosas feas que parecen pájaros tiene que ser el doble de malo.

—En eso tiene razón —confirmó Jack que, evidentemente, olvidaba que él era un chico blanco guapo.

—Tengo algo que deciros —anunció entonces Damien. Todos tratamos de desviar la atención de Kramisha—. De no haber estado en medio de nuestro círculo,

completamente invocado, rodeado de todos vosotros y con Aphrodite gritándonos a todos que permaneciéramos juntos y que había que salir de allí, probablemente yo también habría caído de rodillas ante él.

Sentí un pinchazo de inquietud.

—¿Y vosotras, chicas? —les pregunté yo a las gemelas.

—Era muy sexi —admitió Shaunee.

—A tope —confirmó Erin. Erin miró a Shaunee. Su gemela asintió, así que ella continuó—: A nosotras también nos habría hechizado. De no habernos gritado Aphrodite de esa forma tan desagradable para que mantuviésemos el círculo, ahora mismo estaríamos allí, en medio de ese jaleo.

—Lo cual no habría sido nada bueno —añadió Shaunee.

—Pues eso es lo que digo —añadió Kramisha.

—¡Así que otra vez he vuelto a salvar a la pandilla de lerdos! —dijo Aphrodite, arrastrando las palabras.

—Cómete el sándwich —le ordené. Entonces me giré hacia Erik—. ¿Y tú? ¿Te hizo él sentir...?

No supe cómo terminar la frase.

—¿Ganas de quedarme y adorarlo? —intervino Erik. Asentí—. Bueno, sí, sentí su poder. Pero acuérdate de que yo acababa de enterarme de que ocurría algo raro con Neferet. Y como él estaba con ella, me figuré que no podía ser bueno. Así que, sencillamente, traté de pensar en otra cosa.

Nuestras miradas se encontraron. Ambos sostuvimos la del otro. Por supuesto, Erik sabía que Neferet tramaba algo malo porque había sido testigo de mi enfrentamiento con ella. Además, para entonces él ya se había dado cuenta de que yo solo lo había engañado y había estado con el vampiro y poeta laureado Loren Blake porque Neferet lo había enviado a propósito para seducirme y aislarme de mis amigos.

—Así que Kalona no consigue afectar a los iniciados rojos tanto como a los normales —concluyó Darius—. Aunque los iniciados normales pueden controlar el poder que él ejerce sobre ellos si se ven en la necesidad. Y por lo que ha descrito Erik, unido a lo que sé por mi propia reacción, es posible que los vampiros sean menos sensibles a él que los iniciados —dijo Darius, que entonces miró a Jack—. ¿Tú querías quedarte y adorar a Kalona?

Jack negó con la cabeza.

—No. Pero es que no lo miré mucho. Quiero decir que estaba realmente preocupado por Stevie Rae, y luego no pensaba en otra cosa más que en quedarme con Damien. Y además *Duchess* estaba muy alterada por la repentina presencia de S-t-a-r-k —dijo, deletreando el nombre mientras acariciaba a *Duchess*—. Tenía que cuidar de ella.

—¿Por qué a ti no te afectó? —le pregunté a Darius.

Vi cómo sus ojos se desviaban hacia Aphrodite, que mordisqueaba el sándwich con aire de estar contenta.

—Tenía otras cosas en la cabeza —explicó Darius, que hizo una pausa—. Aunque sí sentí la atracción. Pero recuerda que me encuentro en una posición diferente de la de mis hermanos guerreros. Ninguno de ellos ha tenido una relación estrecha con tu grupo. Cuando a un Hijo de Érebo le asignan la protección de alguien, se crea un lazo con esa persona. Eso es lo que me ocurrió cuando me encargaron escoltaros a Aphrodite y a ti —dijo Darius con una cálida sonrisa—. A menudo un grupo de guerreros protege a una sola sacerdotisa durante toda su vida. No es por casualidad que nos llamen con el nombre del fiel consorte de la diosa, Érebo.

Le devolví la sonrisa y deseé que Aphrodite se portara bien con él y no le rompiera ese noble corazón.

—¿Qué crees que está sucediendo ahí arriba ahora mismo? —preguntó de pronto Jack.

Todo el mundo alzó la vista hacia el techo curvo de aquel pequeño dormitorio instalado en el túnel, y comprendí que no era la única que se alegraba de que la capa de tierra que nos separaba de la superficie fuese grande y profunda.

—No lo sé —contesté. Preferí decir la verdad que soltar cualquier frase sin sentido como «Estoy segura de que todo va bien». Así que me concentré intensamente y elegí con mucho cuidado las palabras—. Sabemos que se ha liberado un antiguo ser inmortal de su prisión en la tierra. Sabemos que trae consigo criaturas que son como demonios, y que la última vez que caminó sobre la tierra violó a las mujeres e hizo esclavos a los hombres. Sabemos que nuestra alta sacerdotisa y quizá incluso lo que queda de la Casa de la Noche se han... bueno, a falta de una descripción mejor, se han pasado al lado oscuro.

Hice una pausa, y Erik aprovechó para decir en medio del silencio:

—La analogía con *La guerra de las galaxias* siempre funciona.

Yo sonreí, volví a ponerme seria y continué:

—Lo que no sabemos es cuánto daño han hecho Kalona y los cuervos del escarnio en la ciudad. Erik dice que había una especie de tormenta eléctrica junto con la tormenta de lluvia y nieve, pero puede que eso no lo haya causado ningún poder sobrenatural. Esto es Oklahoma, y el clima aquí puede ser muy extraño.

—¡Oooooo-klahoma! ¡El hogar de los tornados de polvo y las tormentas de hielo más cañeras! —entonó Aphrodite.

Reprimí un suspiro e ignoré a la chica alcohólica visionaria y conectada.

—Pero, por otro lado, entre las cosas que sí sabemos está el hecho de que estamos a salvo aquí abajo. Tenemos comida, refugio y todo eso —continué. O, al menos, esperaba que estuviéramos a salvo. Le di unos golpecitos a la cama sobre la que

estaba sentada, que tenía unas preciosas sábanas verdes, y añadió—: Oye, y hablando de «todo eso». ¿Cómo os habéis bajado todas estas cosas? —le pregunté a Stevie Rae—. No es que pretenda ser mala, pero esta cama, la mesa, las neveras y todas estas cosas son una verdadera mejora en comparación con las alfombras viejas y las porquerías que vi aquí hace más o menos un mes.

Stevie Rae me dedicó una de sus bonitas sonrisas y contestó:

—En su mayor parte ha sido todo gracias a Aphrodite.

—¿Aphrodite? —repetí, arqueando las cejas.

Me quedé mirándola exactamente igual que todos los demás.

—¿Qué puedo decir? Me he convertido en el ejemplo a seguir para cualquier filántropo pardillo. ¡Menos mal que soy atractiva! —comentó Aphrodite que, acto seguido, soltó un eructo igual que un tío—. ¡Ups! *Scusa*.

—¿«*Scusa*»? —repitió Jack.

—Es italiano, memo —contestó Aphrodite—. Trata de ampliar tus horizontes gais.

—Y, exactamente, ¿qué relación tiene Aphrodite con las cosas que tenéis aquí abajo? —la interrumpí, convencida de que acabarían por discutir.

—Ella lo compró todo. De hecho, fue idea suya —contestó Stevie Rae.

—¿*Scusa*? —repetí entonces, sin reprimir la sonrisa.

—Estuve aquí abajo dos días. ¿Qué querías?, ¿que viviera en este cuchitril? ¡Imposible! Tengo tarjetas de crédito, así que decidí decorarlo todo. Creo que es una tendencia que me viene de familia, igual que el gusto por el martini muy seco —dijo Aphrodite—. Hay un Pottery Barn en la plaza de Utica, bajando por esta misma calle. Hacen repartos. Y también los hacen en Home Depot, que tampoco está lejos de aquí, aunque de eso no me enteré hasta que no me lo dijo uno de esos *frikis*, porque nunca voy a comprar electrodomésticos, por supuesto.

—No son *frikis* —la regañó Stevie Rae.

—¡Vaya! Pues muérdeme —contestó Aphrodite.

—Ya te ha mordido —dijo Venus.

Aphrodite dirigió la vista hacia Venus, pero estaba medio mareada y, antes de que pudiera darle una respuesta, el chico que se llamaba Dallas intervino:

—Era yo quien sabía que el Home Depot estaba allí —explicó Dallas. Todos lo miramos. Él se encogió de hombros—. Se me da bien construir cosas.

—¿Y os trajeron las cosas hasta aquí abajo desde el Home Depot y el Pottery Barn? —preguntó Erik.

—Bueno, técnicamente hablando, no —contestó Stevie Rae—. Las llevaron al edificio Tribune Lofts, que está aquí mismo. Y con un poco de... digamos de amistosa persuasión, les convencimos para que las trajeran hasta aquí y luego se olvidaran por completo de dónde las habían dejado. Así que ¡*tachán!* ¡Casita nueva!

—Sigo sin comprender. ¿Cómo pudisteis convencer a los humanos de que bajaran aquí? —preguntó Darius.

Suspiré y dije:

—Hay algo que deberías saber acerca de los vampiros rojos...

—Y de los iniciados rojos también, solo que en ellos no es tan fuerte —me interrumpió Stevie Rae.

—Vale, y de los iniciados rojos. Tienen el poder de controlar la mente de los humanos.

—Suena mucho peor de lo que en realidad es —se apresuró a asegurarle a Darius Stevie Rae enseguida—. Yo lo único que hago es borrarles un poco la memoria a los chicos del reparto. Pero no trato de controlarlos para nada. No utilizamos ese poder para ser odiosos y esas cosas. ¿Verdad, chicos? —preguntó Stevie Rae en dirección a su grupo de iniciados rojos.

—Verdad —musitó el grupo.

Noté que Venus no contestaba nada, y que Kramisha miraba a su alrededor en la habitación con aires de culpabilidad.

—Pueden controlar la mente de los humanos. No pueden soportar la luz directa del sol en absoluto. Tienen un poder de recuperación excelente. Y tienen que estar cerca de la tierra para sentirse realmente cómodos —resumió Darius—. ¿Me olvido de algo?

—Sí —afirmó Aphrodite—. Muerden.



—Ya basta. No te dejes beber más —le dije a Aphrodite.

Los iniciados rojos prorrumpieron en carcajadas.

—Aphrodite está loca aunque no esté ni borracha, ni conectada con nadie, ni *na'* —dijo Kramisha—. Aunque nosotros ya estamos acostumbrados.

—Bueno, pero es cierto —continué, respondiendo a la pregunta de Darius y elevando la voz por encima de las carcajadas—. Todo eso que has dicho de los iniciados rojos es cierto.

—De los iniciados rojos y de un vampiro —me corrigió Stevie Rae con orgullo, a pesar del cansancio—. ¡Ah!, y además puedo decirte que el sol ha salido hace... —Stevie Rae hizo una pausa y ladeó la cabeza como si estuviera escuchando el sonido de los grillos—. Sesenta y tres minutos exactamente.

—Todos los vampiros adultos saben a qué hora sale el sol —contestó Darius.

—Pero apuesto a que eso no les produce tanto sueño como a mí —dijo Stevie Rae, que para resaltar sus palabras terminó la frase con un bostezo.

—No, por lo general no —admitió Darius.

—Bueno, pues a mí me da muchísimo sueño —dijo ella—. Sobre todo hoy, y apuesto a que es por culpa de esa flecha que me ha traspasado de parte a parte.

Nada más mencionarlo Stevie Rae, y una vez que ya se me había pasado el efecto del trago de sangre, sentí de nuevo un terrible agotamiento. Miré a mi alrededor y me fijé en el grupo de iniciados y vampiros azules y rojos: muchos de ellos tenían ojeras, y unos cuantos reprimían bostezos. Pero a mí el problema de Kalona y de la Casa de la Noche me seguía consumiendo la mente. Y lo mismo esa sensación, cada vez más fuerte, de que no todo era lo que parecía con los iniciados rojos. Sin embargo, estaba demasiado cansada como para enfrentarme a tantos problemas en ese momento.

Me hubiera gustado poder echarme a llorar, pero en lugar de ello, me aclaré la garganta, traté de concentrarme una vez más, y dije:

—¿Y si dormimos un poco? Aquí estamos más o menos a salvo y, en realidad, de momento, al estar todos tan cansados como para incluso dormirnos de pie, tampoco podemos hacer nada con relación a lo que está pasando ahí arriba.

—De acuerdo —convino Darius—. Pero creo que deberíamos de poner centinelas en las entradas de los túneles... si es que nos das tu aprobación, sacerdotisa. Por si acaso.

—Sí, me parece una medida inteligente, Stevie Rae, ¿hay más entradas a los túneles, aparte de la estación abandonada?

—Z, creía que sabías que hay una red de túneles que conectan un montón de

edificios antiguos del centro de la ciudad —explicó Stevie Rae—. Esta sección es solo una parte de toda esa red.

—Pero nadie baja aquí ni usa esta sección de los túneles en concreto excepto vosotros, chicos, ¿verdad?

—Bueno, no, esta parte en concreto no, porque todo el mundo piensa que es una parte muy vieja y asquerosa y que está abandonada.

—¿Y no será porque son túneles viejos y asquerosos, y están abandonados? —sugirió Aphrodite con sarcasmo, arrastrando las palabras.

Noté que Aphrodite hacía caso omiso de la orden que le había dado de dejar de beber y comenzaba la segunda botella.

—Eso no es justo. Ni son asquerosos, ni están abandonados —dijo Kramisha, elevando la voz y frunciendo el ceño en dirección a Aphrodite—. Estamos nosotros, así que no están abandonados, y además los hemos decorado. Y tú deberías saberlo mejor que nadie, porque hemos usado tu tarjeta oro sin límite de crédito para pagarlo *to'*.

—Sí, ¿y también usaste esa horrible forma de hablar? —le preguntó Aphrodite, alzando la cabeza desde detrás de Darius.

—Escucha, ya sé que estás molesta porque eres humana y porque acabas de conectar con Stevie Rae, por no mencionar que estás completamente borracha. Por eso no me gustaría tener que usar mis poderes superiores de iniciada roja para darte una patada en el culo. Pero como sigas hablándome así, voy a tener que dejar de ser amable contigo.

—¿Podríamos, por favor, concentrarnos en los tipos malos que puede que intenten comernos, en lugar de discutir los unos con los otros? —pregunté con cansancio—. Stevie Rae, ¿están conectados los otros túneles con estos?

—Sí, pero están sellados o, al menos, eso es lo que le parecería a todo el mundo si echara un vistazo.

—Entonces, ¿solo hay una entrada desde esta sección a la parte pública de los túneles? —preguntó Darius.

—Solo una, que yo sepa. Pero la bloquearon con unas puertas de metal muy gordas. ¿Y vosotros, chicos?, ¿habéis encontrado alguna conexión más? —les preguntó Stevie Rae.

—Bueno, podría ser —contestó Ant.

—¿Cómo que podría ser? —inquirió Stevie Rae.

—Estaba explorando y de repente encontré algo, pero era una ranura demasiado pequeña incluso para mí, así que no entré. Quería volver con una pala para echar un vistazo o, mejor aún, volver con Johnny B, que tiene buenos músculos, pero la verdad es que no he podido.

Johnny B sonrió e inclinó la cabeza. No le hice caso, pero las gemelas sí que le

devolvieron la sugerente sonrisa.

—Así que, en resumen, lo que estáis diciendo es que aparte de la entrada de la estación, solo hay otra entrada que une esta parte de los túneles con la otra, ¿no es eso? —concluí.

—Eso creo —dijo Stevie Rae.

—Entonces aconsejaría poner dos centinelas, sacerdotisa —dijo Darius—. Uno en la entrada de la estación, y el otro en la entrada que conocemos del sistema de túneles.

—Muy bien, eso me parece una buena idea —asentí.

—Yo haré el primer turno en la estación —añadió Darius—. Erik, tú deberías de ocupar mi puesto después. Es nuestro punto más vulnerable, así que deberían vigilarlo los vampiros que ya han superado el cambio.

—De acuerdo —convino Erik, con un gesto afirmativo.

—Jack y yo haremos la primera guardia en la entrada sellada del sistema de túneles —se ofreció Damien—. Es decir, si os parece bien, chicos.

—Sí, incluso podríamos planear algunos menús y tomar nota de las cosas que hacen falta en la cocina —sugirió Jack.

—Eso suena bien —dije sonriendo en dirección a los dos.

—Estoy de acuerdo. Shaunee y Erin, ¿podrías relevarlos en el siguiente turno?

—Por nosotras, bien —contestó Erin, después de que ambas se encogieran de hombros.

—Bien, porque me parece que sería más inteligente que los iniciados rojos no hicieran ningún turno de centinela durante las horas de luz —añadió Darius.

—¡Eh, oye!, que nosotros también podemos darles alguna que otra patada en el culo a esos bichos —exclamó Johnny B, rebosante de testosterona pero poco más.

—No es por eso —contesté, ya que enseguida supuse la razón por la que lo había dicho Darius—. Tenemos que dejaros dormir para que podáis vigilar por la noche, que es cuando sois más fuertes. Lo cual significa, con un poco de suerte, que seréis más fuertes que las criaturas que vengan a por nosotros.

Lo que no dije, naturalmente, fue que aunque Darius no hubiera mencionado a propósito el tema de la luz del día, de todos modos me habría inventado algo. Porque no quería que los chicos de Stevie Rae me «protegieran» hasta que no tuviera plena confianza en ellos.

—¡Ah!, bueno. Sí, eso podemos hacerlo. Me mola eso de proteger a una sacerdotisa y a su grupo —dijo Johnny B, guiñándome un ojo con picardía.

No puse los ojos en blanco. Reprimí las ganas de hacerlo. Dejando a un lado el asunto de que fuera un iniciado rojo, lo último que me hacía falta era otro jugador de fútbol en mi vida. Desvié la vista hacia Erik y me esforcé por no dar un salto del susto. Me sentía culpable. Sí, él había estado observándome. Genial. Apenas me

había hecho caso desde que habíamos bajado a los túneles, y justo iba a elegir el momento en el que otro chico trataba de ligar conmigo para quedárase mirando.

Jack alzó la mano como un buen estudiante.

—Eh... tengo una pregunta.

—¿Sí, Jack? —pregunté.

—¿Dónde dormimos?

—Buena pregunta —respondí. Me giré hacia Stevie Rae—. ¿Dónde dormimos?

Johnny B se le adelantó a Stevie Rae.

—Para que conste, yo sí comparto la cama. Mi corazón es mucho más generoso que el de Kramisha.

—Lo que tú quieres compartir no es el corazón —replicó Kramisha.

—¡No me trates así, nena! —exclamó Johnny B, imitando infructuosamente el modo de hablar afroamericano.

—Tú estás loco —le contestó Kramisha, poniendo los ojos en blanco.

—Bueno, tenemos unos cuantos sacos de dormir —los interrumpió Stevie Rae, que parecía a punto de quedarse dormida—. Venus, ¿podrías enseñarles los túneles a Zoey y al resto de los chicos? Me imagino que cada uno puede dormir en la habitación que más le guste —añadió, haciendo una pausa y sonriendo cansada en dirección a Kramisha—. Bueno, donde más le guste a excepción de la cama de Kramisha.

—Podéis quedaros en mi habitación. Eso me parece bien —dijo Kramisha—. Pero en mi cama no.

—¿Es que todos tenéis habitación, chicos?

No pude evitar cierto tono de sorpresa al hacer la pregunta. Todo era muy distinto de la primera vez que había bajado a los túneles. Por aquel entonces, difícilmente se habría dicho de los chicos que tenían algo de humanos, y los túneles eran oscuros, sucios y tenebrosos. El dormitorio en el que estábamos en ese momento, sin embargo, resultaba acogedor: a la luz de las oscilantes lámparas de aceite y de las velas, los muebles resultaban cómodos y evidentemente eran nuevos, y había incluso cojines a juego en la cama. Todo parecía muy normal. ¿Acaso era yo quien me imaginaba que sucedía algo extraño solo porque estaba terriblemente cansada y ni siquiera podía pensar?

—Todos los que han querido se han montado su propio dormitorio —respondió Venus—. No era tan difícil. En esta parte de la red de túneles había muchos callejoncitos sin salida. No había más que transformarlos en dormitorios. Yo, desde luego, tengo el mío —explicó, lanzándole una sonrisa a Erik.

Tuve que recordarme que no era muy ético evocar al fuego para pedirle que le quemara el pelo a aquella rubia.

—Es porque probablemente era aquí donde almacenaban la mayor parte del

alcohol de contrabando durante la época de la prohibición —dijo Damien—. Es lógico, porque es justo aquí donde los túneles se cruzan con las vías del tren y, por lo tanto, es donde sería más fácil sacar y meter la mercancía a escondidas por la noche.

—¡Qué guay y qué romántico! —suspiró Jack—. Me refiero a todo eso de los felices años veinte, eso de burlar la ley, de los bares escondidos y de los gánsteres.

Damien le dedicó una sonrisa indulgente y comentó:

—Bueno, pero la prohibición de hecho en Tulsa se prolongó hasta 1957.

—Da igual. Aunque bueno, eso ya no suena tan romántico. Más bien suena a ser gay bajo la rígida moral religiosa de la zona del Cinturón de la Biblia —dijo Jack con una risita sofocada—. ¡Nada más y nada menos que gay! ¡Je je!

—Eres una monada y además eres divertido. Y por eso te quiero —le dijo Damien, que le plantó un sonoro beso en la boca, provocando de inmediato que *Duchess* se pusiera a ladrar.

—Vale, voy a vomitar —dijo Aphrodite.

—¡Ah!, y tengo otra pregunta —añadió Jack, frunciendo el ceño en dirección a Aphrodite.

Jack hizo ademán de levantar el brazo, y entonces yo pregunté:

—Sí, Jack, ¿qué ocurre?

—¿Dónde hacemos pipí?

—¿«Pipí»? ¿de verdad ha dicho «pipí»? —repitió Aphrodite, que comenzó a reírse sofocadamente hasta que terminó por soltar un bufido.

Nadie le hizo caso.

—Es fácil —dijo Stevie Rae, abriendo la boca inmensamente para bostezar—. Venus, ¿te importa enseñarles los servicios?

—¿Pero es que también tenéis servicios? ¿Y eso cómo?, ¿es que hay cañerías en los túneles?

Venus me lanzó una miradita despectiva, como diciéndome que yo no lo sabía absolutamente todo, y contestó:

—De hecho, son servicios completos. Con ducha y todo.

—¿Con ducha de agua caliente? —preguntó Jack con entusiasmo.

—Por supuesto. No somos tan bárbaros —contestó Venus.

—Pero ¿cómo? —insistí en preguntar.

—Están en el edificio de la estación, justo encima de nosotros —dijo Stevie Rae—. Hemos estado inspeccionando el edificio a fondo. Los servicios están totalmente tapados con tablas para que no pueda pasar nadie excepto desde el sótano. Así controlamos quién entra y quién sale.

—Y, sencillamente, no dejamos pasar a nadie —añadió Venus con cierto aspecto ligeramente peligroso.

Vale, sinceramente, esa chica me gustaba cada vez menos. Y en esa ocasión no

tenía nada que ver con el hecho de que se le cayera la baba por Erik.

—¡Un baño exclusivo! ¡Justo como a mí me gustan! —exclamó Aphrodite, que eructó otra vez.

—Bueno —continuó Stevie Rae, quien puso los ojos en blanco por un momento al mirar a Aphrodite—, el caso es que estábamos inspeccionando la estación y nos encontramos con dos vestuarios: uno para hombres y otro para mujeres. Supusimos que eran para los empleados de la estación. Ahí arriba hay incluso un gimnasio. Y Dallas se encargó del resto —explicó Stevie Rae, que se dejó caer cansadamente sobre las almohadas, haciéndole un gesto a Dallas para que él siguiera contándonos el resto.

Dallas se encogió de hombros con indiferencia, pero por su forma de sonreír, estaba claro que sabía que lo que había hecho molaba mucho.

—Yo simplemente busqué la tubería de entrada a la estación con la conexión principal del agua corriente y la abrí. Las cañerías seguían en buen estado.

—Eso no fue lo único que hiciste —dijo Stevie Rae.

Dallas sonrió en dirección a Stevie Rae, y una vez más capté algo entre ellos. ¡Vaya! Sin duda Stevie Rae tendría que contarme la primicia más adelante.

—Bueno, también hallé el modo de conseguir electricidad. Y gracias a eso conseguimos que funcionaran los calentadores de agua. Y después, con la tarjeta de crédito de Aphrodite, compramos metros y metros de cable y cosas así, y empalmé todo el viejo sistema de luz eléctrica del túnel. Un pequeño trabajito aquí, otro allá, y conseguimos agua caliente arriba y luz eléctrica abajo.

—¡Uau! —exclamó Jack—. Mola un montón.

—Impresionante —convino Damien.

Dallas siguió sonriendo.

—Entonces, ¿queréis usar los servicios o no? —preguntó Venus.

Me pareció que hablaba como una gruñona. O quizá «puta» fuera una palabra mucho más adecuada para describirla.

—Eh... ¿y qué tal andáis de cosméticos para el cuidado del pelo aquí abajo? —preguntó Shaunee.

—¡Tranquilas, chicas! Fue lo primerito de lo que me ocupé en cuanto recuperé el sentido. No hay de qué preocuparse. Lo tengo *to'* resuelto —dijo Kramisha mientras se ponía en pie y se alisaba las arrugas del vaquero superajustado a las nalgas.

—¡Genial! —dijo Erin—. Entonces vamos.

Yo me quedé la última mientras todos los demás se ponían en fila para salir del dormitorio de Stevie Rae.

—¡Eh!, Z, ¿quieres volver a ser mi compañera de cuarto? —me preguntó Stevie Rae con aspecto de estar agotada, pero con su sonrisa de siempre.

—Naturalmente.

Las dos desviamos la vista entonces hacia Aphrodite, que seguía medio tumbada a los pies de la cama, semiapoyada sobre Darius.

—Aphrodite, ve a por un saco de dormir. Puedes quedarte aquí también con nosotras —dijo Stevie Rae.

—Vale, escucha. De ningún modo voy a dormir contigo —contestó Aphrodite, intentando por todos los medios no arrastrar las sílabas—. Nuestra conexión no es de esa clase. Y aunque yo fuera lesbiana, cosa que no soy, tú no eres mi tipo.

—Aphrodite, no estaba intentando nada contigo. Eso es una estupidez —le aseguró Stevie Rae.

—Solo quería que lo supieras. Y también quería decirte que en el mismo segundo en el que encuentre el modo de romper esta conexión, la romperé.

Stevie Rae suspiró antes de contestar:

—No hagas nada que pueda hacernos daño a ninguna de las dos. Yo ya estoy harta de tanto hacerme daño.

Escuché con verdadero interés la conversación que mantuvieron las dos. Quiero decir que había estado conectada con Heath, mi novio humano, de modo que sabía algo acerca de la unión con un humano a través de la magia de la sangre. Y también sabía algo acerca del hecho de romper esa conexión, y podía ser un proceso muy doloroso.

—Zoey, ¿sería demasiado pedir que dejaras de mirarme con la boca abierta? —soltó de pronto Aphrodite, haciéndome sentirme culpable.

—No te estoy mirando con la boca abierta —mentí.

—Lo que tú digas. Pero para ya.

—La conexión no es algo de lo que tengas que sentirte avergonzada, mi belleza —dijo Darius, que inmediatamente colocó un brazo sobre los hombros de Aphrodite.

—Pero, sin embargo, es extraño —dijo Stevie Rae.

Darius sonrió amablemente en su dirección y dijo:

—Hay muchos tipos de conexiones.

—Bueno, pues la nuestra no es del tipo «me bebo tu sangre y disfrutamos del sexo» —dijo Aphrodite.

—Por supuesto que no —negó Darius, que enseguida le dio un beso en la frente.

—Lo que significa que puedes dormir aquí sin ningún miedo —añadió Stevie Rae.

—Y otra vez yo te vuelvo a repetir que no, ¡demonios! Además, me voy con Darius. Voy a quedarme de guardia con él —afirmó Aphrodite con decisión, levantando la segunda botella de vino medio vacía en una especie de extraño saludo.

—Darius tiene que vigilar la entrada a los túneles. No tiene tiempo de andar cuidando de una borracha —dijo Stevie Rae.

—¡Me voy con Darius! —repitió Aphrodite lentamente y con cabezonería.

—No pasa nada porque venga conmigo —dijo Darius, tratando inútilmente de ocultar una sonrisa—. Le buscaré un saco de dormir. No creo que me cause ningún problema, y me gusta que esté a mi lado.

—¿No crees que vaya a causarte ningún problema? —repetí.

Stevie Rae miró a Darius y arqueó las cejas con incredulidad. Juro que los altos y elegantes pómulos del guerrero se colorearon una pizca de rosa.

—Debe de estar pensando en alguna otra Aphrodite. Una a la que nosotras no conocemos —declaró Stevie Rae.

—¡Oh, vamos! —exclamó Aphrodite, poniéndose en pie de mala manera—. Sé dónde guardan esa porquería de sacos de dormir. No les hagas ni caso.

Aphrodite nos miró, trató de esbozar un gesto de mal humor que al final se convirtió en otro eructo, agarró a Darius de la mano y echó a caminar hacia la puerta del dormitorio mientras Stevie Rae y yo nos reíamos a carcajadas.

Pero antes de que el guerrero pudiera ocultar la cabeza detrás de la sábana, Darius volvió la vista atrás y se dirigió a Erik. Yo casi había olvidado que Erik estaba aún en el dormitorio. Casi...

—Erik, vete a dormir. Te avisaré para el segundo turno.

—Estupendo. Estaré... —contestó Erik, que entonces vaciló.

—El dormitorio de Dallas está al final del túnel, saliendo por ahí. Apuesto a que a él no le importa que duermas con él —dijo Stevie Rae.

—Bien, entonces estaré allí —dijo Erik.

Darius asintió y continuó:

—Sacerdotisa, ¿te importaría comprobar cómo tiene las vendas Stevie Rae? Si necesita que se las cambien...

—Si necesita que se las cambien, yo lo haré —lo interrumpí.

Demonios, le había ayudado a sacarle la flecha del pecho. Sin duda podía cambiarle una venda sin morir de miedo.

—Bien, pero si me necesitas, pídele simplemente a un iniciado que...

El guerrero no pudo terminar la frase, porque Aphrodite tiró con fuerza de su mano y lo sacó por fin de la habitación. Entonces ella asomó la cabeza bajo el dintel de la puerta de tela.

—¡Buenas jodidas noches! No nos molestéis.

Y por fin Aphrodite desapareció.

—Mejor él que yo —le oí musitar a Erik mientras me contemplaba colocar por fin la sábana en su lugar.

No hice ningún intento por disimular una sonrisa. Me alegraba de que a Erik ya no le interesara Aphrodite. Erik y yo nos miramos a los ojos. Y lentamente también él esbozó una sonrisa.



—No, vosotros dos seguid. Si os dais prisa podéis alcanzar a los otros. Yo me voy ya a dormir —dijo Stevie Rae, moviéndose cuidadosamente en la cama a la vez que se acurrucaba en un lado.

Se oyó un malhumorado *miaaauuu* y una bola regordeta de pelo naranja entró en el dormitorio y saltó sobre la cama de Stevie Rae.

—¡*Nala*! —exclamó Stevie Rae, acariciando la cabeza de la gata—. ¡Eh!, te he echado de menos.

Nala le estornudó en la cara a Stevie Rae, y luego giró tres veces sobre sí misma junto a su cabeza. Se tumbó y comenzó con su ronroneo. Stevie Rae y yo nos miramos y sonreímos.

Vale, nota especial: *Duchess*, la perra labradora amarilla de Jack, es una excepción. Stark la trajo consigo cuando lo trasladaron de la Casa de la Noche de Chicago a la nuestra. Luego él murió. Jack la adoptó. Después Stark volvió como no muerto, pero evidentemente no era el mismo de siempre porque lo primero que hizo fue dispararle una flecha a Stevie Rae. Y por eso *Duchess* sigue con Jack. Además, creo que el chico está encariñado de verdad con la perra.

De un modo u otro, cuando nuestro grupo escapó de la Casa de la Noche, todos nuestros gatos, además de *Duchess*, nos siguieron. Así que ver a *Nala* ponerse cómoda le añadía cierto toque hogareño al dormitorio que compartíamos Stevie Rae y yo.

—Erik y tú seguid hablando. Id a daros una ducha o lo que sea —repitió Stevie Rae, adormilada, acurrucándose con *Nala*—. *Nala* y yo, mientras tanto, nos echaremos una siesta. ¡Ah!, saliendo a la izquierda, y luego siempre a la derecha. De ese modo alcanzaréis a los otros. La entrada a la estación está junto a la cocina, donde están las neveras.

—¡Pero espera!, Darius ha dicho que tenía que revisar tu vendaje —le recordé.

—Luego —contestó Stevie Rae—. Ahora está bien.

—Vale, si tú lo dices —contesté. Traté de no demostrar abiertamente el alivio que me producía. De ningún modo quería convertirme en una especie de enfermera—. Duérmete un poco. Yo vuelvo dentro de un rato —añadí.

Juro que Stevie Rae estaba dormida antes de que Erik y yo quedáramos ocultos tras la sábana que cubría la puerta.

Giramos a la izquierda y caminamos sin decir nada durante un rato. Los túneles resultaban menos tenebrosos que la última vez que yo había estado allí, pero no por eso eran alegres o estaban brillantemente iluminados ni dejaban de producir cierta

claustrofobia. Cada pocos metros había farolas colocadas al nivel de los ojos, ancladas con lo que parecían clavos de ferrocarril sobre las paredes de cemento. Pero la humedad lo invadía todo. No habíamos caminado mucho cuando vi algo por el rabillo del ojo y me detuve. Traté de ver entre las sombras, entre farola y farola.

—¿Qué ocurre? —preguntó Erik en voz baja.

El estómago se me encogió de miedo.

—No lo sé. Yo...

Dejé de hablar al sentir que algo salía de la oscuridad de golpe y venía hacia mí. Abrí la boca para gritar, imaginando que sería un iniciado rojo salvaje o, peor aún, los horribles cuervos del escarnio. Erik alargó un brazo, me rodeó con él y me apartó del paso. Media docena de murciélagos pasaron volando.

—Esos animales están tan asustados de ti como tú de ellos —dijo Erik, que retiró el brazo en cuanto las criaturas se marcharon.

Me estremecí y traté de controlar el ritmo de los latidos de mi corazón.

—Vale, es imposible que ellos estén tan asustados de mí como yo de ellos. ¡Dios!, ¡pero si los murciélagos son ratas con alas!

Erik rió y echó a caminar de nuevo.

—Yo creía que eso eran las palomas, ratas con alas.

—¡Murciélagos, palomas, cuervos...! Ahora mismo ya no hago distinciones. Cualquier cosa que aletee me produce terror.

—Comprendo lo que dices —dijo él, sonriéndome.

Esa sonrisa no contribuyó mucho a que el ritmo de mi corazón se hiciera más lento. Seguimos caminando y juro que yo podía sentir el calor de su brazo sobre mis hombros. En cuestión de unos cuantos metros llegamos a una sección de los túneles que me resultó increíble y sorprendente. Erik y yo nos detuvimos y nos quedamos mirando.

—¡Vaya!, ¡esto sí que es guay! —exclamé.

—¡Sí!, sí que lo es —convino Erik—. Debe de ser obra de esa tal Gerarty. ¿No dijo Stevie Rae al presentárnosla que era la artista que había estado decorando los túneles?

—Sí, pero yo no me esperaba nada así.

Me olvidé de los murciélagos y comencé a trazar con la mano los complejos dibujos de flores, de corazones, de pájaros y de todo tipo de remolinos, todo ello enlazado formando un mosaico pintado con tal brillantez, que parecía insuflar vida y magia a aquella pequeña parte de las deprimentes y claustrofóbicas paredes.

—La gente, humanos y vampiros, pagaría una fortuna por arte como este —señaló Erik.

Es decir, en el caso de que el mundo pudiera conocer algún día a los iniciados y a los vampiros rojos. Pero Erik olvidó mencionar ese detalle, aunque los dos lo

pensamos.

—Esperemos que sea así. Sería maravilloso que el resto del mundo pudiera conocer a los iniciados rojos —dije.

Además de poder mostrarse abiertamente al mundo, yo resolvería de inmediato las dudas que aún albergaba acerca de sus poderes y sus tendencias.

—De todos modos creo que las relaciones entre los vampiros y los humanos deberían ser mejores —añadí.

—¿Como la tuya con tu novio humano? —me preguntó él en voz baja, sin ningún sarcasmo.

Alcé la vista y lo miré a los ojos sin vacilar.

—Yo ya no salgo con Heath.

—¿Estás segura?

—Estoy segura —afirmé.

—Vale. Bien.

Eso fue todo lo que dijo. Continuamos caminando, en silencio y perdidos cada uno en nuestros pensamientos.

Poco después de eso el túnel se curvaba ligeramente a la derecha. Se suponía que nosotros teníamos que seguir también en esa dirección, solo que a la izquierda había una abertura tapada con otra tela. En esa ocasión era negra y de terciopelo falso, decorada con un dibujo hortera de Elvis, vestido con un mono.

—Este tiene que ser el dormitorio de Dallas —supuse yo.

Erik vaciló un segundo, pero enseguida retiró la tela y ambos asomamos la cabeza. No era una habitación muy grande, y además Dallas no tenía cama: dormía encima de un montón de colchones, apilados uno encima de otro en el suelo. Sí tenía, sin embargo, una colcha de color rojo chillón con un montón de cojines a juego (había un enorme bulto debajo de la colcha, y supuse que debía de ser Dallas), una mesa con un montón de cosas encima que no pude reconocer porque no había suficiente luz, y un par de pufs negros. Encima de la cama, sobre la pared curva, había un póster de... entrecerré los ojos, tratando de descifrar...

—Jessica Alba en *Sin City*. El chico tiene un gusto excelente. Es una actriz vampira supersexi —dijo Erik en voz muy baja, como para no despertar a Dallas.

Fruncí el ceño y tiré de la tela con el dibujo de Elvis que servía de puerta.

—¿Qué? ¡No es mi dormitorio! —se defendió Erik.

—Vamos a ver si alcanzamos a los demás —dije, y comencé de nuevo a caminar.

—¡Eh! —exclamó después de unos cuantos minutos en silencio—. Gracias. Estoy en deuda contigo.

—¿Conmigo?, ¿por qué?

Alcé la vista hacia él.

Me miró a los ojos.

—Por salvarme de quedarme ahí, en medio de ese jaleo.

—No te he salvado de nada. Tú viniste con nosotros porque quisiste.

Él sacudió la cabeza.

—No. Estoy convencido de que tú me salvaste, porque sin ti no creo que hubiera tenido suficiente fuerza de voluntad.

Erik se detuvo y me tocó el brazo. Tiró suavemente de mí para que me diera la vuelta hacia él. Alcé la vista hacia sus brillantes ojos azules, enmarcados por su nuevo tatuaje de vampiro adulto: un complicado dibujo que producía la impresión de que llevaba una máscara, y que lo había transformado por completo para pasar de ser el guapísimo Clark Kent-Superman al salvajemente sexi Zorro. Pero Erik era algo más que un chico superguapo. Erik tenía talento y era sinceramente un buen chico. Yo detestaba el hecho de haber roto con él. Detestaba haber sido la causante de la ruptura. A pesar de todo lo que había ocurrido, quería volver a ser su novia. Quería que él volviera a confiar en mí. Lo echaba tanto de menos...

—¡Te echo tanto de menos!

Solo fui consciente de que había pronunciado en alto esas palabras cuando vi a Erik abrir inmensamente los ojos y curvar sus sensuales labios en una sonrisa.

—Pues estoy aquí.

Sentí que mi rostro se ruborizaba a partir del cuello, y sabía que me había puesto de un color rojo brillante muy poco atractivo.

—Bueno, no me refería al hecho de que estuvieras aquí —comenté con poca convicción.

Su sonrisa se amplió.

—¿No quieres saber por qué me salvaste la vida?

—Sí, claro.

Lo que quería era abanicarme la cara para que se me fuera un poco el color.

—Me salvaste la vida porque en lugar de quedarme hipnotizado por el poder de Kalona, no hacía más que pensar en ti.

—¿En serio?

—No sabes lo alucinante que estabas cuando invocaste el círculo, ¿verdad?

Sacudí la cabeza, sorprendida ante la brillantez del azul de sus ojos. No quería respirar. No quería hacer nada que pudiera echar a perder lo que estaba ocurriendo entre nosotros.

—Estabas increíble: preciosa, pletórica de poder y segura de ti misma. No podía pensar más que en ti —continuó.

—Te corté la mano.

Eso fue todo lo que pude contestar.

—Tenías que hacerlo. Formaba parte del ritual.

Erik alzó la mano y la giró para que le viera la palma y apreciara la fina línea que

recorría toda la parte baja y carnosa del dedo pulgar.

Dibujé suavemente con un dedo esa línea rosa.

—No me gustó hacerte daño.

Él tomó mi mano entre las suyas y la giró de modo que se vieran los tatuajes de color zafiro de las palmas. Entonces, del mismo modo que yo había hecho, trazó suavemente con el dedo los dibujos de mi piel. Me estremecí, pero no aparté la mano.

—No sentí ningún dolor cuando me cortaste. Solo te sentía a ti a mi lado. El calor de tu cuerpo. Tu olor. La sensación que tengo cuando estás en mis brazos. Por eso es por lo que esa criatura no me afectó. Por eso es por lo que no creí en Neferet. Tú me salvaste, Zoey.

—A pesar de todo lo que ha ocurrido entre tú y yo, ¿todavía puedes decir eso?

Mis ojos lagrimeaban, y tuve que parpadear rápidamente para evitar llorar.

Observé a Erik respirar hondo. Parecía un buceador, preparándose para lanzarse desde un precipicio alto y peligroso. De pronto dijo:

—Te quiero, Z. Nada de lo que ha ocurrido entre nosotros ha cambiado eso, por mucho que yo quisiera que cambiara. —Erik tomó mi rostro entre las manos y continuó—: Ni Neferet podía engañarme, ni Kalona podía hipnotizarme, porque ya estaba loco por ti, hipnotizado por lo que siento por ti. Aún sigo queriendo estar contigo, Zoey, solo falta que tú digas sí.

—Sí —susurré sin vacilar ni un solo instante.

Se inclinó y sus labios buscaron los míos. Abrí la boca y acepté su beso, ya familiar para mí. El sabor era el mismo; el tacto seguía siendo el mismo. Deslicé los brazos hacia arriba, por sus anchos hombros, y me presioné contra él. Me sentía incapaz de creer que me hubiera perdonado, que siguiera deseándome, que siguiera amándome.

—Zoey —murmuró frente a mis labios—. Yo también te he echado de menos.

Entonces volvió a besarme, y juro que me mareé. Fue diferente de las otras veces que me había besado, antes de que se convirtiera en un vampiro y de que yo perdiera la virginidad con otro hombre. Fue como si él supiera un secreto, pero yo también. Sentí su gemido más que oírlo, y también sentí la dureza y la frialdad de la pared del túnel contra la espalda, cuando me hizo girar en sus brazos y me clavó allí. Mantuvo una de sus manos un poco más abajo de mi espalda, presionándome contra él. Sentí que deslizaba la otra hacia abajo por uno de mis costados, restregando mi vestido ceremonial hasta dar con el dobladillo por la parte de atrás del muslo. Entonces sus dedos comenzaron a subir de nuevo hacia arriba, por dentro, acariciando mi piel fresca y desnuda.

¿Piel desnuda?

¿De espaldas contra la pared del túnel?

¿Sobándome en la oscuridad?

Fue entonces cuando se me ocurrió la peor idea de todas: ¿Acaso pensaba Erik que por el hecho de que yo había tenido sexo ¡una sola vez! se había abierto la veda conmigo? ¡Ah, mierda!

No iba a hacerlo. Allí no. Así no. ¡Demonios!, ni siquiera sabía si estaba preparada para volver a hacerlo otra vez. La única vez que lo había hecho había terminado de una forma desastrosa, y había sido el peor error de mi vida. Y desde luego no me había convertido en una especie de puta ninfómana.

Empujé a Erik por el pecho y aparté mi boca de la suya. Pero a él no pareció importarle. De hecho, creo que apenas se dio cuenta. Simplemente siguió apretándose contra mí y comenzó a besarme el cuello.

—¡Erik!, por favor, para —dije sin aliento.

—¡*Mmm...*!, sabes tan bien.

Su voz sonaba tan sexi y excitada que por un momento me sentí confusa y no supe qué quería en realidad. Quiero decir que sí quería volver a estar con él, y además él era muy sexi y lo conocía muy bien y...

Acababa de volver a relajarme en sus brazos cuando vi algo por encima de su hombro. Sentí que el miedo me paralizaba al darme cuenta de que ese algo tenía unos ojos rojos brillantes que me miraban desde un profundo mar negro, zozobante, que parecía hacer retorcer el aire como un fantasma hecho del vacío de la oscuridad.

—¡Erik, para! ¡Ya!

Lo empujé con fuerza en el pecho, se tambaleó y dio medio paso atrás. El corazón me latía salvajemente, pero me moví deprisa para poder ver lo que había detrás de él. No vi los ojos rojos mirándome, pero juro que vi una oscuridad negra como la tinta dentro de las sombras del túnel. Mientras parpadeaba para enfocar mejor la imagen, aquella cosa extraña desapareció. Erik y yo nos quedamos solos en medio del oscuro y silencioso túnel.

De pronto, desde la dirección contraria, oí el taconeo de unos zapatos sobre el hormigón del suelo. Respiré hondo y me preparé para invocar al elemento que hiciera falta y combatir a aquella amenaza de rostro nuevo, pero entonces Kramisha salió tranquilamente de entre las sombras. Se quedó mirando a Erik, y tras una breve reflexión, comentó:

—¡Vaya!, chico, ¿ya estás trabajando aquí, en el túnel? ¡Tú no pierdes el tiempo!, ¿eh?

Erik se volvió hacia ella mientras colocaba un brazo sobre mis hombros. No me hizo falta alzar la vista para saber que él esbozaba una sonrisa simpática. Erik era un actor de primera. Tenía bajo absoluto control el rostro que le mostraba a Kramisha en ese momento, con la cantidad exacta de atractivo sexual y la típica expresión de «me has pillado».

—¡Eh!, hola, Kramisha.

Y en el otro extremo estaba yo. Apenas podía tenerme en pie, y ya no digamos hablar. Sabía que tenía la cara roja como la remolacha y los labios húmedos y raspados. ¡Demonios!, toda yo debía de estar restregada y mojada.

—Kramisha, ¿has visto algo por ese lado del túnel?

Ladeé la cabeza en la dirección de las sombras, por detrás de Erik y de mí. Creo que solo a medias conseguí no parecer una estrella del porno sin aliento.

—No, chica. Yo solo os he visto a ti y a tu chico, aquí, enrollándoos —se apresuró a contestar Kramisha.

Me pregunté si Kramisha no se había apresurado demasiado en responder.

—¡Ah! ¿Erik y Z se están dando el lote? ¡Qué encantador!

De pronto, sin saber cómo, Jack se materializó detrás de Kramisha. *Duchess* iba ladrando y moviendo la cola a su lado.

—Z, no tengas miedo. Probablemente no fueran más que murciélagos —dijo Erik, que me estrujó el hombro para darme confianza antes de asentir en dirección a Jack—. ¡Eh!, hola, Jack. Pensé que a estas horas estarías disfrutando de una ducha de agua caliente.

—Eso iba a hacer, pero ha vuelto conmigo para ayudarme a llevar toallas y eso —contestó Kramisha—. Y sí, por ahí desde luego hay murciélagos. Pero ellos no nos hacen nada si nosotros no les hacemos nada —añadió Kramisha, que bostezó y se estiró tanto que pareció un enorme y delgado gato negro—. Y ya que estáis aquí, ¿qué tal si ayudáis vosotros a Jack a llevar las toallas y eso, y me dejáis a mí irme a echarme un sueñecito reparador?

—Vale. Nos gusta ayudar. Erik y yo también íbamos al baño.

Había recuperado la voz, pero me sentía como una idiota por dejar que los murciélagos de un túnel oscuro me asustaran hasta casi cagarme de miedo. ¡Demonios!, sí que me hacía falta dormir.

Kramisha nos observó durante un largo rato y con mucha calma, pero no por el hecho de que se estuviera durmiendo pareció enterarse menos de nada.

—Sí, sí, eso es lo que parecía, que ibais al baño.

Sentí que volvía a ruborizarme.

Ella se giró, y pensé que iba a darse de morros contra la pared que tenía detrás, pero en lugar de ello desapareció extrañamente. Entonces oí el ruido de una cerilla, y una vibrante lámpara iluminó toda una sección construida en un hueco del túnel, que era solo un poco más pequeña que el dormitorio de Dallas. Kramisha colgó la lámpara de un clavo y luego giró la cabeza por encima del hombro para mirarnos.

—Bueno, ¿a qué estáis esperando?

—¡Ah!, sí, claro —dije yo.

Jack, *Duchess*, Erik y yo nos acercamos a Kramisha para mirar dentro de la nueva habitación. De hecho tenía estantes contruidos sobre las paredes rectangulares de

cemento, y parecía un armario bien ordenado. Me quedé mirando los montones perfectamente apilados de toallas dobladas y lo más extraño de todo: los algodonosos y enormes albornoces que *Duchess* no dejaba de olfatear.

—¿Ese perro está sano? —preguntó Kramisha.

—Damien dice que la boca de un perro está más limpia que la de un humano —contestó Jack, dándole golpecitos a la labradora amarilla en la cabeza.

—Pero nosotros no somos humanos —contestó Kramisha—. Así que, por favor, mantén esa enorme nariz húmeda lejos de la mercancía, ¿quieres?

—Bien. Pero trata de recordar que esta perra acaba de pasar por un trauma y es muy fácil herir sus sentimientos.

Mientras Jack tiraba de *Duchess* hacia él y mantenía una seria conversación acerca de meter las narices en donde a uno no le llaman, me quedé mirando los montones de cosas apiladas y pregunté:

—Eh... ¿quién sabía que todo esto estaba aquí?

—Aphrodite —dijo Kramisha mientras sacaba toallas—. Ella lo pagó. O su madre, con la tarjeta oro. No podrías creer la cantidad de cosas que puedes pedir en Pottery Barn con una tarjeta de crédito sin límite. Es lo que me ha ayudado a decidirme finalmente por la carrera que voy a estudiar.

—¿En serio? ¿Y qué quieres estudiar? —preguntó Jack.

Duchess se había sentado educadamente a su lado. Jack alargaba una mano para que Kramisha le fuera poniendo toallas y albornoces encima.

—Voy a ser escritora. Una escritora de esas ricas. Y tendré una tarjeta oro sin límite de crédito. ¿Sabías que la gente se porta de distinto modo contigo cuando tienes un buen crédito?

—Sí, me lo figuraba. He visto a la gente besarle el culo a las gemelas —contestó Jack—. Sus familias también tienen dinero —añadió en susurros como si eso fuera un gran secreto, cosa que no era.

Todo el mundo sabía que los padres de las gemelas eran ricos. Bueno, no tan ricos como los padres de Aphrodite, pero aun así. Las gemelas me habían comprado por mi cumpleaños unas botas que les habían costado casi trescientos dólares. Y eso para mí, sin duda, es ser rico.

—Bueno, pues yo he decidido que quiero que me besen el culo un poco. Así que voy a comprarme unos cuantos besos en el culo. Vale, con todo esto os basta. Vamos. Os acompañaré parte del camino, pero cuando lleguemos a mi habitación, me largo. Quiero decir que me quedo. Encontrarás las duchas, ¿no, Jack?

—Sí —respondió él.

Caminamos por el túnel, que seguía curvándose a la derecha. El siguiente hueco al que llegamos estaba tapado con una tela que tenía una raya de seda de color púrpura brillante.

—Esta es mi habitación —dijo Kramisha, que notó como me quedaba mirando la tela y sonrió—. Es una cortina de Pier One. No reparten a domicilio, pero sí aceptan tarjetas oro sin límite de crédito.

—El color es genial —dije yo.

No pensaba más que en lo idiota que era por imaginarme que había monstruos en cada sombra de los túneles, cuando en realidad estaban decorados de Pier One.

—Gracias. Me gusta poner un poco de color. Es una parte importante de la decoración. ¿Quieres ver mi habitación?

—Sí —dije yo.

—Sin duda —aseguró Jack.

Kramisha desvió la vista de Jack a *Duchess* y preguntó:

—¿Esa perra sabe dónde tiene que mear?

—¡Por supuesto! Es toda una dama —contestó Jack con orgullo.

—Más le vale —refunfuñó Kramisha, que apartó a un lado la cortina e hizo una reverencia con la mano que le quedaba libre—. Podéis entrar en mi habitación.

La habitación de Kramisha era más o menos el doble de grande que la de Stevie Rae. Tenía dos lámparas de aceite y una docena de velas de olor encendidas que impregnaban la pintura fresca de las paredes y que le conferían cierto olor a limón. Era evidente que Kramisha acababa de pintar las paredes circulares de cemento con un color lima chillón. Los muebles eran de madera oscura: la cama, el armario, la mesilla y una librería. No tenía ninguna silla, pero sí muchos cojines enormes, tirados alrededor de la habitación, todos ellos de una tela de satén en tonos púrpuras y rosas, a juego con las sábanas y la colcha de la cama. Sobre la cama había media docena de libros, todos ellos con una señal o abiertos por la mitad, como si los estuviera leyendo todos al mismo tiempo. Me di cuenta de que todos, al igual que los que había colocados en la librería, tenían una pegatina de Dewey Decimal sobre el lomo. Y Kramisha se dio cuenta de que yo me había fijado en ese detalle.

—Es la biblioteca central de la ciudad. Permanece abierta hasta muy tarde durante los fines de semana.

—No sabía que en la biblioteca te dejaran sacar tantos libros al mismo tiempo —dijo Jack.

Kramisha se revolvió nerviosa.

—No te dejan. Técnicamente hablando. No, a menos que hagas un poco de esto y otro poco de aquello en sus mentes. Pero los devolveré en cuanto pueda ir a Borders a comprarme mis propios libros.

Suspiré y añadí mentalmente «dejar de cometer robos en la biblioteca» como parte de la lista de cosas que tenía que conseguir que los iniciados rojos hicieran. Pero mientras añadía ese otro punto a mi lista mental, de paso me castigué a mí misma. Sin lugar a dudas Kramisha parecía sentirse culpable por robar libros en la

biblioteca. Pero ¿se sentiría culpable por un hurto sin importancia un chico que aún tuviera tendencias monstruosas? *No, desde luego que no*, me dije. Me acerqué automáticamente a la cama para leer los títulos. Había un ejemplar muy grueso de las obras completas de Shakespeare, un tomo de tapas gruesas, ilustrado, de Jane Eyre, y debajo un libro titulado *The Silver Metal Lover* de una tal Tanith Lee. También había una edición en tapa dura de *El vuelo del dragón*, de Anne McCaffrey, y a su lado tres títulos, *Thug-A-Licious*, *Candy licker* y *G-Spot*, todos ellos de un autor llamado Noire, con su nombre escrito con letras doradas. Los tres libros estaban abiertos, mostrando las asquerosas cubiertas. Sentí curiosidad, así que dejé las toallas sobre la colcha rosa chillón, cogí el ejemplar de *Thug-A-Licious* y comencé a leer por la página por donde estaba abierto.

Juro que las retinas comenzaron a arderme ante tanto calor como irradiaba la escena.

—¡Un libro porno! Me gusta —dijo Erik, mirando por encima de mi hombro.

—Bueno, forman parte de mi investigación —dijo Kramisha, que se apresuró a quitarme el libro de las manos y le lanzó a Erik una miradita devastadora—. Pero por lo que he visto ahí fuera, a ti no te hace falta ninguna ayuda.

Sentí que volvía a arderme el rostro y suspiré.

—¡Vaya!, bonita poesía —le oí decir a Jack.

Me alegré de poder cambiar de tema de conversación, así que alcé la vista y vi a Jack, que señalaba unos cuantos pósters cuidadosamente engomados con pegamento a las paredes verde lima. Estaban manuscritos con poemas, todos con la misma letra curva, pero con diferentes colores de rotulador fluorescente.

—¿Te gusta? —le preguntó Kramisha.

—Sí, es genial. Me gusta mucho la poesía —contestó Jack.

—Es mía. La he escrito yo —dijo Kramisha.

—¿Estás de broma? ¡Demonios! Pensé que era de un libro o algo así. Eres realmente buena —dijo Jack.

—Gracias, ya te he dicho que voy a ser escritora. Una escritora famosa y rica, con mucho poder y con una tarjeta oro.

Oí vagamente como Erik se unía a la discusión. Centré toda mi atención en el poema escrito en negro sobre el póster de fondo rojo.

—¿Este también lo has escrito tú? —le pregunté a Kramisha, sin importarme si los interrumpía o si les gustaba más Robert Frost o Emily Dickinson.

—Los he escrito todos yo —dijo—. Siempre me gustó escribir, pero desde que tengo el tatuaje, cada vez escribo más y más. Simplemente los poemas vienen a mí. Esperaba escribir algo más que poemas. No es que no me gusten y todo eso, pero los poetas no se hacen ricos. ¿Sabes? También busqué sus biografías en la biblioteca central. Ya sabes, como cierran tarde... Y resulta que los poetas no se hacen...

—Kramisha —la interrumpí—, ¿cuándo escribiste este de aquí?

Sentía algo raro en el estómago, y de pronto noté que se me había secado la boca.

—Los he escrito todos estos últimos días. Bueno, desde que Stevie Rae nos devolvió el sentido común. Antes de eso no hacía gran cosa, más que pensar en comer humanos —sonrió Kramisha a modo de disculpa, alzando un hombro.

—¿Así que escribiste este, el que está en negro, en el último par de días? —insistí.

Señalé el poema.

Sombras en las sombras.

Él observa a través de los
sueños.

Alas negras como África,
cuerpo duro como la roca.

Basta de esperar.

Los cuervos llaman.

Jack gritó nada más leerlo por primera vez.

—¡Oh, diosa! —oí a Erik exclamar entre dientes al leer también el poema.

—Bueno, es fácil saberlo. Ese es el último que escribí. Fue ayer. Fue... —Kramisha se quedó sin habla al comprender nuestras reacciones—. ¡Mierda! ¡Es sobre él!



—¿Cómo es que se te ocurrió escribirlo? —le pregunté sin dejar de mirar las letras negras.

Kramisha se había dejado caer pesadamente sobre la cama, y de repente parecía estar tan cansada como Stevie Rae. Meneaba la cabeza adelante y atrás, adelante y atrás, sacudiendo los rizos negros y naranjas sobre las suaves mejillas.

—Simplemente vino a mí, así que lo escribí.

—¿Pero qué creías que significaba? —preguntó Jack, dándole golpecitos en el brazo suavemente, tal y como se los daba a *Duchess* (que estaba tumbada y acurrucada a sus pies).

—En realidad no pensé mucho en ello. Me vino. Lo escribí. Eso es todo.

Kramisha hizo una pausa, alzó la vista hacia el póster y la apartó enseguida, como si lo que hubiera visto la asustara.

—Todos estos poemas, ¿los has escrito después de que Stevie Rae cambiara? Desvié la atención hacia otros poemas. Había bastantes haikus.

Ojos observan
entre las sombras. Negra
cae la pluma.

Fue traicionado.
Como virutas dulce
es su venganza.

—¡Bendita, sagrada Nyx! —exclamó Erik desde detrás de mí, en voz baja, para que solo yo pudiera oírlo—. Son todos acerca de él.

—¿Qué significa «dulce como virutas»? —le preguntó Jack a Kramisha.

—Bueno, virutas de chocolate, como las que echan por encima de los helados. Me encantan las virutas de chocolate —dijo ella.

Erik y yo seguimos leyendo los poemas de la habitación de Kramisha. Cuanto más leía, más notaba el nudo del estómago.

Ellos hicieron
mal.
Como la tinta de una pluma rota

que se tira porque alguien
la ha gastado.
Pero él vuelve,
vestido de noche,
elegante como un rey
con su reina.
El daño
reparado
ahora es perfecto.

—Kramisha, ¿en qué estabas pensando cuando escribiste este de aquí? —le pregunté, señalando el último que había leído.

Kramisha encogió de nuevo un solo hombro.

—Me figuro que pensaba en cómo salimos de la Casa de la Noche, aunque no debimos ir allí. Quiero decir que ya sé que lo mejor es estar bajo tierra, pero no me parece bien que solo Neferet supiera de nosotros. Ella no es una buena alta sacerdotisa.

—Kramisha, ¿te importaría hacerme el favor de copiarme todos estos poemas?

—La he liado, ¿verdad?

—No, no creo que la hayas liado —le aseguré. Esperaba estar dejándome guiar correctamente por mi instinto y no estar persiguiendo otra vez murciélagos en la oscuridad—. Creo que Nyx te ha concedido un don. Solo quiero asegurarme de que utilizamos tu don del modo correcto.

—Creo que esta chica valdría para el título de poetisa vampira laureada, y que su poesía sería una gran mejora con relación a nuestro último poeta —propuso Erik.

Alcé la vista hacia él con dureza, y él se encogió de hombros y sonrió, diciendo:

—Era solo una idea, eso es todo.

Vale, aunque pensar en Loren me hacía sentirme incómoda, sobre todo porque era Erik quien lo había sacado a relucir, sentí en lo más profundo de mi ser que lo que Erik estaba diciendo era correcto, lo cual decía mucho más acerca de la verdadera naturaleza de Kramisha que mi agotado instinto y mi aparentemente sobreexcitada imaginación. Sin duda alguna, Nyx había puesto su mano sobre aquella chica. ¡Qué demonios! Y yo era la única alta sacerdotisa que teníamos. Así que yo podía hacer la proclama.

—Kramisha, voy a nombrarte nuestra primera poetisa laureada.

—¿Quééééé? ¿Estás de guasa? Estás de guasa, ¿no?

—No, no estoy hablando en broma. Ahora somos un nuevo grupo de vampiros de otra clase. Somos un nuevo grupo de vampiros civilizados, y eso significa que necesitamos un poeta laureado. Tú.

—Vale, estoy de acuerdo en todo contigo, Z, pero ¿no debería de votar el Consejo a la nueva poetisa laureada? —preguntó Jack.

—Sí, pero tengo a mi Consejo aquí abajo, conmigo.

Me di cuenta de que Jack estaba hablando del Consejo de Nyx, del cual Shekinah había sido la cabeza rectora, y que gobernaba a todos los vampiros. Pero yo también tenía mi Consejo: un Consejo de prefectos, reconocido por la escuela y constituido por Erik, las gemelas, Damien, Aphrodite, Stevie Rae y yo.

—Kramisha tiene mi voto —dijo Erik.

—¿Lo ves? Es prácticamente oficial —dije yo.

—¡Bien! —gritó Jack.

—Es una locura, pero me gusta —sonrió Kramisha.

—Entonces, escíbeme todos estos poemas antes de irte a dormir, ¿vale?

—Sí, vale.

—Vamos, Jack. Nuestra poetisa laureada necesita dormir —dijo Erik—. ¡Eh, enhorabuena, Kramisha!

—¡Sí, muchas enhorabuenas! —añadió Jack, que le dio un abrazo a Kramisha.

—Ahora marchaos. Tengo que trabajar. Y luego tengo que descansar. Una poetisa laureada tiene que ir bien arreglada —dijo Kramisha con recato, terminando con un pareado.

Erik y yo salimos del dormitorio de Kramisha y seguimos a Jack por el túnel.

—¿De verdad el poema era sobre Kalona? —preguntó Jack.

—Creo que todos eran sobre Kalona. ¿Y tú? —le pregunté a Jack.

Asintió, serio.

—¡Oh, Dios mío! Y eso, ¿qué significa? —siguió preguntando Jack.

—No tengo ni idea. Pero esto es cosa de Nyx. Lo siento. La profecía llegó hasta nosotros en forma de poema. Y ahora esto. No puede ser una coincidencia —aseguré.

—Si es el trabajo de una diosa, entonces tiene que haber una forma de utilizarlo en nuestro beneficio —dijo Erik.

—Sí, eso es lo que creo yo también.

—Solo falta averiguar cómo —señaló Erik.

—Pero para eso hace falta alguien con más cabeza que yo —afirmé.

Hubo una corta pausa, y de pronto los tres dijimos al unísono:

—¡Damien!

Me apresuré por el túnel con Erik y Jack, olvidándome temporalmente de las sombras misteriosas, de los murciélagos y de todas mis preocupaciones acerca de los iniciados rojos.

—La puerta de la estación está ahí arriba —señaló Jack.

Jack nos guió por una cocina de aspecto sorprendentemente normal hasta una

habitación lateral que, evidentemente, era una despensa. Aunque apuesto a que antes, por lo general, solían almacenar allí líquidos en lugar de tantas bolsas de patatas fritas y cajas de cereales.

A lo largo de las paredes, bien enrollados y apilados uno al lado y encima del otro, había un montón de sacos de dormir y de almohadas bien mullidos.

—Entonces, ¿es por aquí por donde se va a la estación? —pregunté, señalando una escalera de madera plegable, guardada en un rincón en lo alto de la despensa, que daba a una puerta abierta.

—Sí, por ahí —confirmó Jack.

Jack subió el primero. Yo lo seguí. Asomé la cabeza por el hueco del edificio supuestamente abandonado. Mi primera impresión fue de oscuridad total y de polvo, interrumpidos intermitentemente por lo que parecía el efecto de una luz estroboscópica, producida por la repentina brillantez que se colaba por la puerta y las ventanas altas. Al oír el ruido de truenos me acordé de lo que había dicho Erik acerca de una terrible y aparatosa tormenta, y comprendí lo que ocurría. No era extraño que se produjera ese tipo de tormenta en Tulsa, ni aunque estuviéramos a primeros de enero.

Pero aquel no era un día normal, y no podía evitar pensar que la tormenta tampoco tenía nada de normal.

Antes de mirar, saqué el móvil del bolso. Lo abrí. No tenía línea.

—El mío tampoco funciona. No da línea desde que bajamos aquí —dijo Erik.

—El mío se está cargando en la cocina, pero sé que Damien ha comprobado el suyo al subir aquí arriba, y él tampoco tiene línea —comentó Jack.

—Bueno, ya sabes que el mal tiempo puede tirar abajo una torre —dijo Erik en respuesta a lo que estoy segura de que parecía una expresión de preocupación por mi parte—. ¿Te acuerdas de la horrible tormenta que hubo hace como un mes o así? Mi móvil estuvo tres días sin funcionar.

—Gracias por intentar que me sienta mejor, pero es que... no creo que se trate de una tormenta natural.

—Sí —dijo él en voz baja—. Ya lo sé.

Inhalé hondo. Bueno, fuera natural o no, tendríamos que enfrentarnos a ella. Y en ese preciso momento no podíamos hacer absolutamente nada con respecto a ese aislamiento. Fuera se desataba una tormenta, pero nosotros no estábamos listos aún para encararla.

Así que lo primero era lo primero. Me encogí de hombros y miré a mi alrededor. Habíamos subido a una pequeña habitación en la que una de las paredes nos llegaba hasta la cintura. A partir de ahí se cerraba con ventanillas como las de un banco, instaladas sobre la pared. Por el otro lado había barras de latón sin lustre, así que inmediatamente decidí que aquel debía de ser el despacho de billetes. Desde donde

estábamos se pasaba a una sala inmensa. El suelo era de mármol y todavía parecía liso y suave, visto a oscuras. Las paredes eran extrañas, sin embargo. Estaban como rugosas y desnudas desde el suelo hasta la altura de la cabeza o poco más, y a partir de ahí continuaban hacia arriba con una decoración. Pero la decoración estaba borrosa y polvorienta por culpa del paso del tiempo y la falta de atención, y había telas de araña colgando por todas partes (¡*puaj*, primero murciélagos y después arañas!). Sin embargo aún seguían siendo visibles los vistosos colores del viejo mosaico de estilo art decó, que contaba la típica historia de los nativos americanos, con sus cabezas adornadas con plumas, sus caballos, su cuero y sus flecos.

Contemplé la belleza destrozada y pensé que aquel lugar bien podía convertirse en una gran escuela. Era grande y tenía la misma elegancia que muchos otros de los antiguos edificios del centro de Tulsa, construidos gracias al *boom* del petróleo de los años veinte en el estilo art decó. Perdida en la fantasía de lo que algún día ese edificio podía llegar a ser, crucé el vestíbulo vacío, asomé la cabeza por un lado y por otro, y tomé nota de los pasillos que salían de ese enorme vestíbulo y llevaban a otros, preguntándome si habría salas suficientes para todas las clases. Tomamos uno de esos pasillos y llegamos a un callejón sin salida: una puerta doble de cristal. Jack asomó la cabeza.

—Este es el gimnasio.

Todos miramos a través de los sucios cristales. No había luz, así que solo pude adivinar formas que parecían enormes bestias durmientes, sacadas de un mundo de muertos.

—Y por allí está la puerta del vestuario de los chicos —dijo Jack, señalando hacia una puerta cerrada a la derecha del gimnasio—. Y allí el de las chicas.

—Vale, bien, entonces me voy a la ducha —dije yo sin mucha convicción—. Erik, ¿os importa contarle a Damien lo de los poemas de Kramisha? Decidle que si quiere hablar conmigo acerca de ellos, estoy en el dormitorio de Stevie Rae, espero que profundamente dormida durante al menos unas cuantas horas. Pero si puede esperar, nos veremos todos para tratar de averiguar lo que significa después de descansar.

Medio adormilada, me cambié de mano las toallas y los albornoces que había estado sujetando para poder limpiarme la cara.

—Necesitas descansar, Z. Ni siquiera tú puedes soportar todo esto y seguir adelante sin dormir —dijo Erik.

—Sí, y si no fuera porque va a quedarse Damien conmigo, me daría miedo quedarme dormido durante la guardia —dijo Jack con un enorme bostezo.

—Enseguida te sustituirán las gemelas —contesté con una sonrisa—. Solo tienes que esperar un poco —añadí. Amplié la sonrisa y miré a Erik—. Pronto nos veremos. Os lo digo a los dos.

Hice ademán de girarme para marcharme, pero Erik me tocó el brazo y me detuvo.

—¡Eh!, estamos juntos otra vez, ¿verdad?

Miré a Erik a los ojos y descubrí su vulnerabilidad a pesar de la fingida confianza de su sonrisa. Erik no comprendería que le dijera que necesitaba hablar con él acerca de... bueno, por ejemplo, de sexo antes de volver a estar juntos. Eso heriría su ego tanto como su corazón, y entonces yo volvería a estar donde estaba antes, dándome de cabezazos por ser la causa de que los dos volviéramos a estar separados.

Así que sencillamente dije:

—Sí, estamos otra vez juntos.

Esa dulce vulnerabilidad se reflejó en el beso que plantó entonces en mis labios, nada más inclinarse. No fue un beso exigente, ni me tocó mientras tanto, como diciendo «Vamos a hacerlo ahora, ya». Fue un beso cálido, suave, un beso del tipo «Estoy muy contento de que volvamos a estar juntos»; un beso que me derritió por completo.

—Duerme un poco. Hasta pronto —susurró.

Me dio un último y rápido beso en la frente, y luego él y Jack desaparecieron por la puerta del vestuario de chicos.

Me quedé ahí un rato, mirando simplemente la puerta cerrada y reflexionando. ¿Me había equivocado al interpretar el cambio de Erik? ¿Había malinterpretado lo que quiera que hubiese detrás de la pasión que me había demostrado en el túnel? Después de todo, él ya no era un iniciado. Había completado el cambio, era un vampiro adulto. Eso hacía de él un hombre, aunque siguiera teniendo solo diecinueve años; los mismos años que poco menos de una semana antes, justo antes del cambio.

Quizá el aumento de la tensión sexual entre los dos fuera simplemente algo natural, y no producto de que él pensara que yo era una chica ligera de cascos debido a que había perdido la virginidad. Erik era un hombre, me repetí una y otra vez. Y yo ya sabía, después del desastre con Loren Blake, que estar con un hombre era distinto a estar con un chico o con un iniciado. Erik era un vampiro por completo transformado, exactamente igual que lo había sido Loren. La idea me produjo un escalofrío nervioso por todo el cuerpo. Eso de «igual que Loren» no me resultaba una analogía particularmente agradable. Pero sin duda Erik no era Loren. Erik jamás me había utilizado ni me había mentado. Erik había cambiado, pero seguía siendo el Erik que yo conocía y al que podía amar. Y no debería ponerme nerviosa ni preocuparme por eso. El tema del sexo se solucionaría por sí solo. Quiero decir que comparado con la persecución de un antiguo ser inmortal; con el hecho de que Neferet tuviera a toda la escuela en sus malvadas garras; con mis sospechas sobre si ocurría o no algo extraño con los iniciados rojos; con el hecho de que mi abuela siguiera en coma y de que los asquerosos cuervos del escarnio estuvieran causando estragos en Tulsa; en

fin, comparado con todo eso, el que Erik me atosigara con la intención de disfrutar de un rato de sexo no suponía sino un descanso de tanto estrés o, al menos, unas pequeñas vacaciones. ¿No era así?

—¡Z! ¡Estás ahí! ¿Quieres darte prisa? —dijo Erin, sacando la cabeza por la puerta del vestuario de las chicas.

Una enorme nube de vapor salió por la rendija de la puerta detrás de ella, y yo pude ver que solo llevaba las bragas y el sujetador (a juego, por supuesto, y de Victoria's Secret).

Hice un esfuerzo por apartar a Erik de mi mente y contesté:

—Lo siento... lo siento, ya voy.

Me apresuré a entrar en el vestuario.



Vale, ducharse con un grupo de chicas con afinidades por el agua y el fuego era una experiencia que podía ir desde lo incómodo hasta lo verdaderamente divertido, pasando por lo interesante.

Al principio me resultó incómodo porque, bueno, aunque todas somos chicas, no estamos precisamente acostumbradas a ducharnos juntas. Las instalaciones no eran terriblemente primitivas. Había una media docena de alcachofas de ducha (todas ellas brillantes, resplandecientes y con aspecto de nuevas, y estoy convencida de que estaban allí gracias o bien a Kramisha, o bien a Dallas, o bien a los dos, pero con la ayuda de la famosa tarjeta oro de Aphrodite). Y cada una de ellas estaba instalada en un espacio separado diferente, pero uno al lado del otro. Y no, no había ni puertas entre ellos, ni cortinas de ducha, ni nada. De hecho, había un raíl en la parte superior de cada ducha, así que supongo que antes debía de haber una cortina, pero de eso debía hacer mucho tiempo. Los compartimentos para la taza del váter en cambio sí tenían puerta, pero las puertas se negaban a quedarse cerradas. Así que al principio me resultó incómodo estar desnuda con mis amigas. Pero éramos todas chicas, y además chicas heterosexuales, así que en realidad no nos interesaban las tetas de las otras, por mucho que les cueste comprenderlo a los chicos, y por eso la parte de la incomodidad no duró mucho. Además, todo el vestuario estaba repleto con un denso vapor de agua, lo cual producía la falsa ilusión de que había intimidad.

Entonces, después de elegir una ducha, después de elegir entre la encantadora variedad de productos de baño y para el pelo, y de comenzar a enjabonarme se me ocurrió que el ambiente estaba realmente lleno de vapor. Me refiero a que había más de lo normal. Y pensé que el exceso de vapor se debía a que todas las duchas estaban ocupadas, y lanzaban chorros de agua caliente formando una cálida niebla casi tan espesa como el humo; una niebla que se levantaba y que iba girando.

Mmm...

—¡Eh! —exclamé, alzando la cabeza por encima de mi ducha para ver a las gemelas en la suya—. ¿Le estáis haciendo algo al agua, chicas?

—¿Qué? —preguntó Shaunee mientras se retiraba las pompas de champú de los ojos—. ¿Cómo?

—Esto... —Agité los brazos, de modo que la espesa niebla ondeara a mi alrededor como en un sueño—. Todo esto no parece posible que ocurra sin la ayuda de ciertas personas que saben cómo manipular el fuego y el agua.

—¿Nosotras? ¿La señorita Fuego y la señorita Agua? —preguntó Erin. Apenas podía verle el rubio claro del pelo con tanto vapor—. ¿A qué podrá referirse, gemela?

—Creo que nuestra Z está sugiriendo que hemos usado las afinidades de la diosa para algo tan egoísta como crear esta espesa y cálida niebla, que huele tan bien, y así ayudarnos a relajarnos después de haber pasado un día horrible —dijo Shaunee con un acento burlón, imitando la típica belleza sureña.

—¿Y tú crees que nosotras seríamos capaces de hacer algo así, gemela? —preguntó Erin.

—¡Por supuesto que lo somos, gemela! —afirmó Shaunee.

—¡Qué vergüenza, gemela!, ¡qué vergüenza! —exclamó Erin con falsa seriedad.

Y entonces las dos se echaron a reír sofocadamente.

Puse los ojos en blanco, pero me di cuenta de que Shaunee tenía razón. La niebla olía de maravilla. Me recordaba a la lluvia de primavera, rebosante con las fragancias frescas de las flores y del verde. Y era cálida; no, el agua estaba caliente, igual que un ocioso día de playa en verano. Lo cierto era que, aunque de vez en cuando todo el servicio se iluminaba con los relámpagos de la tormenta que seguía rugiendo fuera y aunque el ruido era atronador, la atmósfera que habían creado las gemelas era completamente relajante.

Y ahí era donde entraba la parte interesante. Decidí que no tenía nada de malo en absoluto que las gemelas utilizaran sus dones para hacernos sentir a todos calentitos, limpios y cómodos. Acabábamos de atravesar una experiencia terrible: un extraño hombre pájaro y unas cosas demoníacas nos habían echado de casa y nos habían perseguido, y en ese momento estábamos atrapados en un viejo edificio y en los túneles que había debajo, en medio de una tormenta de invierno inusualmente agresiva, sin ningún modo de comunicarnos con el mundo exterior como no fuera salir al exterior. ¡Ah!, y ninguno de nosotros quería salir, con tormenta o sin ella. Así que, ¿por qué no permitimos algún lujo que otro?

—¡Eh!, ¿les estáis enviando un poco de niebla de esta a los chicos a su vestuario? —les pregunté mientras me lavaba el pelo.

—No —contestó Shaunee, contenta.

—*Nada**^[1] —sonrió Erin.

Sonreí en su dirección.

—Entonces me alegro de ser chica.

—Sí, aunque tengamos que ducharnos juntas, con el culo al aire y en una serie de cubículos que parecen los boxes de los caballos —dijo Erin.

—¡Boxes de caballos! —exclamé, riéndome sofocadamente—. Entonces vosotras sois los jamelgos.

—¿Jamelgos?, ¿nosotras? —repitió Erin.

—¡Ah, no! ¿Pero no ves que acaba de llamarnos jamelgos? —bromeó Shaunee.

—¡A por ella! —gritó Erin, que lanzó las manos hacia mí, de modo que me cayó agua por todas partes.

Por supuesto no me dolió, así que me eché a reír aún más.

—¡Voy a calentarla un poco, gemela! —exclamó Shaunee, que movió rápidamente los dedos hacia mí.

De pronto mi piel comenzó a calentarse mucho, mucho. Tanto, que el vapor de mi ducha aumentó al doble.

Entre risa y risa, susurré:

—¡Viento, ven a mí!

Y al instante sentí el roce del poder. Giré los dedos en la vaporosa niebla que me envolvía, y dije:

—¡Viento, mándales todo esto de vuelta a las gemelas!

Entonces apreté los labios y soplé suavemente en su dirección. Con un poderoso siseo, la niebla, el calor y el agua giraron a mi alrededor no una, sino dos veces, y luego se dirigieron directamente hacia las gemelas, que gritaron, se rieron y quisieron luchar. Por supuesto, no podían ganar. Quiero decir que, ¡anda ya! Yo podía llamar a los cinco elementos, pero se trataba de una versión divertida de la guerra de almohadas en forma de guerra de agua, y eso nos dejó a todas empapadas y sin aliento de tanto reír.

Finalmente hicimos una tregua. Vale, más exactamente obligué a las gemelas a gritar varias veces «¡Nos rendimos! ¡Nos rendimos!», y entonces acepté su rendición con elegancia. Fue maravilloso arrojarse con un suave albornoz y sentirse completamente limpia y medio adormilada. Colgamos los albornoces de las duchas e invocamos al agua y a la niebla una vez más para que las mojara, y luego yo invoqué al fuego y al aire para que las secara. Luego las tres volvimos a bajar a los túneles sin hacer caso del espectáculo de estallidos y fogonazos que seguía desarrollándose fuera, confiadas por el hecho de que estábamos rodeadas de tierra y protegidas por vampiros hombres que no permitirían que nadie entrara a hurtadillas.

De no haber sido porque me asustaba hablar así, habría jurado que Stevie Rae estaba muerta para el resto del mundo cuando volví al dormitorio. Había estado muerta o casi muerta demasiadas veces como para que mis nervios lo soportaran. Así que admitiré que me acerqué a ella de puntillas y me quedé ahí, mirándola, hasta estar segura de que respiraba. Después me dirigí a mi lado de la cama y me metí debajo de las sábanas. *Nala* alzó la cabeza y estornudó encima de mí, claramente molesta por el hecho de que la despertara. Pero se acercó, se hizo un ovillo sobre mi almohada y reposó una pata sobre mi mejilla. Sonreí. Me sentía limpia, cálida y muy, muy cansada, e inmediatamente caí dormida.

Fue entonces cuando tuve ese extraño sueño que me trae de vuelta al presente. Esperaba que recrear todo lo ocurrido durante las horas transcurridas pudiera servirme igual que contar ovejas; que me ayudara a volver a quedarme dormida y,

con suerte, sin soñar nada. Pero no me sirvió. Estaba demasiado asustada por culpa de Kalona y demasiado preocupada por lo que se suponía que tenía que hacer después.

Tenía el móvil sobre la mesilla, así que lo cogí y comprobé la hora: las dos y cinco de la tarde. ¡Genial! Había perdido tres largas horas de sueño. No era de extrañar que sintiera como si se me hubiera metido arena en los ojos. Refresco de cola. Lo que necesitaba era un refresco de cola. Desesperadamente.

Comprobé cómo estaba Stevie Rae antes de marcharme del dormitorio, poniendo buen cuidado esta vez de no despertarla. Estaba acurrucada a su lado de la cama, roncando ligeramente y con aspecto de tener doce años. Resultaba difícil imaginar que alguna vez hubiera tenido los ojos rojos, que hubiera gruñido de forma amenazadora o que le hubiera dado un mordisco a Aphrodite con tanta fuerza que en ese momento las dos estuvieran conectadas. Suspiré y sentí como si todo el peso del mundo recayera sobre mí. ¿Cómo iba a enfrentarme a todo eso, sobre todo cuando los chicos buenos a veces parecían malos, y los malos eran tan... tan...? Vi en mi imaginación las imágenes de Kalona y de Stark, cosa que me hizo sentirme terriblemente confusa y muy nerviosa.

No, me dije con rotundidad. Había besado a Stark justo unos instantes antes de que él se muriera. Él era un chico diferente antes de que Neferet lo liara todo, pero ella lo había enredado a él, y eso yo no debía olvidarlo. Yo había vivido una pesadilla con Kalona. Y punto. Eso era todo.

El hecho de que Kalona insistiera en que yo era A-ya en mi pesadilla era simplemente una locura. Porque no era cierto. Claro que me sentía atraída hacia él, pero también se habían sentido atraídos hacia él casi todos los demás. Además yo era yo, y A-ya no había sido más que... bueno, una muñeca de barro hasta que las mujeres *ghigua* le insuflaron vida y concedieron dones especiales. Puede que me pareciera a ella, pensé. Por extraño que eso sonara. O quizá él me hubiera llamado A-ya solo para confundirme. Eso sí que parecía posible, sobre todo si Neferet le había contado cosas acerca de mí.

Nala volvió a instalarse encima de la almohada de Stevie Rae y comenzó de nuevo a ronronear con los ojos cerrados. Era evidente que no había ningún monstruo de pesadilla vagando por allí, porque en ese caso *Nala* se habría asustado. Contenta al menos por eso, le di un suave golpecito a la gata y otro a Stevie Rae en la cabeza, pero ninguna de las dos abrió los ojos. Entonces salí al pasillo por el hueco de la puerta tapado con una tela.

Había un silencio completo en los túneles. Me alegré de que las lámparas de aceite siguieran encendidas: la oscuridad y yo no nos llevábamos muy bien precisamente en ese momento. También admitiré que, aunque me mantuve ojo avizor, escrutando las sombras entre lámpara y lámpara en busca de murciélagos o de lo que fuera, estar cómodamente bajo tierra me produjo un sentimiento de seguridad que no

podría haber sentido en un ningún espacio abierto. Ni, por supuesto, en ninguna pradera a la luz de la luna, rodeada de árboles con sombras fantasmales. Solo pensarlo me hacía temblar. No, no debía pensar en ello.

De camino a la cocina me detuve junto al hueco de la puerta del dormitorio de Kramisha y me asomé en silencio. Solo reconocí la cabeza medio naranja entre el enorme bulto del edredón de color púrpura y de los cojines rosas. Las gemelas estaban hechas polvo, metidas cada una en un saco de dormir, con su odioso gato, *Belcebú*, acurrucado en el suelo, en medio de ambas.

Solté la cortina sin hacer ruido; no quería despertar a las gemelas antes de su turno de guardia. De hecho, lo mejor era coger unos refrescos de cola, relevar a Damien y a Jack y decirles que dejaran dormir a las gemelas, porque sin duda yo no iba a dormir durante mucho tiempo... digamos durante unos años. Vale, eso era broma. Más o menos.

No había nadie en la cocina. El único ruido era el suave zumbido de las neveras. La primera que abrí me produjo tal susto que di un paso atrás. Toda la nevera estaba repleta de bolsas selladas de sangre. Y, por supuesto, se me hizo la boca agua.

Cerré la puerta de golpe.

Y entonces lo reconsideré y volví a abrirla. Decidida, agarré una bolsa. Casi no había dormido nada. Me encontraba bajo un fuerte estrés. Un estúpido ángel caído maligno me perseguía y me llamaba con el nombre de una muñeca de barro muerta. Sí, necesitaba algo más que unos refrescos de cola para superar aquel día.

Encontré unas tijeras en el cajón superior del mueble que formaba una isla, así que, antes de que pudiera sentirme culpable o echarme atrás, abrí la bolsa y me la terminé.

¡Lo sé, lo sé! Beberme toda la sangre de un trago, como si fuera un zumo, suena asqueroso, pero estaba deliciosa. No sabía a sangre o, al menos, no me supo como aquella sangre cobriza y salada que había probado antes de ser marcada. Estaba deliciosa y resultaba electrizante, como beberse una miel especial de *gourmet* mezclada con vino, siempre que te guste el vino, claro, y todo ello combinado con Red Bull, pero con mejor sabor. Sentí cómo su vigor se extendía por todo mi cuerpo, produciéndome una descarga de energía que desvaneció el miedo que albergaba aún en mi interior a causa de la pesadilla.

Arrugué la bolsa vacía y la arrojé a un enorme cubo de la basura que había en una esquina de la cocina. Agarré una botella de refresco de cola y una bolsa de Doritos de queso. El aliento ya me olía fatal por la sangre, de modo que bien podía comerme unos Doritos para desayunar.

Fue entonces cuando me di cuenta de lo siguiente: uno, no sabía dónde estaban Damien y Jack; y dos, tenía que llamar a la hermana Mary Angela y enterarme de cómo estaba la abuela.

Sí, ya sé que suena raro que llame a una monja. Pero mucho más raro suena que le confíe a una monja la vida de la abuela. Literalmente hablando. Pero todas las rarezas terminan ahí, en el momento en el que conocí a la hermana Mary Angela, madre superiora de las monjas benedictinas de Tulsa. Porque además de dedicarse a lo que se dedican las monjas (rezar y demás), la hermana Mary Angela y las monjas del convento dirigen Tulsa Street Cats, y así fue cómo la conocí. Yo había decidido que los iniciados de la Casa de la Noche tenían que tener un papel más activo en la ciudad. Quiero decir que la Casa de la Noche lleva en Tulsa más de cinco años, pero es como si fuéramos una pequeña isla. Todo el mundo con un poco de sentido común sabe que el aislamiento y la ignorancia dan lugar al prejuicio (Sí, leí la *Carta desde la cárcel de Birmingham*, de Martin Luther King Jr., en mi segundo curso en el instituto). Bueno, pues a pesar de los terribles asesinatos de los dos profesores vampiros, Shekinah estuvo de acuerdo conmigo y con la idea de colaborar con una organización de caridad de la comunidad humana siempre y cuando estuviera bien protegida. Y así fue cómo Darius comenzó a relacionarse más conmigo y con mi grupo. Bueno, yo había elegido Street Cats porque, claro, con tanto gato en la Casa de la Noche, me pareció lo más lógico.

La hermana Mary Angela y yo nos habíamos caído bien nada más vernos. Ella es guay, muy espiritual, inteligente, y no se dedica a juzgar a la gente a la ligera. Incluso cree que Nyx no es más que otra versión de la Virgen María (y María es muy importante para las monjas benedictinas). Así que me imagino que se podría afirmar que la hermana Mary Angela y yo nos hemos hecho amigas; cuando los cuervos del escarnio atacaron a mi abuela, quien acabó en coma en el hospital de St. John, recurrí a Mary Angela para que viniera a quedarse con ella, a protegerla para evitar que los cuervos del escarnio volvieran a hacerle daño. Luego, una vez se desató el infierno en la Casa de la Noche, Neferet mató a Shekinah y le ordenó a Stark que le disparara a Stevie Rae. Cuando Kalona se levantó y los cuervos del escarnio se encarnaron, fue la hermana Mary Angela la que se llevó a la abuela para ponerla a salvo, bajo tierra.

O al menos se suponía que era la hermana Mary Angela quien debía llevarse a la abuela bajo tierra, junto con el resto de monjas. Yo no había vuelto a hablar con ella desde la noche anterior, justo antes de que se cortara el servicio telefónico.

Así que, por orden de importancia, en primer lugar tenía que llamar a la hermana Mary Angela, suponiendo que mi teléfono volviera a funcionar, y después tenía que averiguar dónde estaban Damien y Jack para poder relevarlos. Pensé que si me dirigía hacia la entrada del sótano a buscar a Darius podría matar dos pájaros de un tiro, así que volví sobre mis pasos por el mismo túnel. Darius sabría cómo encontrar a los chicos, y seguramente en el sótano habría línea telefónica (a menos que el mundo al nivel de la superficie de la tierra estuviera en una fase postapocalíptica, y nos hubiéramos quedado sin servicio telefónico ya para siempre). Por suerte, después del

trago de sangre me sentía ligeramente más optimista, y ni siquiera un desagradable y nada atractivo mundo en el que todo fuera al estilo de la peli *Soy leyenda* me parecía carente de esperanza.

Las cosas de una en una, me dije. Me ocuparía de cada cosa a su debido tiempo. Lo primero era enterarme de cómo estaba la abuela. Después relevaría a Damien y a Jack. Y por último buscaría la forma de librarme de la horrible pesadilla.

Me acordé de la voz del ángel oscuro y de la forma en que el dolor y el placer se habían fundido de alguna manera al tocarme y decirme que era su amor. Pero aparté semejantes pensamientos de mi mente. El dolor nunca podría ser lo mismo que el placer. Lo que había sentido en el sueño era simplemente eso, un sueño, y según la definición de «sueño», o de «pesadilla», no era real. Además de que yo no era en absoluto el amor de Kalona.

Fue entonces, más o menos, cuando me di cuenta de que si en parte estaba nerviosa y mi cuerpo se estremecía era de puro miedo, y de que eso no tenía nada que ver con Kalona. Había estado tan preocupada pensando en él que no había hecho ni caso de la tensión subconsciente que atenazaba todo mi cuerpo. El corazón volvía a latirme a toda velocidad. El estómago me daba vueltas. Y tenía la clara y aterradora sensación de que me observaban.

Me giré, esperando al menos ver murciélagos agitando asquerosamente las alas. Pero no había nada más que el silencio mortal del largo túnel desierto, iluminado por las lámparas de aceite, extendiéndose ante mi vista.

—Te estás asustando —me dije en voz alta.

De pronto la lámpara que tenía más cerca se apagó; parecía como si mis propias palabras hubieran sido la causa.

Me quedé aterrada, pero comencé a dar marcha atrás por el túnel, manteniendo los ojos bien abiertos para ver cualquier cosa que no fuera solo el producto de mi imaginación. Llegué hasta la escalera metálica anclada a la pared que daba al sótano de la estación. Mareada de puro alivio por haber encontrado el final del túnel, mantuve la lata de refresco de cola en una mano y la enorme y ruidosa bolsa de Doritos de desayuno en la otra. Había comenzado a subir las escaleras cuando de pronto asomó un fuerte brazo masculino por la parte de arriba. Me sobresaltó de tal modo, que me dejó paralizada.

—¡Eh!, dame el refresco y las patatas. Te vas a caer de culo como no te agarres a la escalera.

Alcé la vista y vi a Erik, que sonreía. Tragué rápidamente y le di las gracias muy animada. Le tendí el refresco y las patatas, y subí ya con facilidad el resto de las escaleras.

El sótano estaba unos cuantos grados más frío que los túneles, lo que me vino bien para recuperar el tono de la piel de la cara, porque sentía que la tenía totalmente

colorada...

—Me gusta que todavía te sonrojes conmigo —dijo Erik, acariciando mi mejilla ardiente.

Estuve a punto de decirle que estaba aterrada por las sombras y por la mierda que no había conseguido ver en los túneles, pero me imaginé que se echaría a reír y que me acusaría otra vez de asustarme solo por unos murciélagos. ¿Y qué, si estaba especialmente sensible por culpa de la pesadilla? ¿De verdad quería hablar de Kalona en ese preciso momento con Erik o con cualquier otra persona?

No.

Así que en lugar de explicarme, dije:

—Aquí arriba hace frío, y tú sabes que detesto sonrojarme.

—Sí, la temperatura ha bajado una barbaridad en las últimas horas. Ahí fuera va a helar. ¿Sabes?, creo que estás adorable con las mejillas rosas.

—Mi abuela y tú sois las únicas personas en el mundo que pensáis eso —dije, sonriendo a duras penas.

—Bueno, entonces me colocas en buena compañía —rió Erik, que cogió Doritos mientras yo miraba alrededor.

Todo estaba en silencio también en el sótano, pero no tenebrosamente oscuro y silencioso como los asquerosos túneles. Erik se había llevado una silla hasta muy cerca de la entrada de la estación, y al lado y debajo de ella tenía dos lámparas de aceite que daban mucha luz, una botella de litro de Mountain Dew medio vacía (*¡puaj!*) y, ¡sorpresa, sorpresa!, *Drácula* de Bram Stoker, con un señalador a la mitad del libro. Arqueeé las cejas, mirando a Erik.

—¿Qué? Me lo ha prestado Kramisha —dijo Erik. Esbozaba una sonrisa como de culpabilidad que le daba un aire de adorable niño pequeño—. Vale, lo admito. He sentido curiosidad por este libro desde que me contaste que era uno de tus preferidos hace tiempo. Pero solo he leído la mitad, así que no me cuentes cómo acaba.

Sonreí. Me sentí halagada por el hecho de que estuviera leyendo *Drácula* solo porque yo se lo hubiera recomendado.

—¡Oh, por favor! —bromeé—. Tú ya sabes cómo termina el libro. Todo el mundo sabe cómo termina —dije. Me encantaba que Erik fuera un chico tan grande, tan alto y sobre todo tan supersexi, y sin embargo leyera todo tipo de libros y viera las pelis viejas de *La guerra de las galaxias*. Mi sonrisa se agrandó—. Y entonces... ¿te está gustando?

—Sí, me gusta. Aunque, la verdad, no esperaba que me gustara —dijo con una enorme sonrisa al igual que la mía—. Quiero decir que, ¡vamos! Es de la vieja escuela, y los vampiros siguen siendo monstruos y todo eso.

Al instante, mentalmente, apareció Neferet, a quien consideraba un monstruo con un bonito disfraz, y los iniciados rojos, con respecto a quienes aún tenía muchas

dudas. Pero aparté todos esos pensamientos, porque no quería que la oscuridad se interpusiera en ese momento entre Erik y yo. Volví a concentrarme en Drácula y dije:

—Bueno, sí, se supone que Drácula es un monstruo y todo eso, pero yo siempre siento lástima por él.

—¿Sientes lástima por él? —repitió Erik, evidentemente sorprendido—. Z, es el mal en estado puro.

—Lo sé, pero ama a Mina. ¿Cómo puede amar algo que se supone que es el mal puro?

—¡Eh, que yo todavía no he llegado ahí! No me des pistas.

Puse los ojos en blanco.

—Erik, tienes que saber que Drácula persigue a Mina. La muerde y entonces ella empieza a cambiar. Es a través de Mina como le siguen la pista al conde y al final...

—¡Para! —exclamó Erik, riéndose, agarrándome del brazo y tapándome la boca—. No hablaba en broma. No quiero que me cuentes cómo termina.

Me había tapado la boca con la mano, pero mis ojos le sonreían.

—Si quito la mano, ¿prometes portarte bien?

Asentí.

Lentamente quitó la mano, pero no hizo ningún movimiento por apartarse de mí. Me gustaba estar cerca de él. Me miraba con una ligera sonrisa. Pensé en lo sexi que era y en lo contenta que estaba de que los dos volviéramos a estar juntos, y dije:

—¿Quieres que te cuente cómo me gustaría que acabara el libro en realidad?

Arqueó las cejas.

—¿Cómo te gustaría que acabara? ¿Significa eso que no vas a contarme cómo termina?

—Te lo juro, que me muera si miento —contesté, representando una cruz sobre mi corazón.

Estábamos tan cerca el uno del otro, que le rocé con el dorso de la mano al trazar la cruz.

—Cuéntame.

Su voz había adquirido un tono profundo e íntimo.

—Desearía que Drácula no hubiera permitido que nadie se interpusiera entre Mina y él. Hubiera debido de morder a Mina, crearla a su imagen y semejanza, y después llevársela para poder estar los dos juntos para siempre, y vivir siempre felices.

—Porque son iguales y se pertenecen el uno al otro —dijo.

Alcé la vista hacia los increíbles ojos azules de Erik y vi que había dejado de bromear por completo.

—Sí, a pesar de las cosas malas ocurridas en el pasado. Tienen que perdonarse el uno al otro por las cosas malas, pero creo que podrían hacerlo.

—Sé que podrían. Cuando dos personas se quieren la una a la otra, pueden perdonarse cualquier cosa.

Era evidente que Erik y yo no estábamos hablando de los personajes de ficción del libro antiguo. Hablábamos de nosotros mismos, probábamos a ver si podíamos lograr que la cosa funcionara verdaderamente entre él y yo.

Tenía que perdonar a Erik por portarse tan mal conmigo después de pillarme con Loren. Él había estado fatal, pero la verdad es que yo le había hecho mucho más daño del que él me había hecho a mí, y no solo con Loren. Al comenzar a salir con Erik, yo aún mantenía una relación con Heath, mi novio humano. A Erik le había cabreado que yo siguiera viendo a Heath al mismo tiempo que salía con él, pero creía que al final entraría en razón y comprendería que Heath formaba parte de mi antiguo mundo, de mi anterior vida; creía que al final vería que Heath no encajaba en mi futuro como encajaba él.

Erik tenía razón. La conexión con Heath se había roto, cosa de la que yo estaba totalmente segura porque Heath y yo habíamos tenido una escena terrible un par de días atrás, al encontrármelo por casualidad en el Charlie's Chicken (tenía que ser precisamente allí). Mi ridículo error al acostarme con Loren había tenido un efecto dominó en mi vida; lo había complicado todo. El primer gran problema había sido la dolorosa forma de romper mi conexión con Heath. Porque él me había dejado bien claro que no quería volver a verme nunca más. Por supuesto, le había llamado para advertirle de que los cuervos del escarnio y Kalona andaban sueltos por ahí y para decirle que se pusiera a salvo junto con toda su familia; pero lo mío con Heath había terminado exactamente igual que había terminado lo mío con Loren (lo de Loren había terminado incluso antes de morir él), que es como debía ser.

Seguí mirando a Erik a los ojos.

—Bueno, ¿te gusta mi versión de *Drácula*?

—Me gusta tu final, ese en el que los dos son vampiros y acaban juntos y felices para siempre, más que nada porque se quieren lo suficiente el uno al otro como para perdonarse mutuamente sus errores.

Sin dejar de sonreír, Erik se inclinó para besarme. Sus labios eran suaves y cálidos, y su beso sabía a Doritos y a Mountain Dew, cosa que no es tan asquerosa como uno pueda pensar. Me rodeó con los brazos y me atrajo hacia él, profundizando en el beso. Me sentía bien en sus brazos. Tan bien, que al principio conseguí olvidar el timbre de alarma que sonaba en la parte racional de mi mente, mientras sentía cómo Erik deslizaba las manos por mi espalda hasta el trasero. Pero cuando me estrujó con fuerza, apretándose contra mi cuerpo, la adorable niebla de calidez que había hecho surgir en mí comenzó a despejarse. Me gustaba que me tocara. Pero no me gustaba la sensación que me producía, pues se había vuelto de pronto demasiado agresivo, demasiado insistente, como si pensara: «Ella es mía, la deseo, y voy a

poseerla ahora».

Debió notar que yo me ponía tensa, porque se apartó, sonrió con su habitual simpatía y dijo:

—Bueno, ¿y qué haces aquí arriba?

Parpadeé, desorientada por aquel cambio tan repentino. Di un paso atrás para apartarme de él y cogí mi refresco, que él había dejado sobre la silla. Di un trago y traté de calmarme. Finalmente logré decir:

—Pues, he venido a hablar con Darius y a ver si me funciona el móvil. —Metí la mano en el bolsillo, lo saqué y lo alcé como una tonta. Lo miré y vi que se encendían las barras que indicaban suficiente cobertura—. ¡Sí! ¡A lo mejor funciona!

—Bien, hace rato que la lluvia ha dejado de convertirse en hielo, y tampoco he oído ningún trueno hace rato. Si no viene otra ola del horrible tiempo este, puede que se mantenga el servicio telefónico. Espero que sea buena señal.

—Sí, yo también. Voy a intentar llamar a la hermana Mary Angela, a ver cómo está mi abuela.

Por fin me salían las palabras con más facilidad. Analizaba a Erik mientras charlábamos. Él parecía otra vez un chico amable y normal, el buen chico de siempre, fácil de tratar. ¿Acaso yo había reaccionado desmesuradamente? ¿Era posible que lo ocurrido con Loren me hubiera vuelto demasiado susceptible? Entonces me di cuenta de que el silencio se prolongaba en exceso entre él y yo, y de que Erik comenzaba a mirarme inquisitivamente, así que me apresuré a decir:

—Bueno, y, ¿dónde está Darius?

—Lo relevé antes de la hora. Me desperté y no podía volver a dormirme, así que me figuré que a él le vendría bien dormir un poco más, teniendo en cuenta que él solito forma todo nuestro ejército.

—¿Y Aphrodite seguía contenta?

—Se había desmayado. Darius se la llevó de aquí. Mañana, cuando se despierte, va a tener una resaca tremenda —dijo Erik, que pareció alegrarse por ello—. Él iba a dormir en el dormitorio de Dallas. Se ha ido hace poco, así que si vas a verlo ahora, a lo mejor ni siquiera lo despiertas.

—Bueno, en realidad lo que quería era que me dijera dónde están Damien y Jack. Yo tampoco podía dormir, así que pensé en relevarlos y dejar descansar a las gemelas.

—Ah, eso es fácil. Puedo indicarte cómo encontrarlos. No están lejos de la entrada de la estación por la que hemos subido antes.

—Bien, porque en realidad no quiero molestar a Darius si está durmiendo. Tienes razón. Nuestro ejército necesita dormir. —Hice una pausa y luego añadí, casi con un tono demasiado indiferente—. Oye, ¿no habrás notado nada, eh... nada raro en los túneles al subir aquí arriba, verdad?

—¿Raro? ¿Nada raro como qué?

No quería decir que se trataba de algo negro porque, bueno, eran túneles, y no era extraño que un túnel fuera oscuro. Además, tal y como ya me había imaginado, Erik sin duda me recordaría cuánto me habían asustado los murciélagos. Así que dije:

—Por ejemplo, algo como que se apagan las lámparas de repente.

Erik se encogió de hombros y negó con la cabeza.

—No, pero eso tampoco es tan raro. Estoy convencido de que los iniciados rojos tienen que llenarlas de aceite muy a menudo, y apuesto a que los últimos acontecimientos les han confundido un poco con los horarios.

—Sí, supongo que sí.

Era posible. Así que, aunque solo fuera por unos instantes, me permití una sensación de alivio a pesar de que, en lo más profundo de mi ser, sabía que no era verdad. Pero sonreí en dirección a Erik. Él me devolvió la sonrisa, y ahí estábamos los dos, sonriéndonos el uno al otro. Me acordé entonces de que Erik era un novio fantástico. Me había alegrado de que él y yo volviéramos a estar juntos. Y seguía contenta, ¿no era así? ¿Acaso no podía seguir contenta y no enredar más las cosas buenas que habían existido entre él y yo solo porque tenía miedo de que él quisiera más de mí de lo que yo estaba dispuesta a darle en ese momento?

Aparté de mi mente el recuerdo del beso de Stark y la visita de Kalona durante la pesadilla, en la que él me había hecho sentir cosas que ningún chico jamás me había hecho sentir ni por asomo.

Me puse en pie bruscamente, tirando casi la silla al suelo, y dije:

—Tengo que llamar a la hermana Mary Angela.

Erik me dirigió una mirada extraña, pero solo contestó:

—Vale, vete un poco para allá, pero no te acerques demasiado a la puerta. No me gustaría que nadie te oyera, si es que hay alguien vagando por ahí fuera.

Asentí y esboqué una sonrisa que esperaba que no delatara mi sentimiento de culpabilidad. Luego me alejé por el sótano, y enseguida noté que el lugar no tenía un aspecto tan desagradable como la última vez que había estado allí. Era evidente que Stevie Rae y su grupo habían limpiado y tirado las porquerías de los pordioseros que lo abarrotaban todo. Y, por suerte, ya no olía a orina, lo que era sin duda una gran mejora.

Apreté la tecla del número de la hermana Mary Angela y crucé mentalmente los dedos mientras el teléfono anunciaba que estaba marcando... marcando... Y de pronto, comenzó a sonar el timbre una, dos, tres veces... Empezaba a dolerme el estómago cuando contestó. La conexión era realmente un desastre, pero al menos podía entender lo que decía:

—¡Oh, Zoey! ¡Me alegro tanto de que me hayas llamado! —dijo la hermana Mary Angela.

—Hermana, ¿estás bien? ¿Y la abuela?

—Ella está bien... todos bien. Estamos...

La comunicación se cortaba.

—Hermana, no te oigo muy bien. ¿Dónde estáis? ¿La abuela está consciente?

—La abuela... está consciente. Estamos debajo del convento, pero... —contestó. Se produjeron interferencias y de pronto volví a oírla claramente—. ¿Estás influyendo en el clima, Zoey?

—¿Yo? ¡No! ¿Y la abuela? ¿Estáis todas a salvo en el sótano del convento?

—... Bien. No te preocupes, estamos...

Y se cortó la línea.

—¡Demonios! ¡Esta conexión apesta!

Caminé un trecho corto, totalmente frustrada, mientras trataba de volver a llamar. Nada. Tenía línea, pero la pantalla no hacía más que decir que había perdido la llamada. Lo intenté unas cuantas veces más hasta que por fin vi que no solo no podía volver a establecer la línea, sino que estaba a punto de quedarme sin batería.

—¡Demonios! —repetí.

—¿Qué ha dicho? —me preguntó Erik, que se había acercado y estaba detrás de mí.

—No mucho, porque he perdido la comunicación y no consigo recuperarla. Pero al menos he logrado escuchar que ella y la abuela están bien. Creo incluso que por fin la abuela está consciente.

—¡Esas sí que son buenas noticias! No te preocupes, todo saldrá bien. Las monjas tienen a tu abuela a salvo bajo tierra, ¿no?

Asentí. Estaba a punto de echarme a llorar, pero más a causa de la frustración que del miedo por lo que pudiera haberle pasado a la abuela. Confiaba plenamente en la hermana Mary Angela, así que si ella decía que la abuela estaba bien, entonces yo lo creía.

—Es duro no saber qué está pasando. No solo con mi abuela, sino en general con todo ahí fuera —dije, alzando el dedo pulgar para señalar al mundo exterior.

Erik dio un paso hasta quedarse a mi lado y colocó una cálida mano sobre la mía. Me hizo girarme para que lo mirara y después trazó suavemente con el dedo pulgar los tatuajes nuevos que me cubrían la palma de la mano.

—¡Eh!, superaremos esto. Nyx está con nosotros, ¿o es que no te acuerdas? Basta con que te mires las manos para tener una prueba de que ella está de tu parte. Sí, nuestro grupo es pequeño, pero somos fuertes y sabemos que estamos del lado correcto.

Justo entonces mi teléfono sonó con un solo timbrado, indicando con ello que tenía un mensaje de texto.

—¡Ah, bien! Puede que sea la hermana Mary Angela.

Abrí el teléfono y me quedé mirando el mensaje. No terminaba de comprenderlo.

«Todos los iniciados y vampiros deben volver a la Casa de la Noche inmediatamente».

—¿Qué demonios...? —pregunté sin dejar de mirar la pantalla del teléfono.

—Déjame ver —dijo Erik.

Giré el teléfono para que él pudiera leerlo. Erik asintió lentamente, como si el mensaje confirmara algo en lo que ya había estado pensando.

—Es de Neferet. Y aunque suena a uno de esos mensajes de texto cualquiera que se mandan a toda la escuela, apuesto a que es una orden directa de ella.

—¿Estás seguro de que es de ella?

—Sí, reconozco su número.

—¿Te ha dado su número?

Traté de que mi voz no sonara tan irritada y molesta como realmente me sentía, pero dudo que lo consiguiera.

Erik se encogió de hombros.

—Sí, me lo dio antes de marcharme de la escuela para irme a Europa. Me dijo que si alguna vez necesitaba alguna cosa la llamara.

Resoplé.

Erik sonrió.

—¿Estás celosa?

—¡No! —mentí—. ¡Es una puta tan manipuladora que me pone enferma!

—Bueno, pero ahora desde luego se ha metido en una buena mierda con Kalona.

—Sí, de eso no cabe duda. Pero no vamos a volver a la Casa de la Noche. Al menos por ahora.

—En eso creo que tienes razón. Tenemos que descubrir más cosas sobre lo que ha pasado allí arriba antes de hacer nuestro próximo movimiento. Además, si tu instinto te dice que tenemos que mantenernos alejados de la escuela, entonces eso es lo que haremos.

Alcé la vista hacia él. Erik esbozó una sonrisa confiada en mi dirección y me retiró un mechón de pelo de la cara. Su mirada era cálida y amable, no posesiva ni poseída por el sexo. ¡Demonios!, tenía que controlarme. Erik me hacía sentirme a salvo. Él creía en lo que decía. Creía en mí.

—Gracias. Gracias por seguir creyendo en mí.

—Siempre creeré en ti, Zoey —dijo—. Siempre.

Erik me envolvió en sus brazos y me besó.

La puerta que daba al exterior se abrió de golpe, y de improviso entró la lóbrega luz de una tarde tormentosa y una ola de aire helado. Erik se giró y me empujó detrás de él. Sentí el golpeteo de los latidos de mi corazón acelerarse de puro miedo.

—¡Baja! ¡Ve a buscar a Darius! —gritó Erik mientras se adelantaba hacia la figura cuya silueta se perfilaba contra el gris del mundo de más arriba.

Había echado a correr de vuelta hacia la escalera cuando la voz de Heath me

detuvo.

—¡Eh, Zo!, ¿eres tú?



—¡Heath!

Corrí hacia él, prácticamente gritando de alivio por su presencia y que no fuera un aterrador cuervo del escarnio o, peor aún, el antiguo ser inmortal con ojos como el cielo negro y voz como un secreto prohibido.

—¿Heath? —repitió Erik, que no pareció ni mucho menos tan complacido.

Erik me agarró del brazo de modo que no pudiera pasar más allá de donde estaba él. Frunció el ceño y se las apañó para mantener su tono de voz protector ante mí.

—¿Te refieres a tu novio humano?

—Ex novio —dijimos Heath y yo al mismo tiempo.

—¡Eh!, ¿tú no eres el tipo ese, Erik?, ¿el ex novio iniciado de Zo? —preguntó Heath.

Heath no hizo caso de los tres escalones que bajaban al sótano y dio un salto, sin más. Su aspecto era el de un *quarterback*, una estrella del fútbol americano. Pero es que eso era exactamente lo que había sido siempre, de la cabeza a los pies: metro ochenta y tres de estatura, cabello rizado y castaño, tirando a rubio rojizo, y los ojos y los hoyuelos más bonitos que jamás se hayan visto. Sí, lo admito con toda libertad, mi novio del colegio era un cliché, pero al menos era un cliché adorable.

—Novio —lo corrigió Erik—. No ex. Y vampiro, no iniciado.

—¡Ah! Te daría las dos enhorabuenas, por arreglarlo con Zo y por no ahogarte en tu propia sangre, pero sería una chorrada porque no lo diría en serio. Ya sabes a qué me refiero, ¿no, tío? —dijo Heath, al mismo tiempo que daba la vuelta alrededor de Erik para agarrarme de la muñeca. Sin embargo, antes de darme un fuerte abrazo, miró hacia abajo y vio los tatuajes de las palmas de mis manos—. ¡Vaya! ¡Esto sí que mola de verdad! Así que tu diosa sigue cuidando de ti, ¿eh?

—Sí, así es —afirmé.

—Me alegro —dijo, a la vez que tiraba de mí y me daba el abrazo que estaba esperando—. ¡Demonios, he estado tan preocupado por ti! —exclamó, apartándose de mí un poco, pero sin soltarme y mirándome de arriba abajo—. ¿Estás de una sola pieza?

—Estoy bien —dije, un poco sin aliento.

La última vez que había visto a Heath había roto conmigo. Además, pude olerle al abrazarme, y olía de maravilla. Olía a hogar mezclado con mi infancia, mezclado con algo que era delicioso y excitante, y que me llamaba a gritos cada vez que su piel tocaba la mía. Sabía qué era lo que me llamaba: su sangre. Y eso enredaba algo más que mi cabeza.

—Excelente —dijo Heath, soltándome la muñeca.

Di medio paso rápidamente hacia Erik para alejarme de él. Vi un destello de dolor atravesar los ojos de Heath, pero pasó en un segundo y enseguida sonrió con indiferencia. Heath se encogió de hombros como si el abrazo no tuviera importancia porque éramos amigos.

—Sí, bueno, ya me figuré que estabas bien. Quiero decir que aunque esa cosa de la sangre se rompió entre nosotros, creo que aún me doy cuenta de cuándo te ocurre algo malo —explicó Heath, que dijo eso de la «cosa de la sangre» con tal énfasis erótico que Erik se revolvió inquieto a mi lado—. Pero tenía que verlo por mí mismo. Además, quería preguntarte a qué demonios venía la llamada de anoche.

—¿La llamada de anoche? —repitió Erik.

Sus ojos se desviaron hacia mí y me miraron con suspicacia.

—Sí, la llamada de anoche —confirmé, alzando la barbilla.

Puede que Erik volviera a ser otra vez mi novio, pero de ninguna manera iba a consentir que se mostrara tan posesivo y tan absurdamente celoso. De pronto comenzó a revolotear por mi mente la idea de que quizá Erik fuera incapaz de volver a confiar verdaderamente en mí después de lo ocurrido entre nosotros, y de que entonces tendría que soportar sus celos obsesivos. Ciertamente, me los había ganado. Sin embargo añadí con una voz cortante:

—Llamé a Heath para advertirle sobre los cuervos del escarnio y para decirle que pusiera a salvo a su familia. Ya no estamos juntos, pero eso no significa que quiera que le ocurra nada malo.

—¿Cuervos del escarnio? —repitió Heath.

—¿Qué está ocurriendo ahí fuera? —le preguntó Erik, muy serio.

—¿Ocurriendo? ¿A qué te refieres? ¿A la horrible tormenta que comenzó a medianoche y que lo ha transformado todo en hielo, o a esa pandilla de idiotas? ¿Y qué son los cuervos del escarnio?

—¿Pandilla de idiotas? ¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Erik a su vez.

—No, no voy a decirte nada hasta que tú no contestes a mi pregunta.

—Los cuervos del escarnio son criaturas demoníacas de las leyendas cheroquis —respondí—. Hasta la medianoche de ayer eran solo espíritus malévolos, pero eso cambió cuando su padre, un ser inmortal llamado Kalona, se liberó de su prisión bajo tierra. Ahora ha fijado su nueva residencia en la Casa de la Noche de Tulsa.

—¿De verdad crees que es buena idea contarle todo eso? —preguntó Erik.

—¡Eh!, ¿por qué no dejas que Zoey decida qué quiere contarme y qué no? —preguntó Heath, hinchando el pecho como si se muriera de ganas por darle un puñetazo a Erik.

Erik también hinchó el pecho.

—Tú eres humano —le reprochó Erik, pronunciando la última palabra como si se

tratara de una enfermedad de transmisión sexual—. No puedes controlar las mismas cosas que nosotros. Procura acordarte de que tuve que mantener tu estúpido culo humano a salvo de un montón de fantasmas de vampiros hace solo un par de meses.

—¡Fue Zoey quien me salvó, no tú! Y he estado controlando todo lo que le ocurría a Zoey durante millones de años, antes de que la conocieras siquiera.

—¿Sí?, ¿y cuántas veces tu estúpido culo humano la ha puesto en peligro desde que la marcaron?

Eso desinfló a Heath.

—Escucha, no la he puesto en peligro al venir aquí. Solo quiero asegurarme de que está bien. He intentado llamar un par de veces, pero el servicio telefónico está estropeado.

—Heath, lo que me preocupa no es que me hayas puesto en peligro a mí al venir aquí, sino que te hayas puesto en peligro tú —dije entonces, lanzándole a Erik una dura mirada para que se callara de una vez.

—Sí, ya me acuerdo de lo de esos asquerosos iniciados que trataron de morderme la última vez que estuve aquí. No recuerdo muy bien lo que pasó, pero sí me acuerdo de lo suficiente como para traerme esto.

Heath metió la mano dentro del bolsillo de su chaqueta de camuflaje Carhartt y sacó un arma negra de cañón corto y aspecto peligroso.

—Es de mi padre —dijo con orgullo—. Traigo cartuchos de munición extra por si acaso. Pensé que si trataban de comerme otra vez, podía dispararle a cualquiera con el que no pudieras acabar.

—Heath, no me digas que te has traído un arma cargada en el bolsillo —dije.

—Zo, tengo echado el seguro y la primera bala de la recámara está vacía. No soy un completo idiota.

Erik soltó un bufido sarcástico. Heath frunció el ceño en su dirección.

Me apresuré a intervenir en medio de aquel ambiente cargado de testosterona antes de que los dos comenzaran a darse puñetazos en el pecho.

—Los iniciados ya no se comen a la gente, Heath, así que no va a hacerte falta disparar. Al decir que me preocupaba tu seguridad por venir aquí me refería a los cuervos del escarnio.

—Vale, ella ha contestado a tu pregunta. Así que ahora dime, ¿qué es todo eso de la pandilla que dices que está pasando ahí fuera?

Heath se encogió de hombros.

—Está en todos los medios. Pero claro, como la electricidad no ha hecho más que ir y venir y el estúpido cable no ha funcionado en todo el día, aparte del servicio de línea de móviles, que está fastidiado... El asunto es que dicen que anoche una pandilla se volvió loca, más o menos alrededor de la medianoche, algo así como una especie de cosa de iniciación al año nuevo. Chera Kimiko, en la Fox News, dice que

fue un «baño de sangre». Y la poli tardó en responder por culpa de la tormenta. Asesinaron a algunas personas en los barrios residenciales del centro de la ciudad, hecho que ha asustado mucho a todo el mundo, porque no es en esos barrios donde está el centro de las pandillas gamberras, así que dicen que un puñado de ricachones perdió la cabeza. La última vez que vi las noticias, no hacían más que gritar que había que llamar a la Guardia Nacional, y eso a pesar de que la poli dice que todo está bajo control —explicó Heath, que hizo una pausa. Casi pude ver cómo daban vueltas los engranajes en su cabeza—. ¡Eh, los barrios residenciales del centro! ¡Justo donde está la Casa de la Noche! —exclamó, desviando la vista hacia Erik, y después otra vez hacia mí—. Entonces no se trataba de ninguna pandilla de locos. ¡Eran esos cuervos!

—Brillante —musitó Erik.

—Sí, en realidad fueron los cuervos del escarnio. Comenzaron a atacar justo cuando nos escapamos de la Casa de la Noche —dije, antes de que Heath y Erik pudieran pegarse—. ¿No decían nada en absoluto las noticias acerca de unas criaturas extrañas que se dedicaron a atacar a la gente?

—No. Decían que una pandilla atacó a la gente; que mataron a algunas personas cortándoles el cuello. ¿Es eso lo que hacen los cuervos del escarnio?

Recordé que uno de ellos me había atacado a mí en la Casa de la Noche y que había estado a punto de hacer realidad una de las dos visiones de mi muerte que había tenido Aphrodite; y lo había hecho tratando de cortarme el cuello. Pero eso había sido antes de conseguir sus cuerpos. Me eché a temblar.

—Sí, parece que es eso lo que hacen, pero en realidad no sé mucho acerca de ellos. Mi abuela sabe más, pero ellos le provocaron un accidente de coche.

—¡Oh, Zo!, ¿la abuela ha tenido un accidente? ¡Mierda! ¡Cuánto lo siento! ¿Se pondrá bien?

Heath estaba realmente preocupado. Era el chico preferido de mi abuela. Había ido a la granja de lavanda más veces de las que yo podía contar.

—Sí, se pondrá bien. Tiene que ponerse bien —dije con rotundidad—. Las monjas benedictinas están cuidando de ella en el sótano de su convento, que está en la esquina de la calle Lewis con la Veintiuna.

—¿Sótano? ¿Monjas? ¿Y no sería mejor que estuviera en un hospital?

—Lo estaba antes de que Kalona se levantara y los cuervos de escarnio recuperaran sus cuerpos mitad humanos, mitad pájaros.

—¿Mitad humanos, mitad pájaros? ¡Eso suena escalofriante!

—Es peor de lo que te imaginas, y además son grandes. Y malos. Bueno, Heath, ya me has oído. Kalona es un ser inmortal, un ángel caído.

—Con eso de «caído», ¿te refieres a que ya no es bueno, y a que no va flotando por ahí, tocando un arpa?

—Tiene alas. Grandes y negras —dijo Erik—. Pero no es un buen chico, y por lo

poco que sabemos, siempre ha sido malo.

—No, eso no es verdad.

Vale, lo negué, pero no era esa mi intención en realidad.

Los dos se quedaron mirándome con la boca abierta. Sonreí, nerviosa.

—Bueno, eh... según mi abuela, Kalona antes era un ángel, así que me figuro que, por aquel entonces, era un buen tipo. Quiero decir hace mucho tiempo.

—Creo que lo mejor es suponer simplemente que es el mal. El mal total —dijo Erik.

—Anoche murió un puñado de gente. No sé cuántos exactamente, pero fue terrible. Si ese Kalona está detrás de ese asunto, afirmarí que es malo —concluyó Heath.

—Vale, sí, bueno, me imagino que tenéis razón, chicos —accedí.

¿Qué demonios me estaba ocurriendo? ¿Sabía mejor que nadie hasta qué punto Kalona era el mal! Había sentido su oscuro poder. Sabía que Neferet estaba enredada con él, tan enredada que había decidido darle la espalda a Nyx. Así que sin duda era cierto: todo ello proclamaba el mal con letras mayúsculas.

—Espera. Casi lo olvido.

Erik se apresuró a acercarse a la silla, y lo seguimos. Sacó de debajo, oculta en la sombra, una especie de caja monstruosa con un radiocasete y CD.

—A ver si puedo sintonizar algo.

Comenzó a mover los enormes botones plateados, y enseguida consiguió captar el Canal 8, pero con muchas interferencias. El presentador daba las noticias con seriedad y de manera rápida:

Queremos repetir ahora nuestra información especial sobre la pandilla de violentos y los hechos acaecidos anoche en los barrios céntricos de Tulsa. El Departamento de Policía de Tulsa reitera que la ciudad es segura y que el problema está bajo control. Citando palabras textuales del jefe de policía, «Se trataba de un ritual de iniciación de una nueva pandilla que se hace llamar a sí misma ‘Escarnio’». Los líderes de esta pandilla han sido arrestados, y las calles de los barrios residenciales del centro de Tulsa son de nuevo seguras para todos nuestros ciudadanos.

Tras una corta pausa, el locutor continuó:

Por otra parte, Tulsa y la zona de los alrededores estará hasta mañana por la noche bajo vigilancia debido a la fuerte tormenta invernal, así que les recomendamos no viajar a menos que se trate de una situación

de emergencia. Esperamos al menos otros quince centímetros cúbicos de lluvia o agua nieve, lo cual obstaculizará los trabajos del Servicio Público de Oklahoma de restauración de la electricidad a todos los vecinos a quienes se les fue la luz anoche. Mantengan sintonizado este canal si quieren estar al día y escuchar un informe completo del tiempo en las noticias de las cinco, dentro de media hora.

Y tenemos otro anuncio más que hacer: debido al mal tiempo, se convoca a todo el profesorado y a los estudiantes de la Casa de la Noche. Repetimos: el profesorado y los estudiantes de la Casa de la Noche deben volver a la escuela. No cambien de canal si quieren mantenerse informados. Y ahora volvemos con nuestra programación habitual.

—Anoche no había ninguna pandilla en los barrios residenciales del centro —dije—. ¡Es la cosa más ridícula que he oído jamás!

—Ella lo ha arreglado todo. Manipula a la prensa y probablemente a todo el público —dijo Erik, muy serio.

—¿Con ese «ella» te refieres a la alta sacerdotisa que me produjo tanta confusión? —me preguntó Heath.

—No —negó Erik.

—Sí —dije al mismo tiempo que él lo negaba. Fruncí el ceño en dirección a Erik—. Tiene que saber la verdad para poder protegerse a sí mismo.

—Cuanto menos sepa, mejor para él —insistió Erik.

—No, ¿es que no lo comprendes? Eso es lo que yo pensaba antes, y por eso se enfadó tanto todo el mundo conmigo. Y por esa misma razón cometí algunos de mis peores errores —añadí, desviando la vista hacia Heath—. Si no hubiera guardado tantos secretos y hubiera confiado en mis amigos y en su capacidad para arreglárselas solos, puede que hubiera hablado más y no hubiera enredado todo tanto.

Erik suspiró.

—Vale, comprendo lo que dices —accedió Erik al fin, desviando también la vista hacia Heath—. Se llama Neferet. Es la alta sacerdotisa de la Casa de la Noche. Es poderosa. Muy poderosa. Es adivina y tiene poderes psíquicos.

—Sí, ya sabía que podía manipular mi mente. Así fue como me lió tanto. Me hizo olvidar partes de hechos que ocurrieron. Acabo de comenzar a recordarlo.

—¿Y eso hace que te duela la cabeza? —pregunté.

Me acordé del dolor que había tenido que padecer para romper el bloqueo mental que Neferet me había impuesto.

—Sí. Duele, pero ahora ya estoy mejor —contestó Heath que, acto seguido, esbozó esa sonrisa tan familiar para mí, que significaba que todo estaba olvidado y

perdonado.

Esa sonrisa me llegó al corazón.

—Neferet también es una especie de reina para Kalona —añadió Erik.

—Así que es mala de verdad —concluyó Heath.

—Mala y peligrosa. Eso no lo olvides —dije yo—. Y además de eso, Kalona no puede soportar estar bajo tierra. No podía soportarlo antes de que lo hicieran prisionero las mujeres cheroquis, pero ahora que ha escapado, me imagino que se mostrará aún más cauto y suspicaz. Así que recuerda: bajo tierra estás a salvo.

—¿Y los cuervos del escarnio?

Negué con la cabeza antes de contestar:

—Simplemente, no sabemos nada de ellos. Aquí no ha bajado ninguno, pero eso no significa gran cosa.

Pensé en la oscuridad de los túneles de más abajo y en la sensación tan negativa que me producían, pero no sabía qué diablos era exactamente lo que me la provocaba: ¿los iniciados rojos?, ¿los cuervos del escarnio?, ¿alguna otra cosa sin rostro que Kalona mandaba para luchar contra nosotros? ¿O era todo simplemente producto de mi imaginación? Lo único que sabía seguro era que parecería una idiota si me ponía a balbucear «Puede que..., puede que..., puede que...» como si gritara «Que viene el lobo» cuando, en realidad, ni siquiera sabía si venía. Esto significaba que, de momento, tenía que mantener la boca cerrada.

—Bueno, hoy es sábado, pero no tenemos clase porque aún tenemos vacaciones de invierno hasta el miércoles, y si la tormenta de aguanieve sigue arreciando fuerte y empeora, tal y como afirman que va a suceder, puede que no volvamos en toda la semana —dijo Heath—. Así que no debería ser difícil mantenerse a salvo aunque los cuervos del escarnio vuelvan a atacar. Ni siquiera si se les ocurre empezar a atacar a la gente por Broken Arrow en lugar de dirigirse a los barrios residenciales del centro.

Sentí que se me hacía un agujero en el estómago.

—Y puede que lo hagan. Neferet sabe que yo soy de Broken Arrow y que allí vive gente a la que quiero.

—¿Y crees que mandaría a los cuervos del escarnio allí solo para fastidiarte? —preguntó Heath.

Asentí.

—Sobre todo si mi grupo y yo no hacemos caso del anuncio de volver a la escuela.

—Pero espera, Zo. Tienes que volver a la escuela para estar cerca de los vampiros. Si no, tú y el resto de los iniciados caeréis enfermos, ¿no es así?

—Yo estoy aquí —afirmó entonces Erik—. Y hay otro vampiro que ha completado el cambio. Por no mencionar a Stevie Rae.

—¿No está no muerta y asquerosa? —preguntó Heath.

—Ya no —dije yo—. Ha terminado el cambio y se ha convertido en un tipo de vampiro diferente; tiene tatuajes rojos. Y todos los iniciados asquerosos que trataron de comerte... bueno, ahora son iniciados rojos, y ya no son asquerosos.

—¡Ah...! —exclamó Heath—. Bueno, me alegro de que tu mejor amiga esté bien.

—Yo también —sonreí.

—Entonces, ¿basta con tres vampiros adultos para que no os pongáis enfermos?

—Tendrá que bastar. Heath, tienes que marcharte —dijo Erik repentinamente.

Heath y yo lo miramos. Entonces me di cuenta de que había estado sonriendo mucho tiempo a Heath y de que me gustaba de verdad que volviéramos a hablar.

—La tormenta de hielo —continuó Erik—. No sería muy inteligente por su parte quedarse aquí atrapado, y eso es lo que va a ocurrirle como siga aquí cuando se ponga el sol —explicó Erik, que hizo una pausa y luego añadió—: Y eso va a ocurrir, más o menos, dentro de media hora. ¿Cuánto tiempo has tardado en venir desde Broken Arrow hasta aquí?

Heath frunció el ceño.

—Casi dos horas. Las carreteras están fatal.

No debería de haber tardado más de treinta minutos desde su casa hasta la estación abandonada. Erik tenía razón. Heath tenía que volver a casa. No solo no teníamos ni idea de a qué peligros tendríamos que enfrentarnos por culpa de Kalona, sino que además no podía estar segura al cien por cien de que Heath fuera a estar a salvo con los iniciados rojos. Y no solo porque tuviera mis dudas acerca de ellos, sino porque fueran lo que fueran, Heath era humano al cien por cien, y por sus venas corría sangre fresca, deliciosa, cálida y sexi (decidí hacer caso omiso del hecho de que se me hizo la boca agua solo de pensarlo), y no conocía los límites de su fuerza de voluntad.

—Erik tiene razón, Heath. No puedes quedarte bloqueado por ahí esta noche, sobre todo tan cerca de los barrios céntricos. No solo por el hielo, sino porque no sabemos qué traman los cuervos del escarnio.

Por la mirada que me dirigió Heath, pareció como si estuviéramos solos.

—Estás preocupada por mí.

Sentí que la garganta se me secaba. Aquella no era una conversación que deseara tener delante de Erik.

—Por supuesto que me preocupo por ti. Somos amigos desde hace mucho tiempo —contesté. Sentí la mirada de Erik fija en mí. Traté de no agitarme de un lado para otro, sintiéndome culpable, y añadí—: Los amigos se preocupan por los amigos.

Heath esbozó lentamente una sonrisa íntima.

—Amigos. Bien.

—Es hora de que te marches —dijo Erik en tono cabreado.

Sin mirar a Erik, Heath dijo:

—Me iré cuando Zo me diga que me vaya.

—Es hora de que te marches, Heath —me apresuré a decir.

Durante unos cuantos latidos de mi corazón, los ojos de Heath permanecieron clavados a los míos.

—Bien. Lo que tú digas —dijo por fin. Entonces se volvió hacia Erik—. Así que ahora eres un vampiro, ¿eh?

—Sí.

Heath lo miró de arriba abajo. Los dos eran más o menos de la misma altura. Erik era un poco más alto, pero Heath era más musculoso. Aun así, los dos parecían perfectamente capaces de mantener una buena pelea el uno con el otro. Noté mi tensión nuevamente. ¿Iba a darle Heath un puñetazo a Erik?

—La gente dice que los vampiros masculinos son muy protectores con sus sacerdotisas. ¿Es eso cierto?

—Es cierto —contestó Erik.

—Bien. Entonces espero que cuides de que Zoey esté a salvo.

—No le ocurrirá nada mientras siga vivo —dijo Erik.

—Asegúrate bien de que es así —insistió Heath, cuya voz había perdido el encanto y la simpatía con la que hablaba normalmente. Su tono era duro y sonaba amenazador—. Porque como permitas que le ocurra algo, voy a venir a buscarte y, seas vampiro o no, voy a darte una patada en el culo.



Me puse en medio de ambos sin perder un instante.

—¡Basta! Ahora mismo tengo demasiadas cosas de las que preocuparme como para tener que separaros. ¡Demonios, y luego hablan de inmadurez! —grité. Ambos chicos siguieron mirándose por encima de mi hombro—. ¡He dicho que ya basta! —volví a gritar al tiempo que les daba un golpe en el pecho a cada uno.

Eso por fin los hizo parpadear y desviar la atención hacia mí. Entonces fue mi turno de quedarme mirándolos con una expresión amenazadora.

—¿Sabéis?, estáis ridículos, hinchando el pecho con tanta mierda de testosterona. Quiero decir que podría invocar a los elementos y patearos el culo a los dos.

Heath arrastró los pies y se agitó con aspecto de sentirse avergonzado. Y luego esbozó esa sonrisa tan mona de niño pequeño y travieso como aquel al que su madre acaba de pegar un grito.

—Lo siento, Zo. Se me olvidaba que tienes esos poderes mágicos tan potentes.

—Sí, lo siento —dijo Erik, sumándosele enseguida—. Sé que no tengo nada de lo que preocuparme; no hay nada entre vosotros.

Después de decir esa frase, Erik miró a Heath y esbozó una sonrisa socarrona.

Entonces Heath me miró a mí como si esperara que yo dijera algo así como: «Bueno, pues la verdad es que sí deberías de preocuparte, Erik, porque Heath todavía me gusta». Pero no dije nada. No pude. Hubiera lo que hubiera entre Erik y yo, Heath formaba parte de mi vida anterior. Encajaba mejor en mi pasado que en mi presente o en mi futuro. Porque el hecho de que Heath fuera humano en un cien por cien significaba que era en un cien por cien más vulnerable si alguien nos atacaba.

—Vale, me voy —dijo Heath en medio del incómodo silencio.

Se dio media vuelta y echó a caminar hacia la puerta que daba al exterior. Casi había llegado cuando hizo una pausa y se giró para mirarme.

—Pero primero necesito de verdad hablar contigo, Zo. A solas.

—Yo no voy a ninguna parte —afirmó Erik.

—Nadie te lo ha pedido —dijo Heath—. Zo, ¿vendrías conmigo fuera un minuto?

—¡Demonios, no! —exclamó Erik, acercándose a mí posesivamente—. Ella no va contigo a ningún sitio.

Yo miraba a Erik con el ceño fruncido, y estaba a punto de decirle que en realidad no era mi jefe. Pero entonces hizo una cosa que me cabreó completa y absolutamente. Me agarró de la muñeca y tiró de mí hacia él a pesar de que yo no había dado ni un solo paso hacia Heath.

Mis reflejos automáticos me hicieron sacudir la muñeca para librarme de él.

Entonces me miró frunciendo el ceño. En ese instante estaba terriblemente cabreado y su aspecto era malévolo. Parecía más un extraño que mi novio.

—¡No vas a ninguna parte con él! —me repitió Erik.

Entonces se desató mi mal humor. No puedo soportar que me intimiden. Esa había sido una de las razones por las que el nuevo marido de mi madre y yo jamás nos habíamos llevado bien. En el fondo, el perdedor de mi padrastro no era más que un bravucón. De pronto veía la misma actitud reflejada en Erik. Sabía que después se me iba a romper el corazón, pero en ese momento mi ira ardía con demasiada fuerza como para que cualquier otro sentimiento o consideración templaran mi reacción.

No grité. No chillé ni lo golpeé como me hubiera gustado. En lugar de ello, lo único que hice fue sacudir la cabeza y decir con la voz más cortante que pude:

—Erik, basta. El hecho de que estemos juntos otra vez no significa que puedas decirme lo que debo hacer.

—¿Significa entonces que puedo decirte que no vuelvas a engañarme con tu novio humano? —soltó Erik.

Abrí la boca y di un paso atrás, alejándome de él como si me hubiera abofeteado.

—¿Por qué demonios crees que puedes hablarme así?

El estómago se me tensó súbitamente de tal forma, que creí que iba a vomitar allí mismo. Pero no hice caso. En lugar de ello, mantuve la vista fija sobre los ojos de Erik, que no dejaba de mirarme realmente enfadado. Le dediqué una mirada de hierro.

—Como novia tuya, me has cabreado de verdad. Como alta sacerdotisa tuya, me has insultado. Y como persona con cerebro, me haces dudar de si habrás perdido por completo el sentido común. ¿Qué crees que voy a hacer en el minuto más o menos que voy a estar a solas con Heath de pie, en medio del aparcamiento, con una tormenta de aguanieve? ¿Tumbarme y dejarle que me posea allí mismo, sobre el cemento? ¿De verdad crees que soy de ese tipo de chicas?

Erik no dijo nada: simplemente siguió mirándome, enfadado.

En medio de aquel silencio cargado eléctricamente, la carcajada de Heath resultó de lo más burlona.

—¡Eh!, deja que te dé un consejo de cómo tratar a nuestra Zo. No le gusta nada, pero nada de nada, que le digan lo que tiene que hacer. Ha sido así desde que tenía eh... no sé, desde tercero o así. Quiero decir que, incluso antes de que su diosa le diera los poderes mágicos, ya detestaba que la mangonearan —dijo Heath, a la vez que me tendía su mano—. Así que, ¿quieres venir conmigo solo un segundo para poder hablar sin audiencia?

—Sí, sí que voy. Creo que necesito un poco de aire fresco —contesté.

Pasé de largo sin hacer caso de la mirada de cabreo de Erik y tomé la mano que Heath me ofrecía. Pisé con fuerza la rejilla metálica —que sin duda estaba más suelta

de lo que parecía—, con un brusco empujón eché a un lado la puerta, y salí a la terrible tarde invernal. El azote de aire frío le vino bien a mi cara ardiente. Respiré hondo, tratando de calmarme y de no gritar de frustración a causa de Erik. Prefería echarle la culpa al cielo gris.

Al principio creí que estaba lloviendo, pero enseguida sentí como si el cielo escupiera diminutos trozos de hielo. No caían muchas gotas, pero sí lo hacían con constancia, y el aparcamiento, los raíles del tren y el lateral del edificio de la estación comenzaban a adquirir ese extraño y mágico aspecto brillante que produce el hielo.

—Tengo la camioneta allí —dijo Heath, señalando el lugar en el que la tenía aparcada, justo a la salida del aparcamiento desierto, bajo un árbol que en su día había sido plantado para decorar la acera que daba la vuelta alrededor de la estación.

Tras años sin cuidarlo y sin podarlo, el árbol había crecido y, en lugar de encajar exactamente en el espacio circular de cemento correspondiente, estaba mucho más grande de lo debido, por lo que sus raíces habían roto el pavimento. Sus ramas, cubiertas de hielo, se balanceaban peligrosamente sobre el viejo edificio de granito; algunas, de hecho, se apoyaban sobre el tejado. Solo mirar hacia arriba me producía escalofríos. Un poco más de hielo, y el pobre árbol se resquebrajaría en miles de pedazos.

—Ven aquí —dijo Heath, levantando un lado de su abrigo para taparme la cabeza—. Ven a mi furgoneta, allí podemos hablar a cubierto.

Miré hacia el paisaje gris empapado. No había nada que pudiera parecer aterrador: ni cosas horribles tipo medio hombre, medio pájaro, ni nada. Simplemente estaba todo mojado, helado y vacío.

—Vale, bien.

Dejé que me guiara hasta la furgoneta. Probablemente no hubiera debido dejarle que me tapara con el abrigo ni que me apretujara contra él; no hubiera debido aferrarme a su brazo para no resbalar por el suelo helado, pero estaba tan acostumbrada a ir con él y me resultaba tan cómodo y fácil, que ni siquiera lo dudé. Seamos sinceros: Heath formaba parte de mi vida desde que comencé a ir al colegio. Literalmente hablando, yo estaba más cómoda con él que con cualquier otra persona en el mundo, a excepción de mi abuela. Ocurriera lo que ocurriera entre nosotros, Heath era como de la familia para mí. De hecho, en realidad confiaba más en él que en la mayoría de las personas de mi familia. Me resultaba difícil tratarlo con la formalidad con la que se trata a un extraño. Después de todo, Heath había sido mi amigo antes de ser mi novio. Pero jamás podría volver a ser mi amigo otra vez; *Siempre habrá algo más que eso entre nosotros*, me susurró mi conciencia. Sin embargo, no hice caso.

Llegamos a la furgoneta y Heath me abrió la puerta del asiento del copiloto. Dentro olía a una extraña mezcla de Heath y de Armor All que me resultó familiar.

(Heath es un verdadero *friki* con la furgoneta: se podría comer directamente en el asiento, sin plato). En lugar de subir, vacilé. Sentarme a su lado en la cabina de la furgoneta me resultaba demasiado íntimo, me recordaba demasiado a los años en los que había sido su novia. Así que me quedé entre sentada y apoyada sobre el asiento del copiloto, alejada de él, pero a cubierto para no mojarme. Sonrió con tristeza, como si comprendiera que yo hacía todo cuanto podía para resistirme a volver con él, y se inclinó sobre el interior de la puerta abierta.

—Vale, ¿de qué querías hablarme?

—No me gusta que estés aquí. No me acuerdo de todo, pero sí de lo suficiente como para saber que esos túneles de ahí abajo no son un buen sitio. Ya sé que me has dicho que esos chicos no muertos han cambiado, pero a pesar de todo no me gusta que estés ahí abajo con ellos. No me parecen seguros —dijo con aspecto serio y preocupado.

—Bueno, no te culpo por pensar que los túneles de ahí abajo son repugnantes, pero de verdad que han cambiado. Y los chicos también están distintos. Han recuperado la humanidad. Además, de momento es el lugar más seguro que tenemos.

Heath escrutó mi rostro durante un largo rato, y después soltó un profundo suspiro.

—Tú eres la sacerdotisa y todo eso, así que tienes que saber lo que estás haciendo. Pero a mí me parece raro. ¿Estás segura de que no deberías volver a la Casa de la Noche? A lo mejor ese ángel caído no es tan malo como crees.

—No, Heath, es malo. Confía en mí por esta vez. Y los cuervos del escarnio son realmente peligrosos. No es seguro volver ahora a la escuela. No lo viste cuando salió de la tierra. Es como si pudiera hechizar tanto a los iniciados como a los vampiros. Es realmente espeluznante. Y ya sabes lo poderosa que es Neferet. Bueno, pues creo que Kalona es incluso más poderoso que ella.

—Eso es fatal —convino Heath.

—Sí.

Heath asintió, pero no dijo nada. Simplemente me miró. Yo lo miré, y de algún modo me quedé prendada de su encantadora mirada de ojos marrones. Llevaba un rato ahí sentada, en silencio, mirándolo simplemente a los ojos, cuando comencé a sentir que era cada vez más intensamente sensible a él. Podía oler a Heath. Era la fragancia agradable, jabonosa y típica de Heath con la que yo había crecido. Él estaba de pie, lo suficientemente cerca de mí como para que sintiera el calor de su cuerpo.

Lentamente, sin decir una palabra, tomó mi mano y la giró para ver los complicados dibujos que la adornaban. Siguió con uno de los dedos la línea del dibujo.

—Es realmente increíble que esto te haya sucedido a ti —dijo en voz baja, sin dejar de contemplar mi mano—. A veces, cuando me despierto por las mañanas, se

me olvida que te marcaron y que estás en la Casa de la Noche, y lo primero que pienso es en las ganas que tengo de que vengas a verme al partido del viernes por la noche. O en que no puedo esperar para verte ir al Daylight Donuts a comprarte rollitos de salchicha y refresco de cola antes de ir al instituto —dijo, mientras alzaba la vista hasta mis ojos—. Y entonces me acuerdo de todo, y me doy cuenta de que no vas a estar allí para hacer ninguna de esas cosas. Cuando estábamos conectados no era tan terrible, porque al menos pensaba que todavía tenía una posibilidad, que aún formaba parte de ti. Pero ahora también eso ha desaparecido.

Heath conseguía que me temblaran las entrañas.

—Lo siento, Heath. Yo... no sé qué más puedo decir. No puedo cambiar nada.

—Sí, sí puedes —afirmó, levantando mi mano y apretando la palma contra la camiseta negra del equipo de fútbol de los Broken Arrow Tigers, justo por encima de su corazón—. ¿Sientes cómo late? —susurró.

Asentí. Notaba los latidos de su corazón, regulares y fuertes, aunque quizá un poco rápidos. Me recordaban a la increíblemente deliciosa sangre que corría por sus venas, y me hacían pensar en lo bien que me sentiría si probara solo unas cuantas gotas... De pronto mi corazón redobló la velocidad de los latidos para acompañarse con los suyos.

—La última vez que te vi, te conté lo mucho que me dolía quererte. Pero estaba equivocado. La verdad es que lo me duele terriblemente es no quererte —confesó.

—¡Heath, no! ¡No podemos! —exclamé con voz ronca, tratando de sobreponerme al deseo que sentía por él.

—¡Por supuesto que podemos, preciosa! Se nos da bien estar juntos. Tenemos mucha práctica —dijo, dando un paso hacia mí. Tomó mi dedo índice de la mano que sujetaba contra su pecho y acarició con suavidad la uña pintada, mientras preguntaba—: ¿Es cierto que se os ponen las uñas tan duras que podéis rasgar la piel?

Asentí. Sabía que tenía que haberme alejado de allí para volver a los túneles y a la vida que me esperaba en ellos, pero no podía. Heath también era una vida que me aguardaba, y ya estuviera bien o estuviera mal, me resultaba casi imposible apartarme de él.

Heath levantó mi dedo de su pecho y lo colocó de modo que mi uña presionara levemente la curva en la que su cuello daba paso al hombro.

—Córtame, Zo. Bébete mi sangre otra vez —dijo con una voz grave y ronca, pletórica de deseo—. Ya estamos conectados. Siempre estaremos conectados. Solo tienes que volver a restaurar esa conexión entre nosotros, donde debe estar.

Heath apretó mi dedo con fuerza contra su cuello. Los dos respirábamos medio jadeando en ese momento. Mi uña rasgó su piel, dejando un pequeño arañazo en su cuello que me quedé observando, hipnotizada. Contemplé cómo la exquisita y delgada cinta de color escarlata surgía en medio de la palidez de su piel.

Entonces me invadió el olor, la fragancia extraordinariamente familiar de la sangre de Heath. La sangre que en una ocasión había marcado como mía. No había nada comparable a la sangre humana fresca; ni la de otro iniciado, ni la de un vampiro adulto, que jamás puede resultar tan irresistible, tan hipnóticamente deseable. Sentí que me inclinaba hacia él.

—¡Sí, preciosa, sí! ¡Bebe de mí, Zo! ¿Te acuerdas de lo bien que nos hacía sentir? —susurró Heath mientras ponía las manos sobre mi cintura y me apretaba contra él.

¿No podía dar solo un sorbito? ¿Y qué si volvía a conectarme otra vez con Heath? ¡Demonios, por supuesto que nos conectaríamos! Pero eso no era tan malo. A mí me encantaba estar conectada con él. Y a él también, hasta que...

Hasta que rompí la conexión y al mismo tiempo le partí el corazón y quizá incluso le hice un daño irreparable en el alma.

Lo empujé y salí dando tumbos de la cabina de la furgoneta; me apresuré a dar la vuelta y pasar a su otro lado. Me sentó bien la lluvia helada en el rostro, me refrescó y rebajó la excitación por la sangre.

—Tengo que volver, Heath —dije, tratando por todos los medios de controlar mi respiración y la velocidad de los latidos de mi corazón—. Y tú también tienes que marcharte al lugar donde debes estar, que no es aquí.

—Zoey, ¿qué ocurre? —preguntó Heath, que dio un paso hacia mí. Yo di otro paso para alejarme de él—. ¿Qué es lo que he hecho mal?

—Nada. Es... no eres tú, Heath —contesté. Me aparté el pelo mojado de la cara—. Eres genial. Siempre has sido genial, y te quiero. Por eso es por lo que esto no puede volver a ocurrir. No es bueno para ti conectarte conmigo, y menos ahora.

—¿Por qué no dejas que yo me preocupe de lo que es bueno para mí y lo que no?

—¡Porque tú no piensas con claridad cuando se trata de ti y de mí! —grité—. ¿No te acuerdas de lo doloroso que fue cuando nuestra conexión se rompió? ¿No te acuerdas de que dijiste que sentías deseos de morir?

—¡Pues no vuelvas a romperla!

—No es tan fácil. Mi vida ya no es tan fácil.

—Puede que seas tú la que lo está complicando todo. Estás tú. Estoy yo. Nos queremos, y nos hemos querido desde que somos niños, así que debemos estar juntos. Fin.

—¡La vida no es un libro, Heath! No hay ninguna garantía de que el final vaya a ser feliz.

—No necesito ninguna garantía si te tengo a ti.

—De eso se trata. No me tienes, Heath. No puedes. Ya no —dije. Negué con la cabeza y alcé una mano para detenerlo al ver que iba a volver a decir algo—. ¡No! Ahora no puedo hacer esto. Quiero que te subas a la furgoneta y vuelvas a Broken Arrow. Yo voy a bajar ahí abajo. Con mi gente y mi novio vampiro.

—¡Oh, por favor! ¿Tú y ese vampiro gilipollas? ¡De ninguna manera vas a soportar la mierda de ese tío, Zo!

—No se trata solo de Erik y de mí, esto no va de eso. La verdad es que tú y yo ya no podemos seguir juntos, Heath. Tienes que olvidarte de mí y seguir con tu vida. Tu vida humana.

Me giré, le di la espalda y me obligué a caminar. Oí que me seguía, pero no volví la vista atrás. Simplemente grité:

—¡No! Quiero que te vayas, Heath, y no quiero que vuelvas. Nunca.

Contuve el aliento y oí que sus pisadas se detenían. Seguí sin mirar atrás. Temía que si miraba, me giraría y correría hacia él para arrojarme a sus brazos.

Casi había llegado a la vieja parrilla de metal cuando oí el primer graznido. El sonido me detuvo en seco como si me hubiera topado con una muralla de ladrillo. Me giré. Heath seguía de pie, expuesto a la lluvia helada, debajo del árbol, a escasos metros de la furgoneta. Apenas le dediqué una mirada. Mis ojos se lanzaron hacia las oscuras ramas del árbol inclinado por el peso del hielo.

Algo oscuro se movió en medio de las sombras de las ramas desnudas. Me recordó a algo y parpadeé, me quedé mirándolo y tratando de recordar dónde había visto antes algo parecido. Entonces la imagen cambió... se transformó... me quedé boquiabierto al hacerse más visible. ¡Neferet! Colgaba de una rama gorda, cubierta de hielo, que se apoyaba sobre el tejado de la estación. Sus ojos de color carmesí brillaban, y su pelo volaba alocadamente alrededor de su rostro, como si de pronto la hubiera sorprendido un repentino soplido de viento.

Neferet me sonrió. Su expresión era de una maldad tan pura que me quedé petrificada.

Entonces, mientras la miraba horrorizada, la imagen volvió a cambiar, a titubear, y donde antes había aparecido la imagen de la alta sacerdotisa, de pronto surgía un enorme cuervo del escarnio. La cosa que colgaba de un lado del tejado de la estación no era ni humana, ni animal. Me miraba con unos ojos con forma humana, del color de la sangre. De su gigantesco cuerpo de cuervo le sobresalían brazos y piernas humanos, desnudos, que le conferían un aspecto repugnante y perverso. Vi su lengua bífida y la saliva brillante que le caía voraz de las horribles fauces.

—Zoey, ¿qué pasa? —preguntó Heath.

Antes de que pudiera decirle que no lo hiciera, él siguió la dirección de mi mirada. Alzó la vista hacia los miembros helados que descansaban sobre el tejado de la estación.

—¿Qué coño es eso?

Noté en su rostro cómo tomaba conciencia de quién era aquella criatura. Al mismo tiempo, esa especie de pájaro desvió los ojos rojos hacia mí.

—¿Zzzzzzoey? —susurró mi nombre, con una voz que sonó errónea, monótona y

profundamente inhumana—. Hemossss estado buscándote.

Mi cuerpo se heló. Mi mente repetía a gritos la frase: habían estado buscándome. Pero de mi boca no salía nada; ni siquiera una advertencia para Heath. Ni el grito de una simple chica, grito que llenaba mi garganta...

—Mi padre va a alegrarsssse mucho cuando te pressssente ante él —silbó el cuervo, al tiempo que extendía las alas como si estuviera preparándose para bajar volando y recogerme.

—¡Pues lo siento, pero no me gusta nada tu plan! —gritó Heath.



Aparté la vista del cuervo del escarnio y vi a Heath de pie, a unos pocos pasos, delante de mí. Había sacado el arma y la sujetaba delante de él; apuntaba directamente a la criatura del árbol.

—¡Humano raquítrico! —chilló la cosa—. ¿Creessss que puedessss detener a un Ancestro?

Entonces todo se aceleró. La criatura salió disparada del árbol al mismo tiempo que mi cuerpo se descongelaba y yo salía corriendo. Vi a Heath apretar el gatillo y oí el ensordecedor disparo del arma, pero el cuervo del escarnio se movía a una velocidad inhumana. Hizo un quiebro, y de pronto el lugar al que apuntaba Heath se quedó vacío justo un instante antes de que la bala se deslizara por el aire y se incrustara en el árbol, cubierto por una capa de hielo. Vi cómo aquella cosa apretaba las afiladas garras mientras volaba en dirección a Heath, y entonces recordé como, aún siendo solo un espíritu, una criatura semejante a aquella había estado a punto de desgarrarme la garganta. Por fin los cuervos del escarnio habían recuperado sus cuerpos, así que sabía que, a menos que hiciera algo, y rápido, aquel cuervo iba a matar a Heath.

Dejé escapar mi miedo y mi rabia, y solté un grito al tiempo que me lanzaba sobre Heath. Lo arrojé a un lado justo en el instante en el que el cuervo del escarnio lo iba a alcanzar, de modo que fue a mí a quien la criatura atacó. En ese momento no sentí ningún dolor, solo una extraña presión en la piel que comenzaba en lo alto del hombro izquierdo y se prolongaba hasta el derecho. La fuerza del golpe me hizo girar media vuelta, de modo que seguí viendo al cuervo del escarnio pasar y aterrizar en el suelo con sus espantosas piernas humanas.

Sus ojos del color de la sangre se abrieron inmensamente al verme.

—¡No! —gritó la cosa con una voz que no podía pertenecer a ningún ser vivo sano—. ¡Él te quiere viva!

—¡Zoey! ¡Oh, Dios, Zoey! ¡Ponte detrás de mí! —me gritó Heath mientras trataba inútilmente de ponerse en pie.

No pudo evitar resbalarse en el pavimento helado que, de algún modo, estaba rojo. Se cayó dándose un fuerte golpe.

Lo miré y pensé en lo extraño que era que, aunque estaba justo a mi lado, lo oyera como si estuviera al final de un largo túnel.

No comprendí por qué, pero mis rodillas cedieron y me caí al suelo. El horrible susurro de las alas del cuervo del escarnio me llamó la atención, y volví la vista sobre la horrible criatura. Había extendido sus alas, y era evidente que venía a por mí. Alcé

una mano, la sentí pesada y cálida. Al mirarla, comprobé atónita que la tenía empapada en sangre. ¿Sangre? ¿Era eso lo que teñía de rojo el pavimento? Era extraño. Ignoré todo pensamiento y, haciendo caso omiso del charco de sangre, grité:

—¡Viento, ven a mí!

Al menos me pareció gritar. Lo que salió realmente de mis labios apenas fue un susurro. Por suerte, el viento sabe escuchar. De inmediato el aire comenzó a girar en torno a mí.

—Mantén a esa criatura en el suelo —le ordené.

El viento obedeció de inmediato, y un encantador minitornado envolvió al grotesco hombre pájaro, de modo que sus alas se convirtieron en inservibles. Aquella cosa soltó un terrible chillido, acopló sus inútiles alas en la espalda y comenzó a caminar dificultosamente hacia mí, ocultando del embate del viento su cabeza de mutante.

—¡Zoey! ¡Mierda, Zoey!

De pronto Heath estaba a mi lado. Me rodeó con su fuerte brazo, cosa que me hizo sentir realmente bien porque ya estaba pensando en dejarme caer.

Le sonreí y me pregunté por qué estaría llorando.

—Solo un segundo. Voy a rematarle.

Agotada, volví de nuevo la vista hacia el hombre pájaro.

—Fuego, te necesito.

El fuego estaba ahí, calentando el aire que me rodeaba. Entonces utilicé el dedo de la mano sanguinolenta que aún tenía levantada y señalé a la criatura que se acercaba cada vez más y más hacia nosotros.

—¡Quémalo! —ordené.

El calor que me había envuelto cambió de grados, y pasó de la agradable calidez a las llamas del fuego que lo consumen todo. Siguió la dirección de mi dedo y de mi voluntad, y se lanzó sobre el cuervo del escarnio, envolviéndolo con una intensa llama amarilla. El aire estaba rebosante del horrible hedor a carne y plumas quemadas. Pensé que iba a vomitar.

—¡Ah, *puaj!* Gracias, fuego. Viento, antes de que te vayas, ¿quieres llevarte este asqueroso olor, por favor?

Era tan extraño, que creí que estaba diciéndolo todo en voz alta cuando en realidad no era más que un débil susurro. De todos modos, los elementos me obedecieron, lo que fue estupendo, porque súbitamente me sentí invadida por un fuerte y nauseabundo mareo y me derrumbé sobre Heath, incapaz de sostenerme por más tiempo.

Traté de comprender qué me estaba ocurriendo, pero era como si mi mente estuviera turbia y, por alguna razón, no me pareció tan importante saber con exactitud qué me pasaba.

Lejos, en la distancia, oí el sonido de pisadas corriendo, y entonces alcé la vista y vi el rostro plagado de lágrimas de Heath, que gritaba:

—¡Ayuda! ¡Estamos aquí! ¡Zoey necesita ayuda!

Lo siguiente que sé es que el rostro de Erik estaba junto al de Heath. No pude pensar en otra cosa más que en que iban a volver a discutir. Pero no discutieron. De hecho, la reacción de Erik cuando bajó la vista hacia mí me hizo sentirme casi hasta preocupada, aunque al mismo tiempo me sentía alejada de él y muy vagamente interesada.

—¡Mierda! —exclamó Erik.

Su rostro se puso realmente pálido. Sin decir una sola palabra más, Erik se desgarró el polo (que era el elegante polo negro de manga larga que había llevado durante el último ritual), y saltaron todos los botones. Parpadeé sorprendida y pensé que estaba superbueno con esa camiseta interior de tirantes ajustada. Quiero decir que, en serio, el chico tiene un cuerpo muy sexi. Erik se dejó caer a mi lado, en el lado opuesto a Heath.

—Lo siento, pero esto probablemente te va a doler.

Erik enrolló el polo y lo apretó contra mi pecho.

Entonces fue cuando me dolió, y grité.

—¡Oh, diosa! ¡Lo siento, Z, lo siento! —repitió Erik una y otra vez.

Bajé la vista para ver qué era lo que me causaba tanto dolor, y me quedé completamente atónita al ver que tenía todo el cuerpo bañado en sangre.

—¿Qué... qué...?

Traté de formar una oración, pero el dolor mezclado con una sensación creciente de entumecimiento casi me lo impedía.

—Tenemos que llevarla con Darius. Él sabe lo que hay que hacer —dijo Erik.

—Yo la llevaré. Guíame hasta donde está ese tal Darius —dijo Heath.

—¡Vamos! —exclamó Erik, asintiendo.

Heath bajó la vista hacia mí.

—Tengo que moverte, Z. Tú agárrate, ¿vale?

Traté de asentir, pero acabé gritando otra vez cuando Heath me recogió, me apretó contra su pecho como si fuera una niña y comenzó a correr y a seguir a Erik.

El trayecto de vuelta hacia los túneles fue una pesadilla que jamás olvidaré. Heath caminaba a toda prisa, detrás de Erik, por el sótano. Al llegar a la escalera metálica que daba al sistema de túneles, ambos se detuvieron un momento.

—Cógela ahora tú —le dijo a Erik.

Erik asintió y desapareció por el agujero. Heath se acercó hasta el borde.

—Lo siento, preciosa. Sé que esto va a ser horrible para ti.

Entonces me besó con suavidad en la frente antes de agacharse y pasarme, no sé cómo, hasta Erik, que estaba de pie, debajo de nosotros.

Digo que no sé cómo porque estaba muy ocupada gritando de dolor y no estaba prestando mucha atención en realidad a la logística de lo que estaba ocurriendo.

Lo siguiente que sé es que Heath se dejó caer ágilmente dentro del túnel y Erik me devolvió a sus brazos.

—Voy a adelantarme corriendo para buscar a Darius. Tú sigue por el túnel principal. No gires en ningún recodo ni tomes ninguna salida lateral. Quédate por la parte mejor iluminada y vendré a buscarte con Darius.

—¿Quién es Darius? —preguntó Heath.

Pero la pregunta se quedó en el aire. Erik ya había salido corriendo.

Traté de decir que Erik era mucho más rápido de lo que pensaba, pero de mis labios solo salió un débil susurro, un revoltijo de palabras. Noté que la lámpara que se había apagado justo antes de que subiera al sótano volvía a estar encendida. Era extraño, quise decir. Pero en su lugar me oí musitar algo así como «E... año», que sonó levemente más fuerte que los latidos de mi corazón.

—¡Chiss! —me calmó Heath, que echó de nuevo a caminar a toda prisa, tratando de no menearme mucho para no hacerme gritar—. Quédate conmigo, Zo. No cierres los ojos. No dejes de observarme. Quédate conmigo.

Heath siguió hablando y hablando, lo que resultaba realmente molesto porque el pecho me dolía de verdad, y solo quería cerrar los ojos y dormir.

—Tengo que dormir —murmuré yo.

—¡No! ¡Nada de dormir! ¡Eh!, vamos a hacer como si estuviéramos en esa película, *Titanic*, que no hacías más que ver una y otra vez. Ya sabes cuál te digo, la de Leonardo DiStupio.

—DiCaprio —susurré.

Me molestaba que, después de todos estos años, Heath siguiera celoso de que me hubiera gustado Leonardo cuando no era más que una cría. O, como me gustaba a mí denominarlo, «mi novio Leo».

—Como se diga —dijo—. ¿Te acuerdas de que dijiste que si hubieras sido Rose jamás lo habrías dejado marchar? Vale, pues ahora vamos a poner esa escena en acción. Yo soy un tipo idéntico a DiCaprio, y tú eres Rose. Tienes que mantener los ojos abiertos y sin despegarlos de mi cara, porque si no, tendrás que dejarme marchar y me convertiré en un gigantesco polo de helado gay.

—Tonto.

Heath sonrió.

—No me dejes marchar, Rose. ¿Vale?

Vale, era una representación de lo más tonta, pero admito que me enganchó. La escena me había vuelto loca desde la primera vez que había visto la película (momento en el que me puse a berrear sin parar, y me refiero a uno de esos llantos en los que apoyas la cabeza en el hombro del otro y te salen hasta mocos). La muy tonta

de Rose le dice que jamás lo dejará marchar, pero es lo primero que hace. ¿Y por qué no sale pitando a buscar a Leo/Jack para que flote en esa cosa con ella? Había sitio para los dos. Así que mientras mis nebulosos pensamientos giraban en torno a esa escena rompecorazones de una de mis películas favoritas, Heath me sujetó con fuerza y corrió.

Simplemente iba siguiendo la suave curva que trazaba el túnel cuando Erik nos encontró. Darius le pisaba los talones. Heath se detuvo y fue entonces cuando me di cuenta de que respiraba trabajosamente. Vaya. Me pregunté un tanto abstractamente si debía sentirme violenta por pesar tanto.

Darius me echó un vistazo y comenzó a soltarle órdenes a Erik.

—Voy a llevarla a la habitación de Stevie Rae. Iré delante de ti, pero necesito que este humano vaya también allí, así que muéstrale el camino. Luego ve a por las gemelas y a por Damien. Despierta a Aphrodite. Puede que a ella también la necesitemos —ordenó Darius, que entonces se volvió hacia Heath—. Yo llevaré a Zoey.

Heath vaciló. Me di cuenta de que no quería soltarme. Entonces Darius suavizó su dura mirada.

—No tengas miedo. Soy un Hijo de Érebo, y te doy mi palabra de que siempre la protegeré.

Reacio, Heath por fin me tendió sobre los fuertes brazos de Darius. El guerrero bajó la vista hacia mí muy serio.

—Voy a moverme deprisa. Acuérdate de que tienes que confiar en mí.

Asentí débilmente, y aunque sabía qué iba a ocurrir a continuación, me sorprendió la forma de despegar de Darius y la velocidad que alcanzó; las paredes del túnel se convirtieron en una mancha y la cabeza me dio vueltas. Había experimentado en una ocasión la increíble habilidad que tenía Darius para prácticamente teletransportarse, pero esta vez no me resultó menos vertiginoso.

Me pareció que solo habían transcurrido unos segundos cuando de pronto Darius se detuvo bruscamente frente a la entrada, tapada con una tela, del dormitorio de Stevie Rae. La apartó y entró. Stevie Rae estaba sentada, restregándose los ojos, sin terminar de vernos. De repente abrió la boca atónita y saltó de la cama.

—¡Zoey! ¿Qué ha pasado?

—Un cuervo del escarnio —dijo Darius—. Quita esas cosas de la mesa.

Stevie Rae tiró al suelo las cosas que había en la mesa y se sentó al borde de la cama. Quise protestar por cómo lo había revuelto todo. Quiero decir que estoy segura de que rompió un vaso o dos, y de que lanzó volando por la habitación un buen puñado de DVD, pero no solo no me salía la voz, sino que además tuve que intentar por todos los medios no desmayarme por culpa del terrible dolor que me desgarró la parte superior del cuerpo cuando Darius me dejó encima de la mesa.

—¿Qué podemos hacer? ¿Qué podemos hacer? —volvió a preguntar Stevie Rae.

Pensé que parecía una pobre niña perdida, y me di cuenta de que además estaba llorando.

—Cógela de la mano. Háblale. Mantenla consciente —dijo Darius, quien entonces se giró y comenzó a tirar cosas del maletín de primeros auxilios.

—Zoey, ¿me oyes?

Sentí que Stevie Rae me tomaba de la mano, pero solo muy ligeramente.

Me costó un esfuerzo sobrehumano, pero por fin pude responder.

—Sí.

Stevie Rae se aferró a mi mano con fuerza.

—Te vas a poner bien, ¿vale? No puede pasarte nada, porque no sé qué haría...

—Un sollozo se apoderó de su voz, pero enseguida continuó—: No te puedes morir porque siempre has pensado lo mejor de mí, y por eso he tratado siempre de ser mejor. Sin ti, bueno, me temo que lo bueno que hay en mí también moriría, y me rendiría ante la oscuridad. Además, todavía tengo muchas cosas que contarte. Cosas importantes.

Quería decirle que no fuera tonta, que lo que decía no tenía sentido y que yo no iba a ir a ninguna parte, pero un extraño sentimiento comenzaba a abrirse paso a través del dolor y del entumecimiento. El único modo que tengo de describirlo es decir que era la sensación de que algo andaba mal. Fuera lo que fuera lo que me ocurriera, esa era la fuente de esa sensación. Y era ese sentimiento, más que la sangre o que la expresión en los rostros de mis amigos, la que me decía que algo andaba tan mal, que quizá yo sí fuera verdaderamente a alguna parte.

Fue entonces cuando el dolor comenzó a ceder, y decidí que si era eso lo que se sentía cuando uno iba a morir, entonces era mejor que vivir y sufrir como un loco.

Heath entró bruscamente en el dormitorio, vino directamente hacia mí y me tomó de la otra mano. Apenas miró a Stevie Rae. En lugar de ello, me apartó el pelo de la cara.

—¿Qué tal estás, preciosa? ¿Sigues aguantando?

Traté de sonreírle, pero me parecía que estaba tan lejos que no conseguí que mi expresión le llegara.

Las gemelas entraron corriendo en el dormitorio con Kramisha pisándoles los talones.

—¡Oh, no! —exclamó Erin, parándose a unos metros de mí y tapándose la boca con la mano.

—¿Zoey?

Me pareció que Shaunee estaba confusa. Entonces parpadeó varias veces, miró todo mi cuerpo de arriba abajo varias veces, y rompió a llorar.

—Eso no tiene buena pinta. Nada buena —dijo Kramisha. Hizo una pausa y su

vista se desvió hacia Heath, que en ese momento estaba tan concentrado en mí que no se había dado cuenta de nada, ni aunque un elefante vestido con un tutú blanco se hubiera puesto a bailar en la habitación—. ¿No es ese el humano que estuvo aquí abajo?

No sé por qué, pero a excepción de mi cuerpo, que ya no parecía pertenecerme, era más consciente que nunca de todo lo que ocurría a mi alrededor. Las gemelas se agarraban de las manos y berreaban con tanta fuerza, que se les caían los mocos. Darius seguía rebuscando por el equipo de primeros auxilios. Stevie Rae me daba golpecitos en la mano y trataba inútilmente de no llorar. Heath me susurraba estúpidas frases de *Titanic*, tan mal que se estaba cargando la película. En otras palabras, todo el mundo estaba concentrado en mí, excepto Kramisha. Ella observaba vorazmente a Heath. Entonces comenzaron a sonar débiles timbres de alarma en mi mente, y luché por reconquistar el poder sobre mi cuerpo. Tenía que advertir a Heath de que se pusiera en guardia. Tenía que decirle que debía abandonar aquel lugar antes de que le ocurriera algo terrible.

—Heath —conseguí susurrar.

—Estoy aquí, preciosa. No voy a ninguna parte.

Puse los ojos en blanco mentalmente. Heath y sus actos heroicos eran muy monos y todo eso, pero temía que lo condujeran directamente ante la voracidad de los iniciados rojos de Stevie Rae.

—Eh, ¿tú no eres el chico humano que estuvo aquí abajo antes? ¿El que vino a buscar a Zoey? —volvió a preguntar Kramisha, acercándose a Heath.

Sus ojos habían adquirido un tinte rojizo que era un claro signo de advertencia. ¿Era yo la única que veía claramente el peligro?

—¡Darius! —jadeé por fin.

Por suerte, el guerrero alzó la vista del maletín de primeros auxilios en donde seguía rebuscando. Desvié rápidamente la vista hacia Kramisha, que prácticamente babeaba encima de Heath, y vi cómo una expresión de inmediata comprensión cruzaba su rostro.

—¡Kramisha! ¡Vete de aquí! ¡Ahora! —ordenó Darius.

Ella vaciló y apartó a duras penas los ojos rojos de Heath para mirarme a mí. «Vete», le dije con un movimiento de los labios. Sus ojos no cambiaron, pero asintió una vez y salió rápidamente del dormitorio.

Fue entonces cuando Aphrodite apartó a un lado la cortina de la puerta e hizo su gran entrada. Estaba completamente destrozada, y nos miró a todos de mal humor.

—¡Maldita sea, esta conexión es una jodida mierda! Stevie Rae, ¿podrías, por favor, intentar controlarte y guardar tu mierda sentimental para ti, demostrando un poco de respeto para aquellos que aún podemos padecer una resaca que mataría a cualquier persona normal...?

Finalmente Aphrodite logró enfocar su borrosa visión y verme. Su rostro, ya antes blanco y con ojeras, palideció hasta adquirir un tono enfermizo.

—¡Oh, diosa! ¡Zoey! —exclamó Aphrodite, que comenzó a sacudir la cabeza adelante y atrás repetidas veces mientras se acercaba a mí—. ¡No, Zoey! ¡No! Esto no lo he visto —dijo, hablando muy seriamente conmigo—. Esto no lo he visto nunca. Venciste la primera visión que tuve. En la siguiente no tienen que volver a degollarte. En la siguiente se supone que te ahogas. ¡No! ¡Esto no está bien!

Traté de decir algo, pero ella ya se había girado hacia Heath.

—¡Tú! ¿Qué coño estás haciendo aquí?

—He... he venido a ver si estaba bien —tartamudeó Heath, evidentemente asustado ante la pasión que demostraba Aphrodite.

Aphrodite volvió a sacudir la cabeza.

—¡No! ¡No tendrías que estar aquí! ¡Esto no está bien! —continuó Aphrodite, que hizo una pausa y miró a Heath con el ceño fruncido—. Tú has provocado esto, ¿verdad?

Observé los ojos de Heath llenarse de lágrimas.

—Sí, creo que sí.



Damien, Jack y Erik entraron corriendo en el dormitorio, seguidos de cerca por *Duchess*. Jack me echó un vistazo, gritó como una chica y se desmayó. Damien lo sujetó justo a tiempo para que no se cayera y se golpeará la cabeza contra el suelo. Lo tumbó en la cama de Stevie Rae mientras la pobre perra labradora, desorientada, aullaba, y nos miraba de manera alterna a Jack, a Damien, a mí y de nuevo a Jack, abriendo sus marrones ojos como platos con una expresión de preocupación. Luego Damien se unió a todos los demás que se apiñaban cerca de mí, entre los que estaba Erik. Darius se abrió paso entre ellos con dificultad y los separó como si fuera el vampiro Moisés y ellos fueran los iniciados Mar Rojo.

—Tenéis que invocar un círculo y concentrar los poderes curativos de los elementos sobre Zoey —le dijo Darius a Aphrodite.

Ella asintió, tocó mi frente con suavidad y comenzó a dar órdenes a mis amigos.

—¡Panda de lerdos! Ocupad vuestros puestos. Vamos a invocar un círculo.

Shaunee y Erin la miraron con una expresión vacía. Damien, con una voz gangosa a causa de las lágrimas, dijo:

—Yo... no sé en qué dirección está el Este.

Stevie Rae me apretó la mano y acto seguido me soltó para decir:

—Yo sí. Siempre sé dónde está el Norte, así que puedo enseñarte dónde está el Este.

—Formad un círculo alrededor de la mesa —dijo Darius—. Y dadme esa sábana que está encima de la cama.

Damien retiró la sábana de la cama de Stevie Rae al tiempo que le murmuraba a Jack, quien estaba despierto y llorando, que todo saldría bien. Luego le tendió la sábana a Darius.

—Quédate conmigo, sacerdotisa —me dijo Darius. Entonces miró a Heath y a Erik—. Vosotros hablad con ella. Los dos.

Erik me agarró de la mano que Stevie Rae había soltado.

—Estoy aquí, Z —dijo mientras entrelazaba sus dedos con los míos—. Tienes que superar esto. Te necesitamos. —Hizo una pausa y nos miramos a los ojos—. Te necesito, y lamento mucho todo lo que ha ocurrido antes.

Entonces Heath alzó mi mano hasta sus labios y me la besó suavemente.

—¡Eh, Zo! ¿Te he dicho que hace más de dos meses que no bebo?

Era realmente extraño tenerlos a los dos junto a mí. Me alegré de que no estuvieran dándose golpes en el pecho el uno al otro, pero comprendí que no podía tratarse de nada bueno porque significaba que yo estaba mucho peor de lo que creía.

—Eso está bien, ¿verdad? He dejado de beber por completo —dijo Heath.

Traté de sonreír. Estaba bien. La razón por la que había roto con Heath justo antes de ser marcada era porque él bebía. Había perdido por completo el control y...

Darius retiró el polo enrollado de Erik que aún tenía sobre el pecho y rasgó rápidamente la parte superior de mi vestido por la mitad, de modo que de pronto noté el frío aire del túnel contra la piel calada de sangre.

—¡Dulce diosa, no! —exclamó Erik.

—¡Oh, mierda! —exclamó al mismo tiempo Heath, sacudiendo la cabeza adelante y atrás—. Es una herida mala. Realmente mala. Nadie puede sobrevivir a una...

—Ningún humano puede sobrevivir a una herida como esta, pero ella no es humana, y no voy a dejarla morir —dijo Darius, interrumpiendo a Heath y tapándome, afortunadamente, el pecho con la sábana.

Cometí el error de mirar hacia abajo. Puede que fuera una suerte que no tuviera energías para gritar. Tenía un largo corte que iba desde la parte superior del hombro izquierdo, me cruzaba todo el torso como a unos cinco centímetros por encima del pecho, y llegaba hasta el hombro derecho. Era un corte profundo y dentado. Los bordes de la piel estaban fruncidos, y enseñaban más músculo, grasa y capas de piel de las que jamás hubiera querido ver. La sangre emanaba a lo largo de toda la herida, pero no tanta como hubiera esperado. ¿Quizá porque se me estaba acabando? ¡Demonios! Lo más seguro era que me estuviera desangrando. Entonces comencé a jadear histéricamente.

—¡Zoey, mírame! —dijo Erik.

Al ver que seguía mirando la herida mientras Darius me la apretaba con trozos de gasa, Erik me tomó de la barbilla y giró suavemente mi rostro hacia él para obligarme a que lo mirara.

—Te vas a poner bien. Tienes que ponerte bien.

—Sí, Zo. Tú no mires —dijo Heath—. Ya sabes, como cuando me lo decías a mí cada vez que me caía jugando al fútbol: «No mires, y verás como así duele menos».

Erik me soltó la barbilla y conseguí asentir. De haber podido hablar, les habría dicho a los dos que de ninguna manera iba a volver a mirar. Bastante me había asustado ya. No estaba dispuesta a echar ningún vistazo más.

—Formad ese círculo —ordenó Darius.

—Estamos listos —dijo Damien.

Miré (evitando sin duda alguna volver a verme la herida) y vi a Damien, Stevie Rae y las gemelas en su posición, en el círculo, a nuestro alrededor.

—¡Pues invocadlo! —soltó Darius.

Hubo un silencio, y por fin Erin dijo:

—Pero es que es Zoey quien lo invoca siempre. Nosotros jamás lo hemos hecho.

—Yo lo haré —dijo Aphrodite, que entró en el círculo y se dirigió hacia Damien. Damien le lanzó una mirada repleta de dudas, algo que capté incluso yo—. No hace falta ser un iniciado o un vampiro para invocar un círculo. Solo es necesario estar ligada a Nyx, y yo estoy ligada a Nyx —afirmó Aphrodite con rotundidad—. Pero necesito que vosotros me respaldéis, chicos. ¿Estáis conmigo?

Damien hizo una larga pausa para mirarme. Con un esfuerzo que pareció acabar con mi última energía, asentí. Él me sonrió y asintió a su vez.

—Yo te respaldo —le dijo Damien a Aphrodite.

Aphrodite desvió la vista entonces hacia las gemelas.

—Nosotras también estamos contigo —dijo Erin por las dos.

Finalmente se giró hacia Stevie Rae, que se enjugó las lágrimas de los ojos, me dedicó una enorme y confiada sonrisa y luego le dijo a Aphrodite:

—Me has salvado la vida dos veces. Confío en que puedas hacer lo mismo por Zoey.

Vi que Aphrodite se ponía colorada, alzaba la barbilla y enderezaba los hombros, y supe que por primera vez en mucho tiempo ella se sentía como parte de un grupo: se sentía aceptada.

—Bien, entonces vamos a invocar el círculo —dijo Aphrodite—. Es el primer elemento, el que todos abrazamos desde nuestro primer aliento hasta el último. ¡Invoco al viento al círculo!

En efecto, noté que de pronto una brisa comenzaba a soplar sobre el pelo de Aphrodite y de Damien, y con una expresión de evidente alivio, ella se giró en el sentido de las agujas del reloj hacia Shaunee.

Y entonces dejé de prestar atención o, mejor dicho, mi capacidad de prestar atención disminuyó, y empecé a verlo todo gris y en una sola dirección, como si estuviera en un túnel.

—Zoey, ¿sigues con nosotros? —me preguntó Darius mientras continuaba apretando gasas contra mi pecho.

No pude responderle. Estaba realmente mareada, y el cuerpo parecía pesarme increíblemente, como si algún estúpido hubiera aparcado un Mack justo encima de mí.

—¡Z! —me llamaba Erik—, ¡Z, mírame!

—¡Zoey, preciosa!

Heath parecía a punto de ponerse a llorar otra vez.

Vale, en serio que quería decir algo que los hiciera sentirse mejor, pero sencillamente es que no podía. No podía seguir haciendo funcionar mi cuerpo. Era como si me hubiera convertido en un espectador distante en el juego que se estaba desarrollando en torno a mí. Podía observar, pero no podía participar.

—Hemos invocado a todos los elementos excepto al espíritu —dijo Aphrodite, de

pie junto a Darius—. Es el elemento al que representa siempre Zoey, y me sentiría rara si lo representara yo.

—Invócalo —dijo Darius, que inmediatamente alzó la vista y miró al círculo de mis amigos—. Concentrad el poder de vuestros elementos en Zoey. Pensad en llenarla de energía, calor y vida.

Oí vagamente a Aphrodite invocando al espíritu, pero no sentí el arrebato que me producía siempre su presencia. Noté por un instante calor y creí por un segundo oler a lluvia y a césped recién cortado, pero enseguida se desvaneció y el gris de mi visión se hizo más y más denso.

—¿Eres tú el humano con el que Zoey estuvo conectada? —oí que le preguntaba Darius a Heath.

Escuché, pero no conseguí interesarme demasiado por la conversación.

—Sí —dijo Heath.

—Bien. Entonces tu sangre será mejor para ella incluso que la de Aphrodite.

—Es la primera buena noticia que he oído en años —musitó Aphrodite, limpiándose los ojos con el dorso de la mano.

—¿Estás dispuesto a dejar que Zoey beba de ti?

—¡Por supuesto! —exclamó Heath—. Dime qué tengo que hacer.

—Siéntate aquí. Sujétale la cabeza sobre tu regazo. Y luego dame tu brazo —le dijo Darius a Heath.

Heath se subió a un extremo de la mesa, y con la ayuda de Erik y Darius enseguida colocaron mi cabeza sobre su cálido muslo, como si él fuera una almohada viviente. Heath alargó un brazo y Darius se lo agarró con firmeza. Yo lo veía todo demasiado borroso como para comprender qué estaban haciendo, pero entonces Darius se dio la vuelta y sacó del maletín de primeros auxilios la navaja multiusos que usábamos de cuchillo, de tijeras y de abrebotellas. Abrió el cuchillo a medias y presionó la hoja contra la suave piel por el interior del antebrazo de Heath.

El perfume de su sangre impregnó el aire con un delicioso aroma.

—Apriétale la boca contra la herida —dijo Darius—. Hazla beber.

—Vamos, preciosa. Toma un poco de esto. Te ayudará a ponerte bien.

Vale, racionalmente sabía que Erik estaba de pie justo delante, observándome exactamente igual que mis mejores amigos. En circunstancias normales, jamás habría hecho lo que hice a continuación por muy deliciosa, increíble o excitantemente bien que oliera la sangre de Heath.

Pero lo que yo estaba experimentando no guardaba ningún parecido ni remotamente con las circunstancias normales. Así que cuando Heath apretó su chorreante brazo contra mis labios, abrí la boca, hundí los dientes profundamente y comencé a succionar.

Heath gimió, envolvió el otro brazo alrededor de mi cabeza y enterró la cara en

mi pelo mientras bebía. De inmediato el mundo se hizo más pequeño, de modo que solo estábamos Heath, yo y su sangre estallando en mi cuerpo. Con aquellos primeros tragos recuperé de pronto la sensibilidad del pecho, y junto con ella sentí un dolor tan intenso, que habría apartado los labios de él de no haberme sujetado y susurrado al oído:

—¡No! No puedes parar. Si yo puedo soportarlo, tú también, Zo.

Por supuesto, yo sabía que no le estaba provocando solo ese exquisito placer que produce tanto en un vampiro como en un humano el hecho de que el primero beba del segundo. Habíamos vuelto a conectarnos al instante. Lo sabía a pesar de estar en pésimas condiciones. Los sentimientos de Heath me invadían completamente, al mismo tiempo que su sangre; estábamos unidos a través de la urdimbre mágica que forman la atracción y la necesidad, la urdimbre que ha enlazado desde antaño en un solo paño a un humano y un vampiro: la conexión. Porque yo no estaba simplemente bebiendo de él; estaba alimentándome del frenesí que es el instinto natural de supervivencia. Y él, a través de nuestra conexión, estaba sintiendo mi dolor, mi miedo y mi necesidad; todo aquello que yo había estado evitando al tener el cuerpo entumecido, al filo del momento fatal. Pero su sangre había cambiado eso. Su sangre me había revitalizado y, al hacerlo, me había sacado del choque emocional y me había arrojado de lleno al abrasador dolor y a la conciencia de que me hallaba peligrosamente al borde de la muerte.

Entonces lloré sin parar de beber, sintiéndome fatal porque sabía lo que le estaba haciendo sentir a su vez.

Por supuesto, él también sabía lo que yo estaba sintiendo, y sabía cuánto me pesaba hacerle daño.

—¡No importa, preciosa! No importa. No es tan terrible, en serio —susurró en mi oído, apretando los dientes para controlar aquella mezcla de dolor y de deseo.

No sé cuánto tiempo habría pasado cuando me di cuenta de que, a pesar de que el corte del pecho seguía doliéndome infernalmente, mi cuerpo estaba caliente y podía sentir la caricia de una suave brisa que me traía el aroma de la lluvia de primavera y de una pradera llena de heno. Mi espíritu también se sintió vigorizado, y supe que la sangre de Heath me había dado la energía suficiente como para poder aprovechar la ayuda sanadora de los elementos que reconfortaron mi alma al mismo tiempo que mi cuerpo.

Más o menos al mismo tiempo fui consciente de que Heath había dejado de hablarme. Abrí los ojos y miré hacia arriba. Se había desplomado sobre mí. Darius lo sujetaba erguido por los hombros. Tenía los ojos cerrados y el rostro muy pálido.

Al instante aparté los labios de su brazo.

—¡Heath! ¿Lo he matado?

Muerta de pánico, traté de sentarme, pero el dolor de todo el cuerpo me lo

impidió.

—El humano está bien, sacerdotisa —me calmó Darius—. Ciérrale la herida del brazo para que no pierda más sangre.

Lamí automáticamente con la lengua el pequeño corte y la dentellada profunda que le había hecho al morderle, concentrándome en su curación y en cortar el sangrado. Y, efectivamente, nada más apartarme, tanto la herida del cuchillo como las marcas de mis dientes dejaron de sangrar.

—Podéis cerrar el círculo —le dijo Darius a Aphrodite, quien me observaba desde su posición con una curiosidad que no se molestaba en disimular.

«¿Ves?», hubiera querido decirle a Aphrodite. Hay muchas clases diferentes de conexiones, y la que yo tenía con Heath no tenía nada que ver con la que tenía ella con Stevie Rae. Sin embargo no lograba reunir la energía suficiente como para pronunciar tantas palabras. De hecho, no tenía ningunas ganas de contestar a las miles de preguntas que, estaba segura, ella tenía reservadas para mí. Pero entonces, antes de que Aphrodite se girara hacia Stevie Rae y comenzara a dar las gracias y a despedir a los elementos, la vi dirigirle a Darius una sonrisa sexi y llena de promesas, y recordé que la primera conexión que yo había establecido con Heath se había roto al mantener relaciones sexuales con Loren, y entonces comprendí que sería Darius quien contestara a sus preguntas. Y por el carácter íntimo de la sonrisa que él le devolvió, me imaginé que a él iban a gustarle esas preguntas bastante más de lo que me habrían gustado a mí.

Vale, ¡qué asco!

Mientras una Aphrodite sonriente cerraba el círculo, Darius se giró hacia Heath y hacía mí.

—Erik, ayúdame a llevar al humano a la cama.

Con cara de palo, Erik alzó mi cabeza del regazo de Heath. Entre él y Darius lo trasladaron la escasa distancia que había de la mesa a la cama. Dejaron su cuerpo inmóvil en el lugar exacto que había ocupado Jack (que observaba con los ojos abiertos como platos desde el otro extremo del dormitorio, mientras le daba golpecitos a *Duchess* obsesivamente).

—Ve a por algo que se coma rápido y algo de beber. ¡Ah!, y trae más vino del de Venus —le dijo Darius a Jack—. Pero diles a los iniciados rojos que se mantengan alejados de aquí —añadió Darius antes de que Jack asintiera y saliera corriendo, con *Duchess* pisándole los talones.

—No van a atacar a Heath —dijo entonces Stevie Rae, que se acercó a mí y me tomó de la mano—. Sobre todo ahora que está conectado con Zoey otra vez. Su sangre huele muy fuerte.

—Ahora mismo no tengo tiempo para comprobar si le van a atacar o no —dijo Darius, que se acercó a la mesa para volver a controlar la herida—. Bien. Ha dejado

de sangrar completamente.

—Pues yo sí que voy a aceptar tu palabra. No tengo ganas de volver a verme la herida —dije yo. Me alegré inmensamente de haber recuperado la voz, a pesar de que sonara débil y trémula—. Gracias por el círculo, chicos.

Sonreí a mis amigos y ellos vinieron corriendo a la mesa.

—¡No! —negó Darius, alzando una mano para detener tanta alegría—. Necesito espacio para trabajar. Aphrodite, busca vendas o tiritas en forma de mariposa en el maletín de ahí y tráemelas.

—¡Eh!, entonces, ¿ya no estoy a punto de morir? —pregunté al guerrero.

Darius alzó la vista de mi herida y me miró a los ojos, y vi en ellos un alivio tal que comprendí hasta qué punto había estado a punto de no superarlo.

—Ya no estás a punto de morir —dijo, e hizo una pausa como si quisiera decir algo más.

—¿Pero?

—No hay ningún pero —se apresuró a negar Stevie Rae—. Lo has superado. Y punto.

No aparté los ojos de Darius, y finalmente me contestó:

—Pero para recuperarte por completo necesitas más ayuda de la que yo puedo ofrecerte.

—¿Qué quieres decir con eso de más ayuda? —preguntó Aphrodite, acercándose al lado de Darius con un puñado de extrañas vendas.

Darius suspiró.

—La herida de Zoey es seria. La sangre humana le ha salvado la vida al sustituir a la que ha perdido y darle la energía suficiente como para asimilar la ayuda de los elementos, pero ni siquiera Zoey es capaz de recuperarse de una herida tan importante como esta por sí sola. Sigue siendo una iniciada, y aunque fuera un vampiro y hubiera completado el cambio, aun así le costaría sanar de una herida así.

—Pero ahora tiene mucho mejor aspecto y hasta nos habla —dijo Damien.

—Sí, y ya no me siento como si no estuviera aquí.

Darius asintió.

—Eso es bueno, pero la verdad es que necesitas muchos puntos para que la herida se cierre y se cure.

—¿Y esto? —preguntó Aphrodite, levantando la mano con los envoltorios de tiritas en forma de mariposa—. Creía que por eso precisamente necesitabas esto, para cerrar la herida.

—Esas vendas sirven solo temporalmente. Zoey necesita puntos de verdad.

—Pues cóseme.

Traté de hablar con la mayor valentía de la que fui capaz, a pesar de que la idea de que Darius me cosiera me producía ganas de vomitar o de llorar. O de las dos

cosas.

—No tengo sutura en el maletín —dijo Darius.

—¿Y no podemos conseguirla? —intervino Erik. Noté que al hablar miraba a cualquier parte menos a mí—. Yo podría conducir la furgoneta de Heath hasta la farmacia del St. John y Stevie Rae podría hacer eso del control mental sobre el médico de allí. Traeríamos de vuelta todo lo que te haga falta, y así podrías coserla.

—Sí, podríamos hacer eso. Incluso puedo traerme al médico aquí si quieres, y luego le limpio la memoria y lo devolvemos —sugirió Stevie Rae.

—Vale, Stevie Rae, esa es una bonita oferta, pero de verdad que no me parece una buena idea —dije yo.

Me preocupaba que llegara hasta el punto de sugerir un secuestro y un lavado de cerebro.

—De todos modos no es tan fácil resolver el problema —dijo Darius.

—Pues explícanoslo para que sea fácil —dijo Heath, irguiéndose y apoyándose en los codos.

Tenía aspecto de estar hecho polvo a pesar de sonreírme cálidamente.

—Zoey necesita algo más que el cuidado de un médico. Necesita estar cerca de vampiros adultos para que el daño causado a su cuerpo no resulte fatal.

—Espera un momento. Creí que habías dicho que había superado eso de estar a punto de morir —dije yo.

—Has superado la posibilidad de morir de esta herida en particular, pero si no te pones al amparo de un aquelarre de vampiros, y me refiero a más de uno o de dos o de tres, la herida provocada en tu cuerpo agotará todas las reservas de energía y comenzarás a rechazar el cambio —explicó Darius, que de nuevo hizo una pausa para dejar que todos asimiláramos lo que estaba diciendo—. Y morirás por ello. Puede que vuelvas con nosotros, igual que Stevie Rae y el resto de los iniciados rojos, o puede que no.

—O puede que vuelvas como el tío ese, Stark, y te pongas a dispararnos como un loco gilipollas —dijo Aphrodite.

—Así que en realidad no tienes alternativa —dijo Darius—. Tenemos que llevarte a la Casa de la Noche.

—¡Vaya, demonios! —exclamé.



—¡Pero ella no puede volver! ¡Allí está Kalona! —exclamó Erin.

—Por no mencionar a los cuervos del escarnio —dijo Shaunee.

—Fue uno de ellos el que le hizo esto —añadió Erik—. ¿No es así, Heath?

—Sí, esa cosa era asquerosa —confirmó Heath.

Heath se estaba bebiendo un refresco de cola directamente de la lata que Jack le había tendido mientras comía Doritos de queso sin parar. Me alegré de ver que tenía mucho mejor aspecto y que casi volvía a ser el mismo de siempre, lo que demuestra que los Doritos y los refrescos de cola son realmente un alimento saludable.

—Y ellos volverán a atacarla, así que llevarla allí en realidad no va a salvarla. Solo les darás la posibilidad de terminar el trabajo —dijo Erik.

—Bueno, quizá no —admití de mala gana—. El cuervo del escarnio no me atacó a mí o, al menos, no lo hizo a propósito. Iba a atacar a Heath, y yo me puse en medio —dije, dirigiéndole a Heath una sonrisa a modo de disculpa—. En realidad se asustó cuando vio lo que había hecho.

—Porque dijo que su padre había estado buscándote —añadió Heath—. Lo recuerdo. Se asustó justo después de atacarte. Zoey, preciosa, siento mucho que casi te matara por mi culpa.

—¿No te lo había dicho?, ¡joder! —gritó Aphrodite en dirección a Heath, prácticamente gruñéndole—. ¡Todo lo que ha ocurrido ha sido por tu culpa! ¡Tú no deberías de estar aquí!

—¡Eh, Aphrodite, calma! —exclamé.

Hice ademán de alzar las manos para expresar con ellas que debía tranquilizarse, pero Darius me lanzó una mirada significativa, como diciéndome que me estuviera quieta. Además, me dolía de verdad si me movía mucho. Así que elegí palabras que no necesitaran del énfasis del movimiento de las manos, lo que era extraño.

—Hace rato que no haces más que echarle la culpa a Heath. ¿Qué ganas con eso?

Aphrodite me miró y juró que la vi revolverse, nerviosa. Es cierto: Aphrodite se revolvió nerviosamente.

Fruncí el ceño y la miré.

—¿Qué ocurre, Aphrodite?

Al ver que no decía nada, Stevie Rae suspiró y dijo:

—Es porque ella es la gran sabelotodo, la chica visionaria, y esta vez no tenía ni idea.

—¡No te metas en mi cabeza! —le gritó Aphrodite a Stevie Rae.

—Pues contesta a la pregunta de Z. Para ella es una mierda tener que sonsacártelo

—dijo Stevie Rae.

Aphrodite le dio la espalda a Stevie Rae.

—Es solo que esperaba tener algún tipo de aviso si tú te ibas a morir, eso es todo.

—¿Cómo? —pregunté, poniendo voz a la pregunta que todos querían hacerle, a juzgar por la mirada inquisitiva que le dirigieron.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Pero es que nadie se acuerda? He tenido dos visiones de tu muerte, así que es lógico que piense que si tú vas a estar cerca de la muerte, yo sabré algo acerca de cómo va a ocurrir. Eso es todo. Pero esta vez Nyx no me ha dado ninguna pista con ninguna visión, así que me imagino que Fútbol Joe, aquí presente, ha tenido que liarlo todo, porque la diosa no esperaba que asomara la cabeza por donde no se suponía que tenía que aparecer —explicó Aphrodite, que miró a Heath con el ceño fruncido y sacudió la cabeza molesta—. Quiero decir que, ¡venga, vamos! ¿Eres retrasado, necesitas un servicio especial, o qué? ¿No fue aquí donde estuvieron a punto de matarte?

—Sí, pero Zo me salvó, y me figuré que ella haría otra vez de superheroína si las cosas se ponían feas, de modo que todo saldría bien —dijo Heath. Entonces su expresión de niño mono y un poco tonto desapareció y adquirió el aspecto de alguien mucho más serio y mayor—. No pensé que pudiera ser la causa de que casi mataran a Zoey.

—Y luego dicen que los jugadores de fútbol no son brillantes. ¿De dónde se habrán sacado esa idea? —preguntó Aphrodite con sarcasmo.

—Vale, ya basta —dije—. Heath, tú no tienes la culpa de que casi me mataran. Fue ese asqueroso cuervo del escarnio el que casi me mató. ¿Crees que me habría ido con él por mi propia voluntad? ¡Demonios, no!

—Pero yo... —comenzó Heath a decir.

Lo interrumpí.

—Heath, aunque tú no hubieras estado allí, yo habría acabado por sacar la cabeza de debajo de la tierra. Ese asqueroso hombre pájaro dijo que estaban buscándome, lo cual significa que antes o después me habrían encontrado y habría tenido que luchar con ellos. Y punto. Fin. Y, Aphrodite, solo porque tengas visiones eso no significa que lo sepas todo. A veces ocurren cosas que ni siquiera tú puedes prever. Acostúmbrate y deja ya de ser tan maliciosa. Además, esto no es solo una cuestión de los cuervos del escarnio. Antes de atacarme, se parecía a Neferet —me apresuré a decir.

—¿Cómo? —preguntó Damien—. ¿Cómo podía parecerse a Neferet?

—No tengo ni idea, pero os prometo que cuando alcé la vista, ella estaba allí. Esbozó una terrible y espeluznante sonrisa. Yo parpadeé, y de pronto se había ido y en su lugar estaba el cuervo del escarnio. Eso es todo lo que sé.

Sabía que había otra cosa más acerca de lo sucedido y de la que debía acordarme, pero aún estaba mareada por el dolor y me desplomé, completamente exhausta.

—Tenemos que llevarla a la Casa de la Noche —dijo Darius.

—¿Llevarse directamente a Neferet? Eso no suena muy inteligente —dijo Heath.

—Sin embargo, tiene que ir allí.

Alcé la vista hacia Darius.

—¿No hay ninguna otra posibilidad?

—No, si quieres vivir.

—Entonces Zoey tiene que volver a la escuela —afirmó Damien.

—¡Ah, estupendo! ¡Así los cuervos del escarnio y Neferet la tendrán exactamente donde quieren tenerla! —gritó Aphrodite.

Miré a Aphrodite y vi, más allá de la odiosa actitud que le servía de coraza, la sincera preocupación que sentía por mí. En realidad lo que le ocurría era que tenía miedo. No podía culparla. Yo también tenía miedo, por mí, y por mis amigos. ¡Demonios, estaba asustada por el mundo entero!

—Ellos me quieren allí, pero me quieren viva —afirmé con solemnidad—. Y eso significa que antes de hacerme nada, primero se asegurarán de que estoy curada.

—¿Es que no te acuerdas de que la sanadora de la Casa de la Noche es Neferet? —preguntó Damien.

—Por supuesto que me acuerdo —contesté molesta—. Solo espero que Kalona me quiera viva con más ansia de la que Neferet me quiere muerta.

—Pero ¿y si ella te hace algo terrible después de que estés curada? —preguntó Aphrodite.

—Entonces vosotros, chicos, tendréis que ir a sacarme de allí.

—Eh... Zoey —dijo Damien—, hablas como si pensaras que vamos a dejarte ir allí sola. Y no vas a ir sola.

—No, de ninguna manera —dijo Erin.

—No vamos a perderte de vista —añadió Shaunee.

—Adonde tú vayas, vamos nosotros —dijo Jack.

—Exacto. Estamos juntos en esto —dijo Stevie Rae—. Acuérdate de que la única cosa que tenían en común las dos visiones que tuvo Aphrodite de tu muerte era que estabas sola. Así que no vamos a dejarte sola.

—No podemos ir todos con ella —cortó entonces tajante la voz de Erik.

—Escucha, Erik —le gruñó Aphrodite—. Ya nos hemos dado cuenta de que eres el señor Celoso y de que ver a tu novia chuparle la sangre a otro tío no te ha molado nada, pero vas a tener que aprender a fastidiarte.

Erik no le hizo el menor caso. En lugar de ello me miró a los ojos y vi cómo, una vez más, él metía la mano en su bolsa de trucos mágicos de representación teatral y

sacaba el personaje de un extraño. Mientras lo analizaba, noté que no quedaba en él absolutamente ni rastro del chico que me deseaba tanto, que su pasión había llegado a darme miedo. No pude siquiera encontrar un atisbo del posesivo neandertal que había querido darle una patada en el culo a Heath y mangonearme. Erik era capaz de ocultar todas esas versiones de sí mismo junto con sus emociones tan eficazmente que yo comenzaba a preguntarme quién diablos era de verdad.

—Stevie Rae no puede volver contigo. Si va, ¿quién va a quedarse aquí para controlar a los iniciados rojos? Aphrodite tampoco puede volver contigo. No es más que una humana, y por mucho que a mí me gustara que alguien se la comiera, supongo que Nyx y tú preferiríais que se quedara a salvo por aquí.

—Antes de que él diga una mierda más, quiero que sepas que yo voy a volver contigo —afirmó Heath.

Erik ni siquiera parpadeó.

—Sí, a ti te darán una patada en el culo, o probablemente te matarán más rápido incluso que a Aphrodite. Y de paso que te matan a ti, casi seguro que matan también a Zoey de verdad. Zoey tiene que volver porque si no lo hace, morirá. Pero Darius es el único que debe volver con ella. Es demasiado arriesgado para todos los demás. No cabe duda de que se quedarían atrapados en la Casa de la Noche. Quizá incluso los mataran.

Como siempre, todo el mundo en el dormitorio comenzó a gritar su opinión, no demasiado positiva, acerca de las frías afirmaciones de Erik, carentes por completo de emoción.

—¡Chicos... chicos...!

Traté de hacerme oír, pero no tenía energía suficiente.

—¡Silencio! —ordenó Darius.

Por fin todo el mundo se calló.

—Gracias —le dije. Luego miré a mis amigos—. Creo que Erik tiene razón. Cualquiera que venga conmigo asume un riesgo, y no quiero perderos, chicos.

—¿Pero no sois los cinco más fuertes cuando estáis juntos? —preguntó Heath.

—Sí, así es —contestó Damien.

—Eso pensaba yo —asintió Heath—. Entonces, los que tenéis esa cosa especial con un elemento, ¿no deberíais volver con Zoey?

—Afinidad por un elemento —explicó Damien—. Es así como se llama. Y estoy de acuerdo con Heath. El círculo debería permanecer completo.

—No puede ser —negó Darius—. Stevie Rae debe permanecer aquí con los iniciados rojos. Si ella se queda atrapada en el campus o, poniéndonos en el peor de los casos, la matan, no habría forma de saber si la presencia de Erik, como vampiro adulto, sería suficiente para que ellos siguieran en un estado saludable y bajo control. No sé si alguien más se ha fijado, aparte de Zoey y de mí, pero dejadme que os

cuenta a todos que antes Kramisha parecía tener verdaderos problemas para controlarse con Heath. El efecto de onda que algo así podría causar en ausencia de Stevie Rae podría ser desastroso. De modo que es imposible que el círculo esté completo.

—Espera, puede que sí —dijo Aphrodite.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

—Bueno, yo ya no puedo representar a la tierra. Al completar el cambio, Stevie Rae recuperó esa afinidad, y la única vez que traté de invocarla, el elemento se cabreó y huyó de mí.

Asentí y me acordé de cuánto se había disgustado Aphrodite al creer que Nyx la había abandonado, cosa que no era cierta. Pero aun así, la pobre chica era incapaz de volver a invocar a la tierra.

—Pero Zoey puede invocar a la tierra igual que a cualquier otro de los restantes cuatro elementos, ¿no? —continuó Aphrodite.

—Cierto —asentí.

—Y yo acabo de invocar al espíritu sin ninguna dificultad. Así que, ¿y si simplemente nos cambiamos las posiciones? Zoey personifica a la tierra y yo invoco al espíritu. Acaba de funcionar hace un momento. Creo que mientras Zoey esté cerca para ayudarme a darle un empujoncito al espíritu hacia mí, no hay razón para que no vuelva a funcionar otra vez.

—Aphrodite tiene razón, y de esa forma el círculo estaría completo sin mí —dijo Stevie Rae—. Por mucho que quiera ir con vosotros, Darius tiene razón. No puedo arriesgarme a no poder volver aquí con mis iniciados.

—Os estáis olvidando todos de otra razón por la cual no podéis volver a la Casa de la Noche con Zoey —dijo Darius—. Neferet, y quizá incluso también Kalona, pueden leeros la mente. Y eso significa que se enterarán de todo lo que sabéis acerca de los iniciados rojos y de este refugio.

—Eh, chicos, tengo una idea —dijo entonces Heath—. Bueno, yo realmente no sé mucho de esto, así que puede que me equivoque por completo, pero ¿no podríais cada uno de vosotros conseguir ayuda de vuestro elemento para, digamos, montar una especie de control sobre vuestras mentes?

Parpadeé sorprendida, mirando a Heath, y luego sonreí.

—Puede que hayas dado con una gran idea. ¿Qué te parece a ti, Damien?

Damien parecía nervioso.

—Creo que somos idiotas por no haberlo pensado antes nosotros —contestó Damien, sonriéndole a Heath—. ¡Bien dicho, tío!

—Bah —dijo Heath mientras se encogía de hombros. Estaba adorable—. A veces los que están fuera ven las cosas con más claridad.

—¿De verdad creéis que eso puede funcionar? —preguntó Darius.

—Debería funcionar —alegó Damien—. O, al menos, debería funcionar en el caso concreto de aquellos de nosotros que tenemos afinidad por un elemento. Las gemelas y yo hemos invocado a nuestros respectivos elementos para pedirles protección y cobijo otras veces. No creo que sea tan difícil pedirles que levanten una barrera alrededor de nuestras mentes —dijo Damien, que vaciló un momento y miró a Aphrodite—. Solo que, ¿puedes hacerlo tú? Tú no tienes una afinidad real por el espíritu, ¿no? No pretendo ser desagradable, pero el hecho de que puedas ocupar el puesto de Zoey e invocar al elemento dentro del círculo no significa que puedas hacerlo por tu cuenta en cualquier momento.

—No necesito invocar al espíritu para proteger mi mente de intrusos —afirmó Aphrodite—. Neferet nunca, desde el día en que fui marcada, ha sido capaz de leerme la mente, del mismo modo que jamás fue capaz de leérsela a Zoey. ¡Y te advierto que me estoy hartando de que siempre me estéis dando el coñazo, chicos, solo porque ahora soy humana!

—¡Vale!, vale, tienes razón en lo de leerte la mente. Lo siento —se disculpó Damien—. Pero creo que deberíamos asegurarnos de que el espíritu va a estar dispuesto a colaborar con Aphrodite antes de presentarnos en la Casa de la Noche.

—Sí, Aphrodite —confirmó Jack—. No es que queramos ser críticos contigo porque seas humana y todo eso. Es que hay que saber si tu magia con el espíritu funciona.

De pronto tuve una idea.

—En realidad da igual si Aphrodite puede invocar al espíritu fuera del círculo o no, porque yo sí puedo. Espíritu, ven a mí —dije en voz baja. Invoqué al elemento y sentí su maravillosa presencia con la misma facilidad con la que respiraba—. Y ahora ve con Aphrodite. Protégela y sírvela.

Hice un movimiento cansado con los dedos en dirección a ella, y sentí cómo el espíritu se alejaba de mí. Al instante Aphrodite abrió inmensamente los ojos azules y sonrió.

—¡Eh, funciona! —exclamó ella.

—¿Durante cuánto tiempo puedes mantener eso? —me preguntó Erik.

Molesta ante la falta de emoción de su voz, contesté bruscamente:

—Todo el tiempo que quiera.

—Así que el círculo permanece intacto —concluyó Damien.

—Sí, nos vamos todos a la escuela con Z —anunció Erin.

—Juntos. Los cinco —añadió Shaunee.

—Me siento como uno de los lerdomosqueteros —dijo Aphrodite, pero lo dijo con una sonrisa.

—Entonces de acuerdo —convino Darius—. Volveremos vosotros cinco y yo. Stevie Rae, Erik, Jack y Heath se quedan aquí.

—¡Demonios, no, él no se queda aquí! —exclamó Erik, mostrando por fin algo de emoción.

—Amigo, tú no tienes ni voz ni voto en esto. Y de todos modos, no me quedo. Me voy con Zoey —dijo Heath.

—No puedes, Heath. Es demasiado peligroso —dije yo.

—Aphrodite es humana, y ella va a ir. Si ella puede, yo también —afirmó Heath con cabezonería.

—¡Estúpido futbolista! Primero: puede que yo sea humana, pero soy especial, y por eso puedo ir. Y segundo: tú no puedes venir porque pueden utilizarte para llegar hasta Zoey. Estás conectado con ella otra vez. Si te hacen daño a ti, le hacen daño a Zoey. Así que demuestra un poco de sentido común y llévate tu culo a tu barrio.

—¡Ah!, no se me había ocurrido pensarlo —dijo Heath.

—Tienes que irte a casa, Heath. Ya hablaremos cuando las cosas se hayan calmado.

—¿Y no debería quedarme aquí, que estoy más cerca de ti? Lo digo por si me necesitas, así me encontrarías enseguida.

Quería decirle que sí, a pesar de que Erik me observaba con una expresión más seria que la de un muerto y a pesar de saber que lo mejor para él era que no volviéramos a vernos nunca. Nuestra conexión era increíblemente fuerte: más fuerte incluso que la primera vez. Podía sentirlo muy cerca de mí, sentía su dulzura y su familiaridad, y aunque sabía que estaba mal y que no debía, quería que siguiera a mi lado. Pero entonces recordé cómo lo había mirado Kramisha, como si quisiera pegarle un bocado. Sabía que su sangre le resultaría rara a cualquier iniciado o vampiro porque él y yo estábamos conectados, pero no podía estar segura de que eso los detuviera a la hora de probarla. Solo de pensar que otra persona bebiera la sangre de Heath me cabreaba de verdad.

—No, Heath —insistí—. Tienes que marcharte a casa. No es seguro para ti quedarte aquí.

—No me importa si es seguro para mí o no. Lo único que me importa es estar contigo —dijo Heath.

—Ya lo sé, pero a mí sí me importa tu seguridad. Así que vete a casa. Te llamaré en cuanto pueda.

—Vale, pero estaré aquí de vuelta en el mismo segundo en que me llames.

—¿Quieres que lo acompañe fuera? —se ofreció Stevie Rae—. Los túneles pueden ser muy confusos cuando no los conoces.

Además Stevie Rae podía detener a cualquier iniciado al que se le ocurriera darle un mordisco a Heath. La idea estaba ahí, en el ambiente, aunque nadie lo dijera en voz alta.

—Vale, gracias, Stevie Rae —dije yo.

—Erik, sujeta a Zoey. Aphrodite, tú termina de ponerle las vendas. Será mejor que yo acompañe a Heath fuera también —se ofreció Darius.

—El cuervo del escarnio estaba en el árbol que hay junto a su furgoneta, colgado encima del tejado de la estación —le dije entonces a Darius.

—Estaré alerta, sacerdotisa —dijo Darius—. Vamos, chico. Tienes que irte a casa.

—Volvemos dentro de un segundo —dijo Stevie Rae.

En lugar de seguir a Darius y a Stevie Rae y salir del dormitorio, Heath vino a mí. Me tomó de la mejilla con una mano y sonrió:

—Ten cuidado, ¿vale, Zo?

—Lo tendré. Y tú también. Y, Heath, gracias por salvarme la vida.

—Cuando quieras, Zoey. Lo digo en serio. Cuando quieras.

Y entonces, como si estuviéramos solos en el dormitorio y no estuvieran ni mis amigos ni mi novio, Heath se inclinó y me besó, dejando a todos boquiabiertos. Sabía a Doritos, a refresco de cola y a Heath. Pero a pesar de todos esos sabores pude olerle a él: pude oler el claro e inconfundible perfume de su sangre, conectada únicamente conmigo y que, por eso mismo, me resultaba literalmente la fragancia más fascinante y deliciosa del mundo.

—Te quiero, preciosa —susurró él. Me besó otra vez. Al marcharse, se despidió con la mano de mis amigos—. ¡Nos vemos, chicos!

No me sorprendió excesivamente que Jack y Damien le dijeran adiós o que las gemelas le mandaran sonoros besos de despedida. Quiero decir que, al fin y al cabo, Heath es mono. Supermono. Pero justo antes de atravesar la cortina de la puerta, Heath se volvió hacia Erik, que estaba de pie a mi lado, y dijo:

—Eh, tío, te hago personalmente responsable de cualquier cosa que le pase. — Heath esbozó su encantadora sonrisa sarcástica y añadió—: ¡Ah!, ¿y por qué no me facilitas el trabajo un poco más, y tratas de mangonearla otra vez mientras yo estoy fuera?

Heath se echó a reír y por fin salió.

Aphrodite también se echó a reír, pero trató de disimularlo con una tos.

—El ex novio sabe manejarse —comentó Shaunee.

—Sí que sabe, sí, gemela —dijo Erin—. Por no mencionar ese culito.

—¡Qué violento!, ¿no? —preguntó Jack.



Las gemelas musitaron precipitadamente una disculpa mientras le lanzaban a Erik miraditas llenas de culpabilidad. Por su parte Erik, que parecía una escultura de piedra, le dijo a Aphrodite:

—Vale, yo la levanto y tú le das la vuelta al vendaje.

—Por mí bien —dijo Aphrodite.

Así que, sin mirarme a los ojos, Erik deslizó las manos por debajo de mis hombros y me levantó de la mesa con suavidad por el torso. Apreté los dientes para soportar el dolor y Aphrodite me colocó el vendaje elástico alrededor. No dejaba de preguntarme qué demonios haría con Erik y con Heath. Se suponía que Erik y yo volvíamos a salir juntos, pero después de la escena del sótano yo no estaba en absoluto segura al cien por cien de que debiéramos seguir juntos. Quiero decir que él me había dicho que me quería, lo cual estaba muy bien y todo eso, pero ¿acaso quererme significaba que iba a ponerse en plan posesivo y estúpido? Y además de eso, lo que había entre él y yo, ¿era lo suficientemente fuerte como para soportar otra conexión con Heath, sobre todo en un momento como aquel, en el que ya no se trataba simplemente de una idea abstracta? Me refiero a que Erik nos había visto a Heath y a mí juntos, así que, ¿había alguna forma de que él y yo estuviéramos juntos?

Alcé la vista hacia él mientras me sostenía con cuidado. Al sentir que lo miraba, sus ojos azules se clavaron en mí. Ya no era el hombre de piedra. Parecía triste. Realmente triste. ¿Quería yo seguir siendo la novia de Erik? Cuanto más lo miraba a los ojos, más pensaba que quizá sí. Pero entonces, ¿adónde me llevaba eso con Heath? De vuelta al mismo lugar en el que había estado con ambos, antes de que los engañara a los dos y permitiera que Loren me tendiera una trampa para que le diera mi virginidad.

Ya entonces el triángulo había sido incómodo, pero en ese momento lo era mucho más. Solo que, ¿qué diablos iba a hacer? La verdad era que los quería a los dos.

¡Demonios!, ser yo resultaba agotador.

Cuando Aphrodite terminó de vendarme, Erik le pidió a Jack que le diera una almohada de la cama para mí y, después, me posó de nuevo sobre la mesa con mucho cuidado, con los hombros y la cabeza cómodamente apoyados en la almohada.

—Será mejor que os preparéis para marcharos, chicos —les dijo Erik a las gemelas, Damien y Aphrodite—. Apuesto a que Darius querrá llevarse a Zoey de vuelta a la Casa de la Noche inmediatamente.

—Pues entonces tenemos que ir a por nuestros bolsos al dormitorio de Kramisha —dijo Shaunee.

—Sí, como si fuera a dejarme mi bolso nuevo de esta temporada de invierno de Ed Hardy, gemela —dijo Erin.

—Por supuesto que no, gemela. Solo digo que...

Sus voces se desvanecieron al salir del dormitorio apresuradamente.

—Quiero ir contigo —le dijo Jack a Damien, a punto de llorar.

—Y yo también quiero que vengas conmigo —contestó Damien—, pero es demasiado peligroso. Tienes que quedarte aquí con Erik y Stevie Rae hasta que sepamos exactamente a qué nos enfrentamos.

—Intellectualmente lo comprendo, pero mi corazón me dice otra cosa —respondió Jack, que inclinó la cabeza sobre el hombro de Damien—. Es solo que... que... — Jack respiró hondo y por fin terminó la frase, llorando—. ¡Es una mierda que no pueda ir contigo!

—Salimos afuera un rato —dijo Damien, que colocó un brazo sobre el hombro de Jack—. Dile a Darius que nos dé un grito cuando esté listo.

Damien sacó al afligido Jack del dormitorio. *Duchess* los siguió, moviendo tristemente la cola.

—Voy a buscar a mi gata —dijo Aphrodite—. Veré a ver si encuentro de paso también a la tuya.

—¿No crees que deberíamos dejar a los gatos aquí?

Aphrodite alzó una ceja rubia e inquisitiva hacia mí.

—¿Desde cuándo se le ordena a un gato lo que tiene que hacer?

Suspiré.

—Tienes razón. Nos seguirán de vuelta a la Casa de la Noche y luego se pasarán años reprochándonos que quisiéramos dejarlas aquí.

—Dile a Darius que enseguida vuelvo —dijo Aphrodite, que atravesó la cortina que servía de puerta.

Me quedé a solas con Erik.

Sin mirarme, él echó a caminar hacia la cortina, diciendo:

—Voy a...

—Erik, no te marches. ¿No podemos hablar un segundo?

Él se detuvo, pero de espaldas a mí. Tenía la cabeza inclinada hacia delante y los hombros caídos. Parecía completamente derrotado.

—Erik, por favor...

Se dio la vuelta y vi que le salían lágrimas de los ojos.

—¡Estoy tan condenadamente enfadado que no sé qué diablos hacer! Y lo peor de todo es que esto —continuó, haciendo una pausa para señalar la enorme venda elástica que me tapaba la herida del pecho— es culpa mía en realidad.

—¿Culpa tuya?

—Si no me hubiera portado como un gilipollas posesivo en el sótano, tú no

habrías salido fuera con Heath. Le estabas diciendo que se marchara, pero yo tenía que presionarte hasta cabrearte, así que saliste fuera con él —explicó Erik, pasándose una mano por el espeso cabello negro—. ¡Y todo porque Heath siempre me pone condenadamente celoso! Él te conoce desde que erais pequeños. Y yo solo... —Erik vaciló. Apretó la mandíbula y la relajó—. Simplemente no quería volver a perderte, así que me porté como un gilipollas, pero no solo has estado a punto de morir, sino que encima te he perdido otra vez.

Yo parpadeé. Así que no había estado comportándose como si fuera de piedra porque no le importara o porque estuviera enfadado conmigo. Había estado ocultando sus sentimientos porque creía que era todo culpa suya. ¡Demonios! No tenía ni idea.

Alargué una mano hacia él.

—Erik, ven aquí.

Lentamente él se acercó hacia mí y me tomó de la mano.

—Me he comportado como un gilipollas.

—Sí, es cierto. Pero yo debería de haber tenido un poco más de sentido común y no salir afuera con Heath.

Erik se quedó mirándome un largo rato antes de decir:

—Ha sido duro verte con él. Ver cómo bebías de él.

—Ojalá hubiera habido otra forma.

Era cierto. Lo habría preferido, y no solo por lo incómodo que pudiera resultarle a Erik. Yo quería a Heath, pero había tomado la decisión de no volver a estar con él, de no volver a establecer ninguna conexión con él. Sabía que lo mejor para los dos, y sobre todo para Heath, era separar definitivamente nuestras vidas, y eso era lo que había pensado hacer. Pero, por desgracia, mi vida jamás sale según mis planes. Suspiré y traté de expresar con palabras lo que sentía:

—No puedo evitar querer a Heath. Él ha formado parte de mi vida durante mucho tiempo, y ahora volvemos a estar conectados y él, literalmente hablando, lleva parte de mí en su interior, a pesar de que yo no quería que ocurriera.

—No sé hasta qué punto podré soportar a tu novio humano.

Sostuve la tranquila mirada de Erik, pero estuve a punto de soltarle algo así como «Pues yo no sé hasta qué punto podré soportar tu forma de ser posesiva». Sin embargo estaba demasiado cansada. Ya se lo diría más tarde, cuando tuviera más energía y más tiempo para pensar mejor las cosas. En lugar de ello respondí:

—Él no es mi novio. Es el humano con el que estoy conectada. Hay una gran diferencia.

—Consorte —dijo Erik amargamente—. Se le llama ser el consorte humano de una alta sacerdotisa. Muchas lo tienen. A menudo incluso tienen más de uno.

Parpadeé sorprendida. Sin lugar a dudas yo no había llegado a esa lección en clase de sociología vampírica. Quiero decir que ¿se hablaba del tema de los consortes

en el *Manual del iniciado*? Supongo que tendría que leerme el maldito libro con más detenimiento. Entonces me acordé de que el día en el que Heath y yo tuvimos esa terrible escena en la que rompimos oficialmente, Darius me había dicho que para un humano era muy difícil mantener una relación con una sacerdotisa. Y desde luego Darius había utilizado la palabra «consorte» para referirse a Heath.

—¡Eh... vaya! Y entonces, ¿significa eso que una alta sacerdotisa no puede tener un vampiro... consorte?

—Pareja —contestó Erik en voz baja—. Si el que está conectado con la alta sacerdotisa es un humano, se le llama consorte. Si es vampiro, se le da el título de pareja de la alta sacerdotisa. Y no, eso no significa que no pueda tenerlos a los dos.

Esas eran buenas noticias para mí. Claramente no eran tan buenas noticias para Erik, pero al menos me enteraba de que no era la única sacerdotisa que tenía este problema. Quizá pudiera leer el capítulo relativo al tema o preguntarle diplomáticamente a Darius una vez que estuviera resuelto el asunto del fin del mundo. Por el momento, decidí zanjar el tema poniéndole un parche; ya resolverían más tarde las consecuencias. Si es que es ese más tarde seguía existiendo.

—Vale, Erik. No sé qué voy a hacer con Heath. Ahora mismo todo esto me resulta ya excesivo como para ocuparme encima de otro asunto. ¡Demonios!, tampoco sé qué voy a hacer contigo.

—Estamos juntos —afirmó él en voz baja—. Y quiero que sigamos juntos.

Abrí la boca para decirle que en realidad yo no estaba del todo segura de que esa fuera la mejor idea, pero Erik se inclinó y me besó suavemente en los labios, haciéndome callar. Entonces alguien se aclaró la garganta y los dos desviamos la vista hacia la puerta y vimos a Heath, ahí de pie, pálido y cabreado.

—¡Heath! ¿Qué estás haciendo aquí? —pregunté con una voz chillona detestable y llena de culpabilidad.

No podía dejar de preguntarme qué habría oído y qué no.

—Me manda Darius a decirnos que las carreteras están imposibles. No hay manera de volver a Broken Arrow esta noche. Él y Stevie Rae han ido a buscar un cuatro por cuatro para poder llevarte de vuelta a ti y a los otros iniciados a la Casa de la Noche —contestó Heath.

Heath se interrumpió. Reconocí su tono de voz: pocas veces en la vida había hablado en ese tono. Estaba seriamente enfadado, pero también dolido. La última vez que lo había oído hablar así había sido cuando me dijo que había aniquilado parte de su alma al mantener relaciones con Loren y romper la conexión.

—¡Eh, seguid! Haced como que no estoy, como antes. No pretendía interrumpiros.

—Heath...

Pero justo entonces Aphrodite, seguida de un puñado de gatos entre los que se

incluían mi *Nala* y su odiosa gata persa, muy apropiadamente llamada *Maléfica*, entraron en el dormitorio.

—Superviolento. Otra vez —comentó Aphrodite, desviando la vista de Heath hacia Erik y por último hacia mí.

Suspiré y me di cuenta de que comenzaba a dolerme la cabeza casi tanto como el pecho. Entonces entraron también las gemelas y Kramisha.

—¡Ah, oh! —exclamó Shaunee.

—¿Qué hace aquí el ex novio? —preguntó Erin.

—Las carreteras están fatal. Heath no puede volver a casa —dije.

—¿Significa eso que va a quedarse aquí? —preguntó Kramisha, lanzándole a Heath una larga mirada.

—Tendrá que quedarse. Aquí está más seguro que en la Casa de la Noche —dije sin despegar el ojo de Kramisha, y a pesar de no estar tan segura—. Él y yo estamos otra vez conectados —añadí como medida de precaución.

—Ya lo sé —contestó Kramisha, curvando ligeramente los labios—. Te huelo en su sangre. Él ya no vale para nada, más que para ser tu juguetito.

—Él no es... —comencé a decir.

Pero la cortante voz de Heath me interrumpió:

—No, la chica tiene razón. Es lo que soy para ti —dijo Heath, directo.

—Heath, no es así como pienso en ti.

—Sí, bueno, no quiero hablar una mierda más. Soy tu donante de sangre, y ya está.

Heath se giró y se apartó de mí. Lo vi agarrar una botella de vino que alguien se había dejado junto a la cama y darle un largo trago.

Entonces entraron en el dormitorio Damien, Jack, que tenía los ojos hinchados y *Duchess* (que provocó de inmediato que todos los gatos se pusieran a bufar, excepto *Nala*).

—¡Eh, Heath! —exclamó Jack—. Creí que estarías de camino a casa.

—No puedo volver a casa. Parece que estoy aquí prisionero, con el puñado de iniciados que se quedan aquí olvidados.

Jack frunció el ceño. Estaba a punto de romper a llorar otra vez.

—A mí Damien no me deja aquí olvidado. No es eso en realidad. Es solo que... que no puedo ir ahora mismo con él.

—Exacto. Estaremos de vuelta en cuanto podamos —dijo Damien, que colocó de nuevo el brazo sobre los hombros de Jack.

—Vale, lamento interrumpir la escena romántica entre chicos gays y todo eso, pero he escrito más poemas esta mañana al levantarme y he pensado que sería mejor que les echarais un vistazo —comentó Kramisha.

Eso interrumpió mi confusión sobre qué hacer a propósito de Heath y Erik.

—Tienes razón. Tenemos que verlos —dije—. Damien, ¿te ha explicado Jack lo de la poesía de Kramisha?

—Sí. Tengo incluso una copia que me dio Kramisha antes de irse a dormir y que Jack y yo hemos estado leyendo durante nuestro turno de vigilancia —contestó Damien.

—¿De qué diablos estáis hablando? —preguntó Aphrodite.

—Mientras estabas borracha, montando un escándalo, Z descubrió que Kramisha tenía poesías escritas en las paredes de su habitación —explicó Erin.

—Poesías escritas por Kramisha, pero parece ser que hablan de Kalona, cosa que resulta escalofriante —añadió Shaunee.

—Es como si ella fuera un canal a través del cual recibe imágenes abstractas acerca de él —dijo Damien—. Creo que los poemas de su habitación estaban escritos a propósito para captar nuestra atención, lo cual significa que tenemos que controlar todo lo que escribe Kramisha.

—¡Ah, genial! ¡Justo lo que nos faltaba! ¡Más profecías catastróficas! —exclamó Aphrodite.

—Bueno, pues hablando de poesías, aquí tengo dos nuevas —dijo Kramisha, que me tendió dos hojas de papel.

Alcé los brazos para sujetar las hojas, sin embargo, me obligaba a respirar dolorosamente.

—Espera —dijo Erik, quien tomó las hojas por mí.

Me las acercó y sujetó de modo que Damien, las gemelas, Aphrodite, Jack y yo pudiéramos leerlas, todos al mismo tiempo. El primer incomprensible poema rezaba así:

Lo que una vez lo ató
lo hará huir.
Lugar de poder, unión de cinco:
Noche,
Espíritu,
Sangre,
Humanidad,
Tierra,

unidos no para conquistar,
sino para superar.
La Noche lleva al Espíritu.
La Sangre une la Humanidad.
Y la Tierra lo completa.

—Esto me produce dolor de cabeza. Quiero decir más de lo que me dolía ya. Jamás podré explicaros hasta qué punto odio la poesía —dijo Aphrodite.

—¿Tienes idea de qué significa? —le pregunté a Damien.

—Creo que nos sugiere cómo podemos deshacernos de Kalona, obligarlo a huir.

—Ya sabemos qué significa «huir», señor Pedante —dijo Erin.

—Es deprimente que en lugar de decir «matar» diga «huir» —dijo Jack.

—Es imposible matar a Kalona —afirmé de manera mecánica—. Es inmortal. Se le puede atrapar. Se le puede hacer huir, aunque, la verdad, me deja perpleja lo que lo hace huir. Pero no se le puede matar.

—Esas cinco cosas juntas, puestas en un lugar de poder, es lo que lo hacen huir —dijo Jack.

—Sean lo que sean, o sean quienes sean —dije.

—Son personas que representan a esas cosas. O eso me figuro yo, al menos, de buenas a primeras. ¿No veis que están con mayúscula? Eso, por lo general, significa que son nombres propios. O nombres —explicó Damien.

—Son nombres —dijo Kramisha.

—¿Sabes tú algo de ellos? ¿Sabes quiénes son? —le preguntó Damien.

Kramisha sacudió la cabeza con aires de frustración.

—No, pero al decir tú que eran personas, supe que tenías razón.

—¿Y si leemos la otra? —sugirió Damien—. A lo mejor nos ayuda a entender esta.

Presté atención entonces a la otra hoja de papel. El segundo poema no era largo, pero me puso los pelos de punta.

Ella vuelve.

A través de sangre por sangre,
ella retorna.

Corte profundo ahora,
como yo.

La Humanidad la salva,
¿me salvará ella a mí?

—¿En qué estabas pensando cuando escribiste esto? —le pregunté a Kramisha.

—En nada. Apenas estaba despierta. Simplemente escribí las palabras que me vinieron a la cabeza en el caso de los dos poemas.

—No me gusta —afirmó Erik.

—Bueno, este segundo poema no nos ayuda mucho con el primero, eso desde luego. De hecho, creo que está hablando de Zoey —dijo Damien—. Creo que está haciendo una predicción sobre tu herida y tu regreso a la Casa de la Noche.

—Pero ¿quién es el que está hablando?, ¿quién se está preguntando si lo salvaré, sea hombre o mujer?

Me sentía más débil por momentos, y la larga herida de mi pecho se agitaba al ritmo de mi corazón.

—Podría ser Kalona —sugirió Aphrodite—. El primer poema es sobre él.

—Sí, pero no estamos muy seguros de que Kalona haya tenido algo de humanidad alguna vez que a su vez haya podido perder —argumentó Damien.

Mantuve la boca prudentemente cerrada, aunque mi primer impulso fue decir que Kalona no había sido siempre como era en ese momento.

—Por otra parte —continuó Damien—, sabemos que Neferet le ha dado la espalda a Nyx, lo cual significa también que ella se ha perdido a sí misma o ha perdido su humanidad. Así que podría estar refiriéndose a Neferet.

—¡*Puaj!* —exclamó Erin.

—Lo que sí que está claro es que ha perdido la cabeza —dijo Shaunee.

—En realidad, ¿no tendría mucho más sentido que estuviera hablando de ese chico nuevo no muerto? —sugirió Erik, pronunciando las palabras despacio.

—Puede que hayas dado en el clavo —dijo Damien. Casi vi los engranajes de su mente funcionando—. Eso del «Corte profundo ahora/ como yo» podría referirse metafóricamente a su muerte. Sin duda la herida de Zoey es una amenaza de muerte, y los dos se ven arrastrados a la Casa de la Noche a causa de la sangre.

—Y él ha perdido su humanidad. Igual que el resto de los iniciados rojos —dijo Aphrodite.

—¡Eh, no sé de qué estáis hablando, pero tengo humanidad para dar y tomar! —dijo Kramisha, claramente ofendida.

—Pero no la tenías nada más revivir, ¿no? —le preguntó Damien.

Su voz había sonado tan profesional y clínica, que esa vez Kramisha ni se inmutó.

—No. En eso tienes razón. Al principio no tenía ni idea de quién era. Ninguno de nosotros teníamos ni idea.

—Me parece que esa es una buena interpretación del significado del segundo poema —dijo Damien—. Y ahora que tenemos a Kramisha a nuestro lado, su don para la poesía puede aportarnos una visión sobre el futuro. El primer poema... no sé. Lo pensaré. Necesitaríamos tiempo para intercambiar ideas entre todos acerca de los posibles significados, tiempo del que no disponemos ahora, claro. Pero de todos modos, no importa. A pesar de todo, deberíamos de valorar el don de Kramisha.

—¡Eh, tranquilo! —dijo Kramisha—. Forma parte de mi trabajo como poetisa laureada.

—¿Como qué? —preguntó Aphrodite.

Kramisha clavó la mirada en Aphrodite.

—Zoey me ha nombrado la nueva poetisa laureada.

Aphrodite abrió la boca, pero me adelanté y evité que hablara:

—En realidad, creo que este es un buen momento para que el Consejo de prefectos haga una votación rápida sobre si Kramisha debe o no ser nombrada nueva poetisa laureada —dije, mirando a Damien—. ¿Cuál es tu voto?

—Sí, sin duda —dijo Damien.

—Yo también digo que sí —afirmó Shaunee.

—Lo mismo digo. Estamos a favor de una poetisa laureada mujer —dijo Erin.

—Yo ya le di mi voto —dijo Erik.

Todos miramos a Aphrodite.

—Sí, sí, lo que vosotros digáis —accedió ella.

—Y yo estoy convencida de que Stevie Rae votará también que sí —dije entonces—. Así que, ¡ya es oficial!

Todos sonreímos en dirección a Kramisha, que parecía encantada consigo misma.

—Vale, así que, en resumen —continuó Damien—, estamos convencidos de que Kramisha, en el primer poema, está esbozando en líneas generales el modo de forzar a Kalona a huir, aunque en realidad no terminamos de comprender los detalles del poema. En el segundo se pregunta si la vuelta de Zoey a la Casa de la Noche podría salvar de algún modo a Stark.

—Sí, eso parece. —Le tendí las hojas de papel a Aphrodite—. ¿Te importaría meterlas en mi bolso, por favor? Ojalá trajeran más instrucciones.

Aphrodite dobló cuidadosamente las hojas y las metió en mi precioso bolsito.

—Creo que deberías comenzar por prestarle una atención especial a Stark —sugirió Damien.

—O, al menos, tener mucho cuidado con él —dijo Erik—. El poema menciona un corte, pero ahora mismo eso es algo más que una metáfora poética.

Escuché mientras Damien se mostraba en parte de acuerdo con él, pero aparté la vista de la penetrante mirada de Erik para mirar a Heath directamente a los tristes ojos marrones.

—Espera un momento. Stark es un chico, ¿no? —preguntó Heath.

Al ver que yo no respondía, él dio un largo sorbo de la botella de vino.

—Bueno, sí, Heath —dijo al fin Jack, sentándose junto a Heath en la cama, con aspecto de preocupación—. Stark es un iniciado que, me figuro yo, se hizo amigo de Zoey antes de morir y luego no morir. Era un chico nuevo en la escuela, así que ninguno de nosotros llegó a conocerlo bien.

—Pero tú sí sabes cosas de él que no sabe nadie más. Como, por ejemplo, que su don de Nyx era que jamás erraba ningún blanco al que apuntara, ¿no? —preguntó Damien.

—Sí. Yo sabía cosas de él que nadie más sabía, excepto Neferet y los profesores —confirmé.

No quería ver cómo Heath se bebía la botella de vino entera, pero también quería evitar la penetrante mirada de Erik.

—Pues yo no sabía nada de ese don, y soy profesor —dijo entonces Erik.

Cerré los ojos y apoyé pesadamente la cabeza sobre la almohada.

—Entonces puede que fuera una información que Neferet prefiriera guardarse para ella sola —contesté cautamente.

—Si eso es así, ¿por qué diablos iba él a contarte algo tan secreto? —preguntó Erik.

Molesta por el tono de voz de Erik, que parecía como si estuviera interrogándome, me callé. No me costó ningún trabajo recordar, con los párpados cerrados, la imagen de la bonita e impertinente media sonrisa de Stark, lo que había sentido al conectar de una manera natural con él, e incluso la sensación al besarme antes de morir.

—Bueno, vamos a ver... una primera suposición, no tan descabellada, podría ser que Stark le contó a Z lo de su don porque ella es la iniciada más guay de toda la escuela, y quería que ella supiera de qué iba él —dijo Aphrodite, interrumpiendo el interrogatorio—. Pero ¿es que no os dais cuenta de que estáis acabando con su paciencia, con tantas preguntas?

Mientras todos mis amigos musitaban una disculpa (bueno, todos menos mi «consorte» y mi posible «pareja»), mantuve los ojos cerrados y me pregunté si realmente deseaba que se solucionaran las cosas porque, según parecía, me encontraba una vez más en una «situación» en la que estaban implicados tres tíos. Y eso sin contar a Kalona.

¡Vaya, demonios...!



Por suerte, la llegada de Stevie Rae acabó con las especulaciones acerca de Stark.

—Vale, vengo a decirle a Erik que lleve a Zoey arriba. El resto permaneced unidos. Darius está fuera, en el aparcamiento —dijo Stevie Rae.

—Pero no cabemos todos en la furgoneta de Heath —dije, esforzándome por abrir los pesados párpados.

—Ni falta que hace. Hemos encontrado otra cosa que va a funcionar mucho mejor —dijo Stevie Rae. Antes de que pudiera seguir haciendo preguntas, ella se apresuró a añadir—: Darius también ha dicho que Z debería de morder a Heath rápidamente una vez más antes de salir. Dice que a estas alturas debes de estar ya muy débil.

—No importa. Estoy bien. Vámonos —dije a toda prisa.

Sí, me sentía como una completa mierda. No, no quería volver a morder a Heath. Bueno, no es que no quisiera. Lo que quiero decir es que creía que no debía, sobre todo después de que él se enfadara conmigo instantes antes.

—Hazlo —dijo Heath.

De pronto él estaba ahí, a mi lado, sujetando aún la botella de vino con la mano. Ni siquiera me miró. En lugar de ello miraba fijamente a Erik.

—Vamos, córtame —le dijo, alargando el brazo hacia él.

—Será un placer —dijo Erik.

—No. A mí no me parece bien —insistí con mi protesta.

Con un movimiento rápido y deslumbrante, Erik le hizo un corte en el antebrazo a Heath y el perfume de su sangre me invadió. Cerré los ojos para evitar la punzada de deseo y necesidad que me gobernaba cada vez que inhalaba. Sentí que me empujaban suavemente, y luego que el fuerte y cálido muslo de Heath volvía a ser mi almohada. Él me envolvió con el brazo de modo que el corte quedara justo debajo de mi nariz. Abrí los ojos y, haciendo caso omiso del anhelo que poseía todo mi cuerpo, alcé la vista hacia Heath. Él miraba en la distancia, hacia otro lado.

—Heath —lo llamé—, no puedo tomar nada que tú no estés dispuesto a darme.

Él bajó la vista hacia mí y yo vi miles de sentimientos cruzar su expresivo rostro, pero de entre todos ellos el que más destacaba era una terrible tristeza. Con una voz que sonó casi tan agotada como me sentía yo, él contestó:

—No hay nada que no esté dispuesto a darte, Zo. ¿Cuándo vas a comprenderlo? Solo espero que me dejes conservar algo de mi orgullo.

Sus palabras me rompieron el corazón.

—Yo te quiero, Heath. Tú lo sabes.

Su expresión se suavizó hasta esbozar una débil sonrisa.

—Es bueno oírtelo decir —dijo él. Entonces desvió la vista hacia Erik—. ¿Has oído eso, vampiro? Ella me quiere. Y para que te enteres, da igual lo grande o lo malo que te creas que eres, porque jamás podrás hacer esto por ella.

Heath alzó la mano en la que Erik le había hecho el corte por el que sangraba y lo presionó contra mis labios.

—Sí, ya veo lo que puedes hacer por ella. Y puede que tenga que soportarlo, pero no tengo ninguna necesidad de que me lo restriegues por la cara —contestó Erik, que apartó la cortina y se marchó muy enfadado del dormitorio.

—No pienses en él —me dijo Heath en voz baja, acariciándome el pelo—. Tú solo bebe y piensa en ponerte bien.

Aparté la vista del umbral de la puerta y contemplé la dulce mirada de Heath, y con un suave gemido cedí a la necesidad que rugía dentro de mí. Bebí de él, succioné la energía y la vida, la pasión y el deseo al mismo tiempo que su sangre. Cerré de nuevo los ojos, en esa ocasión debido a la intensidad del placer que me procuraba beber la sangre de Heath. Oí el gemido de Heath como un eco del mío y sentí cómo se acurrucaba contra mí, presionándose fuertemente contra mis labios y susurrándome cosas bonitas que no llegué a comprender del todo.

Para cuando alguien tiró del brazo de Heath, la cabeza ya me daba vueltas. Me sentía más fuerte a pesar de que me dolía el pecho como si alguien hubiera encendido una hoguera encima de mí. Pero también estaba mareada y sentía un extraño deseo de reír.

—¡Eh!, no tiene buen aspecto —dijo Kramisha.

—Pero me siento mejor. ¿O se dice mejorada? ¿Cómo se dice, Damien Shamien? —pregunté.

Hice una pausa y comencé a reír sofocadamente, cosa que me produjo un fuerte dolor en el pecho, así que apreté los labios para obligarme a parar.

—¿Qué le pasa? —preguntó Jack.

—Desde luego le pasa algo raro —afirmó Damien.

—Yo sé lo que la pasa —afirmó Stevie Rae—. Está borracha.

—¡Nooooo! ¡Pero si a mí no me gusta beber! —exclamé yo, soltando entonces un suave eructo—. ¡Huy!

—El novio está borracho. Y acaba de beber del novio —dijo Shaunee.

—Así que Z también está borracha —concluyó Erin.

Entre Erin y Shaunee sostuvieron a Heath, que se tambaleaba, y lo llevaron de vuelta a la cama.

—¡Eh!, que yo no estoy borracho. Todavía —dijo Heath.

En ese momento se derrumbó sobre la cama.

—No sabía que los vampiros pudieran emborracharse con la sangre humana —comentó Aphrodite—. Es realmente interesante.

Aphrodite me pasó mi bolso mientras me observaba como si yo fuera un espécimen raro de laboratorio al que analizar por el microscopio.

—No te parecería tan interesante si te hubieras comido a un borrachín y luego tuvieras resaca y te pasaras varios días eructando vino barato —comentó Stevie Rae—. Solo tengo una palabra para describirlo: repugnante.

Aphrodite, las gemelas, Damien, Jack y yo nos quedamos mirándola. Por fin yo fui capaz de decir:

—Stevie Rae, por favor, no te comas a más gente. Resulta realmente de... desagradable.

—Desde luego más borrachines no va a comerse. El último estaba malo de verdad —dijo Kramisha.

—¡Kramisha! ¡No asustes a Zoey así! Nadie va a comerse ya nunca más a nadie. Solo estaba poniendo ese ejemplo de hace muchísimo tiempo para que sepáis por qué sé que si Heath estaba borracho, entonces Zoey tenía que emborracharse —explicó Stevie Rae, dándome golpecitos en el brazo—. Así que no te preocupes, ¿vale? Aquí estamos bien, y la gente de la calle también está segura. No te preocupes por nosotros. Tú solo ponte bien.

—Ah, vale —contesté, poniendo los ojos en blanco—. Yo ya no voy a preocuparme por nada de nada.

—¡Eh!, tienes mi promesa. Nada de comernos a nadie mientras estés fuera —dijo Stevie Rae con aire solemne, fingiendo que se dibujaba una cruz sobre el corazón—. Lo juro, y que me muera si miento.

¡«Que me muera si miento»! ¡Demonios!, de verdad esperaba que nadie tuviera que morir. Y así, sin más, de pronto pude pensar a pesar de la niebla de vino que empapaba mi cerebro, y supe qué hacer. Le dirigí a propósito una sonrisa achispada a Aphrodite y le dije:

—¡Eh, Afro! ¿Por qué no salís fuera con Darius un momento, chicos? Tengo que darle a Stevie Rae un número de teléfono, pero enseguida estoy con vosotros.

—Bien, nos vemos fuera. Y no vuelvas a llamarme Afro nunca más.

Enfurrñada, Aphrodite guió a las gemelas, a Damien, a Jack y a todo el grupo de molestos gatos fuera del dormitorio.

Nada más marcharse, Erik entró. Se cruzó de brazos, se apoyó contra la pared y me observó. Yo eché mano de mi borrachera como excusa para no hacerle ni caso.

—Eh, ¿quieres, por favor, tratar de concentrarte? ¿Quieres que añada otro número de teléfono a la agenda de mi móvil? —me preguntó Stevie Rae.

—No —negué yo con cabezonería—. Tengo que escribirlo.

—Vale, vale —se apresuró ella a decir, evidentemente, siguiéndome la corriente.

Stevie Rae estaba buscando con qué escribir cuando Kramisha se acercó a ella y le tendió un trozo de papel y una pluma.

—Toma, aquí tienes.

Stevie Rae, que parecía estar tremendamente confusa, sacudió la cabeza y me miró.

—Z, ¿estás segura de que no puedes simplemente decirme el...?

—¡No!

—¡Vale!, vale, no te pongas como una mula —dijo Stevie Rae, poniéndome el papel y la pluma en las manos.

Sentí como Erik, que se había acercado más a la mesa donde yo estaba tendida, me observaba.

—¡No asomes la cabeza a ver qué escribo!

—¡Bueno, está bien! —exclamó él, que alzó las manos en un gesto de rendición y se alejó hasta donde estaba Kramisha.

Oí que los dos hablaban sobre lo tonta y lo ridícula que me ponía cuando estaba borracha.

Me costaba concentrarme por culpa del absurdo zumbido que me había pasado Heath, pero el dolor que me producía cualquier movimiento de las manos me ayudaba a sentirme un poco más sobria. Escribí el número de teléfono del móvil de la hermana Mary Angela y, después, debajo, me apresuré a anotar: «Plan B: estate preparada para llevarte a todo el mundo al convento, pero no se lo digas a nadie. Que nadie lo sepa = Que Neferet no sepa dónde estáis».

—Vale, de acuerdo.

Stevie Rae trató de quitarme el papel de las manos, pero, al ver que no lo soltaba, me miró con cierta desesperación. La miré a los ojos y, tratando de parecer lo más sobria y sensata que pude, le susurré:

—Si te digo que os vayáis, os vais.

Ella bajó la vista hacia la nota que había escrito, y vi que abría mucho los ojos. A toda prisa levantó los ojos de nuevo hacia mí y asintió casi imperceptiblemente. Aliviada, cerré los ojos y me dejé llevar por el mareo.

—¿Habéis terminado con la nota secreta del número de teléfono? —preguntó Erik.

—Sí —contestó Stevie Rae, de broma—. En cuanto lo anote en mi móvil y destruya la prueba.

—O puede que la prueba se autodestruya —dijo Heath desde la cama, articulando mal las palabras.

Abrí los ojos, lo miré y lo llamé:

—¡Eh!

—¿Qué?

—Gracias otra vez.

—No ha sido nada —contestó, encogiéndose de hombros.

—Sí, sí lo ha sido. Ten cuidado, ¿vale?

—¿De verdad importa?

—Sí, importa. Pero la próxima vez me gustaría sinceramente que no bebieras — contesté, eructando nuevamente y poniéndome seria al sentir el dolor que me producía el movimiento en el pecho.

—Trataré de recordarlo. —E inmediatamente se llevó la botella de vino a los labios.

Suspiré, le pedí a Stevie Rae que me sacara de allí, cerré los ojos y me aferré al bolso y a los dos poemas indescifrables.

—Eso es cosa tuya, Erik —dijo Stevie Rae.

De pronto Erik estaba a mi lado.

—Esto te va a doler y lo siento, pero tienes que volver a la Casa de la Noche.

—Lo sé. Por eso voy a cerrar los ojos y a intentar fingir que estoy en otra parte, ¿vale?

—Me parece una buena idea —contestó Erik.

—Yo estaré aquí mismo contigo, Z —dijo Stevie Rae.

—No, quédate con Heath —me apresuré a decir—. Como permitas que alguien se lo coma, me voy a cabrear de verdad. Y lo digo en serio.

—Estoy aquí —dijo Kramisha—, y te he oído. Pero no voy a comerme a tu novio. Ya no está rico.

—¡Eso no es lo que ha dicho Zo! —exclamó Heath, pronunciando mal las palabras y alzando la botella casi vacía como si fuera a brindar por nosotros.

No les hice caso a ninguno de los dos, sino que mantuve la vista fija sobre Stevie Rae.

—Tranquila, Heath estará bien. Yo me ocuparé de él —dijo Stevie Rae, que me abrazó y me dio un beso en la mejilla—. Cuídate.

—Acuérdate de lo que te he escrito —le susurré.

Ella asintió.

—Bien, vamos —le dije a Erik.

Inmediatamente cerré los ojos. Erik me levantó de la mesa con todo el cuidado que pudo, pero el dolor que se extendió por mi cuerpo fue tan horrible, que ni siquiera pude gritar. Mantuve los ojos cerrados y traté de respirar rápida y superficialmente mientras Erik corría por el túnel, cargando conmigo en brazos y murmurando que todo saldría bien... que pronto llegaríamos...

Al llegar a la escalera de hierro que daba al sótano, Erik me dijo que aquello me iba a doler endiabladamente, pero que tenía que aguantar y que casi habíamos llegado. Entonces pasó todo el peso de mi cuerpo al otro brazo y me alzó en dirección a Darius, que esperaba en lo alto de la escalera para agarrarme.

Fue entonces cuando me desmayé.

Por desgracia, recuperé la conciencia cuando la lluvia helada y el gélido viento me abofetearon la cara.

—¡Chsss!, no luches. Solo conseguirás que sea aún peor —dijo Darius, que me sostenía en sus brazos.

Erik caminaba a su lado y me observaba con una expresión de preocupación en el rostro. Nos dirigíamos hacia un inmenso Hummer negro aparcado en el aparcamiento. Jack estaba de pie junto a la puerta abierta del enorme asiento trasero. Vi a Aphrodite sentada en el asiento del copiloto y a las gemelas, junto con un montón de gatos, en la parte de más atrás. Damien estaba sentado junto a la puerta abierta.

—Vete para allá y ayúdame a tumbarla aquí.

No sé cómo consiguieron tumbarme en el asiento trasero del Hummer, apoyando mi cabeza sobre el regazo de Damien. Desgraciadamente, no me desmayé. Antes de que Darius cerrara la puerta, Erik me apretó el tobillo.

—Tienes que ponerte bien, ¿de acuerdo? —dijo Erik.

—Vale —contesté con voz débil.

Darius cerró la puerta, se subió al asiento del conductor y arrancó. Conscientemente tomé la decisión de evitar pensar en el tema de Heath/Erik hasta que mi vida se hubiera sosegado y pudiera enfrentarme a los dos. Admito que en aquel momento me alejé de ambos con una sensación de culpable alivio.

La mayor parte del trayecto de vuelta a la Casa de la Noche lo hicimos a oscuras y en silencio; tan a oscuras y tan en silencio como se encontraba toda la ciudad de Tulsa. Darius tuvo que luchar por mantener firme el Hummer sobre las láminas de hielo que simulaban ser calles, y Aphrodite solo hizo un comentario o dos sobre una rama de un árbol caída o sobre dónde debíamos torcer. Damien, tenso y mudo, me sujetaba sobre su regazo, y las gemelas, para variar, no charlaban la una con la otra. Cerré los ojos para tratar de controlar el mareo y el dolor. Entonces sentí un perturbador y ya familiar entumecimiento comenzar a invadirme lentamente otra vez. Pero esa vez ya sabía que ese entumecimiento era el disfraz de la muerte. Me esforcé por inhalar profundamente, aunque eso me produjera un dolor que irradiaba por todo mi cuerpo.

El dolor era bueno. Si me dolía, eso quería decir que no estaba muerta.

Abrí los ojos y me aclaré la garganta; me esforcé por hablar. El mareo de la borrachera se me había pasado, y lo único que sentía era un terrible agotamiento, como si el dolor me estuviera consumiendo.

—Tenemos que recordar dónde estamos entrando. No es la Casa de la Noche de siempre. No es nuestro hogar —dije. Conseguí hacerme oír, pero mi voz ronca parecía la de una extraña—. Además de mantener cerca a nuestros elementos, creo que lo más inteligente que podemos hacer es tratar de decir siempre la verdad en la

medida de lo posible, siempre que nos pregunten cualquier cosa.

—Es lógico —dijo Damien—. Si notan que estamos diciendo la verdad, es menos probable que intenten introducirse en nuestras mentes.

—Sobre todo si esas mentes están protegidas por los elementos —dijo Erin.

—Podemos dejarlos perfectamente perplejos con nuestra supuesta ignorancia, y así Neferet volverá a subestimarnos otra vez —dijo Shaunee.

—Entonces la razón por la que volvemos es el mensaje de texto que ha enviado la escuela a todos los iniciados para que vuelvan —dijo Damien—. Y porque Zoey está herida.

Aphrodite asintió y añadió:

—Sí, y la única razón por la que nos fuimos es porque estábamos asustados.

—Que es la pura verdad —dijo Erin.

—Absolutamente —convino Shaunee.

—Pero recordad: decid la verdad siempre que sea posible y manteneos alerta —dije.

—Nuestra alta sacerdotisa tiene razón. Estamos entrando en el campo del enemigo, y no podemos permitirnos el lujo de olvidarlo por el hecho de que todo a nuestro alrededor nos resulte familiar —dijo Darius.

—No creo que nos sintamos muy tentados a olvidarlo —comentó Aphrodite, pronunciando las palabras despacio.

—¿A qué tipo de sentimiento te refieres? —le pregunté.

—Creo que todo nuestro mundo ha cambiado —contestó Aphrodite—. No, no lo creo, sé que ha cambiado. Cuanto más nos acercamos a la escuela, más mal percibo. —Aphrodite se giró hacia mí y me miró por encima del asiento—. ¿Es que tú no lo percibes?

Meneé la cabeza muy suavemente.

—No siento nada más que el corte del pecho.

—Yo sí lo siento —dijo Damien—. Es como si todo el vello de la nuca se me hubiera puesto de punta.

—Lo mismo digo —dijo Shaunee.

—Pues a mí me dan ganas de vomitar —dijo Erin.

Respiré hondo de nuevo y parpadeé fuerte: quería concentrarme en permanecer consciente.

—Es Nyx. Ella os está advirtiendo con esas sensaciones. ¿Os acordáis del efecto que tuvo Kalona en los otros iniciados?

Aphrodite asintió y estuvo de acuerdo conmigo:

—Zoey tiene razón. Nyx nos hace sentir fatal para que no cedamos ante ese tipo. Tenemos que luchar contra él, sea lo que sea lo que tenga para atraer al resto de iniciados.

—No podemos dejarnos arrastrar al lado oscuro —dijo Damien, muy serio.

Darius cruzó la intersección entre la calle Utica y la Veintiuna.

—Es realmente espeluznante que la plaza de Utica esté tan oscura —comentó Erin.

—Espeluznante y horrible. Da la sensación de que algo está mal —dijo Shaunee.

—No hay luz en ninguna parte —dijo entonces Darius—. Ni siquiera en el hospital de St. John, que debe de estar funcionando apenas con generadores.

Darius siguió por Utica, y vi a Damien quedarse boquiabierto.

—Es un misterio, pero es el único lugar de todo Tulsa que tiene luz.

Supe que estaba hablado de la Casa de la Noche, que por fin se veía desde allí.

—Levántame. Tengo que verlo —le dije a Damien.

Damien me alzó lo más suavemente que pudo, pero aun así tuve que apretar los dientes para no gritar. Y entonces la extraña visión de la Casa de la Noche me hizo olvidar por un momento el dolor. Resplandecía con la luz de las lámparas de aceite, que iluminaban el edificio en forma de castillo. El hielo lo cubría todo, capturando el reflejo de las llamas sobre la pulida piedra y haciendo que todo él pareciera una joya con múltiples facetas. Darius se metió la mano en el bolsillo y sacó un aparato de control remoto. Apuntó hacia las puertas de hierro forjado de la escuela y apretó el botón, y con un sonido chirriante las puertas se abrieron, derramando trozos de hielo sobre el camino.

—Parece uno de esos castillos espantosos de los cuentos, en los que todo está bajo el control de un hechizo y un manto de hielo —comentó Aphrodite—. Y dentro, la princesa ha sido envenenada por la bruja maligna y está esperando a ser rescatada por un guapo príncipe.

Me quedé mirando mi casa, que en ese momento no era para mí más que un lugar extraño, aunque un tanto familiar, y dije:

—Pues no olvidemos que siempre hay un terrible dragón custodiando a la princesa.

—Sí, o algo horrible, como un Balrog —sugirió Damien—. Como en *El señor de los anillos*.

—Me temo que la referencia a tu demonio en este caso es más exacta de lo que desearíamos —dijo Darius.

—¿Qué es eso? —pregunté.

Era incapaz de señalar, así que ladeé la barbilla hacia delante y a la izquierda de nosotros.

Pero no habría hecho falta que hiciera gesto alguno. En cuestión de segundos, resultó evidente qué era lo que se había movido, porque el Hummer fue rodeado de inmediato. En el tiempo que se tarda en parpadear, la oscuridad de la noche cambió por encima de nosotros y los cuervos del escarnio cayeron del cielo y se amontonaron

a nuestro alrededor. Entonces, detrás de ellos, surgió un enorme guerrero marcado al que yo no reconocí, y que dio un paso para meterse en medio, con expresión seria y peligrosa.

—Ese debía de ser uno de mis hermanos, un Hijo de Érebo, que ahora está del lado de nuestros enemigos —contestó Darius en voz baja.

—Lo cual hace de los Hijos de Érebo nuestros enemigos —dije.

—Sacerdotisa, al menos en lo que respecta a ese guerrero en concreto, lamento tener que estar de acuerdo contigo —contestó Darius.



Darius fue el primero en salir del vehículo. Mantuvo la expresión inmutable e inexpresiva propia de una persona fuerte y segura de sí, pero también por completo indescifrable. No hizo caso a los cuervos del escarnio, que lo miraban con sus terribles ojos, sino que se dirigió directamente hacia el guerrero que estaba en el centro del grupo.

—Saludos, Aristos —dijo Darius. Cerró el puño y se lo llevó al pecho a modo de saludo, pero me di cuenta de que no inclinaba la cabeza—. Traigo a unos cuantos iniciados conmigo, incluyendo a una joven sacerdotisa que está gravemente herida y que necesita atención médica inmediata.

Antes de que Aristos pudiera responder, el más grande de los cuervos del escarnio ladeó la cabeza a un lado y preguntó:

—¿Cuál es la sacerdotisa que vuelve a la Casa de la Noche?

A pesar de estar dentro del coche, me eché a temblar al oír la voz de aquella criatura. Sonaba más humana que la voz del cuervo que me había atacado, pero por eso mismo producía más terror.

Lenta y deliberadamente, Darius giró la cabeza hacia la horrible criatura que no era ni un pájaro ni un hombre, sino una mezcla de los dos.

—Criatura, no te conozco.

El cuervo del escarnio entrecerró los ojos rojos sin apartarlos un instante de Darius y contestó:

—Hijo de hombre, puedes llamarme Rephaim.

Darius ni siquiera parpadeó.

—Sigo sin conocerte.

—Ya me conocerás —silbó Rephaim, que abrió el pico de modo que yo pude ver sus fauces.

Darius siguió haciendo caso omiso de la criatura y se dirigió de nuevo a Aristos.

—Tengo a una sacerdotisa que ha sido seriamente herida y a varios iniciados que necesitan descansar. ¿Nos vas a permitir pasar?

—¿Es Zoey Redbird? ¿La traes contigo? —preguntó Aristos.

Todos y cada uno de los cuervos del escarnio reaccionaron al oír mi nombre. Desviaron la vista sobre Darius y se volvieron hacia el Hummer. Agitaron las alas y retorcieron los anormales miembros con energía contenida, y se quedaron mirando. Jamás me había alegrado tanto en mi vida de que un coche tuviera los cristales tintados.

—Lo es —respondió Darius de inmediato—. ¿Vas a dejarnos pasar?

—Por supuesto —dijo Aristos—. Se ha ordenado a todos los iniciados que regresen al campus —añadió Aristos, haciendo un gesto hacia los distintos edificios de la escuela.

Ese movimiento me permitió ver por un instante un lado de su cuello a la luz de la farola más próxima, y entonces advertí que tenía una fina línea roja todo a lo largo, como si se hubiera hecho recientemente una herida.

Darius asintió tenso.

—Llevaré a la sacerdotisa a la enfermería. No puede caminar.

Darius había hecho ademán de volver al vehículo cuando Rephaim le preguntó:

—¿Está la roja contigo?

Darius lo miró y contestó tranquilamente:

—No sé a qué te refieres con eso de «la roja».

En cuestión de un instante Rephaim extendió sus gigantescas alas y se subió al capó del Hummer. El crujido que produjo el metal al abollarse bajo su peso quedó ahogado por el siseo colectivo del montón de nerviosos gatos. Rephaim se quedó ahí de pie, con las manos medio humanas apretadas formando garras, acechando a Darius.

—¡No me mientasssss, hijo de hombre! ¡Sssabesss que esstoy hablando de la vampira roja!

Cuanto más se enfadaba la criatura, menos humana sonaba su voz.

—Preparaos para invocar a vuestros elementos —dije, tratando de olvidarme del dolor y hablando con toda la claridad y la calma de que era capaz, a pesar de que me sentía tan débil que ni siquiera estaba segura de que pudiera invocar al espíritu para Aphrodite, y menos aún ayudar a controlar y dirigir al resto—. Si esa cosa ataca a Darius, le arrojaremos todo lo que tenemos, sacamos de ahí a Darius y nos marchamos de aquí como alma que lleva el diablo.

Pero Darius no pareció perturbarse ni lo más mínimo. Alzó la vista fríamente hacia la criatura y contestó:

—¿Te refieres a la vampira roja y sacerdotisa Stevie Rae?

—¡Ssssssí! —exclamó la criatura con un largo silbido.

—No viene conmigo. Solo traigo iniciados azules. Y la sacerdotisa que viene con ellos necesita primeros auxilios, como ya te he dicho —continuó diciendo Darius, contemplando con calma a la cosa que parecía recién sacada de una pesadilla—. Por última vez, ¿nos permites pasar, o no?

—Passssad, por supuesto —silbó la criatura, que no se bajó del capó del Hummer, sino que se echó hacia atrás de modo que Darius apenas pudo abrir la puerta del conductor.

—Ven por aquí. Ahora —le dijo Darius a Aphrodite, alargando una mano para que ella lo agarrara. Aphrodite se deslizó por el asiento—. Mantente cerca de

nosotros —añadió Darius en un murmullo hacia ella.

Vi a Aphrodite asentir rápidamente con la cabeza. Se mantuvo pegada a Darius, y se movió con él hacia mi puerta. Darius se inclinó y nos miró a todos a los ojos.

—¿Estáis listos? —preguntó en voz baja.

En aquella pregunta había muchas más cosas que esas dos simples palabras.

—Sí —afirmaron al mismo tiempo Damien y las gemelas.

—Lista —dije yo.

—Una vez más, permaneced todos juntos —susurró Darius.

Darius y Damien se las arreglaron para trasladarme dolorosamente en brazos del guerrero. Todos los gatos salieron del vehículo mirando en silencio a los cuervos del escarnio, pero inmediatamente pareció como si se fundieran con las sombras heladas. Respiré aliviada al ver que ninguna de las criaturas se abalanzaba sobre mi *Nala*. Rogué en silencio a Nyx para que todos los gatos estuvieran a salvo. Más que verlos, sentí la presencia de Aphrodite, de Damien y de las gemelas, rodeándonos a Darius y a mí, y después, como si fuéramos un solo ser, nos alejamos del Hummer y nos internamos por los jardines del campus de la escuela.

Los cuervos del escarnio, incluyendo a Rephaim, se lanzaron a volar mientras Aristos nos guiaba por la corta distancia que había hasta el primer edificio del campus: el que alberga las dependencias de los profesores y la enfermería.

Darius atravesó el umbral de la enorme puerta de madera en forma de arco que a mí siempre me había parecido que hubiera debido de ir precedida de un foso, y todos entramos en el edificio principal. Me acordé entonces de que poco más de dos meses antes yo había llegado a ese mismo lugar por primera vez e inconsciente, me habían llevado a la enfermería, en donde me había despertado sin tener ni idea del futuro que me esperaba. Era extraño que en ese momento me encontrara exactamente en la misma situación.

Contemplé los rostros de mis amigos. Todos parecían tranquilos y seguros de sí mismos. Pero como los conocía bien supe reconocer en ellos los síntomas del miedo: la tensa línea de los labios de Aphrodite; los puños apretados a los costados de Damien, ocultando el temblor de las manos; las gemelas caminaban a mi derecha, tan cerca la una de la otra que Shaunee rozaba el hombro de Erin que, a su vez, rozaba el de Darius como si el contacto mutuo pudiera infundirles coraje.

Darius giró por el familiar pasillo y, como me llevaba en brazos, sentí la inmediata tensión de su cuerpo y supe antes de que ella dijera una sola palabra que él acababa de verla. Alcé la cabeza del hombro de Darius con precaución, a pesar de lo que me pesaba, justo a tiempo para ver a Neferet, de pie ante la puerta de la enfermería. Estaba muy bella con un vestido largo y ajustado al cuerpo, hecho de una tela negra iridiscente que brillaba y que reflejaba ciertos tonos de color púrpura oscuro según se moviera. Su cabello castaño tirando a rojizo oscuro caía en

abundancia hasta la cintura, formando brillantes ondas, y sus ojos del color del musgo brillaban de emoción.

—¡Ah!, ¿así que vuelve la hija pródiga? —preguntó con una voz melódica y ligeramente jocosa.

Al instante aparté la vista de ella y susurré desesperadamente, entre dientes:

—¡Vuestros elementos!

Solo durante el instante que dura un latido me preocupó que no me oyeran o que no me comprendieran, porque casi de inmediato sentí el ligero roce de un viento ardiente y olí la lluvia de la primavera. Y aunque Neferet no podía leerle la mente a Aphrodite, yo murmuré:

—¡Espíritu, te necesito!

Sentí el revoloteo en mi interior al responder el elemento en cuestión de un segundo. Antes de que pudiera cambiar de opinión y guardarme egoístamente el espíritu para mí para, de esa forma, revitalizarme y controlarlo, añadí:

—¡Ve con Aphrodite!

Oí a Aphrodite inhalar el elemento y vi cómo la llenaba. Convencida de que mis amigos estaban protegidos, volví de nuevo la atención sobre nuestra corrompida alta sacerdotisa y abrí la boca para hacer un comentario sobre su comparación bíblica, pero entonces, a pocos metros de donde estaba Neferet, se abrió una puerta y él salió.

Darius se detuvo tan bruscamente que pareció como si de pronto no pudiera más.

—¡Oh! —susurró Shaunee.

—¡Mieeeeeerda! —dijo Erin con un largo suspiro.

—¡No lo miréis a los ojos! —oí susurrar a Aphrodite—. Miradlo al pecho.

—Eso no es difícil —contestó Damien en voz baja.

—Manteneos firmes —aconsejó Darius.

El tiempo pareció suspenderse.

Debíamos mantenernos firmes, me repetí. Mantenernos firmes. Pero no me sentía ni firme, ni fuerte. Me sentía agotada, herida y por completo derrotada. Neferet me daba miedo. Era sencillamente perfecta y muy poderosa. Kalona me hacía darme cuenta de mi insignificancia. Los dos juntos me hacían sentirme diminuta, y mi cabeza no dejaba de dar vueltas en una cacofonía de pensamientos. Yo no era más que una cría. ¡Demonios, ni siquiera era un vampiro aún! ¿Cómo podía esperar mantenerme firme frente a aquellos dos seres increíbles? ¿En serio quería luchar contra Kalona? ¿Sabíamos con una certeza al cien por cien que él era el mal? Parpadeé, tratando de aclarar mi borrosa visión, y me quedé mirándolo. Él no tenía en absoluto el aspecto de ser el mal. Kalona llevaba unos pantalones que parecían hechos con la misma piel de ciervo marrón clara de la que se hacen los mocasines. Iba descalzo, y llevaba el torso desnudo. Dicho así suena estúpido: estaba ahí de pie, en medio del pasillo, medio desnudo. Pero en aquel momento no me pareció estúpido

en absoluto. Me pareció lo correcto. ¡Y todo porque él era tan increíble! Su piel no tenía tacha, y lucía ese bronceado dorado que todas las chicas blancas intentan siempre conseguir en las cabinas de bronceado, pero jamás logran. Tenía un abundante pelo negro. Largo pero no ridículo al estilo del famoso modelo italiano Fabio. Lo llevaba un poco desgreñado y con bonitas ondas. Cuanto más lo miraba, más fácil me resultaba imaginar que entrelazaba los dedos por esos cabellos. No presté atención a la advertencia de Aphrodite y lo miré directamente a los ojos, y entonces sentí que me atravesaba una sacudida eléctrica al mismo tiempo que él los abría inmensamente y me reconocía, y esa sacudida pareció acabar con mi ya casi inexistente energía. Me hundí en brazos de Darius; estaba tan débil que apenas pude seguir manteniendo la cabeza erguida.

—¡Está herida! —exclamó Kalona, cuya voz retumbó por todo el pasillo. Hasta Neferet se encogió—. ¿Por qué no la ha atendido nadie?

Oí el repugnante sonido de alas agitándose, y entonces Rephaim salió de la misma habitación por la que acababa de aparecer Kalona. Me eché a temblar al darme cuenta de que el cuervo del escarnio había volado hasta la ventana y había entrado por allí. ¿Acaso no había ningún lugar sobre la superficie de la tierra al cual no pudieran acceder esas horribles cosas?

—Padre, he ordenado al guerrero que lleve a la sacerdotisa a la enfermería para que cuiden de ella correctamente —dijo Rephaim.

Su voz, profundamente antinatural, sonó aún más deforme después de oír la majestuosa voz de Kalona.

—¡Chorradas! —exclamó Aphrodite.

Atónita por completo, me quedé mirando boquiabierta a Aphrodite, que contemplaba al cuervo del escarnio con su mejor expresión de puta desdeñosa. Aphrodite meneó la cabeza para apartarse el abundante cabello rubio y continuó:

—El chico pájaro nos ha tenido de pie bajo la lluvia helada mientras él parloteaba sin parar que si la roja esto, que si la roja aquello. Darius es quien ha traído a Zoey aquí sin su ayuda.

Aphrodite hizo el gesto en el aire de entrecomillar la palabra «ayuda».

Se hizo un completo silencio en el pasillo, y entonces Kalona echó atrás su bella cabeza y rió a carcajadas.

—Había olvidado lo divertidas que pueden llegar a ser las mujeres humanas —comentó Kalona, que le hizo un gracioso gesto con la mano a Darius—. Trae aquí a la sacerdotisa para que pueda ser atendida.

Sentí la tensión del cuerpo de Darius, quien hizo lo que Kalona le ordenaba de mala gana. Mis amigos siguieron a su lado. Llegamos hasta donde estaba Neferet, ante la puerta de la enfermería, al mismo tiempo que Kalona.

—Tu deber termina aquí, guerrero —le dijo Kalona a Darius—. Neferet y yo nos

ocuparemos ahora de ella.

Entonces el ángel caído abrió los brazos como si esperara que Darius me ofreciera a él. Con el movimiento, las alas cubiertas de plumas de cuervo que hasta entonces Kalona había mantenido pegadas a la espalda susurraron y se abrieron a medias.

—Mi deber no ha terminado aún —dijo la voz de Darius, que sonó tan tensa como tenso estaba su cuerpo—. He jurado cuidar de esta joven sacerdotisa, y debo permanecer a su lado.

—Yo también me quedo —dijo Aphrodite.

—Y yo —afirmó Damien, cuya voz sonó débil y trémula, pero cuyos puños, cerrados, vi que seguían a los lados del torso.

—Y nosotras —dijo Erin mientras Shaunee asentía seria.

Entonces fue el turno de Neferet de echarse a reír.

—¿No pensaréis que podéis quedaros todos con Zoey mientras la examino? —preguntó Neferet que, por su tono de voz, ya no parecía tan risueña—. ¡Dejaos ya de ridiculeces! Darius, llévala a la enfermería y déjala sobre la cama. Si insistes, puedes esperarla aquí fuera en el pasillo, aunque, a juzgar por tu aspecto, sería mejor que fueras a comer algo y a refrescarte. Después de todo, me has traído a Zoey de vuelta a casa y ella ya está a salvo, así que tu tarea ha terminado. El resto de vosotros, volved a vuestros dormitorios. Puede que la parte humana de la ciudad haya quedado paralizada por la tormenta, pero nosotros no somos humanos. La vida sigue para nosotros, y eso significa que la escuela sigue funcionando.

Neferet hizo una pausa y miró a Aphrodite con tal odio que su rostro se retorció y se convirtió en algo duro y helado, y no quedó en él ni el más diminuto vestigio de belleza.

—Aunque tú ahora eres humana, ¿no, Aphrodite?

—Lo soy —dijo Aphrodite con el rostro pálido, pero alzando la barbilla y sosteniendo la frígida mirada de Neferet.

—¡Entonces a la calle! —continuó Neferet con un vago movimiento, como si quisiera apartarla lejos de nosotros.

—No, ella se queda —afirmé.

Al concentrarme en Neferet había roto el hechizo que Kalona ejercía sobre mí desde el momento en el que lo había mirado a los ojos. Apenas reconocí mi propia voz. Sonó como el susurro de una mujer débil y anciana, pero Neferet no tuvo ningún problema para oírme, y desvió la vista hacia mí.

—Aphrodite sigue teniendo visiones de Nyx. Su lugar es este —conseguí añadir, a pesar de que tuve que parpadear rápidamente porque veía manchas grises que me nublaban la vista.

—¿Visiones? —repitió la grave voz de Kalona, cortando el aire entre Neferet y yo. En esa ocasión me negué a mirarlo, a pesar de que él estaba cerca, y sentí el

extraño frío que provenía de su cuerpo—. ¿Qué tipo de visiones?

—Advertencias de peligros futuros —contestó Aphrodite.

—Interesante —dijo Kalona, alargando la palabra—. Neferet, mi reina, no me habías dicho nada de que tuvieras a una profetisa en la Casa de la Noche —añadió. Antes de que Neferet pudiera contestar, él continuó—: Excelente, de lo más excelente. Una profetisa puede ser muy útil.

—Pero ella no es una iniciada ni es tampoco un vampiro, así que no pertenece a la Casa de la Noche. Por eso debe marcharse.

La voz de Neferet adquirió entonces un extraño matiz que al principio no supe reconocer, pero que después, cuanto más parpadeaba y más iba aclarando mi visión, me permitió observar su lenguaje corporal, y por fin llegué a comprender: Neferet estaba prácticamente colgando de Kalona y de cada una de sus palabras, y, tal y como adiviné con gran desconcierto, estaba haciendo pucheros.

Entonces, hipnotizada, observé cómo Kalona alargaba una mano y acariciaba la mejilla de Neferet, deslizaba la palma de la mano a lo largo de la curva del suave cuello de ella, continuaba por el hombro y desaparecía de mi vista por fin a lo largo de la espalda. Neferet se estremeció con la caricia y sus pupilas se dilataron como si eso la excitara.

—Mi reina, una profetisa puede sernos de utilidad sin ninguna duda —dijo él.

Neferet asintió sin dejar de mirarlo.

—Te quedas, pequeña profetisa —le dijo Kalona a Aphrodite.

—Sí —contestó Aphrodite con firmeza—. Me quedo con Zoey.

Vale, admitiré con toda libertad que Aphrodite me sorprendió por completo. Quiero decir que sí, que yo estaba seriamente herida y casi con toda seguridad sufría un fuerte choque, así que puedo echarle la culpa a mi alterado estado, tanto físico como mental, y suponer que en parte el extraño efecto hipnótico que el ángel caído ejercía sobre mí se debía a que en realidad me estaba muriendo. Pero era evidente que todos los demás también se veían afectados en cierto grado por Kalona. Todos, excepto Aphrodite. Ella parecía la hija de puta normal y corriente de siempre. Yo, simplemente, no lo comprendía.

—Profetisa —la llamó Kalona—, ¿dices que recibes advertencias de futuros desastres?

—Sí —dijo Aphrodite.

—Dime, ¿qué ves que ocurrirá en el futuro si alejamos a Zoey de aquí ahora mismo?

—No he tenido ninguna visión, pero sé que Zoey necesita estar aquí. Está gravemente herida —dijo Aphrodite.

—Entonces deja que te asegure que yo también sé profetizar —dijo Kalona.

Su voz, que al comienzo había sonado tan exquisita y penetrante que yo no había

deseado otra cosa que acurrucarme y quedarme para siempre a escuchar, comenzó a cambiar. Al principio lo noté sutilmente, en el timbre. Kalona continuó hablando con Aphrodite, y sentí que iba encogiéndome de miedo. Su evidente disgusto se reflejaba en la voz, hasta que al final incluso Darius dio un paso atrás.

—Y te doy mi palabra de que si no hacéis lo que os ordeno, esta sacerdotisa no vivirá otra noche. ¡Ahora marchaos!

Las últimas palabras de Kalona hicieron crujir todo mi cuerpo y vacilar mis sentidos, aunque ya antes estaba mareada. Me aferré a los hombros de Darius y le dije a Aphrodite:

—Haced lo que os dice. —Hice una pausa para recuperar el aliento y añadí—: Él tiene razón. No voy a durar mucho si no me ayudan.

—Dame a la sacerdotisa. No voy a pedírtela otra vez más —dijo Kalona, alargando los brazos hacia mí.

Aphrodite vaciló solo un instante, pero enseguida alargó el brazo y me apretó la mano.

—Estaremos aquí en cuanto estés mejor.

Entonces volvió a apretarme la mano y sentí de pronto que el espíritu volvía a entrar en mi cuerpo.

Quise decirle que no, que ella tenía que guardar al elemento, que necesitaba su protección. Pero Aphrodite se había girado hacia Damien y le había hecho un ligero gesto en mi dirección, diciendo:

—Decidle adiós a Zoey, y mandadle vuestros más fuertes deseos para que se ponga bien.

Observé la rápida mirada que Damien le lanzó a Aphrodite, que asintió ligeramente. Entonces él me agarró la mano y me la apretó también, diciendo:

—Ponte bien, Z.

Luego me soltó la mano, y sentí la dulce brisa envolverme.

—Vosotras también, chicas —les dijo Aphrodite a las gemelas.

Shaunee tomó una de mis manos, y Erin la otra.

—Estamos contigo, Z —dijo Erin.

Al girarse ambas, sentí que me dejaban con la calidez del verano y la frescura de la lluvia que todo lo purifica.

—¡Basta de sentimentalismos! Ahora yo me haré cargo de ella.

Antes de que pudiera dar un último respiro, Kalona me recogió de brazos de Darius. Apretada contra su torso desnudo, cerré los ojos y traté de aferrarme a la fuerza de los elementos mientras vibraba con la maravillosa y fresca temperatura de su cuerpo.

—Esperaré aquí —le oí decir a Darius.

La puerta se cerró con un escalofriante golpe que sonó definitivo y que apartó a

mis amigos de mí y me dejó a solas con el enemigo: con un ángel caído y la monstruosa criatura pájaro que su legendaria lujuria había creado.

Entonces aconteció algo que solo me había pasado en toda mi vida en dos ocasiones: me desmayé.



Lo primero que sentí al recuperar la conciencia fue que las crujientes sábanas de la cama de la enfermería estaban frías al contacto con mi piel desnuda.

Lo segundo de lo que fui consciente es que debía mantener los ojos cerrados y seguir respirando profundamente. En otras palabras, que debía fingir que seguía desmayada.

Permanecí lo más quieta que pude mientras trataba de hacer un inventario de mi cuerpo. Vale, la larga y asquerosa herida del pecho me dolía considerablemente menos que antes de desmayarme. Exploré con todos mis sentidos, a excepción de la vista, y percibí la presencia del espíritu, el aire, el agua y el fuego. Los elementos no se manifestaban por completo y con todo su magnífico resplandor, sino que permanecían a mi lado, calmándome y fortaleciéndome... y consiguiendo que me preocupara una barbaridad por mis amigos. *¡Volved con los otros!*, les ordené en silencio. Sentí que se marchaban reacios. Todos excepto el espíritu. Quise suspirar y poner los ojos en blanco. Pero en lugar de ello me concentré con más ahínco. *Espíritu, ve con Aphrodite. Quédate con ella.* Sentí la ausencia del poderoso elemento casi al instante. Debí hacer un movimiento involuntario al marcharse el espíritu, porque oí a Neferet hablar desde algún lugar, muy cerca de mis pies.

—Se ha movido. No dudes que recuperará la conciencia enseguida.

Hubo una pausa, y pude oírla moverse; como si estuviera caminando mientras continuaba hablando.

—Sigo diciendo que no deberíamos de haberla curado. Habría sido muy fácil explicar la muerte de Zoey. Estaba casi muerta cuando llegó aquí.

—Si lo que me has dicho es cierto y tiene el dominio de los cinco elementos, es demasiado poderosa como para permitir que muera —contestó Kalona.

Por su voz, él también parecía estar cerca de los pies de mi cama.

—Lo que te he dicho es completamente cierto. Ella controla los cinco elementos.

—Entonces podemos utilizarla. ¿Por qué no incluirla en nuestra nueva visión de futuro? Tenerla como aliada podría persuadir a cualquier miembro del Consejo que no esté dispuesto a sucumbir a mí de inmediato.

¿«Nueva visión de futuro»? ¿«Persuadir al Consejo»? ¿Al Consejo de vampiros? ¡Menuda mierda!

La respuesta de Neferet fue clara y sonó convencida:

—No la necesitamos, amor mío. Nuestro plan será un éxito. Y además deberías saber que, de todos modos, Zoey jamás utilizará su poder a nuestro favor. Está locamente encaprichada con la diosa.

—¡Ah!, pero eso puede cambiar —dijo la penetrante voz de Kalona, que era sedosa como el chocolate derretido.

A pesar de que mi mente no dejaba de dar vueltas a propósito de las noticias que estaba oyendo, mi cuerpo estaba hipnotizado por el sonido de su voz. Me sentía bien solo por el hecho de escucharlo.

—Creo recordar a otra sacerdotisa cuyo encaprichamiento con la diosa también tuvo su fin —añadió Kalona.

—Ella es joven y no es lo suficientemente inteligente como para permitir que sus ojos se abran a posibilidades más fascinantes, como se abrieron los míos —dijo Neferet. Sus voces sonaban tan juntas que supe que ella estaba en sus brazos—. Zoey no podrá ser nunca para ti más que otro enemigo. Creo que llegará el día en el que o bien tú, o bien yo, tendremos que matarla.

Kalona rió.

—¡Eres una criatura tan deliciosamente sedienta de sangre! Si la joven sacerdotisa no supone un beneficio para nosotros, entonces por supuesto que dispondremos de su vida como queramos. Hasta entonces, ya veré qué puedo hacer para romper los grilletes que la tienen maniatada.

—No. ¡Quiero que te mantengas alejado de ella! —soltó Neferet.

—Deberías recordar quién es el amo aquí. No permitiré que nadie me gobierne, me ordene o me esclavice nunca más. No soy tu diosa impotente. ¡Lo que doy, lo quito si me place!

La seductora suavidad había desaparecido de la voz de Kalona, sustituida por una terrible frialdad.

—No te enfades —dijo al instante Neferet, arrepentida—. Es solo que no puedo soportar tener que compartirte.

—¡Pues entonces no me disgustes! —gritó él.

Sin embargo la ira iba ya desvaneciéndose de su voz.

—Ven conmigo, vámonos de esta habitación y te prometo que no te disgustaré —dijo Neferet en un tono seductor.

Oí los repugnantes ruidos de sus besos húmedos. Los jadeos y gemidos de Neferet fueron suficientes para atragantarme.

Después de lo que me parecieron demasiados ruidos y en exceso asquerosos y subidos de tono, Kalona por fin dijo:

—Ve a nuestra habitación. Prepárate para mí. Yo te seguiré dentro de un momento.

Casi creí oír el grito de Neferet desde la otra habitación: «¡No, ven conmigo ahora!», pero ella me sorprendió al decir, con esa voz dulce y sedosa:

—Ven pronto, mi ángel oscuro.

Después se oyó el roce de su vestido y el abrir y cerrar de una puerta.

Ella pretendía manipularlo. Me pregunté si Kalona se daba cuenta. Sin duda un ser inmortal conocería los trucos mentales de un vampiro y alta sacerdotisa (bueno, y también los trucos de su cuerpo, ¡*puaj!*). Entonces me acordé de la imagen espectral de Neferet que había visto en el tejado de la estación abandonada. ¿Cómo había hecho eso? Puede que al pasarse al lado oscuro hubiera adquirido poderes diferentes; puede que ella no fuera tan solo una alta sacerdotisa y una vampira caída. ¿Quién podía saber qué significaba realmente ser la reina *tsi sgili*? Aquel nuevo pensamiento me aterró.

Un susurro alrededor de mi cama interrumpió mis horribles y silenciosas especulaciones. Me quedé muy quieta. Me hubiera gustado contener el aliento, pero sabía que debía seguir respirando profunda y regularmente. Juro que sentí los ojos de Kalona fijos en mí, y me alegré increíblemente de que la sábana tapara púdicamente mis pechos y se ajustara alrededor de mi silueta.

Sentí un frío ya familiar para mí, procedente de su cuerpo. Kalona debía estar muy cerca de mí. Probablemente lo tenía ahí de pie, justo al lado de mi cama. Oí el amenazador ruido de plumas, y me lo imaginé extendiendo sus preciosas alas negras. Puede que estuviera preparándose para tirar de mí, tomarme en sus brazos y envolverme con las alas, exactamente igual que había hecho en sueños.

Y así era. No pude seguir manteniendo los ojos cerrados, por mucho que el instinto siguiera gritándome que lo hiciera. Convencida de que lo que iba a ver era su rostro indescriptiblemente perfecto, abrí los ojos y me topé de lleno con los rasgos mutantes de Rephaim. El cuervo del escarnio estaba inclinado sobre mí, con su terrible rostro de hombre pájaro a solo unos centímetros del mío. Tenía el pico abierto y sacaba la lengua en mi dirección.

Mi reacción fue automática e inmediata, y entonces ocurrieron unas cuantas cosas al mismo tiempo. Chillé con el grito femenino más penetrante que pude, me aferré a la sábana, la pegué contra mi pecho y me revolví hacia atrás tan deprisa, que me di contra el cabecero de la cama. Al hacerlo, el asqueroso cuervo del escarnio se puso a silbar y a extender las alas con aspecto amenazador, como si fuera a abalanzarse sobre mí, y entonces la puerta se abrió. Darius entró corriendo en la habitación, vio a la criatura malévola suspendida sobre mí y, con un solo movimiento tan gracioso como letal, sacó un cuchillo de la cartuchera de su chaqueta de piel y se lo arrojó. La cuchilla se le clavó a Rephaim en lo alto del pecho. La criatura chilló y se tambaleó hacia atrás, aferrado a la perla incrustada en la empuñadura del cuchillo.

—¡Te has atrevido a atacar a mi hijo!

En dos zancadas Kalona alcanzó a Darius. Con la fuerza de un dios, agarró al guerrero del cuello y lo levantó del suelo. Kalona era tan alto y sus brazos tan largos y musculosos, que era capaz de lanzar a Darius contra el techo de la habitación. Lo sostuvo ahí, en alto, mientras el guerrero daba patadas espasmódicamente con las

piernas y trataba de pegarle puñetazos a Kalona inútilmente.

—¡Basta! ¡No le hagas daño! —grité.

Tiré de la sábana para llevármela conmigo y salí tambaleándome de la cama sin darme cuenta de lo débil que estaba hasta que no ponerme en pie. Kalona había extendido las alas negras, y tuve que meterme por debajo de una de ellas para llegar hasta Darius. No sé qué creía que podía hacer cuando salté de la cama. Aunque me hubiera encontrado bien y no hubiera estado herida ni agotada, yo no era rival para aquel ser inmortal. Y en aquel momento, por mucho que le gritara y le golpeará en el costado, estoy convencida de que no era para él ni siquiera un molesto mosquito. Pero ocurrió una cosa. Al alzar la vista hacia Kalona vi el brillo de sus ojos de color ámbar y su salvaje sonrisa, que dejaba al descubierto los dientes, y entonces comprendí que él estaba disfrutando al estrangular lentamente a Darius.

Y en ese momento se me reveló la verdadera esencia del ser de Kalona. Él no era un héroe incomprendido, esperando un amor que pudiera sacar de él su lado mejor. Kalona no tenía un lado bueno. Y daba igual si había sido siempre así o no. Lo importante era aquello en lo que se había convertido, lo que era en ese momento: el mal. El hechizo que había ejercido sobre mí se rompió como un sueño hecho de cristal. Esperé desesperadamente que estuviera roto y que jamás nadie pudiera volver a pegarlo.

Respiré hondo y alcé las manos con las palmas hacia fuera, sin importarme que se me cayera la sábana y que me quedara ahí desnuda. Y entonces usé mi última energía para invocar:

—Viento y fuego, venid a mí. Os necesito.

Al instante sentí la presencia de los dos elementos y, más allá de ellos, la de Damien y Shaanee, y vi su imagen por un segundo, ambos concentrándose con los ojos cerrados, tratando de unir la fuerza de su voluntad a la de los elementos. Ese pequeño estallido de poder me bastó. Entrecerré los ojos y le ordené a todo cuanto tenía bajo mi control:

—¡Haz que el tipo de las alas suelte a Darius!

Lancé las manos hacia Kalona, proyectando la fuerza de los elementos en ese movimiento, y al mismo tiempo me concentré en cómo el fuego y el viento me habían sacado de unos cuantos atolladeros con esos estúpidos cuervos del escarnio, de modo que contra su padre también tenía que funcionar.

El efecto de la ráfaga de aire caliente fue inmediato. Alcanzó a Kalona en las alas y lo arrojó hacia arriba y hacia atrás. Al rozar su piel el aire caliente se produjo un extraño sonido como de chisporroteo, que de hecho provocó una neblina a su alrededor.

Darius cayó pesadamente al suelo. Luchaba por respirar al tiempo que trataba de ponerse en pie, interponiéndose entre Kalona, Rephaim y yo. Yo no podía hacer

mucho más que tratar de controlar mi respiración y parpadear intensamente para aclarar las extrañas manchas brillantes de mi visión. El fuego y el viento me habían abandonado, y apenas era capaz de tenerme en pie.

Un movimiento en la periferia de mi visión me impulsó a dirigir la vista hacia la puerta. Abrí la boca sorprendida al ver a Stark, que entraba corriendo en la habitación, con el arco preparado con una flecha de aspecto mortal. Stark levantó el arco y apuntó a Darius pero luego vaciló, sacudió la cabeza como si tratara de despejar su mente y, por fin, se quedó mirándome.

Sentí un maravilloso arrebató de felicidad nada más verlo. ¡Parecía volver a ser él mismo de antes! Sus ojos no brillaban de color rojo. Entonces me di cuenta de que yo estaba de pie, completamente desnuda, mientras los dos nos mirábamos. Agarré la sábana tirada a mis pies y me envolví rápidamente en ella como si fuera una toalla de baño. A pesar de la tremenda tensión y del jaleo que había a mi alrededor, sé que mi rostro estaba colorado por la vergüenza. Tendría que haberle dicho algo; cualquier cosa, pero mi mente estaba paralizada por el hecho de que él acababa de verme completamente desnuda.

Stark recobró la compostura antes que yo, volvió a alzar el arco, colocó la flecha en la muesca y apuntó a Darius.

—¡Stark! ¡No le dispaes! —grité.

No me molesté en intentar bloquearle la vista de Darius. Si Stark decidía disparar, no erraría el tiro hiciera yo lo que hiciera. No podía fallar. A diferencia de Kalona, mi diosa no arrebatava los dones que había otorgado una vez.

—Si pretendes matar a la persona que me ha lanzado al otro lado de la habitación, entonces la flecha le dará a la sacerdotisa, y no al guerrero —dijo Kalona.

Kalona se había puesto en pie y su voz sonaba perfectamente normal. Su expresión era tranquila, pero la piel de su pecho desnudo parecía irritada y rara, como si de pronto se hubiera quemado al sol. Le salían pequeñas volutas de vapor que aún se alzaban perezosamente de su carne al descubierto, a pesar de que los elementos ya habían abandonado la habitación.

—Pero no es a la sacerdotisa a la que quiero muerta. Es al guerrero.

Antes de que Stark pudiera disparar su flecha mortal, me volví hacia Kalona y le supliqué:

—Darius solo estaba protegiéndome. Ha sido un cuervo del escarnio el que me ha hecho esto —dije señalando la larga herida que me atravesaba el pecho y que ya estaba cerrada, pero que seguía siendo una fea y dentada línea roja—. Al oírme gritar y ver a Rephaim inclinado sobre mí, es lógico que Darius pensara que otro cuervo quería atacarme otra vez. —Kalona había alzado una mano para detener el disparo de Stark. El ángel caído me prestaba toda su atención, así que continué—: Darius ha jurado protegerme. Solo estaba haciendo su trabajo. Por favor, no lo mates por eso.

Contuve el aliento durante un largo rato. Kalona se quedó mirándome, y yo sostuve su mirada. El extraño e hipnótico atractivo que había sentido por él no había vuelto. Y no porque él no fuera el hombre más guapo que yo hubiera visto en mi vida, porque sin duda lo era.

De pronto me sobresalté al darme cuenta de qué estaba viendo exactamente mientras lo miraba boquiabierto.

Kalona se había hecho más joven.

Al levantarse por primera vez de su prisión bajo tierra, él era completa y absolutamente bello, pero además era un hombre. Bueno, un hombre anormalmente grande y con enormes alas negras, pero aun así, un hombre. Tenía un cierto aire como eterno, y por su edad podía aparentar desde los treinta, hasta los cincuenta. Pero eso había cambiado. Si hubiera tenido que adivinar su edad en ese instante, habría dicho que debía tener unos dieciocho. Imposible que fuera mayor de veintiuno.

La edad perfecta para mí...

Por fin Kalona dejó de mirarme y se volvió despacio hacia Rephaim, que seguía acurrucado en un rincón de la habitación, con las terribles manos humanas aferradas a la empuñadura del cuchillo que aún le sobresalía del pecho de pájaro.

—¿Es eso cierto, hijo mío? ¿Fue uno de mis hijos quien le hizo la herida a la sacerdotisa?

—No tengo modo de saberlo, padre. No han vuelto todos los centinelas —dijo Rephaim entre jadeo y jadeo.

—Es cierto —dijo Darius.

—¿Y qué otra cosa ibas a decir tú, no, guerrero? —preguntó Kalona.

—Te doy mi palabra como Hijo de Érebo de que te estoy diciendo la verdad —dijo Darius—. Además, has visto la herida de Zoey. Sin duda puedes reconocer las heridas hechas por las garras de uno de tus hijos.

Me alegré al ver que Darius no se envalentonaba, dispuesto de nuevo a luchar, como haría un estúpido adolescente (¡eh, hola, Heath y Erik!), y entonces comprendí. Darius seguía protegiéndome. Si Kalona se enteraba de que un cuervo del escarnio había estado a punto de matarme, pero no de que había sido un accidente, entonces puede que al menos aquel ser inmortal no me dejara a solas con ninguno de sus asquerosos hijos e, incluso con un poco más de suerte, puede que les advirtiera de que se apartaran de mí. Es decir, si es que Kalona quería que siguiera viva.

De pronto dejé de sopesar posibilidades en mi mente, porque Kalona se acercó a mí. Me quedé muy quieta, mirando directamente hacia delante, a su pecho desnudo, que se había ido acercando hasta detenerse a una distancia a la que era posible el contacto entre los dos. Muy despacio, con un dedo, él trazó la línea de mi herida sin tocar en realidad mi piel. Aun así, sentí el frío de su cuerpo. Tuve que apretar los dientes para evitar temblar, echarme atrás o mirarlo a los ojos y arriesgarme a

inclinarme hacia delante hasta que su dedo tocara mi carne cálida.

—Es la marca de uno de mis hijos. Stark, esta vez no quiero que mates al guerrero —dijo. Yo acababa de soltar un largo suspiro de alivio cuando Kalona añadió—: Aunque, por supuesto, no puedo permitirle que hiera a uno de mis amados hijos sin reparar el daño. Pero prefiero administrárselo yo mismo.

La voz de Kalona sonaba tan tranquila y natural, que no me di cuenta del significado de sus palabras hasta que, como una cobra, él lo atacó. El guerrero solo tuvo tiempo de hacer ademán de colocarse en una postura defensiva cuando Kalona se giró, tiró del cuchillo clavado en el pecho de Rephaim y, con un solo movimiento, arrastró la hoja por un lado del rostro de Darius.

Darius se tambaleó ante el golpe y calló mientras su sangre se esparcía sobre mí. Era una lluvia densa, de color escarlata, en medio de una diminuta habitación. Grité y quise abalanzarme sobre él, pero la rígida y helada mano de Kalona me agarró por la muñeca y tiró de mí para mantenerme a su lado. Alcé la vista hacia aquel ser inmortal y deseé que mi ira y mi horror traspasaran su odioso atractivo.

¡Y no me sentí atraída hacia él! ¡Su hechizo no funcionó conmigo! Por joven e inhumanamente bello que fuera, seguía viéndolo como a un peligroso enemigo. Él debió de ver el triunfo en mis ojos, porque de pronto su expresión de combate cambió y esbozó una sonrisa cómplice. Se inclinó y susurró a mi oído:

—Recuerda, mi pequeña A-ya, que el guerrero puede protegerte de todos los demás, excepto de mí. Ni siquiera el poder de tus elementos puede impedirme disfrutar de lo que al final un día volverá a ser mío.

Entonces presionó sus labios contra los míos, y su tempestuoso sabor fue como una ventisca que azotara mi cuerpo, aletargando mi resistencia y congelando mi alma con un deseo prohibido que me superó por completo. Su beso me hizo olvidarlo todo y a todos. A Stark, a Darius; hasta Erik y Heath quedaron como paralizados en mi mente.

Me soltó y las piernas se negaron a sujetarme. Me derrumbé sobre el suelo mientras él salía a pasos agigantados de la habitación, riéndose con su hijo favorito herido, cojeando detrás de él.



Sollozaba y me arrastraba hacia Darius. Acababa de llegar hasta donde estaba él cuando oí un terrible sonido procedente de la puerta. Alcé la vista y vi a Stark. Seguía aferrado al arco con una mano. Con la otra se agarraba al marco de la puerta con tanta fuerza, que tenía los nudillos blancos, y juro que vi cómo sus dedos dejaron marcas en la madera. Sus ojos brillaban de color rojo y estaba ligeramente inclinado hacia delante, como si le doliera el estómago.

—¿Stark?, ¿qué pasa?

Me pasé el dorso de la mano por los ojos, tratando de enjugarme las lágrimas y despejar mi visión.

—La sangre... no puedo soportarla... tengo que...

Habló a trompicones, se calló y después, como si lo hiciera en contra de su voluntad, dio unos pasos tambaleándose y entró en la habitación.

En el suelo, a mi lado, Darius se puso de rodillas. Agarró el cuchillo que Kalona había dejado caer y se enfrentó a Stark.

—Debes saber que solo comparto mi sangre con aquellos a los que invito personalmente a saborearla —dijo Darius con una voz que sonó tranquila y confiada. De no haberlo visto, jamás me habría imaginado que le salía un río de sangre de la cara por un corte hecho con un cuchillo—. Y a ti no te he invitado, chico. Échate atrás antes de que lo que ha ocurrido aquí empeore aún más.

Una oscura lucha se desarrolló en el interior de Stark; una lucha que se reflejó en todo su cuerpo. Desde el brillo rojo de sus ardientes ojos, pasando por la mueca salvaje de sus labios y la tensión que irradiaba de todo su cuerpo, Stark parecía a punto de reventar.

Pero ocurrió una cosa: que ya estaba más que harta. Decir que mi reacción ante el beso de Kalona me había asustado habría sido el eufemismo del año. Aún me dolía el cuerpo. La cabeza me daba vueltas. Estaba tan débil que no me creía capaz siquiera de ganar un concurso de lucha con los puños aunque solo fuera, digamos, contra Jack. Y encima Darius estaba herido, y ni siquiera tenía ni idea de hasta qué punto. En serio, podrían haberme clavado un tenedor para acabar de una vez con todo mi estrés.

—¡Stark, lárgate de aquí! —grité, volviéndome contra él, feliz de que mi voz sonara mucho más fuerte de lo que yo me sentía—. No quiero que me obligues a sacarte de aquí atacándote con el fuego, pero como des un paso más y entres en la habitación, te juro que te quemo el culo.

Finalmente reaccionó. Los ojos rojos de Stark se quedaron fijos en mí. Parecía cabreado y tenía un aspecto amenazador. Había cierta oscuridad en torno a él, como

una especie de aura, que hacía que sus ojos rojos brillaran. Me puse en pie, me alegré de que la sábana siguiera bien envuelta alrededor de mi cuerpo, alcé los brazos y los mantuve en alto, preparados.

—No me presiones más, o te prometo que no te gustará como pierda los nervios —insistí.

Stark parpadeó con fuerza un par de veces, como si estuviera tratando de despejar su visión. El rojo de sus ojos se desvaneció, la oscuridad del aire a su alrededor se disipó y se limpió la cara con una mano trémula.

—Zoey, yo... —comenzó a decir, con una voz que sonó casi normal.

Darius cambió de postura: abandonó la pose defensiva y dio un paso hacia mí. Stark le gruñó: le gruñó literalmente hablando, como si fuera más un animal que un ser humano. Y por último el chico se giró y salió corriendo de la habitación.

No sé cómo me las arreglé para llegar tambaleándome hasta la puerta, cerrarla de golpe, arrastrar una silla que había junto a la cama y colocarla debajo del picaporte, tal y como había visto hacer en las películas. Después, por fin, me acerqué a Darius.

—Me alegro de que estés de mi lado, sacerdotisa.

—Sí, esa soy yo. Soy una fiera.

Intenté fingir que no estaba a punto de desmayarme, hablando igual que Christian en el programa *Project Runaway*. Estaba casi segura de que Darius no tenía ni idea de qué era *Project Runaway*, pero sí le hizo reír mientras nos ayudábamos el uno al otro a llegar a los pies de la cama, donde él se dejó caer pesadamente y yo me quedé de pie, a su lado, concentrándome en no balancearme como una borracha. Cosa que, por desgracia, ya no estaba.

—Debería de haber un equipo de primeros auxilios en el armario de allí —dijo él, haciendo un gesto hacia el largo armario de acero inoxidable que se extendía hasta ocupar casi la mitad de la pared.

El armario tenía también en su interior un fregadero y un montón de útiles de hospital, de aspecto espeluznante (muy afilados y hechos de un acero inoxidable resplandeciente), guardados cuidadosamente en bandejas junto al fregadero.

Agotada, hice caso omiso de los instrumentos afilados y comencé a abrir cajones y puertas, y entonces fue cuando me di cuenta de que me temblaban las manos.

—Zoey —me llamó Darius.

Lo miré por encima del hombro. Tenía un aspecto terrible. Todo el lado izquierdo de su cara era una masa sanguinolenta. El corte se extendía desde la sien, todo a lo largo, hasta la mandíbula, mezclándose con el nítido dibujo geométrico del tatuaje. Pero sus ojos me sonrieron al decir:

—Todo va a ir bien. Esto no es más que un arañazo.

—Bueno, pero es un arañazo muy grande.

—Estoy seguro de que a Aphrodite no va a gustarle.

—¿Cómo?

Él trató de sonreír, pero acabó haciendo una mueca porque el movimiento le hizo sangrar más. Darius me señaló la herida.

—A ella no le va a gustar.

Una vez que tuve en mis manos un montón de vendas, toallitas impregnadas en alcohol, gasas y demás, volví hacia él.

—Si te da el coñazo por eso, le daré una patada en el culo. Después de descansar.

Me quedé mirando el horrible «arañazo», haciendo caso omiso del exquisito olor de su sangre y tragando con fuerza para evitar vomitar.

Vale, sí, suena completamente contradictorio: el hecho de que adore el sabor y el olor de la sangre, pero que me repugne verla salir del cuerpo de un amigo. Espera, no. Puede que no sea una contradicción porque, ¡vaya, yo no me como a mis amigos! Me acordé de Heath y decidí que tenía que reformular la idea: en circunstancias normales y a menos que ellos me den su permiso, yo no me como a mis amigos.

—Puedo limpiármela yo —dijo Darius, buscando la toallita con alcohol que yo amasaba con el puño.

—No —negué. Luego lo repetí con más firmeza, sacudiendo la cabeza para tratar de ahuyentar el mareo que me producía—. No, eso es ridículo. Tú estás herido; yo lo haré. Tú guíame y dime qué tengo que hacer. —Hice una pausa y enseguida añadí—: Darius, tenemos que salir de aquí.

—Lo sé —dijo él con solemnidad.

—Pero tú no conoces todas las razones. He oído una conversación entre Kalona y Neferet. Hablaban de algún tipo de nuevo futuro que estaban planeando, y luego hablaron de que eso implicaba «persuadir al Consejo».

Darius abrió inmensamente los ojos, sobresaltado.

—¿El Consejo de Nyx? ¿Te refieres al Alto Consejo de los vampiros?

—¡No lo sé! No dijeron nada más. Me figuro que igualmente podrían haber estado hablando del Consejo de aquí, de la Casa de la Noche.

Darius escrutó mi rostro.

—Pero tú no crees que se refirieran a eso, ¿verdad?

Sacudí lentamente la cabeza en una negativa.

—¡Dulce Nyx! ¡Pero eso es imposible!

Fruncí el ceño. Hubiera preferido que mi intuición estuviera de acuerdo con él.

—Me temo que sí cabe una posibilidad. Kalona es poderoso, y dispone de ese hechizo mágico que atrae a la gente hacia él. Escucha, el asunto es que no podemos permitir que Neferet nos tenga bajo su control en el momento en el que ellos dos pongan su repugnante plan en marcha, sea ese plan el que sea —dije. De hecho, me temía que el repugnante plan ya estaba en marcha, pero decirlo en voz alta era como hacer que el hechizo se hiciera realidad—. Así que, ¿podemos simplemente curarte,

agarrar a Aphrodite, las gemelas y Damien, y volver a los túneles? —sugerí, a punto de romper a llorar peligrosamente—. Yo estoy mucho mejor, y creo que merece la pena que me arriesgue a ahogarme en mi propia sangre con tal de salir echando leches de aquí.

—Vale, yo también creo que Neferet te ha curado y ya no estás en peligro de rechazar el cambio, ni siquiera aunque no estés rodeada de un montón de vampiros adultos.

—Y tú, ¿estás en condiciones para que podamos irnos?

—Ya te he dicho que estoy bien, y te estaba diciendo la verdad. Limpiamos mi herida y nos vamos de este sitio.

—Yo prefiero los túneles.

Me sorprendí al admitir en voz alta lo que estaba pensando, pero Darius asintió con solemnidad, así que estaba de acuerdo.

—Es porque allí nos sentimos a salvo, y aquí, sin embargo, ya no —afirmó.

—¿Te has fijado en Neferet? —le pregunté.

—Si te refieres a si me he fijado en que parece que los poderes de la sacerdotisa se han incrementado, sí, me he fijado.

—¡Genial! Estaba deseando que me dijeras que era producto de mi imaginación... —musité.

—Tienes un buen instinto, y hacía tiempo que te venía advirtiéndolo a propósito de Neferet —contestó Darius, que hizo una pausa—. El poder hipnótico de Kalona no es nada frecuente. Yo jamás había sentido nada igual.

—Sí —convine mientras le limpiaba la sangre de la herida—, pero creo que he conseguido romper lo que sea que él ejercía sobre mí —añadí, negándome a admitir, ni siquiera ante mí, que aunque hubiera superado el efecto hipnótico, su beso seguía teniendo un poderoso efecto sobre mí—. Oye, ¿te ha parecido que Kalona estaba diferente?

—¿Diferente?, ¿en qué sentido?

—Más joven, me ha parecido que no llegaba a tener ni siquiera tu edad.

Suponía que la edad de Darius estaría entre los veinte y los veinticinco años; al menos eso es lo que aparentaba a mi juicio.

Darius me observó durante un largo rato, reflexionando.

—No, Kalona me ha parecido exactamente igual que la primera vez que lo vi: eterno y sin una edad concreta, pero desde luego imposible de confundir con un adolescente. Puede que tenga la habilidad de alterar su apariencia para complacer a quien lo mira.

Quise negarlo, pero entonces me acordé de cómo me había llamado antes de besarme: con el mismo nombre que había utilizado en mi pesadilla. Mi respuesta fue casi automática: como si mi alma lo reconociera, me susurró mi mente

traicioneramente. Un terrible miedo hizo temblar todo mi cuerpo, poniéndome la carne de gallina y el pelo de la nuca de punta.

—Me llama A-ya.

—Ese nombre me suena. ¿Qué significa?

—Es el nombre de la doncella que crearon las mujeres *ghigua* para atrapar a Kalona.

Darius suspiró profundamente.

—Bueno, entonces al menos ahora ya sabemos por qué él tiene tanto interés en protegerte. Cree que eres la doncella a la que ama.

—Creo que era más una obsesión que amor —me apresuré a decir, sin querer considerar siquiera la idea de que Kalona hubiera podido amar a A-ya—. Además, debemos recordar que A-ya fue quien lo hizo prisionero; fue la causa de que se pasara más de mil años bajo tierra.

Darius asintió.

—Así que su deseo por ti podría fácilmente transformarse en violencia.

El estómago se me agarrotó.

—De hecho, la razón por la que él me quiere podría muy bien ser para vengarse de A-ya. Quiero decir que, en realidad, no sé qué es lo que pretende hacer conmigo. Neferet quería matarme, pero él la detuvo porque dijo que mi poder podía serle útil.

—Pero tú no vas a apartarte de Nyx para entregarte a él.

—Y una vez que él se dé cuenta de eso, no veo qué razón va a tener para mantenerme a su lado con vida.

—Te verá como a una poderosa enemiga, una capaz de encontrar el medio de tenderle una trampa por segunda vez.

—Vale, pues explícame qué es lo que tengo que hacer para curarte, que luego vamos a buscar a los otros y salimos pitando de aquí.

Darius me guió paso a paso a lo largo de una repugnante limpieza del enorme corte de la cara, durante la que tuve que ir echándole alcohol en la carne abierta por la herida para, como él decía, expulsar cualquier infección que hubiera podido causarle la sangre del cuervo del escarnio. A mí se me había olvidado por completo que ese era el mismo cuchillo que había penetrado el pecho de Rephaim, y que por tanto estaba lleno de sangre del mutante hombre pájaro. Así que le limpié el corte y después ayudé a Darius a buscar esa cosa tan extraña y genial que se llama Dermabond, más conocida como puntos líquidos. Le mojé la herida a lo largo, uniendo ambos lados, y ¡tachán! A excepción de una tremenda herida aún sin curar, Darius dijo que se sentía como nuevo. Yo era un poco más escéptica, pero tal y como él señaló, en realidad yo jamás había sido una gran enfermera.

Entonces los dos nos pusimos a buscar por los armarios porque yo no podía ir a ninguna parte envuelta en una sábana. Vale, no podríais ni creeros los «camisones»

tan indecentes, más finos que el papel y con la espalda al descubierto, que encontramos en un cajón (¡venga, por favor, eso no son camisones!). ¿Por qué en los hospitales te obligan a ponerte cosas feas e indecorosas precisamente cuando te sientes fatal? Sencillamente, no tiene sentido. Bueno, el caso es que al final encontramos un pijama verde de hospital que me estaba grande, pero daba igual. Era mucho mejor que ir envuelta en una sábana. Completé mi vestuario con unas zapatillas verdes. Le pregunté a Darius si había visto mi bolso, y me dijo que creía que se había quedado en el Hummer. Puede que fuera una frívola, pero me pasé unos cuantos minutos preocupada por si había perdido el bolso, ya que entonces tendría que conseguir otro carné de conducir y otro móvil, y también me pregunté por un instante si recordaría el tono exacto del brillo de labios que tendría que reponer de mi colección.

Poco después de haberme puesto el pijama de hospital (mientras Darius seguía de espaldas) y de que hubiera empezado a preocuparme por mi bolso perdido, me di cuenta de que estaba sentada en la cama, mirando al vacío y casi quedándome dormida.

—¿Cómo estás? —me preguntó Darius—. Pareces...

Darius no terminó la frase, sino que sus palabras se desvanecieron mientras, estoy segura, veía expresiones como «Estás hecha una mierda» o «Tienes un aspecto horrible».

—¿Parezco cansada? —sugerí, voluntariamente.

—Sí.

—Bueno, no es una coincidencia tan increíble, porque es que lo estoy. Muy cansada.

—Quizá deberíamos esperar y...

—¡No! —lo interrumpí—. Hablaba en serio cuando dije que quería marcharme. Además, aquí es imposible que duerma. Sencillamente, no me siento a salvo.

—Vale. No estás a salvo. Ninguno de nosotros lo estamos.

Ninguno de los dos mencionó lo que ambos sabíamos: que tampoco estaríamos a salvo aunque lográramos salir de la Casa de la Noche. Siempre era mejor para la moral no hablar del tema.

—De acuerdo, vamos a por los otros —dije.

Comprobé el reloj de la pared antes de salir de la habitación y me di cuenta de que eran poco más de las cuatro de la madrugada. Me sorprendió ver cuánto tiempo había transcurrido, sobre todo porque la mayor parte de esas horas yo había permanecido desmayada, aunque no me sentía en absoluto como si hubiera descansado. Si todo seguía según la rutina habitual en la Casa de la Noche, los iniciados en ese momento estarían terminando las clases.

—Oye —le dije a Darius—, es casi la hora de la cena. Puede que estén en la

cafetería.

Él asintió, retiró la silla que yo había colocado contra el picaporte de la puerta y la abrió despacio.

—El pasillo está vacío —murmuró él.

Mientras él asomaba la cabeza por el pasillo, yo lo observé de arriba abajo. Así que, en lugar de salir detrás de él de la habitación, lo agarré de la manga y tiré. Darius me dirigió una mirada inquisitiva.

—Eh... Darius, he estado pensando que, de verdad, tenemos que cambiarnos de ropa antes de hacer nuestra gran entrada en medio de la cafetería, o incluso aunque sea en la residencia de chicas. Quiero decir que tú estás todo manchado de sangre, y yo llevo lo que parece una enorme bolsa verde de basura. No pasamos precisamente desapercibidos.

Darius miró hacia abajo, hacia sí mismo, y vio la sangre seca de su camisa y de su chaqueta. Entre la sangre, el corte recién curado de la cara y mi ropa de hospital, sin duda era imposible cualquier discreción, conclusión a la que llegó sin ninguna dificultad.

—Vamos a subir las escaleras al siguiente piso. Allí están las habitaciones de los Hijos de Érebo. Me cambio, y luego vamos corriendo a la residencia de chicas y tú te quitas eso —dijo Darius, señalando mi atuendo—. Con un poco de suerte, puede que nos encontremos a Aphrodite y a las gemelas en la residencia, y solo falte ir a por Damien y escapar del campus.

—Suenan bien. Jamás pensé que me oiría decir que estoy deseando volver a esos túneles, pero ahora mismo me parece el mejor lugar en el que estar.

Darius soltó un gruñido, que en el lenguaje de los chicos me imagino que significa que estaba de acuerdo conmigo, y lo seguí por el pasillo, que estaba desierto. Había una distancia muy corta hasta las escaleras. Vale, subir un tramo entero de escaleras casi acabó conmigo, y terminé apoyando casi todo mi peso sobre el brazo de Darius. Por la expresión preocupada de sus ojos comprendí que estaba considerando seriamente la posibilidad de cogerme en brazos. Y lo habría hecho a pesar de mis protestas de no haber llegado justo entonces al piso siguiente.

—Entonces... —dije entre jadeo y jadeo—, ¿esto está siempre así de silencioso?

—No —respondió Darius serio—. No siempre.

Pasamos por una zona de uso en común en la que había una nevera, una enorme pantalla plana de televisión, varios sofás de aspecto muy cómodo y un puñado de cosas típicas de chico, como pesas, una diana y una mesa de billar. Pero también estaba desierta. Darius esbozó una expresión indescifrable mientras me guiaba por el pasillo hasta llegar a una de las muchas puertas.

Su habitación era tal y como había imaginado que sería la habitación de un Hijo de Érebo: limpia y sencilla, sin apenas cachivaches. Sí que tenía algunos trofeos que

había ganado en competiciones lanzando el cuchillo, y la colección completa de los libros de Christopher Moore en tapa dura, pero no había ni una sola foto enmarcada ni de su familia ni de ningún amigo, y las únicas imágenes de las paredes eran las de los paisajes de Oklahoma, que probablemente ya estaban allí al llegar él a la habitación. ¡Ah!, y también tenía una mininevera como la de Aphrodite, lo cual, de algún modo, me molestó. ¿Es que todo el mundo tenía una nevera menos yo? ¡Jopé! Había una ventana grande, con bonitas vistas, decorada con una pesada cortina drapeada. Me acerqué a ella y tiré de una esquina de la tela para mirar afuera de modo que Darius pudiera cambiarse de ropa sin que la celosa de Aphrodite nos destripara luego a ninguno de los dos.

En aquel momento todo el mundo tendría que estar muy atareado. Las clases habían acabado, así que era la hora de que los chicos salieran de los edificios académicos para ir a las residencias, a las salas de recreo, a la cafetería o, en general, a pasear o a hacer las cosas que hacen los adolescentes en su tiempo libre. Sin embargo, no vi más que a un par de personas, tratando por todos los medios de no resbalarse por la acera mientras se apresuraban de un edificio a otro.

Aunque mi intuición me decía que allí ocurría algo, quise echarle la culpa del estado mortecino de la escuela al tiempo. El negro cielo seguía esparciendo lluvia helada, y a pesar del efecto aislante de la tormenta, yo estaba encantada con el aspecto mágico que la capa de brillante agua helada le prestaba a todo. Los árboles se inclinaban bajo el peso cristalino que enterraba sus ramas. El suave tono amarillo de las lámparas de gas parpadeaba sobre las pulidas paredes y aceras. Y lo más chulo de todo era la hierba, encapsulada en hielo. Por todas partes sobresalía hacia arriba como quebradizas puntas, brillando justo cuando le daba la luz en el ángulo correcto, y haciendo que pareciera como si hubiera crecido un campo de diamantes.

—¡Vaya! —exclamé—. Ya sé que es una pesadez tener que padecer una tormenta de hielo, pero es realmente bonita. Hace que todo parezca como si estuviéramos en otro mundo.

Darius se acercó a la ventana mientras se ponía una sudadera encima de una camiseta limpia. Por la forma en que fruncía el ceño, estaba claro que veía más el lado pesado del asunto que el bonito.

—No veo ni a un solo centinela —dijo. Entonces me di cuenta de que no fruncía el ceño por el hielo, sino por el muro que rodeaba la escuela y que también podía verse desde la ventana—. Desde aquí deberíamos de poder ver al menos a dos o tres de mis hermanos, pero no hay ninguno.

Noté que él se ponía tenso.

—¿Qué ocurre?

—Puede que yo me haya precipitado y que tú tengas razón. Este es un mundo completamente distinto. Sí hay centinelas. Solo que no son mis hermanos.

Darius me señaló un punto concreto, a nuestra derecha, justo donde el muro daba la vuelta por detrás del templo de Nyx, situado de frente y a nuestra derecha. Allí, entre la sombra de un viejo roble y la parte trasera del templo, la oscuridad de pronto se transformaba para mostrarnos la silueta inclinada de un cuervo del escarnio, agazapado contra el muro.

—Y allí —añadió Darius, señalando un poco más abajo del muro, a escasa distancia.

Yo lo había pasado por alto, creyendo que no era más que una sombra natural de la oscuridad en medio de una noche tormentosa, pero al quedarme mirándolo vi cómo la mancha se movía casi imperceptiblemente, revelando que se trataba de otra horrible criatura hombre pájaro.

—Están por todas partes —dije—. ¿Cómo vamos a salir de aquí?

—¿Puedes disfrazarnos con los elementos, como hiciste la otra vez?

—No lo sé. ¡Estoy tan cansada y me siento tan rara! Tengo mejor la herida, pero es como si no hiciera más que vaciarme y nunca lograra volver a llenarme —contesté. De pronto me di cuenta de otra cosa, y se me cayó el alma a los pies—. Después de utilizar el fuego y el viento para quitarte de encima a Kalona, no tuve que despedir a los elementos. Se marcharon sin más, desaparecieron. Y eso no me había pasado antes nunca. Siempre se quedaban a mi lado hasta que los despedía.

—Estás agotada. Tu don es la habilidad para invocar y controlar a los elementos, pero ese don tiene un precio. Eres fuerte y saludable, así que en circunstancias normales apenas te das cuenta del agotamiento que eso supone.

—Lo he hecho un par de veces antes, pero nunca me ha pasado como esta vez.

—Nunca antes habías estado tan cerca de la muerte. Añádele a eso el hecho de que no has tenido tiempo de descansar ni de recuperarte: es una combinación muy peligrosa.

—En otras palabras, que es posible que no podamos contar conmigo para salir de aquí —concluí.

—¿Y si a ti te llamamos plan C, y tratamos de inventarnos un plan A y un plan B?

—Preferiría ser el plan Z —refunfuñé.

—Bueno, esto ayudará, aunque solo sea un apaño temporal.

Darius se dirigió a la mininevera y sacó lo que parecían dos botellas de agua, solo que las dos estaban llenas con un espeso líquido rojo que reconocí de inmediato. Me tendió una botella.

—Bébetela.

Agarré la botella y lo miré con el ceño fruncido.

—¿Guardas sangre en botellas de agua en tu nevera?

Me miró, arqueó las cejas y después hizo una pequeña mueca al sentir el tirón que el gesto le había producido en el lado de la cara en la que tenía el corte. Por último

dijo:

—Soy un vampiro, Zoey. Y tú también lo serás pronto. Para nosotros, guardar sangre humana embotellada es lo mismo que guardar agua embotellada. Solo que la sangre te da mucha más energía.

Darius alzó la botella hacia arriba y hacia mí y después se la terminó.

Me callé, e hice lo mismo. Como siempre, la sangre me produjo un estallido en el sistema, me pegó un subidón de energía y me hizo sentir de pronto invencible y mucho más viva. Dejé de sentirme mareada, y de sentir el dolor que se extendía por todo mi cuerpo desde que la herida disminuyó, permitiéndome respirar libre y profundamente, sin sentir achaques.

—¿Mejor? —preguntó Darius.

—Absolutamente. Vamos a por ropa de verdad y a por los otros mientras dura esto.

—Lo que dices me recuerda algo —dijo.

Darius se volvió de nuevo hacia la nevera, agarró otra botella de sangre y me la tendió.

—Guárdate esto en el bolsillo. Beber sangre no sustituirá las horas de sueño ni el tiempo que necesita tu cuerpo para recuperarse, pero sí te ayudará a mantenerte en pie. O, al menos, eso espero.

Me metí la botella en uno de los enormes bolsillos de mis gigantescos pantalones de cirujano. Darius se ató la cartuchera con el cuchillo, agarró otra chaqueta de piel limpia, y los dos juntos salimos de su dormitorio, bajamos aprisa las escaleras y llegamos hasta la puerta principal del edificio, todo ello sin encontrarnos con nadie. Yo intuía que algo iba mal, pero no quería pararme para hablar de ello. No quería ni hacer ni decir nada que pudiera retenernos allí ni un segundo más de lo imprescindible.

Al llegar Darius a la puerta principal, vacilé.

—No creo que sea muy inteligente por nuestra parte que los cuervos del escarnio vean que ya estoy de pie y caminando —dije en voz baja, a pesar de que no había nadie a la vista a nuestro alrededor.

—Es probable que tengas razón. ¿Puedes arreglarlo?

—Bueno, no estamos tan lejos de la residencia. Además, el tiempo es un asco. Bastará con que invoque un poco de niebla y aumente la lluvia. Con eso debería ser suficiente para ocultarnos. Pero acuérdate de que tienes que pensar que no eres más que espíritu. Trata de fundirte con la tormenta. Así suele resultarme más fácil.

—Hecho. Estoy listo. Cuando quieras.

Respiré hondo, di las gracias por el hecho de que apenas me doliera el pecho al hacerlo y me concentré.

—Agua, fuego y espíritu, os necesito.

Abrí uno de los brazos como si estuviera recibiendo el abrazo de un amigo, y enganché a Darius del brazo con el que me quedaba libre. De inmediato sentí cómo surgían los tres elementos a mi alrededor, penetrando en mí y, con un poco de suerte, también alrededor de Darius.

—Espíritu, te pido que nos tapes... nos ocultes... que nos permitas fundirnos con la noche. Agua, llena el aire a nuestro alrededor, báñanos y ocúltanos. Fuego, necesito una pizca de ti, lo justo para calentar el hielo de modo que se convierta en niebla. Pero no solo alrededor de nosotros —me apresuré a añadir—. Recorre todo el campus de la escuela. Haz que esté todo empapado, cubierto de niebla y mágico —dije, sonriendo mientras sentía cómo los elementos vibraban de satisfacción ante la tarea que les había encomendado—. Vale, vamos —añadí, asintiendo en dirección a Darius.

Él abrió la puerta y, animados por el viento, el espíritu y el fuego, salimos a la tormenta helada.

Yo tenía razón en una cosa: el tiempo daba asco. Sin duda me gustaba más verlo desde el interior calentito y seco del edificio. Si antes era ya horrible, al responder los elementos a mi orden la tormenta se hizo más intensa. Miré a nuestro alrededor para ver si los cuervos del escarnio nos veían, pero, según parecía, los elementos estaban trabajando bien, y Darius y yo atravesamos lo que parecía un globo congelado en el que se desataba una cegadora tormenta. El hielo y el viento eran tan fuertes, que me habría caído de culo si Darius no hubiera tenido los reflejos de un gato y no se las hubiera ingeniado para mantenernos a los dos en pie.

Lo cual me recuerda que, mientras Darius y yo caminábamos a toda prisa pero con prudencia por la acera helada, envueltos en la repentina niebla que se había levantado a nuestro alrededor y con las cabezas gachas contra la embestida del viento, no vi ni a un solo gato. Vale, sí, el tiempo era horrible, sobre todo después de que yo lo liara más, y a los gatos no les gusta nada la humedad, pero en todos los meses que estuve viviendo en la Casa de la Noche no recuerdo haber paseado ni una sola vez por el campus sin haberme tropezado al menos con un par de gatos persiguiéndose el uno al otro.

—No hay ningún gato por aquí —dije.

—Ya me he dado cuenta —asintió Darius.

—¿Qué puede significar?

—Problemas.

Pero no tuve tiempo de pensar en lo que podía significar la ausencia de gatos (ni de preocuparme por dónde podía andar mi *Nala*). Comenzaba a sentir ya en ese momento que me quedaba sin energía. Tenía que focalizar toda mi fuerza y mi concentración en mantener en marcha aquella letanía de susurros del viento, el fuego y el agua.

—Somos la noche, dejamos que el espíritu de la noche nos oculte, nos envuelva con su niebla. Sopla, viento, e impide que los ojos del mal nos vean.

Estábamos casi en la residencia cuando oí la voz de una chica. No pude descifrar lo que decía, pero su tono agudo y nervioso sin duda significaba que algo no andaba bien. La tensión del brazo de Darius y la forma en la que asomaba la cabeza a nuestro alrededor, tratando de ver a través de la niebla de elementos que nos rodeaba, me reveló que él también lo había oído.

Al acercarnos a la residencia, la voz se hizo más alta y más clara, y las palabras comenzaron a adquirir sentido.

—¡No, en serio! Yo solo... solo quiero volver a mi cuarto —dijo la voz asustada de la chica.

—Ya volverás. Cuando haya terminado contigo.

Me quedé helada. Tiré del brazo de Darius para detenerlo nada más reconocer la voz del chico, antes incluso de que la chica le respondiera.

—¿Y un poco más tarde, Stark? Quizá luego podamos...

La respuesta de la chica quedó bruscamente interrumpida. Oí un débil grito que acabó al final en un jadeo, y luego comenzaron un montón de horribles y húmedos sonidos y gemidos.



Darius echó a caminar hacia delante, tirando de mí. Llegamos al pequeño vestíbulo de entrada de la residencia de las chicas. De allí partían unas anchas escaleras que subían entre dos paredes construidas en piedra hasta la altura de la cintura. Las escaleras resultaban magníficas para sentarse y ligar con el novio después de que él te hubiera acompañado hasta la puerta, justo antes de que se despidiera de ti con un beso de buenas noches.

Pero lo que estaba haciendo Stark era una retorcida parodia del beso de buenas noches que normalmente se daba allí. Sujetaba a la chica en lo que podría haber sido un abrazo de no haber resultado evidente que, justo unos segundos antes de que sus dientes se clavaran en su nuca, ella había estado tratando de escapar. Horrorizada, lo observé todo mientras Stark, ignorante de nuestra presencia, continuaba atacando a la chica. No me importó que la chica en ese momento estuviera gimiendo de placer. Quiero decir que todos sabemos que eso es lo que ocurre cuando un vampiro muerde a alguien: que se estimulan los receptores sexuales tanto de la «víctima» (¡y en este caso ella era sin duda la víctima!) como del vampiro. Ella sentía placer físico, pero sus ojos, aterrados y terriblemente abiertos, y la rigidez de su cuerpo, decían a las claras que se habría resistido si hubiera podido. Stark bebía a grandes tragos de su cuello. Emitía unos gemidos salvajes y la sujetaba contra su cuerpo con una mano mientras que, con la otra, se peleaba con la falda de la chica, tratando de meterse entre las piernas de ella y...

—¡Suéltala! —ordenó Darius mientras se soltaba de mi brazo y salía de la bola de niebla y noche que había estado ocultándonos.

Stark soltó a la chica sin pensárselo dos veces, igual que podría haber soltado un vaso de refresco vacío. La chica se puso a lloriquear y se alejó gateando de Stark en dirección a Darius. Darius me tendió un pañuelo viejo y me dijo:

—Ayúdala.

Luego se colocó como si fuera una musculosa montaña entre la chica histérica y yo, por un lado, y Stark por el otro.

Me agaché, y entonces me di cuenta, con gran sorpresa por mi parte, de que la chica era Becca Adams, la rubia mona de cuarto curso que estaba encaprichada con Erik. Mientras observaba como Darius se enfrentaba a Stark, le tendí a Becca el pañuelo y le murmuré palabras tranquilizadoras.

—Parece que no haces más que interponerte en mi camino —dijo Stark.

Sus ojos seguían brillando de color rojo, y tenía sangre en la boca que se limpió con el dorso de la mano con un gesto ausente. Una vez más, pude ver la oscuridad

que vibraba a su alrededor. No era completamente visible, sino que era más bien como una sombra dentro de la sombra, que entraba y salía fuera de mi campo de visión; algo que en realidad era más fácil de ver cuando uno no lo buscaba.

Y entonces lo comprendí. Sabía que había visto ese extraño líquido oscuro antes. Había sido en las sombras de los túneles y después otra vez, en la visión momentánea de la forma espectral de Neferet, que se había convertido luego en el cuervo del escarnio que casi me había matado. Otra intuición repentina más me llevó a reconocer esa misma oscuridad en otra ocasión anterior. Estaba segura de que había estado presente, vibrante como una sombra viviente, alrededor de Stevie Rae antes de que ella completara el cambio, solo que entonces mis ojos y mi mente no habían registrado sino la necesidad, la angustia y la lucha de mi mejor amiga, y yo había procesado esa oscuridad dentro de la cual ella se movía solo como algo interno a ella, ¡diosa, qué estúpida había sido! Sobrecogida, traté de dar sentido a aquel nuevo conocimiento mientras Darius se enfrentaba a Stark.

—Puede que nadie te haya explicado que los vampiros macho no abusan de las hembras ya sean humanas, vampiros o iniciadas —decía Darius con calma, como si estuviera manteniendo una conversación normal con un amigo.

—Yo no soy un vampiro —dijo Stark, señalando la silueta roja de la luna creciente de su frente.

—Ese es un detalle sin importancia. Nosotros... —continuó Darius, acercándose hacia Stark—... no abusamos de las mujeres. Jamás. La diosa nos ha enseñado eso, entre otras cosas.

Stark sonrió, pero el gesto carecía del más mínimo sentido del humor.

—Creo que acabarás por comprender que las reglas han cambiado por aquí.

—Bueno, chico, pues yo creo que eres tú el que acabará por comprender que hay reglas que están escritas aquí —explicó Darius, señalando en ese momento su corazón—, y que las reglas que están escritas aquí no son susceptibles al cambio, por mucho que se encaprichen los que viven a nuestro alrededor.

El rostro de Stark se endureció. Alargó un brazo hacia atrás y sacó un arco que llevaba atado a la espalda con una correa. Después sacó una flecha de un carcaj que yo había creído que era un bolso de hombre, y que llevaba colgado del hombro (hubiera debido de figurarme que no lo era: Stark no es del tipo de chicos que llevan bolso). Levantó la flecha colocada en el arco y dijo:

—Creo que prefiero asegurarme de que no vuelves a interponerte en mi camino.

—¡No! —grité. Me puse en pie y corrí al lado de Darius, con el corazón latiendo como un loco—. ¿Pero qué diablos te ha pasado, Stark?

—¡Me he muerto! —chilló él.

La cara de Stark reflejaba su ira mientras la sombra fantasmal giraba a su alrededor. En ese momento en el que por fin la veía, me pregunté cómo era posible

que la hubiera pasado por alto. Hice caso omiso de la terrible sombra y me enfrenté a él.

—¡Eso ya lo sé! —chillé también—. Yo estaba contigo, ¿no te acuerdas? —añadí. Por fin eso lo hizo detenerse un instante. Bajó ligeramente el arco. Yo lo interpreté como una buena señal, y continué—: Dijiste que volverías a buscarnos a *Duchess* y a mí.

Al pronunciar el nombre del perro, una expresión de dolor atravesó su rostro, y de pronto pareció más joven y más vulnerable. Pero esa expresión duró solo un instante. Parpadeé y, de inmediato, él volvió a mostrarse amenazador y sarcástico, aunque sus ojos había dejado de brillar en color rojo.

—Sí, he vuelto. Pero ahora las cosas son distintas. Y se acercan cambios más importantes todavía —dijo Stark, que le dirigió a Darius una mirada de total desagrado—. Toda esa vieja mierda en la que tú crees ya no significa nada. Te hace un ser débil, y cuando eres débil, te mueres.

Darius sacudió la cabeza en una negativa.

—Honrar el camino de la diosa nunca será una debilidad.

—Sí, bueno, pero yo no he visto mucho de ninguna diosa últimamente por aquí, ¿y tú?

—Pues sí, de hecho, yo sí —afirmé yo—. He visto a Nyx. Se me apareció justo ahí —añadí, señalando la residencia de las chicas—. Hace solo un par de días.

Stark se quedó mirándome en silencio durante un largo rato. Escruté su rostro, tratando de encontrar en él algún rastro del chico con el que había sentido aquella conexión natural; el chico al que había besado justo antes de morir en mis brazos. Pero solo vi a un extraño impredecible, y lo peor de todo era que si disparaba esa flecha, allí donde apuntara no fallaría. Pero entonces me acordé. Él no había matado a Stevie Rae. El hecho de que ella siguiera viva demostraba que él no había querido matarla en realidad. Así que quizá todavía quedara algún pedacito del antiguo Stark en su interior.

—A propósito, Stevie Rae está bien —dije.

—Eso no significa nada para mí —contestó.

Me encogí de hombros.

—Bueno, pensé que te gustaría saberlo, porque como fue tu flecha la que la convirtió en una brocheta...

—Solo hice lo que me mandaron. Me ordenaron que la hiciera sangrar, así que la hice sangrar.

—¿Neferet? ¿Es ella la que te controla? —pregunté yo.

—¡Nadie me controla! —gritó, con los ojos brillantes.

—Tu sed de sangre te controla —dijo Darius—. Si no estuvieras a su merced, no necesitarías utilizar la fuerza para imponerte sobre esa iniciada.

—¿Sí?, ¿eso crees tú? Bueno, pues te equivocas. ¡Resulta que me gusta mi sed de sangre! Me gusta hacer lo que me apetece con esa chica. Ya es hora de que los vampiros dejen de moverse furtivamente por ahí. Nosotros somos más inteligentes, más fuertes, somos mejores que los humanos. ¡Somos los que deberíamos estar al mando, no ellos!

—Esa iniciada no es humana —dijo Darius.

Su voz sonó como la hoja desnuda de un cuchillo, y me recordó que él no era solo un hermano mayor; él era un Hijo de Érebo, y uno de los guerreros vivos más poderosos.

—Tenía sed, y no había ninguna humana por aquí cerca —dijo Stark.

—Zoey, llévate a la chica dentro —dijo Darius sin apartar la vista de Stark—. Ya le ha servido bastante a su conveniencia.

Me apresuré a ayudar a Becca a ponerse en pie. Estaba un poco mareada, pero podía andar. Al llegar juntas hasta donde estaba Darius, él dio un paso adelante a nuestro lado, pero interponiéndose en todo momento entre nosotras y Stark. Justo al pasar por su lado, Stark habló con tal odio, que sentí como un estremecimiento me recorría toda la espalda.

—¿Sabes? Lo único que tengo que hacer es pensar en matarte y disparar una flecha. Estés donde estés, morirás.

—Si eso fuera así, entonces ya estaría muerto —respondió Darius como si nada—. Y tú serías un monstruo.

—¡No me importa ser un monstruo!

—Y a mí no me importa morir, si es al servicio de mi alta sacerdotisa y, en última instancia, de mi diosa —contestó Darius.

—Si le haces daño, volveré a por ti con todo lo que tenga en mi poder —le dije entonces a Stark.

Stark me miró y sus labios se arquearon hacia arriba, esbozando una imitación fantasmal de aquella sonrisa tan mona e impertinente que solía esbozar.

—Tú también eres un poco monstruosa, ¿no, Zoey?

No me pareció que el repugnante comentario mereciera una respuesta, y evidentemente a Darius tampoco se lo pareció. El guerrero siguió guiándonos y cubriéndonos de Stark, y al llegar a la puerta principal de la residencia la abrió y le cedió el paso a Becca. Pero en lugar de seguirla, yo me detuve. La intuición me decía que aún tenía algo que hacer allí y, por mucho que me hubiera gustado no hacerle ni caso, sabía que no podía permitírmelo.

—Entro enseguida —le dije a Darius. Advertí que estaba a punto de discutir conmigo, pero me adelanté, sacudí la cabeza y le dije—: Confía en mí. Solo será un segundo.

—Estaré dentro —dijo Darius, que le echó un vistazo a Stark y, con una

expresión dura, entró y cerró la puerta.

Me volví hacia Stark. Sabía que la frase que le dijera entonces era muy importante y que me arriesgaba con ella, pero me acordé del poema de Kramisha y de la línea que decía: «La Humanidad la salva/¿me salvará ella a mí?». Al menos tenía que intentarlo.

—Jack está cuidando de *Duchess* —dije sin más preámbulos.

Vi un destello de pena atravesar sus ojos otra vez, pero su voz no sonó conmovida.

—¿Y?

—Y simplemente te cuento que tu perra está bien. Lo pasó mal al principio, pero ahora está bien.

—Ya no soy el que solía ser, así que ya no es mi perra.

En esa ocasión sí que oí un temblor en su voz, lo cual me dio la esperanza suficiente como para dar un paso hacia él.

—Oye, lo bueno de los perros es que siempre están dispuestos a ofrecerte su amor incondicional. A *Duch* no le importa quién seas ahora mismo. Ella te sigue queriendo.

—No sabes de qué estás hablando.

—Sí, lo sé. He pasado mucho tiempo con tu perra. Tiene un corazón realmente grande.

—No estaba hablando de ella. Te hablaba de mí.

—Bueno, también he pasado algún tiempo con los iniciados rojos. Por no mencionar que la primera vampira roja que jamás haya existido es mi mejor amiga. Stevie Rae es distinta de como era antes, pero sigo queriéndola. Quizá, si pasaras un tiempo con Stevie Rae y con el resto de los iniciados rojos, tú también podrías, no sé, encontrarte a ti mismo otra vez. Ellos se han encontrado a sí mismos.

Lo último lo dije con más confianza de la que sentía en realidad. Después de todo, había visto pequeños fragmentos de la oscuridad que rodeaba a Stark también en los túneles, alrededor de esos iniciados rojos, y no podía evitar pensar que lo mejor era sacar a Stark de allí, donde el mal parecía ir y venir con tanta facilidad.

—Claro —accedió él con excesiva rapidez—. ¿Por qué no me llevas hasta donde está esa vampira, Stevie Rae, y vemos qué pasa?

—Claro —asentí también con la misma rapidez—. ¿Por qué no dejas el arco y las flechas aquí, y me enseñas cómo salir del campus sin que esos pájaros *frikis* se enteren, y te vienes conmigo?

La expresión de Stark se endureció y de nuevo se convirtió en un malvado extraño.

—¡Yo no voy a ninguna parte sin mi arco, y nadie abandona el campus sin que ellos se enteren!

—Entonces me parece que no podrás venirte conmigo adonde está Stevie Rae.

—No me hace falta que me enseñes dónde está Stevie Rae. Ella lo sabe todo de vuestro escondite. Cuando quiera a tu amiga, la tendrá. Si yo fuera tú, esperaría ver a Stevie Rae mucho antes de lo que imaginas.

De inmediato comenzaron a sonar timbres de alarma en mi mente. Y esa vez no me hizo falta preguntarle a Stark a quién se refería. Pero en lugar de demostrarle lo enfadada que estaba por la confesión que me había hecho, sonreí con calma y le dije:

—Nadie se está escondiendo. Yo estoy aquí, y Stevie Rae está en el mismo sitio en el que ha estado desde que superó el cambio. No veo dónde está el problema. Además, siempre me alegro mucho de verla, así que si se presenta aquí, pues estupendo.

—Sí, vale. No hay ningún problema. Pues para mí también es estupendo estar justo donde estoy —afirmó Stark, que apartó la vista de mí y miró hacia la niebla helada que se derramaba perezosamente a nuestro alrededor—. De todos modos, no comprendo por qué te importa.

De pronto supe exactamente qué tenía que decir.

—Solo estoy haciendo honor a mis promesas.

—¿A qué te refieres?

—Antes de morir me pediste que te prometiera dos cosas. Una era que no te olvidara, y no te he olvidado. Y la otra era que cuidara de *Duchess*, y quería que supieras que me he asegurado de que ella está bien.

—Puedes decirle a ese chico, Jack, que ahora *Duchess* es suya. Dile que... — Stark hizo una pausa y, aún sin mirarme, inhaló hondo, pero temblorosamente—. Dile que es una buena perra y que cuide ella.

Seguí haciendo caso de mi intuición y me acerqué unos cuantos pasos más para poner una mano sobre su hombro casi exactamente igual a como lo había hecho el día de su muerte.

—Tú sabes que no importa lo que digas o a quién se la des, *Duchess* siempre será tuya. El día de tu muerte ella lloró. Yo estaba allí. Lo vi. Jamás lo olvidaré. No lo olvidaré nunca.

Stark no me miró, pero lentamente dejó caer el arco al suelo y puso una mano sobre la mía. Nos quedamos ahí, de pie, el uno al lado del otro. Tocándonos, sin decirnos nada. Yo escrutaba su rostro al detalle, así que vi su transformación completa. Sin dejar de apretarme la mano, que mantenía sobre la mía, dejó escapar un lento y largo aliento, y su rostro se relajó. Él último vestigio de rojo abandonó sus ojos, y la extraña sombra oscura se evaporó. Cuando por fin me miró, volvía a ser el chico hacia el que me había sentido tan atraída y que había muerto en mis brazos mientras le escuchaba decirme que volvería a buscarme.

—¿Y si no queda nada en mí digno de amor? —me preguntó con un tono de voz tan bajo, que de no haber estado yo de pie tan cerca de él no lo habría oído.

—Creo que aún puedes elegir lo que eres, o al menos lo que quieres llegar a ser. Stevie Rae eligió su humanidad antes que ser un monstruo. Depende de ti.

Sé que lo que hice a continuación fue una estupidez. No estoy segura de por qué lo hice. Quiero decir que yo ya tenía un tema sin resolver con Erik y con Heath. Lo último que me hacía falta era que otro chico me complicara más la vida, pero en ese momento solo existíamos Stark y yo, y él volvía a ser el mismo de antes: el chico que había estado sufriendo a causa del don que Nyx le había concedido, porque había causado accidentalmente la muerte de su mentor; el chico que, después de eso, se había quedado horrorizado ante la idea de volver a herir a alguien alguna vez. El chico con el que yo había contactado de una manera natural tan inmediata y profundamente, que había llegado a creer que quizá existieran de verdad las almas gemelas y, al menos durante unos breves momentos, a pensar que quizá él fuera la mía. En eso fue en todo lo que pensé al dar un paso y abrazarlo. Luego, cuando él se inclinó y, vacilante, apretó los labios contra los míos, cerré los ojos y lo besé suave y dulcemente. Él me devolvió el beso y me sujetó con tal suavidad, que fue como si sintiera que podía romperme.

Entonces noté que se ponía tenso y que se apartaba de mí, que daba un paso atrás, tambaleándose. Estoy segura de que vi lágrimas en sus ojos antes de oírle gritar:

—¡Deberías haberme olvidado!

Stark recogió el arco y salió disparado en dirección a la oscuridad de la noche tormentosa.

Nada más marcharse me quedé ahí, mirando en la dirección en la que se había ido, preguntándome qué diablos me pasaba. ¿Cómo podía haber besado a un tío que acababa de atacar a una chica unos segundos antes? ¿Cómo podía sentirme conectada con alguien que podía ser más un monstruo que un hombre? Quizá ya no me conociera a mí misma. Desde luego no sabía en qué me estaba convirtiendo.

Me estremecí. La fría humedad de la noche parecía haberse instalado en mi ropa, en mi piel, dentro de mis huesos. Y me sentía cansada. Realmente cansada.

—Gracias, fuego, aire y agua —susurré a los elementos, siempre atentos—. Me habéis servido bien esta noche. Ahora podéis iros.

La niebla y el hielo giraron a mi alrededor una vez más y luego se apresuraron a alejarse, dejándome a solas con la noche, la tormenta y la confusión. Cansada, me volví hacia los dormitorios; ansiaba poder entrar, tomar una ducha y acurrucarme en una cama durante unos cuantos días seguidos.

Pero naturalmente, mis deseos no eran órdenes para nadie...



Apenas había rozado la puerta cuando Darius la abrió. Su dura mirada me hizo preguntarme si había observado la escena entre Stark y yo. Sinceramente, esperaba que no.

—Damien y las gemelas están ahí.

Eso fue todo lo que dijo, al tiempo que me hacía un gesto para que lo siguiera hasta el salón principal de la residencia de chicas.

—Lo primero que necesito es que me prestes tu móvil —dije.

Darius no vaciló; no me hizo preguntas molestas acerca de a quién iba a llamar o por qué. Simplemente me tendió su teléfono y luego echó a caminar hacia la sala común. Marqué el número de Stevie Rae y contuve el aliento mientras sonaban los timbres. Al contestar me pareció como si ella hablara desde una diminuta lata, pero al menos la oí.

—¡Eh, soy yo! —dije.

—¡Z! ¡Vaya, me alegro de oír tu voz! ¿Estás bien?

—Sí, estoy mejor.

—¡Bien! Entonces, ¿qué pasa con...?

—Ya te contaré después —la interrumpí—. Ahora mismo tienes que escucharme.

—Bien.

—Haz lo que te dije.

Hubo una pausa, y luego preguntó:

—¿Lo que me dijiste en la nota?

—Sí. Te observan en los túneles. Hay algo ahí abajo contigo.

Esperaba que ella gritara y se quedara con la boca abierta o se asustara, pero contestó con calma:

—Vale, comprendo.

Continué a toda prisa:

—Es muy probable que las cosas pájaros te atrapen en cuanto salgas de los túneles; están esperando a que salgas, así que tienes que tener mucho, pero que mucho cuidado.

—No te preocupes por eso, Z. He estado haciendo un pequeño reconocimiento del terreno en secreto, por mi cuenta, desde que me pasaste esa nota. Creo que puedo llevármelos a todos de aquí sin que nos vean.

—Llama a la hermana Mary Angela antes para decirle que vas para allá. Dile que yo también iré en cuanto pueda. Pero no les cuentes a los iniciados rojos adónde vas; guárdatelo en secreto todo el tiempo que puedas. ¿Me has comprendido?

—Sí.

—Vale. Dale a la abuela un abrazo de mi parte.

—Lo haré. Y no dejaré que nadie le cuente lo de tu accidente. Solo conseguiría ponerse más nerviosa.

—Gracias. ¿Heath está bien?

—Perfectamente. Te dije que no te preocuparas por él. Tus dos novios están bien. Suspiré. Me hubiera gustado poder corregirla y decirle que solo tenía un novio.

—Bien, me alegro de que estén bien. ¡Ah!, Aphrodite también está bien. Sonaba un poco extraño, pero se me ocurrió que ya que yo había comprobado el estado del humano con el que estaba conectada, quizá Stevie Rae también quisiera comprobar el estado de la humana con la que estaba conectada.

Stevie Rae soltó una alegre carcajada que me resultó muy familiar.

—¡Oh, Z! Ya sé que Aphrodite está bien. Podría decirte qué le pasa en cualquier momento. Es extraño, pero es cierto.

—Vale, bien. Bueno, tengo que colgar. Y tú también.

—¿Quieres que saque a todo el mundo de aquí esta noche?

—Ahora —dije con rotundidad.

—Vale. Hasta pronto, Z.

—Por favor, mucho, mucho cuidado.

—Tranquila, no te preocupes por mí. Tengo unos cuantos trucos en la manga.

—Los vas a necesitar. Hasta pronto.

Corté la comunicación. Era un alivio saber que Stevie Rae iba a llevarse a todos los iniciados al sótano bajo el convento de las hermanas benedictinas. Tenía que creer que a la oscuridad que había visto suspendida por los túneles no le iría tan bien en el sótano de las hermanas. Y también tenía que creer que Stevie Rae podría llevarse a todos los chicos allí sin que los capturaran los cuervos del escarnio. Si nosotros teníamos la misma suerte, entonces quizá todos pudiéramos reunirnos y reagruparnos, y después resolver el problema de qué diablos hacer con Kalona y Neferet. Le preguntaría a Stevie Rae por la tenebrosa sombra oscura. Por desgracia, me daba la sensación de que ella sabía bastante más del tema que yo.

Entré en el salón. Por lo general, después de clase, solía estar a tope de iniciadas merodeando por ahí, viendo una de las muchas pantallas planas de televisión. Había grupos de cómodos sillones y sofás de dos plazas alrededor de la sala, y los chicos solían ocupar todos los huecos para relajarse después de un largo día de colegio.

Pero aquel día no había muchos iniciados, y los que había allí sentados mantenían una actitud extrañamente sumisa. En parte podía deberse a que la tormenta había tirado el cable de la antena de la televisión de pago, pero la Casa de la Noche tenía generadores de reserva, y los chicos hubieran debido de estar viendo películas. Quiero decir que, ¡venga ya! Casi todo el mundo tiene Netflix. Sin embargo, los

pocos chicos que quedaban por allí estaban todos apiñados, hablando en un tono de voz apenas por encima del murmullo.

Dirigí la vista automáticamente hacia la zona donde nos gustaba reunirnos a mis amigos y a mí, y me alegré al ver allí a Damien y a las gemelas. Tenían a Becca sentada en medio de ellos, y supuse que estarían consolándola y tratando de evitar que rompiera a llorar como una histérica. Pero al acercarme comprobé que estaba muy equivocada.

—En serio, estoy bien. No es para tanto —insistía Becca con una voz que ya no sonaba ni trémula ni atemorizada, sino que de pronto parecía terriblemente molesta.

—¡Dice que no es para tanto! —repitió Shaunee—. ¡Por supuesto que es para tanto!

—Ese tío te ha atacado —dijo Erin.

—No fue exactamente así —dijo Becca, sacudiendo las manos con un gesto despectivo—. Estábamos jugueteando. Además, Stark está como un tren.

Erin soltó un bufido.

—Sí, bueno, a mí también me suelen poner a cien los violadores, claro.

Becca entrecerró los ojos y la miró con frialdad y malicia.

—Stark está como un tren, y a ti lo que te pasa es que estás celosa porque él no te desea.

—¿Dices que no me desea? —preguntó Erin, incrédula—. ¿Y no querrás decir, más bien, que no quiere agredirme sexualmente? ¿Por qué lo justificas?

—¿Qué demonios te pasa, Becca? —preguntó Shaunee—. Ningún tío debería salirse con la suya cuando...

—¡Esperad! —exclamó Damien, alzando la voz—. ¿Sabéis? Becca tiene razón. Stark está como un tren —afirmó Damien. Las gemelas se quedaron mirándolo atónitas, y él se apresuró a continuar—: Si Becca dice que solo estaban jugueteando, ¿quiénes somos nosotros para juzgar?

Fue entonces cuando Darius y yo entramos en el pequeño y agitado círculo.

—¿Qué ocurre? ¿Estás bien? —le pregunté a Becca.

—Perfectamente bien —contestó, lanzándoles a las gemelas una mirada helada y poniéndose en pie—. De hecho, me estoy muriendo de hambre, así que me voy a por algo de comer. Lamento haberos causado problemas ahí fuera a vosotros dos. Hasta luego.

Becca se marchó apresuradamente.

—¿Qué demonios acaba de ocurrir? —pregunté en voz baja.

—Lo mismo que ha estado ocurriendo en este maldito...

—¡Subid las escaleras! —ordenó Darius, haciendo callar a Erin.

Me quedé un tanto sorprendida al ver como mis amigas obedecían mansamente a Darius. Salimos del salón comunitario haciendo caso omiso de las miradas curiosas

de los pocos chicos que quedaban sentados por allí en silencio.

—¿Está Aphrodite en su habitación? —preguntó Darius mientras subíamos las escaleras.

—Sí, dijo que estaba cansada —contestó Shaunee.

—Seguramente estará colgada del techo boca abajo al estilo murciélago, como suele hacer —comentó Erin. Miró por encima del hombro hacia Darius y añadió—: Y hablando del humor de Aphrodite, le va a dar un ataque en cuanto vea cómo te has puesto esa preciosa cara.

—Sí, pero si necesitas consuelo de su odiosa superficialidad, aquí tienes un poco de café con moca —dijo Shaunee, alzando ambas cejas.

—Y aquí un café suave con mucha vainilla —añadió Erin en tono ligón.

Darius sonrió de buen humor y simplemente contestó:

—Lo tendré en cuenta.

Pensé que las gemelas debían saber lo que se hacían, y me juré que no me metería en medio si Aphrodite descubría que las dos habían estado ligando con su hombre, porque en ese momento estaba demasiado cansada como para decir nada.

—¿Te acuerdas de ese jersey azul de cachemira que acababas de comprarte en Saks? —le preguntó Damien a Erin.

—Sí, ¿qué pasa con él?

—Que me lo pido si Aphrodite te destripa por ligar con su hombre —contestó Damien.

—Pero ahora ella es solo humana —dijo Erin.

—Sí, por eso nos figuramos que juntas podremos con ella —dijo Shaunee, que le lanzó volando un beso a Darius—. Recuérdalo, chico guerrero.

Darius soltó una carcajada y puso los ojos en blanco. Estábamos pasando por delante de mi habitación cuando la puerta se abrió y Aphrodite nos llamó:

—Estoy aquí.

Todos nos detuvimos y entramos en mi habitación.

—Aphrodite, ¿qué estás haciendo en mi...?

—¡Oh, mi diosa! ¿Qué demonios te ha pasado en la cara?

Sin prestar atención a nadie más, Aphrodite corrió hacia Darius y comenzó a agitar las manos alrededor de la larga y estrecha cicatriz que le cruzaba un lado del rostro.

—¿Estás bien? ¡Demonios, tiene un aspecto horrible! ¿Te duele? —continuó Aphrodite, que inmediatamente comenzó a remangarse la camisa, enseñando las últimas marcas de los mordiscos de Stevie Rae, ya curadas—. ¿Necesitas darme un mordisco? Adelante, no me importa.

Darius tomó las manos de Aphrodite entre las suyas, trató de calmar sus nerviosos movimientos, y dijo con serenidad:

—Estoy bien, mi belleza. No es más que un arañoazo.

—¿Cómo ha ocurrido? —preguntó Aphrodite, cuya voz sonaba como si estuviera a punto de llorar.

Aphrodite tiró de las manos de Darius hacia la cama que quedaba libre y que había pertenecido a Stevie Rae.

—¡Mi belleza! No pasa nada —repitió él, tirando de Aphrodite para sentarla en su regazo y estrecharla con fuerza.

Darius le dijo otro montón de cosas más, pero yo dejé de escuchar. Estaba demasiado ocupada contemplando...

—¡Cameron! ¡Ahí estás, bonito! ¡He estado tan preocupado por ti! —exclamó Damien, que se tiró al suelo y comenzó a acariciar a su gatito rubio atigrado.

—*Belcebú*, ¿dónde diablos te habías metido? —preguntó Shaunee en tono de reproche a la odiosa criatura gris que había elegido a las dos gemelas.

—Creíamos que estabas por ahí, persiguiendo a *Maléfica*. Pero no: aquí estás tú, y ahí está ella —afirmó Erin.

—Espera —dije, nada más ver a *Nala*, acurrucada encima de mi almohada. Miré a mi alrededor por toda la habitación e hice inventario de los ocho (¡ocho!) gatos—. ¿Qué les pasa a estos gatos?

—Por eso es por lo que estoy aquí —dijo Aphrodite, sorbiendo suavemente por la nariz, acurrucada en brazos de Darius—. *Maléfica* estaba muy rara. No hacía más que entrar y salir de mi habitación por su puertecita pequeña y lloriquear de un modo extraño —explicó Aphrodite, que hizo una pausa para mandarle volando un beso a la horrible bola blanca que se hacía pasar por su gata—. Así que al final la seguí. Y me traje a tu habitación. Entré, y me encontré con todos estos gatos aquí. Y entonces os oí en el salón —advirtió, desviando sus ojos azules hacia las gemelas—. He oído todo lo que habéis dicho, y no penséis ni por un instante que solo porque ahora sea humana no voy a poder daros una patada en culo a las dos.

—Pero ¿qué están haciendo aquí todos estos gatos? —me apresuré a preguntar, antes de que las gemelas comenzaran una batalla entre iniciados y humanos.

—¡Eh, hola, *Nefertiti*! —gritó Darius.

Una lustrosa gata de colores saltó sobre la cama junto a él y comenzó a menear todo el cuerpo.

—Son nuestros gatos —dijo Damien, que aún no había dejado de acariciar a *Cameron*—. ¿Es que no te acuerdas de lo que pasó cuando escapamos de aquí ayer? Estaban todos fuera de la escuela, esperándonos —afirmó Damien, alzando la vista hacia mí—. ¿Nos vamos ya?

—Eso espero —dije—. Pero un momento —añadí. Yo seguía haciendo el inventario de los gatos—. Nuestros gatos están aquí, pero ¿y ese enorme de allí, y ese otro pequeño de color crema, que no se despega del grande?

—El grande es de Dragon Lankford y es de la raza maine coon —contestó Damien—. Se llama *Shadowfax*.

Dragon Lankford, a quien casi todo el mundo llamaba Dragon, era nuestro profesor de esgrima, y era todo un maestro con la espada. Damien tenía mucho talento con la espada, así que no era de extrañar que reconociera al gato de Dragon.

—¡Eh!, creo que esa blanca pequeñita es *Guinevere*, la gata de la profesora Anastasia —dijo Erin.

—Tienes razón, gemela —dijo Shaunee—. Se presenta siempre en clase de hechizos y rituales.

—¿Y esa otra? —pregunté, señalando a una gata siamesa que me resultaba familiar, con el cuerpo de un tono blanco plateado, como la luz de la luna, y las orejas y la cara de un delicado gris. Entonces me di cuenta de porqué me resultaba familiar, y yo misma contesté a mi pregunta—: Es la gata de la profesora Lenobia. No sé su nombre, pero la he visto seguir a la profesora por los establos.

—Vale, vamos a ver si me aclaro: todos nuestros gatos, y además los gatos de Dragon, de su mujer y de la profesora Lenobia de pronto aparecen en la habitación de Zoey —dijo Darius.

—¿Y por qué están aquí? —preguntó Erin.

Contesté a la pregunta de Erin con otra pregunta:

—¿Habéis visto vosotros algún otro gato hoy por ahí? Quiero decir, mientras estabais en clase o durante la comida, entrando o saliendo de la residencia o de una clase a otra, ¿habéis visto algún gato?

—No —negaron las gemelas al unísono.

—Yo tampoco —contestó Damien más despacio.

—Ni uno —dijo Aphrodite.

—Y tú antes advertiste que entre la enfermería y la residencia tampoco había ninguno —recordó Darius.

—Entonces me ha parecido una mala señal, y ahora sigo pensando lo mismo —dije.

—¿Por qué iban a desaparecer todos los gatos excepto estos? —preguntó Damien.

—Los gatos odian a los hombres pájaro —dije—. Cada vez que se me ha acercado uno estando yo con *Nala*, ella se ha asustado muchísimo.

—Hay algo más. Si solo fuera que los detestan, entonces todos se habrían escondido: no quedaría ningún gato merodeando por aquí. Pero aquí hay solo algunos gatos en especial —advirtió Aphrodite.

—Puede que sea eso —dijo Damien—. Puede que haya algo en especial en estos gatos en concreto.

—Vale, detesto ser una frívola, o puede que no lo deteste, pero ¿podemos olvidarnos de los condenados gatos por un momento, por favor? Quiero saber quién

diablos le ha hecho esto en la cara a mi hombre —dijo Aphrodite.

Al oír el cariñoso apelativo, Darius sonrió tan embelesado y contento que fue evidente que no iba a contestar.

—Kalona —afirmé por fin.

—Me lo temía —dijo Damien—. ¿Cómo ocurrió?

—Darius atacó a Rephaim —expliqué—, cosa que enfadó a Kalona. Kalona no permitió que Stark lo matara, pero sí le rajó él mismo la cara como regalo por haber herido a su hijo favorito.

—¡Ese jodido Stark! —exclamó Shaunee.

—¡Sí que es jodido, sí! Él y ese asqueroso hombre pájaro hacen exactamente lo que les place —dijo Erin.

—Y nadie hace nada al respecto —añadió Shaunee.

—Sí, como lo que habéis visto que le ha pasado a Becca —confirmó Damien.

—Y hablando de Becca —continuó Shaunee—, ¡pues tú bien que estuviste de acuerdo con ella en que no pasaba nada porque total, como Stark está como un tren!

—No ibas a conseguir nada de ella. Becca está de su parte. Por lo que yo sé, Stark, los pájaros y Kalona hacen lo que quieren con quien les da la gana, y sus actos no tienen consecuencias —dijo Damien.

—No es solo que no tengan consecuencias, es peor que eso —dijo Aphrodite, que seguía en brazos de Darius, pero estaba ya más serena—. Es como si Kalona ejerciera un hechizo sobre todo el mundo, y hubiera extendido ese hechizo a Stark y a los pájaros.

—Por eso es por lo que estuve de acuerdo con Becca y la dejé marchar. No me parece buena idea llamar la atención haciéndoles notar que no formamos parte del club de fans de Kalona —dijo Damien.

—Y de Neferet, no os olvidéis de ella —dijo Aphrodite.

—Ella está con él, pero no creo que esté exactamente bajo su hechizo —dije yo—. Les oí hablar cuando ellos creían que yo estaba desmayada, y ella no estaba de acuerdo con él. Él se puso gruñón, se envalentonó y la amenazó, y ella pareció dar marcha atrás, pero en realidad lo que estaba haciendo era cambiar de táctica. Pretende manipularlo, solo que no sé si él lo sabe o no. Y ella también está cambiando.

—¿Cambiando? ¿A qué te refieres con eso? —preguntó Damien.

—Tiene un poder distinto del que tenía antes —afirmó Darius.

Asentí y expliqué:

—Es como si se hubiera encendido un interruptor en su interior, y ese interruptor hubiera liberado un tipo diferente de poder.

—Un poder oscuro —matizó Aphrodite. Todos la miramos—. Su poder ya no se basa en Nyx. Por supuesto que sigue usando los dones que le concedió nuestra diosa, pero ahora está canalizando energía también de otro lugar. ¿Es que no lo notasteis en

el pasillo de la enfermería?

Hubo un largo silencio, y Damien habló el primero:

—Creo que estábamos demasiado ocupados luchando contra la atracción de Kalona.

—Y el jodido miedo —añadió Erin.

—Desde luego —convino Shaunee.

—Bueno, pues ahora ya lo sabéis. Neferet es ahora una amenaza mayor aún que antes. Estuvieron hablando mientras creían que yo estaba desmayada. Neferet y Kalona planean un nuevo futuro en el que toman el control del Consejo —dije, ansiosa por acurrucarme en la cama y taparme con las sábanas hasta la cabeza.

—¡Oh, mi diosa! ¿El Alto Consejo? —preguntó Aphrodite.

—No estoy segura, pero me temo que sí. Y también me temo que su nuevo poder le ha dado habilidades especiales —dije. Hice una pausa. No quería asustar a la pandilla antes de tener una charla con Stevie Rae, pero tenían que estar prevenidos, así que elegí las palabras con mucho cuidado—. Creo que Neferet puede proyectar su influencia moviéndose a través de sombras, o manipulándolas.

—Eso es malo —dijo Damien.

—Significa que tenemos que estar alerta —dijo Erin.

—Muy alerta —convino Shaunee.

Darius asintió.

—Recordadlo siempre: Neferet es nuestra enemiga, Kalona es nuestro enemigo, y casi todos los demás iniciados son también enemigos nuestros —dijo Darius, dirigiendo una severa mirada a cada uno—. ¿Y el resto de profesores? Todos habéis ido a clase hoy, ¿no? ¿Cómo se han comportado?

—Sí, hemos ido a clase. Por raro que resulte —confirmó Shaunee.

—Ha sido como asistir a clase en el instituto de los descerebrados —dijo Erin.

—Parece que todos los profesores están cautivados por Kalona —dijo Damien—. Aunque, por supuesto, tampoco lo sé seguro. Ni siquiera hemos estado solos con los profesores.

—¿Qué quieres decir con eso de que no habéis estado solos? —pregunté.

—Quiero decir que esos pájaros estaban por todas partes, entraban y salían de clase, se quedaban dentro.

—¿Estás de broma? —insistí.

Un escalofrío de pura repugnancia me recorrió entera ante la mera idea de que esas horribles mutaciones de la naturaleza pudieran moverse libremente entre los iniciados, como si ese fuera su lugar.

—No está de broma. Están por todas partes. Es como en *La invasión de los ultracuerpos* —dijo Aphrodite—. Los tipos buenos parecen iguales por fuera, pero por dentro están jodidos, y los cuervos del escarnio son los malditos alienígenas.

—¿Y los Hijos de Érebo? ¿Soportan todo esto? —preguntó Darius.

—Yo no he visto a un solo guerrero desde que Aristos nos escoltó hasta el interior del campus —dijo Damien—. ¿Y vosotros, chicos?

Las gemelas y Aphrodite sacudieron las cabezas en una negativa.

—Esto no me gusta —dije.

Sentí que una ola de agotamiento me envolvía y me restregué la frente. ¿Qué íbamos a hacer? ¿Quiénes eran nuestros amigos? ¿Y cómo diablos íbamos a salir de la Casa de la Noche para ir a un lugar que fuera seguro?



—¿Zoey?, ¿estás bien?

Alcé la vista y vi los dulces ojos marrones de Damien. Antes de que pudiera contestarle, Darius habló:

—No, no está bien. Zoey necesita dormir: tiene que descansar para recuperar la energía.

—¿Qué tal está tu asquerosa y fea herida abierta? —me preguntó Erin.

—No parecía que estuvieras sangrando, ni tienes manchado ese encantador traje de hospital, así que hemos supuesto que ya estabas bien —dijo Shaunee.

—Estoy mejor, pero tengo problemas para recuperar la energía. Es como si fuera un móvil y tuviera el cargador estropeado.

—Debes descansar —repitió Darius—. Tu herida ha sido casi fatal. Recuperarse lleva tiempo.

—¡No tenemos tiempo! —grité, completamente frustrada—. Tenemos que salir pitando de aquí, lejos de Kalona, y encontrar el modo de vencerlo.

—Salir de aquí no va a ser tan fácil como la última vez —advirtió Damien.

—¡Como si la otra vez hubiera sido fácil! —exclamó Aphrodite con un bufido.

—Comparado con aquello a lo que nos enfrentamos ahora, no te quepa duda —continuó Damien—. Los cuervos del escarnio están por todas partes. Anoche atacaban a los iniciados al azar. Había una tremenda confusión, y eso nos ayudó a escapar. Hoy están organizados y apostados por todas partes.

—Los he visto alrededor de todo el perímetro. Hay más del doble de centinelas de los que solíamos tener nosotros —dijo Darius.

—Pero no hay ninguno en la puerta de la residencia, como solíais ponerlos vosotros —le dije a Darius.

—Eso es porque en realidad no les importa si estamos a salvo o no. Solo quieren evitar que salgamos de la escuela —dijo Damien.

—¿Por qué? —pregunté, cansada, restregándome la sien a causa del dolor de cabeza que comenzaba a sentir.

—Sea lo que sea lo que están planeando, ahora mismo necesitan aislamiento —dijo Darius.

—Y eso, ¿no significa que más bien están tratando de tomar el control de esta Casa de la Noche, más que intentar nada con el Alto Consejo? —me preguntó Aphrodite.

Al ver que no podía darle la respuesta afirmativa que ella esperaba, Darius tomó la palabra:

—Quizá, pero es demasiado pronto como para saberlo en realidad.

—Bueno, la tormenta de hielo los está ayudando con el tema del aislamiento. No hay electricidad en ninguna parte. El servicio de móviles falla mucho. Excepto en algunos sitios que funcionan con generadores, Tulsa está a oscuras —dijo Damien.

—Me pregunto si el Alto Consejo de Nyx sabe que Shekinah ha muerto —comentó Darius.

Miré a Damien y le pregunté:

—¿Qué ocurre cuando muere la alta sacerdotisa de todos los vampiros?

Damien arrugó la frente y se puso a pensar.

—Bueno, si no recuerdo mal por las clases de sociología vampírica, el Alto Consejo de Nyx se reúne y elige a una nueva alta sacerdotisa. Pero eso solo ocurre una vez cada trescientos o quinientos años. Una vez elegida, la alta sacerdotisa reina durante toda su vida. La elección es un asunto muy importante, sobre todo cuando es repentino, como en esta ocasión.

Me animé y seguí preguntando:

—¿Y no sería lógico que el Consejo de Nyx estuviera pero que muy interesado en averiguar cómo ocurrió la repentina muerte de Shekinah?

—Yo diría que sí, sin duda —asintió Damien.

—Así que esa podría ser una razón muy importante para que Kalona quisiera mantener aislada nuestra Casa de la Noche. No quiere llamar la atención del Alto Consejo —concluyó Aphrodite.

—O sí quiere llamar la atención, pero para presentar a Neferet como la nueva alta sacerdotisa, y para eso primero tiene que reunir el poder suficiente como para estar seguro de que conseguirá los votos del Consejo.

Se produjo un silencio mortal en la habitación, y todo el mundo me miró horrorizado por lo que acababa de decir.

—No podemos permitir que ocurra eso —dijo finalmente Darius.

—No lo permitiremos —afirmé con rotundidad y esperando poder encontrar algún modo de respaldar mis palabras—. Oye, ¿Kalona sigue diciendo que es Érebo que ha vuelto a la tierra?

—Sí —dijo Erin.

—Y por estúpido que parezca, todo el mundo lo cree —añadió Shaunee.

—¿Has visto hoy a Kalona? —le pregunté a Shaunee—. Quiero decir, además de verle cuando llegamos.

—No —negó sacudiendo la cabeza.

Dirigí la vista entonces hacia Erin.

—Te digo lo mismo. Yo tampoco he vuelto a verlo —dijo Erin.

—Yo no lo he visto —dijo Damien.

—Ni yo, pero por mí que le den —dijo Aphrodite.

—Sí, pero puede que tú seas la única que piensa así —contesté despacio. Aparté la vista de las gemelas y miré a Damien—. Ya hemos dicho que Kalona tiene una especie de magia de mierda y que la ejerce sobre todo el mundo. Funciona incluso con nosotros, a menos que no lo miremos a los ojos o que luchemos realmente duro; y eso que estamos advertidos. Nosotros sabíamos que él era el mal. ¡Demonios, pero si tuve que ver como estrangulaba a Darius casi hasta la muerte para dejar de jadear y gemir por él!

—¿Ese bastardo casi te estrangula? —preguntó Aphrodite—. ¡Mierda, eso sí que me cabrea! ¡Ah!, y por si no os habíais dado cuenta a la primera, pandilla de lerdos, enteraos bien: a mí no me afecta ni lo más mínimo la magia del *friki* ese con alas que os tiene a todos locos. No me gusta. ¡En absoluto!

—Exacto —dije—. Ya me he dado cuenta hoy. Tú no te sentías atraída hacia él.

—¿Qué es eso de sentirse atraída hacia él? ¡Pero si no es más que un matón, un chulo! No viste bien. Y además, a mí no me gustan nada los pájaros. Quiero decir, ¿no se supone que la gripe aviar es una forma horrible de morir? Así que no. Ese para mí no tiene ningún atractivo.

—Me pregunto por qué a ti no te afectará —musité en voz alta.

—¿Porque ella es anormal? —sugirió Shaunee.

—¿Porque es una verdadera *friki* metida en la piel de una humana? —añadió Erin.

—¿Y no podría ser porque soy excepcionalmente intuitiva, y veo a través de su bravuconería? ¡Ah!, pero entonces eso significaría que también podría ver a través de vuestra estupidez —dijo Aphrodite.

—Puede que ahora sí que hayas dado en el clavo —dijo Damien, un tanto nervioso—. Todos sentimos esa atracción pero podemos resistirla, no como otros iniciados, ¿no?

Todos asentimos.

—Bueno, nosotros tenemos los elementos; hemos sido tocados física e intuitivamente por ellos mucho más que otros iniciados. Puede que nuestras habilidades extrasensoriales nos den el poder de resistir al atractivo de Kalona.

—Los iniciados rojos dijeron que ellos tampoco se sentían atraídos hacia él en absoluto, exactamente igual que Aphrodite —dije entonces—. Y todos ellos tienen habilidades psíquicas.

—Eso suena lógico y funciona con los iniciados, pero ¿y los vampiros? —preguntó Darius.

—¿No son vuestras habilidades psíquicas distintas entre vosotros, igual que nos pasa a nosotros? —le preguntó Aphrodite—. Por supuesto, los iniciados dicen que todos los vampiros tienen poderes adivinatorios, pero eso no es realmente cierto, ¿no es así?

—No, en realidad no es cierto, aunque muchos de nosotros somos muy intuitivos —dijo Darius.

—¿Tú lo eres? —le pregunté.

Darius sonrió y contestó:

—Solo cuando se trata de defender a aquellos a los que he jurado proteger.

—Pero eso significa que hay algo especialmente intuitivo en ti —afirmó Damien, que seguía hablando con nerviosismo—. Vale, ¿qué otros vampiros de esta Casa de la Noche son muy intuitivos?

—Neferet —dijimos todos al unísono.

—Eso ya lo sabemos. Ella ya ha optado por Kalona, así que ahora mismo ya no cuenta. ¿Quién más? —volvió a preguntar Damien.

—¡Damien! ¡Creo que esta vez has dado en el clavo! —exclamé.

Todo el mundo se quedó mirándome, pero yo me quedé mirando al montón de gatos que había reunidos en mi habitación.

Y, como es habitual, Damien lo captó al instante:

—¡Dragon, la profesora Anastasia y la profesora Lenobia! Ellos son los vampiros a los que consideraría más intuitivos, después de Neferet.

—Así que no es ninguna coincidencia que sus gatos estén aquí con nosotros —concluyó Darius.

—Son una señal, nos los han enviado para hacernos saber que estamos en la pista correcta —dijo Damien.

—Entonces esa es la segunda razón por la que no podemos marcharnos de aquí esta noche —dije.

—¿La segunda razón? —repitió Aphrodite.

—La primera es que ahora mismo me es imposible controlar a los elementos durante el tiempo suficiente como para que esos cuervos del escarnio no nos vean. Estoy demasiado cansada. Y la segunda es que si Dragon y las profesoras Anastasia y Lenobia pueden ver a través de toda la... porquería esa de Kalona, entonces quizá puedan ayudarnos a librarnos de él.

—El mundo se está derrumbando. De verdad que no pasa nada por que digas un taco o dos —dijo Aphrodite.

—El hecho de que el mundo se esté derrumbando no es excusa para adquirir malos hábitos —dije con una voz extrañamente parecida a la de mi abuela.

—Vale, entonces de acuerdo, nos quedamos aquí un día más. Zoey, tú tienes que dormir. Mañana todos iréis a clase como haríais normalmente —dijo Darius.

—Vale, de acuerdo —dije—. Damien, ¿podrías tratar de quedarte a solas con Dragon un rato y comprobar si es cierto que está de nuestra parte?

—Sí, supongo que debería poder hacerlo mañana, durante la clase de esgrima.

—¿Quién tiene clase de hechizos y rituales con la profesora Anastasia?

Las gemelas levantaron las manos como dos buenas estudiantes.

—¿Podrías vosotras hablar con ella?

—Sin duda —dijo Erin.

—Lo haremos —confirmó Shaunee.

—Yo hablaré con Lenobia —dije.

—Y Darius y yo iremos a echar un vistazo, a ver dónde están apostados todos esos asquerosos cuervos del escarnio del muro —dijo Aphrodite.

—Ten cuidado —le dije a Aphrodite.

—Lo tendrá —confirmó Darius.

—Creo que pase lo que pase, deberíamos irnos mañana. Quedarnos aquí más tiempo de lo absolutamente necesario no me parece correcto —dije.

—De acuerdo. Si es que para entonces has recobrado las fuerzas —dijo Darius.

—Estoy mejor —dije.

Hubo una pausa, y entonces Darius me dijo muy serio:

—Cuando escapemos, Kalona te perseguirá a ti. Irá a por ti hasta que te encuentre.

—¿Cómo estás tan seguro de eso? —preguntó Aphrodite.

—Diles cómo te llama —me dijo Darius a mí.

Suspiré.

—Me llama A-ya.

—¡Oh! —exclamó Erin.

—¡Mierda! —añadió Shaunee.

—Esas sí que son malas noticias —comentó Damien.

—¿De verdad cree que tú eres la doncella que crearon las mujeres *ghigua* para atraparlos hace más de mil años? —preguntó Aphrodite.

—Eso parece.

—¿Y crees que ayudaría si le dijeras que ya no eres una doncella? —siguió preguntando Aphrodite, dedicándome una sonrisa maliciosa.

Puse los ojos en blanco y luego, como el comentario tan poco sutil de Aphrodite acerca de mi virginidad desviaba mi mente inevitablemente hacia el tema de mis problemas con los chicos, me apresuré a añadir:

—Oye, me pregunto cómo es que Stark sí está bajo el hechizo de Kalona. Tiene un don importante de Nyx, y antes de morir me pareció un chico realmente intuitivo.

—Stark es un absoluto gilipollas —afirmó Shaunee.

—Sí, entre lo que les hemos oído contar a los otros chicos y lo de Becca, sin duda puede decirse que es un completo gilipollas —confirmó Erin.

—Puede que eso de morir y no morir lo haya confundido un poco, pero yo voto porque era ya un imbécil antes de casarla y no casarla —dijo Aphrodite—. Tenemos que mantenernos todos lejos de él. Muy lejos de él. Creo que es casi tan

malo como Kalona y Neferet.

—Sí, es como un cuervo del escarnio, solo que sin alas —sentenció Erin.

—¡*Puaj!* —exclamó Shaunee, asintiendo como si estuviera de acuerdo.

Yo no dije nada. Me quedé ahí, sentada. Me sentía realmente cansada y culpable. Lo había besado. Otra vez. Y mis amigos, todos, pensaban que era un monstruo. Probablemente porque era un monstruo. Pero si era tan monstruoso, tal y como parecía, ¿cómo era posible que yo creyera que seguía haciendo algo bueno en él?

—Vale, Z tiene que dormir —dijo Damien, que se puso en pie sin soltar a *Cameron* de sus brazos—. Todos sabemos lo que se supone que tenemos que hacer, así que hagámoslo y salgamos de aquí —continuó Damien, que me dio un abrazo—. Olvídate del poema de Kramisha —añadió en susurros—. No puedes salvar a todo el mundo, sobre todo cuando esa persona no quiere que la salven.

Le devolví el abrazo, pero no le dije nada.

—Suena estupendo eso de volver a los túneles. Todos tenemos que salir de aquí —añadió Damien, que me sonrió con tristeza y abandonó el dormitorio junto con las gemelas.

Ellas también se despidieron de mí y salieron seguidas de varios gatos.

—Vamos —dijo Aphrodite, tomando la mano de Darius y tirando de él para levantarlo de la cama—. Esta noche no vas a volver a tu habitación.

—¿Ah, no? —sonrió él cálidamente.

—No, no vas a volver allí. Parece que hay escasez de Hijos de Érebo por aquí, así que voy a tener que mantener los ojos, y otras partes de mi cuerpo, bien clavados en ti.

—Voy a echar la pota —dije, aunque no pude evitar sonreírles a los dos.

—Tú a dormir —me dijo Aphrodite—. Necesitarás toda tu fuerza para enfrentarte al jaleo de tíos que tienes mañana. Presiento que lo de Erik y Heath va a ser mucho más agotador que controlar a todos los elementos juntos.

—¡Vaya, gracias, Aphrodite! —contesté sarcástica.

—De nada. Solo pretendía ayudar.

—Buenas noches, sacerdotisa. Te deseo un sueño reparador —dijo Darius justo antes de que Aphrodite tirara de él y lo sacara del dormitorio.

El último de los gatos lo siguió, dejándome por fin a solas con *Nala*.

Suspiré y me metí la mano en el bolsillo para sacar la botella de sangre. La levanté y la vacié como si se tratara de una de esas deliciosas bebidas embotelladas del Starbucks. Me hizo bien notar cómo se extendía la sangre por mi cuerpo, como si fueran cálidos dedos, pero no me dio la sacudida eléctrica a la que estoy acostumbrada. Simplemente estaba demasiado agotada. Me levanté arrastrándome de la cama, me quité la ropa de hospital y busqué mis calzoncillos de chico favoritos por el cajón (los que tienen el dibujo del símbolo de Batman) y una vieja camiseta dada

de sí. Justo antes de ponerme la camiseta, me vi de reojo en el espejo y me quedé helada.

¿De verdad era esa yo? Parecía mucho mayor de diecisiete años. Podía ver todos mis tatuajes, y parecían como un soplo de vida sobre un cadáver. ¡Estaba tan pálida! Y los círculos bajo mis ojos resultaban realmente espeluznantes. Lentamente dejé que mi mirada vagara hacia abajo, hasta llegar a la herida. Era horrible, ¡y enorme! Quiero decir que se extendía desde un hombro hasta el otro. No, ya no estaba abierta como una espantosa boca, pero era dentada y tenía un borde fruncido rojo. A su lado, la herida de cuchillo de la cara de Darius parecía un arañazo, tal y como a él le gustaba llamarla.

Toqué la herida suavemente e hice una mueca al sentir cuánto me dolía aún. ¿Se quedaría ya para siempre así de levantada? Vale, me daba cuenta de que era increíblemente superficial por mi parte, pero sentía deseos de romper a llorar. No porque el infierno se hubiera desatado sobre nosotros. No porque Neferet se hubiera vuelto superpeligrosa. No porque ella y Kalona pudieran muy bien estar amenazando el equilibrio entre el bien y el mal en el mundo entero conocido. Ni tan siquiera porque estuviera hecha un lío entre Erik, Heath y Stark. Quería llorar porque iba a tener una gigantesca y horrible cicatriz, y probablemente ya nunca más podría volver a ponerme una camiseta de tirantes. ¿Y si alguna vez quería, digamos, dejar que alguien volviera a verme desnuda? Quiero decir que había tenido una mala experiencia con el sexo, pero sin duda algún día tendría una estupenda relación y, antes o después, querría que él me viera desnuda, ¿no? Me quedé mirando la herida aún sin curar, con su horrible aspecto, y reprimí el llanto. Mal.

Vale, decididamente tenía que dejar de pensar en ello y de mirarme desnuda. Hacerlo no podía ser bueno para mí. ¡Demonios! No podía ser bueno para nadie en mis circunstancias.

Me puse la camiseta por la cabeza precipitadamente y musité:

—Aphrodite ha debido de pegárseme demasiado. Juro que no suelo ser tan superficial.

Nala estaba esperándome en la cama, en su sitio habitual, encima de la almohada. Me metí debajo de las sábanas y me acurruqué con ella. Me encantaba la forma en que se hacía un ovillo contra mí y encendía el mecanismo de ronroneo. Supongo que hubiera debido de darme miedo quedarme dormida después de la última visita de Kalona durante el sueño, pero estaba demasiado cansada como para pensar y preocuparme. Así que cerré los ojos y me entregué agradecida a la oscuridad.

No estaba en una pradera cuando el sueño comenzó, así que, aunque fuera una tontería, me sentí de inmediato aliviada y relajada. Estaba en una isla increíblemente bella, junto a un lago, contemplando un paisaje que me sonaba de algo, aunque sabía

que no había estado nunca allí. El agua tenía cierto olor a salado y a pescado. Era un lago profundo y de agua densa, y producía una sensación de vastedad que reconocí como propia del océano, a pesar de que nunca he estado en la costa. El sol se estaba poniendo y el cielo estaba encendido con un resplandor marchito que me recordó a las hojas de otoño. Yo estaba sentada en un banco de mármol del color de los rayos de la luna. Estaba decorado con complicados dibujos de parras y flores, y me pareció como si perteneciera a otro tiempo y a otro lugar. Acaricié el suave respaldo, aún caliente después del cálido día a punto de terminar. Era como si de verdad estuviera allí, no como si estuviera soñando. Miré por encima del hombro y abrí inmensamente los ojos. ¡Vaya! Detrás de mí había un palacio con bellas puertas y ventanas arqueadas, todo de un prístino blanco; increíbles pilares y lámparas de araña como las de las bodas asomaban por las ventanas, con luces que vibraban antes del crepúsculo.

El lugar bastaba para arrebatarme el aliento, y yo estaba realmente encantada con mi «yo soñador», por haberlo creado todo, pero también estaba algo desconcertada. Me parecía todo muy real. Y me resultaba familiar. ¿Por qué?

Giré la vista de nuevo hacia el lago y en la otra orilla vi una catedral, pequeñas barquitas y muchas otras cosas increíbles que es imposible que solo estuvieran en mi imaginación. La suave brisa de la noche que soplaba sobre el agua me traía la densa e inconfundible fragancia del agua oscura. Respiré hondo y disfruté de su olor único. Claro, puede que a algunas personas les parezca un tanto apestoso, pero a mí no me lo parecía, yo estaba...

¡Mierda! Una terrible sensación de miedo me recorrió suavemente la espalda. Sabía por qué ese lugar me resultaba familiar.

Aphrodite me lo había descrito unos pocos días antes. No al detalle. Ella había sido incapaz de recordarlo todo, pero lo que me había contado me había provocado una sensación inconfundible e inquietante. Tanto, que reconocí el agua, el palacio y esa impresión de que todo era antiguo.

Aquel era el lugar en el que Aphrodite había tenido la segunda visión de mi muerte.



—Aquí estás. Y esta vez tú me has traído al lugar que has elegido, en lugar de dejar que yo te llame.

Kalona entró en mi ángulo de visión, junto al banco de mármol; era como si se hubiera materializado simplemente a partir del aire. Yo no dije nada. Estaba demasiado ocupada tratando de controlar los frenéticos latidos de mi corazón.

—Tu diosa no es un ser en absoluto normal —dijo en tono amistoso, charlando conmigo mientras tomaba asiento a mi lado en el banco—. Siento el peligro que encierra este lugar para ti. Me sorprende que te haya permitido venir, sobre todo porque debe saber que tú ibas a llamarme. Me figuro que piensa que de ese modo te está haciendo una advertencia, que te está preparando, pero se equivoca con mis intenciones. Lo que yo pretendo es resucitar el pasado, y para hacerlo el presente debe morir. —Hizo una pausa, y con un gesto de desprecio despidió las riquezas de la costa, al otro lado del lago, frente a nosotros—. Ninguna de esas cosas significa nada para mí.

Yo no tenía ni idea de qué estaba hablando, y cuando por fin pude articular palabra, no se me ocurrió ningún otro comentario más brillante, aparte de:

—Yo no te he llamado.

—¡Por supuesto que sí!

Su voz sonaba íntima y seductora; como si él fuera mi novio y yo fuera muy tímida o algo así, y me costara admitir cuánto me gustaba él.

—No —negué sin mirarlo—. No te he llamado para que vengas —repetí—. Y no tengo ni idea de sobre qué estás hablando.

—Mis reflexiones no tienen importancia. Con el tiempo, todo quedará claro. Pero, A-ya, si tú no me has llamado, entonces, ¿cómo es que he aparecido en tu sueño?

Traté de luchar contra la atracción que sentía ya solo por el hecho de oír el sonido de su voz, y me volví hacia él para mirarlo. Otra vez volvía a ser joven: no aparentaba más de dieciocho o diecinueve años. Llevaba unos vaqueros sueltos, de esos que parecen ir proclamando que son los vaqueros que mejor te sientan: vamos, los más sexis. Y desde luego tenían que ser sus favoritos, porque le estaban perfectos. No llevaba ni zapatos ni camisa. Las alas eran un prodigio. Eran negras como una noche sin estrellas, y brillaban a escasa luz, con una belleza sedosa propia. Su piel de bronce sin mácula parecía iluminarse con una luz interior. Su cuerpo estaba más allá de lo increíble. Era como su rostro: tan bello, tan perfecto, que era imposible de describir.

Completamente conmocionada, me di cuenta entonces de que eso precisamente era lo que Aphrodite y yo habíamos pensado del aspecto de Nyx. La diosa nos había

parecido tan de otro mundo en su increíble belleza, que habíamos sido incapaces de describirla. Y, por alguna razón, esa similitud entre Kalona y Nyx me puso increíblemente triste; triste por lo que él había sido un día, y por aquello en lo que se había convertido.

—¿Qué te pasa, A-ya? ¿Qué es lo que te pone tan triste?

Comencé a pensar las palabras con sumo cuidado, pero de pronto me detuve. Si ese era mi sueño, si llevar allí a Kalona había sido idea mía, entonces me mostraría ante todo sincera. Así que dije la verdad:

—Estoy triste porque no creo que hayas sido siempre como eres ahora.

Kalona se quedó completamente inmóvil. Pareció como si la perfección de sus rasgos se solidificara y él se convirtiera en la estatua de un dios.

En el sueño yo no notaba el paso del tiempo, así que bien pudo pasar un segundo o todo un siglo antes de que él respondiera:

—¿Y qué harías si supieras que no he sido siempre como soy ahora, A-ya? ¿Me salvarías, o me enterrarías?

Me quedé mirando sus luminosos ojos del color del ámbar y traté de ver su alma a través de ellos.

—No lo sé —contesté con sinceridad—. No creo que pudiera hacer ninguna de las dos cosas sin tu ayuda.

Kalona rió. El sonido de sus carcajadas pareció bailar por mi piel. Me hizo desear echar la cabeza atrás, abrir los brazos y abrazar la belleza de aquel sonido.

—Creo que tienes razón —dijo sonriéndole a mis ojos.

Al principio aparté la vista. Me quedé mirando el lago y tratando de olvidar lo increíblemente seductor que era.

—Me gusta este lugar —continuó. Pude oír la sonrisa de su voz—. Siento el poder... un poder antiguo. No es de extrañar que hayas elegido venir aquí. Me recuerda al lugar de poder del que surgí dentro de la Casa de la Noche, aunque la tierra aquí no es un elemento fuerte. Eso para mí es un consuelo. Es agradable.

Me concentré en la única cosa que había dicho y que entendía.

—Supongo que no es de extrañar que estés más cómodo en una isla. Teniendo en cuenta que no te gusta mucho la tierra.

—Solo hay una cosa que me gusta de la tierra, y fue descansar en tus brazos, aunque tu abrazo se prolongó durante demasiado tiempo incluso para mí, a pesar de mi gran capacidad para el placer.

Volví a mirarlo. Él seguía sonriéndome amablemente.

—Tienes que saber que yo no soy realmente A-ya.

Su sonrisa no flaqueó.

—No, eso no lo sé.

Lentamente, él alargó una mano y tomó un largo mechón de mi cabello negro

entre los dedos. Me miró a los ojos y dejó que mi pelo se deslizara hasta la palma de su mano.

—Yo no puedo ser ella —añadí con voz un tanto trémula—. No estaba en la tierra cuando tú eras libre. He vivido en la tierra solo durante los últimos diecisiete años.

Él siguió acariciándome el pelo mientras me contestaba:

—A-ya ha estado ausente durante siglos, disuelta una vez más en la tierra que la formaba. Tú simplemente eres ella, renacida a través de la hija de un hombre. Por eso es por lo que eres diferente de las otras.

—Eso no puede ser cierto. No soy ella. No te conocía cuando te levantaste.

—¿Estás completamente segura de que no me conocías?

Sentí el frío de su piel irradiando hacia mi cuerpo, y deseé inclinarme sobre él. Mi corazón galopaba otra vez, solo que en esa ocasión no era por el miedo. Deseaba estar cerca de ese ángel caído más de lo que había deseado nunca nada en la vida. El deseo que sentía por él era incluso más fuerte que la atracción por la conexión de la sangre con Heath. ¿Qué sentiría al saborear la sangre de Kalona? La idea me hizo temblar con un delicioso y prohibido impulso.

—Tú también lo sientes —murmuró—. Estás hecha para mí, me perteneces.

Sus palabras rasgaron la neblina de mi deseo. Me puse en pie y di la vuelta al banco, dejando que el respaldo de mármol se interpusiera entre los dos.

—No. No te pertenezco. No le pertenezco a nadie excepto a mí misma y a Nyx.

—¡Siempre acordándote de esa maldita diosa!

El tono seductor e íntimo de su voz se había evaporado, y una vez más era el ángel frío y sin moral cuyo humor cambiaba a capricho y que podía matar solo con el pensamiento.

—¿Por qué insistes en serle fiel? Ella no está aquí —continuó, extendiendo los brazos. Sus magníficas alas susurraron a su alrededor como una capa viva—. Justo cuando más la necesitas, ella da un paso atrás, te deja sola y permite que cometas errores.

—Eso se llama libertad.

—¿Y qué tiene de maravillosa la libertad? Los humanos se pasan la eternidad empleándola mal. La vida puede ser mucho más feliz sin ella.

Sacudí la cabeza.

—Pero sin ella ya no sería yo. Sería tu marioneta.

—Tú no. A ti no te quitaría la voluntad.

Su rostro cambió al instante: se transformó de nuevo en un adorable ángel, un ser tan bello que resultaba fácil comprender por qué la gente cedía su libertad a cambio de estar cerca de él.

Por suerte, yo no era una de esas personas.

—La única forma de conseguir que yo te amara sería arrebatándome la libertad y

ordenándome que me quedara contigo como si fuera tu esclava.

Me preparé para la explosión que esperaba que provocaran mis palabras, pero él ni gritó, ni saltó del banco, ni se cogió ningún tipo de rabieta. En lugar de ello simplemente dijo:

—Entonces tú y yo seremos enemigos.

No lo había dicho en tono de pregunta, así que decidí que lo mejor era no contestarle. En lugar de ello, le hice yo otra pregunta.

—Kalona, ¿qué es lo que quieres?

—A ti, por supuesto, A-ya.

Sacudí la cabeza con impaciencia, sin hacer caso de su respuesta, y continué:

—No, no me refiero a eso. Quiero decir, ¿por qué estás aquí, en realidad? Tú no eres mortal. Tú... bueno... —Hice una pausa. No estaba muy segura de hasta dónde podía llegar, hablando de ese tema, sin correr peligro. Pero al final decidí lanzarme; al fin y al cabo, él acababa de decir que íbamos a ser enemigos—. Tú caíste, ¿no? Desde, no sé, desde algún lugar que debe de ser lo que muchos mortales llamarían el cielo.

De nuevo hice una pausa, esperando algún tipo de respuesta por su parte.

Kalona asintió ligeramente con la cabeza.

—Así fue.

—¿A propósito?

Él pareció vagamente divertido.

—Sí, vine aquí por mi elección.

—Bueno, ¿y por qué lo hiciste?, ¿qué era lo que querías?

Sus rasgos volvieron a transformarse. Resplandecía con un brillo que solo podía ser inmortal. Kalona se puso en pie, abrió los brazos a los lados y desplegó las alas, extendiéndolas a su alrededor y mostrando una magnificencia que me hizo difícil mirarlo y, a la vez, imposible apartar la vista de él.

—¡Todo! —gritó con la voz de un dios—. ¡Lo quería todo!

Y de pronto él estaba ahí, para mí: un ángel resplandeciente, en absoluto un ángel caído, sino un ángel milagrosamente aquí, en la tierra, a mi alcance. Lo suficientemente mortal como para tocarlo, pero demasiado bello como para ser cualquier otra cosa que no fuera un dios.

—¿Estás segura de que no podrías amarme?

Él tiró de mí y me estrechó en sus brazos. Sus alas se deslizaron majestuosamente y me envolvieron en su delicada oscuridad, como una manta, en contradicción directa con el frío maravilloso y doloroso de su cuerpo, que yo comenzaba a conocer tan bien. Él se inclinó y, lentamente, como si quisiera darme tiempo para apartarme, acercó su boca a la mía.

Al encontrarse nuestros labios, el beso hizo arder mi cuerpo a una temperatura

helada. Me sentí caer. Su cuerpo, su alma; para mí no había nada más. Quería apretarme contra él, que él se perdiera en mí. La pregunta no era si podía amarlo, sino si podía no amarlo. Una eternidad abrazándolo, poseyéndolo, amándolo... jamás sería suficiente.

Una eternidad abrazándolo...

La idea se esparció a través de mí. A-ya había sido creada para amarlo y abrazarlo por toda la eternidad.

¡Oh, diosa!, gritaba mi mente, ¿de verdad soy yo A-ya?

No. Yo no podía serlo. Jamás me lo permitiría.

Lo empujé. Nuestro abrazo había sido una rendición tan completa y apasionada que mi repentino rechazo lo pilló por sorpresa. Se tambaleó hacia atrás y me dejó escapar del doble abrazo, tanto de sus brazos como de sus alas.

—¡No! —gritaba yo, sacudiendo la cabeza a un lado y al otro como una loca—. ¡Yo no soy tuya! Yo soy Zoey Redbird, y si amo a alguien, es porque él se lo merece, y no porque yo sea un pedazo de tierra que ha cobrado vida.

Sus ojos ámbar se entrecerraron al tiempo que la ira se adueñaba de su rostro. Él venía hacia mí.

—¡No! —grité.

Me desperté del susto al oír que *Nala* bufaba como una loca y que alguien, sentado a un lado de mi cama, trataba de defenderse de mí, porque yo no dejaba de agitar los brazos.

—¡Zoey! ¡Ya pasó! ¡Despierta! ¡Vaya, mierda! —soltó el chico al chocar mi puño contra su mejilla.

—¡Apártate de mí! —grité.

Él me agarró de ambas muñecas.

—¡Contrólate!

Entonces alargó una mano y encendió la luz de la mesilla.

Parpadeé y miré al chico que estaba sentado en mi cama, restregándose la mejilla.

—¡Stark!, ¿qué diablos estás haciendo tú en mi dormitorio?



—Pasaba por el pasillo y oí a tu gata maullar y sisear, y luego tú empezaste a gritar. Pensé que te pasaba algo —contestó Stark, que echó un vistazo a las pesadas cortinas drapeadas—. Pensé que quizá hubiese entrado un cuervo del escarnio. Los gatos los detestan de verdad, ¿sabes? Bueno, por eso entré.

—Da la casualidad de que pasabas por delante de mi habitación a las... —Miré el reloj—. ¿A mediodía?

Stark se encogió de hombros, y sus labios se torcieron hacia arriba con esa sonrisa impertinente suya que a mí tanto me gustaba.

—Bueno, me temo que era más algo planeado que una coincidencia.

—Ya puedes soltarme.

De mala gana, Stark dejó de apretarme las muñecas, pero en realidad no me soltó. Yo tuve que soltarme.

—Debe de haber sido una pesadilla horrible.

—Sí, lo ha sido —dije, echándome hacia atrás para apoyarme sobre el cabecero de la cama.

Nala se había tranquilizado y se había acurrucado a mi lado.

—¿De qué iba?

No hice caso de la pregunta. En lugar de eso pregunté a la vez:

—¿Qué estabas haciendo aquí?

—Ya te lo he dicho. Oí ruido aquí dentro y...

—No, me refiero a qué hacías delante de la puerta de mi dormitorio. Además, es mediodía. Todos los iniciados rojos que conozco lo pasan mal a la luz del sol, y a estas horas están profundamente dormidos.

—Sí, podría dormir, pero no importa. Además, ahí fuera no hay sol. Está todo gris y helado.

—¡Jolín! ¿Todavía tenemos la misma tormenta de hielo?

—Sí, hoy va a pasar otro frente por aquí. Debe de ser un asco ser humano y enfrentarte a este follón sin los generadores y el equipo que tiene la escuela.

Lo que dijo me hizo preguntarme si las monjas tendrían un generador en el convento. En realidad, tenía que hablar con la hermana Mary Angela. ¿Hablar con ella? ¡Demonios!, tenía que ir allí. Echaba de menos a mi abuela, y estaba realmente harta de sentir que estaba en peligro todo el tiempo. Suspiré. Estaba increíblemente cansada. ¿Cuánto tiempo había dormido? Hice un recuento mental: debían de haber sido unas cinco horas. ¡*Puaj!* Y encima había desperdiciado un buen rato en un lugar extraño y soñado con Kalona, cosa que, desde luego, no podía contar como verdadero

descanso.

—Oye, pareces cansada —dijo Stark.

—No has contestado a mi pregunta. ¿Por qué has venido aquí? Quiero decir en serio.

Stark se quedó mirándome y soltó un largo suspiro. Entonces dijo:

—Tenía que verte.

—¿Por qué?

Sus ojos marrones buscaron los míos. En ese momento se parecía tanto al Stark de antes de morir y no morir que resultaba desconcertante. Tenía los ojos normales, y a su alrededor no había ninguna sombra tenebrosa y vibrante. Solo el perfil rojo de su tatuaje me recordaba que no era ya el chico que me había contado secretos y me había pedido que lo ayudara en el campo de deportes unas cuantas noches antes.

—Ellos te van a hacer odiarme.

—¿Quiénes son ellos? Además, nadie puede hacerme sentir nada.

Nada más terminar de decirlo, vi mentalmente mi propia imagen en brazos de Kalona, pero la aparté conscientemente.

—Ellos... todos —dijo—. Te dirán que soy un monstruo, y tú les creerás.

Seguí mirándolo tranquilamente y en silencio. Fue él quien primero apartó la mirada.

—Pero tengo que pensar que a lo mejor las cosas que haces ahora, como morder a Becca o andar por ahí dándotelas de que jamás fallas con el arco, y siempre con él colgado, dispuesto a disparar, puede que tengan algo que ver con el hecho de que ellos piensen que ya no eres el mismo chico majo de antes.

—¿Dices siempre exactamente lo que piensas?

—Bueno, no, pero intento ser sincera. Escucha, estoy muy cansada, y acabo de tener un sueño horrible. Las cosas que están ocurriendo por aquí no están bien. Estoy confusa con respecto a muchas cosas. Y has sido tú el que ha venido a mí. Yo no te he llamado ni te he dicho «Oye, Stark, ¿por qué no te cuelas a escondidas en mi dormitorio?». Así que no tengo ganas de jugar a más jueguecitos.

—Yo no me he colado a escondidas.

—No creo que eso sea realmente importante.

—He venido aquí porque tú me haces sentir.

—¿Te hago sentir qué?

—Solo sentir —contestó Stark, pasándose una mano por la frente como si le doliera la cabeza—. Desde que he muerto y luego he vuelto, es como si parte de mí siguiera muerta. No he sido capaz de sentir nada. O, al menos, nada bueno —explicó Stark, que hablaba con frases cortas, como si le resultara duro decirlo—. Vale, sí, tengo necesidades. Sobre todo cuando hace mucho que no bebo sangre. Pero eso no es realmente sentir. Es solo una reacción. Ya sabes: comer, dormir, vivir, morir. Es

automático. —Stark hizo una mueca y apartó la vista de mí—. Para mí es automático coger lo que quiero. Como esa chica.

—Becca —dije con frialdad—. Se llama Becca.

—Vale, así que se llama Becca.

Su expresión se había endurecido. No resultaba tenebroso ni tenía los ojos rojos, pero sí parecía un completo idiota, y yo simplemente estaba demasiado harta como para cabrearme.

—Tú la atacaste. Trataste de forzarla. Escucha, es muy sencillo. Si no quieres que la gente diga cosas malas de ti, entonces deja de hacer cosas malas.

Sus ojos se iluminaron y vi una luz roja en sus profundidades.

—Al final le habría gustado. Si tú y el guerrero hubierais llegado cinco minutos más tarde, la habrías visto a ella encima de mí.

—¿Estás de broma? ¿De verdad te parece que el control mental es lo mismo que los juegos sexuales preliminares?

—¿Estaba enfadada cuando la viste después, dentro? ¿O estaba hablando de lo sexi que soy y de cuánto me desea? —preguntó a su vez Stark.

—¿Y crees que solo por eso lo que hiciste está bien? Jugaste con su mente para que creyera que quería estar contigo. Eso es una violación, lo mires como lo mires, y está mal.

—Tú me besaste justo después de eso, y no jugué con tu mente para nada.

—Sí, bueno, últimamente tengo problemas con mi sentido del gusto para los chicos. Pero te aseguro que ahora mismo no tengo ningunas ganas de ponerme encima de ti.

Stark se puso en pie bruscamente y se apartó de la cama.

—No sé qué diablos estoy haciendo aquí. Soy lo que soy, y nada puede cambiar eso —dijo muy cabreado, echando a caminar a grandes zancadas hacia la puerta.

—Sí puedes cambiarlo.

Dije las palabras en voz baja, pero pareció como si se quedaran flotando en el aire entre los dos y envolvieran a Stark, obligándolo a detenerse. Se quedó ahí de pie un rato, con los puños apretados en los costados y la cabeza ligeramente inclinada, como si estuviera luchando consigo mismo. Aún de espaldas a mí, dijo:

—¿Lo ves? A eso es a lo que me refería. Cuando dices cosas como esas, me haces volver a sentir.

—Quizá sea porque soy la única persona que te dice la verdad ahora mismo.

Nada más decirlo, tuve otra de esas intuiciones profundas y comprendí que estaba diciendo exactamente las palabras que Nyx quería que dijera. Respiré hondo y traté de concentrarme, y aunque estaba cansada, dolorida y confusa acerca de muchas cosas, seguí el hilo que se había desenredado ante mí y traté de coser con él el tejido roto de la humanidad de Stark.

—Yo no creo que seas un monstruo, pero tampoco creo que seas simplemente un buen chico. Veo lo que eres, y creo en lo que tú podrías elegir ser. Stark, ¿es que no lo comprendes? Kalona y Neferet quieren que sigas así porque te están utilizando. Si no quieres convertirte en una criatura de su creación, entonces tendrás que elegir otro camino y luchar contra ellos y contra la oscuridad de la que ellos se rodean.

Suspiré, buscando las palabras correctas, y añadí:

—¿No lo comprendes? El mal vencerá si la gente buena no hace nada.

Debí de tocarle una fibra sensible, porque lentamente Stark se giró y me miró a la cara.

—Pero no soy buena gente.

—Eras un buen tío antes de todo esto. Sé que lo eras. No olvido, tal y como te prometí. Puedes volver a serlo.

—Cuando te oigo decirlo, casi me siento inclinado a creerlo.

—Creerlo es el primer paso. El segundo es actuar de acuerdo con ello —dije. Hice una pausa, pero al ver que él no decía nada, rellené el abrumador silencio con parte de los pensamientos que vagaban por mi cabeza—. ¿Se te ha ocurrido pararte a pensar por qué tú y yo siempre nos encontramos?

Su sonrisa entonces fue la de un chico malo de verdad.

—Sí, y creo que es porque tú estás condenadamente buena.

Traté infructuosamente de no sonreír.

—Bueno, sí, pero me refiero a otro motivo aparte de ese.

—A mí me basta con que estés buena —contestó él, encogiéndose de hombros.

—Gracias, supongo. Pero no era a eso exactamente a lo que me refería. Estaba pensando en que tiene que ver con Nyx y con que tú seas importante para ella.

La sonrisa de Stark se desvaneció al instante.

—Es imposible que la diosa quiera tener algo que ver conmigo. Ya no.

—Te sorprenderías. ¿Te acuerdas de Aphrodite?

—Sí, creo que sí. Es esa chavala engreída, que se cree que es una diosa del amor —asintió Stark.

—La misma. Ella y Nyx están así de unidas —dije cruzando dos dedos.

—¿Estás segura?

—Por completo —afirmé, y, acto seguido, no pude evitar un gigantesco bostezo—. Perdón. Últimamente no he dormido mucho. Entre el estrés de aquí, que estoy herida y que he tenido unas pesadillas horribles, no he dormido mucho que digamos.

—¿Puedo preguntarte una cosa sobre tus sueños?

Me encogí de hombros y asentí somnolienta.

—¿Aparecía Kalona?

—¿Por qué me preguntas eso? —pregunté a mi vez, parpadeando sorprendida.

—Él suele hacerlo. Se mete en los sueños de la gente.

—¿Se ha metido en los tuyos?

—No, en los míos no, pero he oído hablar a las iniciadas, y no te quepa duda de que se ha estado metiendo en los de ellas, solo que a ellas les ha gustado mucho más que a ti.

Pensé en lo sexi que Kalona podía ser y en lo fácil que me hubiera sido ceder ante su hipnótica presencia.

—Sí, no me cabe duda.

—Quiero decirte una cosa, pero no quiero que creas que me lo estoy inventando para aprovecharme de ti —dijo.

—¿Qué?

Stark parecía terriblemente incómodo, como si le pusiera muy nervioso lo que estaba a punto de decir.

—Le cuesta más meterse en tus sueños si no duermes sola.

Me quedé mirándolo fijamente. Él tenía razón. Sonaba como el típico cuento que se inventa un tío para meterse en la cama de una tía (y en sus bragas).

—No estaba durmiendo sola la primera vez que me ocurrió.

—¿Estabas con un tío?

Noté que mis mejillas comenzaban a ponerse coloradas.

—No, estaba con mi compañera de cuarto.

—Tiene que ser un tío. Es como si a él no le gustara competir o algo así.

—Stark, eso suena a tontada.

—¿«Tontada» es una palabra? —preguntó con una sonrisa.

—Es mi palabra. ¿Y cómo diablos sabes esos detalles acerca de Kalona?

—Él habla mucho estando yo delante. A veces casi parece como que ni se da cuenta de que estoy. Le oí hablar con Rephaim sobre los sueños. Kalona dijo que estaba pensando en poner cuervos del escarnio como centinelas entre la residencia de los chicos y la de las chicas para mantenerlos separados, pero al final decidió que no porque le daba igual controlar a los iniciados; le era indiferente meterse en sus sueños o no.

—¡Asqueroso! ¿Y qué hay de los profesores? ¿Están todos también bajo control?

—Aparentemente. Al menos ninguno de ellos se ha puesto en contra de él o de Neferet.

Esperaba que Stark se pusiera a la defensiva con mi interrogatorio, pero no parecía importarle que le hiciera preguntas; al contrario, me contestaba como si para él no representara ningún problema que yo me enterara de todas esas cosas. Así que decidí mirar a ver hasta dónde podía llegar.

—¿Y los Hijos de Érebo? Vi a uno nada más llegar al campus, pero no he vuelto a ver a ninguno más.

—No quedan muchos ya.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que muchos de ellos están muertos. Al caer Shekinah, Ate se volvió loco y lideró un ataque contra Kalona, aunque no creo que fuera Kalona quien la mató.

—No fue él. Fue Neferet quien mató a Shekinah.

—*Mmm...* Sí, es lógico. Neferet es una puta vengativa.

—Creía que tú eras uno de sus lacayos.

—No.

—¿Seguro?

—Sí.

—Y ella, ¿sabe eso? —le pregunté.

—No. Me acordé de una cosa que me dijiste justo antes de morir. Trataste de advertirme de que tuviera cuidado con Neferet.

—Sí, yo también me acuerdo.

—Bueno, pues tenías razón.

—Stark, ella está cambiando, ¿verdad? Quiero decir que ya no es simplemente un vampiro, una alta sacerdotisa y nada más.

—No, no es normal, eso desde luego. Tiene poderes extraños. Juro que puede espiar a la gente mucho mejor que Kalona —dijo Stark, que apartó la vista de mí. Cuando nuestras miradas volvieron a encontrarse, sus ojos estaban ensombrecidos por una tristeza tan profunda como su misma alma—. Ojalá hubieras estado tú allí en lugar de Neferet.

—¿Estar allí? —repetí, aunque por la forma en que se me encogieron las entrañas, creo que sabía exactamente a qué se refería.

—Tú estuviste observando mi cuerpo, ¿no es así? Con esa cámara.

—Sí —dije en voz baja—. La instaló Jack. No quería dejarte solo, y era la mejor manera que se me ocurrió de tenerte vigilado. Pero luego mi abuela tuvo un accidente y las cosas se complicaron... Lo siento.

—Yo también lo siento. Todo habría sido diferente si al abrir los ojos, hubieras sido tú la que estuviera allí en lugar de ella.

Quería preguntar qué le había ocurrido exactamente con todo el asunto de morirse y no morirse, además de hacerle más preguntas acerca de Neferet, pero su rostro estaba tenso y sus ojos reflejaban un inmenso dolor.

—Escucha —dijo, cambiando bruscamente de tema—, tú quieres dormir un poco. Yo también estoy cansado. ¿Y si dormimos juntos? Solo dormir. Te prometo que no intentaré nada.

—Me parece que no.

—¿Prefieres que se te aparezca otra vez Kalona?

—No, pero, bueno, yo... eh... no creo que sea una buena idea que tú duermas

conmigo.

Su expresión se tornó de nuevo dura y fría, pero advertí que seguía habiendo dolor en sus ojos.

—Porque no crees que vaya a cumplir mi promesa.

—No, porque no quiero que nadie sepa que has estado aquí —dije con sinceridad.

—Me marcharé antes de que nadie se entere —dijo en voz baja.

Y, de repente, supe que la respuesta que yo le diera en ese instante podía ser lo que inclinara en un sentido o en otro la balanza de su lucha por la humanidad. En mi mente resonaron las dos últimas líneas del poema de Kramisha: «La Humanidad la salva/¿me salvará ella a mí?». Supe lo que tenía que hacer.

—Vale, bien. Pero con la condición de que salgas de aquí antes de que nadie te vea.

Stark abrió los ojos muy sorprendido, y luego torció la boca con su sonrisa impertinente de chico malo.

—¿Lo dices en serio?

—Por desgracia, sí. Y ahora ven aquí, porque estoy a punto de quedarme dormida en medio de la conversación.

—¡Guay! No hace falta que me lo digas dos veces. Soy un monstruo, no un memo.

Stark volvió corriendo a mi cama.

Me eché a un lado y desalojé a *Nala*, algo que cabreó mucho a la gata. Se marchó a la esquina gruñendo, dio tres vueltas en círculo deprisa, y juro que estaba dormida otra vez antes de que su cabeza llegara a tocar sus mullidas patas, que ella utilizaba de almohada. Volví la vista hacia Stark y, de mala gana, alargué el brazo hacia su lado de la cama antes de que pudiera meterse dentro.

—¿Qué? —preguntó él.

—Primero tienes que quitarte ese arco y esa cosa con las flechas que casi parece que te crece en la espalda.

—Ah, vale.

Stark se sacó por la cabeza el chisme de piel que le colgaba a la espalda y con el que se sujetaba el arco y el carcaj con las flechas. Lo dejó caer al suelo junto a la cama. Al ver que yo seguía sin apartar el brazo, preguntó:

—Y ahora, ¿qué?

—No vas a meterte en mi cama con los zapatos puestos.

—¡Mierda! Lo siento —musitó, quitándoselos de una patada. Luego me miró—. ¿Quieres que me quite algo más?

Lo miré frunciendo el ceño. ¡Como si no estuviera ya lo bastante sexi solo con la camiseta negra, los vaqueros y la sonrisa impertinente! Pero de ningún modo iba a decírselo.

—No, lo demás puedes dejártelo puesto. ¡Jopé!, métete aquí ya de una vez. Estoy realmente cansada.

Nada más meterse Stark en la cama me di cuenta de lo pequeña que era para compartirla con un chico. Tuve que recordarme que la razón por la que dormía conmigo era porque estaba cansadísima y necesitaba descansar.

—Apaga la luz, ¿quieres? —le pedí con un tono de voz mucho más indiferente de lo que me sentía en realidad.

Él alargó una mano y apagó la luz.

—Así que, ¿crees que irás a clase mañana? —preguntó.

—Sí, supongo —contesté. Entonces, como en realidad no quería hablar de la razón por la que iría a clase a pesar de estar aún herida, añadí—: Tengo que acordarme de ir al Hummer con el que nos trajo Darius aquí. Creo que me he dejado allí el bolso. O al menos eso espero, porque detesto perder el bolso.

—Eso sí que me asusta —dijo Stark.

—¿El qué?

—Los bolsos de las chavalas. O al menos las cosas raras que la gente como vosotras guarda en los bolsos.

—¿La gente como nosotras? ¡Jolines! Somos chicas, y las chicas en los bolsos no guardamos más que cosas de chicas, simplemente.

Su forma de hablar como un chico normal me hacía sonreír.

—No, no; en el asunto de los bolsos no hay nada de simple.

Juro que sentí que Stark se estremecía.

Pero en esta ocasión me eché a reír.

—Mi abuela diría que eres un acertijo.

—¿Y eso es bueno, o malo?

—Bueno, un acertijo te desorienta porque no lo comprendes, e incluso tiene algo de paradójico. Por ejemplo: ahí estás tú, en plan machito, un guerrero, un tío amenazador, incapaz de fallar ningún blanco, y resulta que te asustan los bolsos de las tías. Son como tus arañas.

Stark se echó a reír.

—¿Cómo que son mis arañas? ¿Qué significa eso?

—Bueno, a mí no me gustan las arañas. Nada en absoluto —dije, estremeciéndome tal y como había hecho él.

—¡Ah!, ya comprendo. Sí, los bolsos son mis arañas. Son arañas enormes, que se pueden abrir, y dentro hay un verdadero nido de arañitas pequeñas.

—¡Vale!, ¡vale! Ya veo que te dan asco. Pues cambiemos de tema.

—Sí, mejor. Entonces... creo que tienes que tocar a la persona con la que estás durmiendo para que esto funcione.

A mi lado, en la oscuridad, su voz sonó extrañamente íntima.

—¡Sí, claro!

Sentí mariposas en el estómago, y no precisamente porque hubiéramos estado hablando de arañas...

Él suspiró pesadamente, como si contuviera en su interior un largo sufrimiento.

—Te estoy diciendo la verdad. ¿Por qué crees que no funciona dormir con una compañera de habitación? Tienes que estar tocando a la otra persona. Chico y chica. O supongo que también funcionaría si fueran chico y chico, si se tratara de Damien y su novio. O incluso de chica y chica, si estuvieran juntas —explicó Stark, que hizo una pausa—. Creo que estoy desvariando.

—Yo también lo creo.

De hecho, cuando estaba nerviosa siempre me ponía a farfullar, así que resultaba alentador conocer a alguien que hacía lo mismo.

—No tienes que tener miedo de mí, en serio. No voy a hacerte daño.

—¿Porque puedo darte una patada con los elementos?

—No, porque tú me importas —dijo—. Y yo comenzaba a importarte a ti, ¿verdad? Me refiero a antes de que me ocurriera todo esto.

—Sí.

Por un lado, aquel era el momento más oportuno para mencionar el hecho de que, supuestamente, Erik y yo seguíamos juntos. Y quizá hablarle también un poco de Heath. O quizá no. Por otro lado, sin embargo, lo que yo estaba tratando era de arreglar el tema de su humanidad (o su falta de humanidad), y en ese sentido, probablemente, no le ayudaría en nada que yo le dijera algo así como: «Bueno, voy a dormir contigo y voy a hacer como que me importas, pero digamos, más o menos, que tengo un novio. O dos». Además, tenía que empezar a ser sincera conmigo misma. Erik me había parecido un chico absolutamente perfecto para mí; era el chico con el que todo el mundo pensaba que debía de estar. Pero entonces, ¿por qué a mí siempre me gustaban además otros chicos, y por qué eso había empezado a ocurrir antes incluso de que él se comportara como un loco posesivo? Porque no solamente me había sentido atraída hacia Heath, sino también hacia Loren y hacia Stark. Lo único que se me ocurría era que o bien a Erik le faltaba algo, o bien que yo me estaba convirtiendo en una asquerosa guarra. Quiero decir una guarra de verdad. Pero no me sentía como una asquerosa guarra. Me sentía como una chica a la que le gustaba más de un chico.

Stark se movió y traté de no saltar de la cama del susto al sentir que alzaba un brazo.

—Ven aquí. Puedes poner la cabeza en mi pecho y dormirte así. Yo cuidaré de que estés a salvo. Te lo prometo.

Aparté el problema de Erik de mi mente, suponiendo que podía dejarlo para otro momento. Quiero decir que, al fin y al cabo, ya estaba en la cama con otro chico. Él

me rodeó con el brazo y yo, tumbada junto a su costado y con la cabeza extrañamente apoyada en su pecho, traté de relajarme. No podía dejar de preguntarme si él estaría cómodo. ¿Acaso no pesaba yo demasiado? ¿No estaba demasiado cerca? ¿O seguía un poco lejos para su gusto?

Entonces él alzó una mano y se topó con mi cabeza. Al principio pensé que iba a movérmela (puede que porque le pesara demasiado), o quizá incluso que iba a estrangularme o algo así. Por eso me sorprendió cuando comenzó a acariciarme el pelo como si fuera un caballito juguetero.

—Tienes un pelo bonito de verdad. ¿Te lo dije antes de morir, o solo lo pensé?

—Debiste de pensarlo solamente.

—Te diría que estabas supersexi hoy cuando te he visto desnuda, pero me imagino que no sería apropiado, estando ahora juntos en la cama los dos, pero sin hacer nada.

—No —negué tensa, lista para apartarme de sus brazos—, no sería apropiado.

Su pecho retumbó contra mi oído al soltar él una carcajada.

—Tranquila, ¿quieres?

—Pues entonces no hables de que me has visto desnuda.

—Vale —contestó y siguió acariciándome el pelo durante un rato. Luego añadió—: Ese cuervo del escarnio te ha hecho una herida muy seria.

No era una pregunta, pero a pesar de todo contesté:

—Sí.

—Kalona no te quiere herida, así que se va a cabrear de verdad cuando vuelva aquí.

—Él no va a volver aquí. Yo lo maté. Lo quemé —dije, simplemente.

—Bien. Zoey, ¿me harías una última promesa?

—Bueno, supongo que sí, pero no parece que te haga muy feliz cuando cumpla las promesas que te he hecho.

—Si cumples esta, sí seré feliz.

—¿De qué se trata esta vez?

—Prométeme que si me convierto en un monstruo de verdad como ellos, me quemarás a mí también.

—No me hace sentirme muy cómoda hacerte esa promesa.

—Pues piénsalo, porque puede que tengas que cumplirla.

Nos quedamos otra vez en silencio. Los únicos ruidos que se oían en el dormitorio eran el suave ronroneo de *Nala*, a los pies de la cama, y el retumbar del corazón de Stark debajo de mi oído. Él siguió acariciándome el pelo, pero a pesar de todo tardé mucho tiempo en comenzar a sentir que me pesaban los párpados. Antes de caer dormida, sin embargo, había otra cosa más que quería que él oyera.

—¿Harías una cosa por mí? —le pregunté medio en sueños.

—Creo que por ti haría casi cualquier cosa —dijo Stark.

—Deja de llamarte monstruo.

Su mano se quedó inmóvil por un momento. Stark se revolvió ligeramente y sentí sus labios sobre mi frente.

—Ahora duérmete. Yo cuidaré de ti.

Me quedé dormida mientras él seguía acariciando mi pelo despacio. Kalona no volvió a entrar ni una sola vez en mis sueños.



Stark se había marchado cuando me desperté. Me sentía bastante descansada y también hambrienta. Me estiré, bostecé, y entonces fue cuando encontré la flecha sobre la almohada a mi lado. Stark la había roto, cosa que enseguida me llamó la atención. Quiero decir que soy de una ciudad pequeñita que se llama Broken Arrow, o sea, Flecha Rota. Conozco lo que significa el símbolo de la flecha partida en dos: es el símbolo de la paz, el fin de la lucha. Había una nota doblada debajo de los pedacitos de flecha, con mi nombre escrito encima. La abrí y la leí:

He estado observándote mientras dormías, y parecías completamente en paz. Ojalá yo pudiera sentir eso. Ojalá yo pudiera cerrar los ojos y sentirme en paz. Pero no puedo. No puedo sentir nada si no estoy contigo, e incluso entonces lo único que puedo hacer es desear algo que no creo que pueda tener nunca, o al menos por ahora. Así que dejo esto, junto con mi paz, contigo.

Stark

—¿Qué significa esto? —le pregunté a *Nala*.

La gata me contestó con su estornudo de cascarrabias de siempre, su *miauuf*, saltó de la cama y se dirigió hacia su bol de comida. Entonces volvió la vista hacia mí, ronroneando muy enfadada.

—Vale, sí, ya lo sé. Yo también tengo hambre.

Le di de comer a la gata y pensé en Stark mientras me vestía para un día que prometía ser muy extraño.

—Hoy vamos a salir de aquí —le dije firmemente a mi reflejo en el espejo, después de plancharme el pelo y conseguir domármelo solo a medias.

Me apresuré a bajar las escaleras y llegué a la cocina justo a tiempo de pillar una caja de mis cereales favoritos, Conde Chócula, y desayunar con las gemelas, que se susurraban algo la una a la otra con aspecto de estar molestas.

—¡Eh!, chicas —dije mientras me sentaba a su lado y me servía un enorme cuenco de delicias chocolateadas—, ¿qué ocurre?

Erin contestó en voz baja, solo para mis oídos:

—Verás lo que ocurre en cuanto te quedes aquí sentada unos minutos.

—Sí, tú observa a las personas vaina^[2] —susurró Shaunee.

—Valeeee —contesté despacio, mientras le añadía leche a los cereales y

observaba con completa naturalidad a las chicas que merodeaban por la cocina.

Al principio no noté gran cosa. Las chicas cogían barritas de proteínas o de cereales o cualquier otro alimento; cada cual su desayuno favorito. Pero luego me di cuenta de que lo extraño no era lo que estaba viendo, sino lo que no veía. Nadie hacía la típica broma sobre el pelo de otra, ni ninguna otra le decía entonces que le dijera a su madre que se callara. Nadie hablaba de chicos. En absoluto. Nadie se quejaba porque no había hecho las tareas. De hecho, en realidad, nadie decía nada de nada. Sencillamente masticaban, respiraban y sonreían. Mucho.

Miré a las gemelas inquisitivamente, como preguntándoles qué coño pasaba.

—Gente vaina —dijo Erin, pronunciando las palabras en un susurro, mientras Shaunee asentía con la cabeza.

—Es casi tan molesto como ese gilipollas de Stark —susurró Erin.

Traté de no sentirme inmensamente culpable cuando pregunté:

—¿Stark?, ¿qué pasa con él?

—Ese cabrón ha pasado por aquí cuando tú estabas todavía arriba, durmiendo. Ha entrado como si fuera el dueño de todo esto y le diera igual quién se enterara de que esta noche ha estado violando y maltratando a una pobre chica vaina arriba, en el dormitorio —comentó Shaunee, aún en voz baja.

—Sí, deberías de haber visto a Becca. Iba detrás de él, jadeando como un perro terrier —añadió Erin.

—¿Y qué ha hecho él entonces? —pregunté, conteniendo el aliento.

—Ha sido patético. Apenas la ha mirado —contestó Shaunee.

—Y luego hablan de utilizar a la gente y estrujarla y tirarla como si fuera un pañuelo lleno de mocos —dijo Erin.

Traté de encontrar un comentario que pudiera proporcionarme más información acerca de lo que Stark había hecho o dejado de hacer y, al mismo tiempo, no delatara cuánto me importaba el asunto ante las gemelas. Estaba incluso dispuesta a decir algo a favor de Stark cuando Erin abrió los ojos como platos y se quedó mirando algo a mi espalda.

—¡Vaya!, hablando del maldito rey de Roma —dijo Shaunee con su voz femenina más malévola.

—Literalmente hablando —añadió Erin.

—Te equivocas de mesa —continuó Shaunee—. Tus lacayos están allí y allí —dijo, señalando con la mano hacia el otro lado de la cocina, en donde las chicas habían dejado de masticar para observarlo—. Aquí no.

Me giré en redondo sobre la silla y alcé la vista hacia Stark. Nuestras miradas se encontraron. Estoy segura de que yo tenía los ojos inmensamente abiertos, con una expresión de sobresalto. Los suyos, en cambio, expresaban calidez y profundidad, y casi pude oír la pregunta que me hacía con ellos.

Hice caso omiso del resto de la gente que había en la cocina y dije:

—Hola, Stark.

Puse especial cuidado para que mi voz no sonara ni fría, ni excesivamente amistosa. Simplemente le saludé como lo podría haber hecho con cualquier otro chico.

—Tienes mucho mejor aspecto que la última vez que te vi —dijo él.

Sentí que mis mejillas se coloreaban. La última vez que me había visto había sido en la cama. Lo miré a los ojos y traté de buscar algo que pudiera decirle delante de todo el mundo, pero entonces Erin se me adelantó.

—¡Qué sorpresa que tenga mucho mejor aspecto que ayer, mientras te observaba darle un bocado a Becca!

—Sí, porque ver algo así bastaría para ponerle a cualquiera los pelos un poco de punta.

Stark apartó la mirada de mí. Vi un brillo rojo amenazador en sus ojos al girarse hacia las gemelas.

—Estoy hablando con Zoey, no con vosotras. Así que ya podéis iros de aquí.

Había algo en su voz que resultaba profundamente amenazador. Stark no gritó. Su expresión apenas cambió. Pero a pesar de todo irradiaba de él una terrible sensación: como si fuera una serpiente retorcida, mortalmente cabreada y a punto de atacar. Lo observé más de cerca y vi una especie de onda en el aire a su alrededor, como las ondas de calor que se levantan de los tejados de zinc en verano. No sé si las gemelas lo vieron también o no, pero sin duda notaron algo. Las dos se pusieron pálidas, aunque yo apenas malgasté un segundo mirándolas. Stark era la clave en la que yo me centraba, porque sabía que en ese momento estaba observando al monstruo del que él me había hablado. Al observar aquel cambio instantáneo que le había sobrevenido me acordé de Stevie Rae, de la época anterior al momento en que recuperó la humanidad.

¿Era esa la razón por la que Stark me importaba tanto, porque yo había sido testigo de la lucha de Stevie Rae contra esos mismos impulsos negativos, testigo de su éxito, y quería creer que Stark también podía vencerlos?

Bueno, había una cosa que sí había aprendido en mi trato con Stevie Rae, y era que los iniciados en su situación podían llegar a ser criaturas muy peligrosas.

Así que conservé la calma y dije con toda tranquilidad:

—¿Qué es lo que querías decirme, Stark?

Vi la lucha reflejada en su rostro; la lucha entre el chico que yo había conocido y el monstruo que, claramente, quería saltar por encima de la mesa y comerse a las gemelas. Por fin él desvió la vista hacia mí. Sus ojos seguían brillando ligeramente de color rojo mientras me contestaba:

—En realidad no quería decirte nada. Solo que me he encontrado esto. Es tuyo,

¿verdad?

Stark alzó una mano. Llevaba mi bolso agarrado con fuerza.

Aparté la vista del bolso y lo miré a él, y luego, otra vez, miré el bolso. Me acordé de lo que me había dicho acerca de que le daban miedo los bolsos, igual que a mí me daban miedo las arañas. Así que al alzar la vista de nuevo hacia él, sonreí.

—Gracias, sí, es mío. —Al coger el bolso, nuestras manos se rozaron—. Un chico me dijo una vez que los bolsos de las chicas le recordaban a las arañas.

El rojo de sus ojos se evaporó como si él hubiera apagado un interruptor. Y el aura terrible que lo rodeaba también se desvaneció. Stark enlazó un dedo alrededor del mío y lo dejó ahí por un instante. Por último soltó el bolso y me soltó la mano.

—¿Arañas? ¿Estás segura de que le oíste bien?

—Estoy segura. Gracias otra vez por traérmelo.

Él se encogió de hombros, se giró y salió de la cocina con los hombros caídos.

Nada más marcharse, todas las iniciadas, excepto las gemelas y yo, comenzaron a cuchichear nerviosamente acerca de lo sexi que era Stark. Yo me comí los cereales en silencio.

—Vale, es peor que espeluznante —comentó Shaunee.

—¿Era ese el aspecto que tenía Stevie Rae antes de cambiar? —preguntó Erin.

—Sí, en términos generales —asentí. Luego bajé la voz y añadí—: ¿Os habéis fijado, chicas, en el aire que hay alrededor de él? Es como una especie de extraña onda o de sombra superoscura.

—No, yo no me he fijado. Estaba demasiado ocupada pensando en que iba a comerme como para fijarme en el aire —dijo Erin.

—Lo mismo digo —convino Shaunee—. Entonces, ¿es por eso por lo que a ti no te asusta, porque es igual que Stevie Rae antes del cambio?

Alcé un hombro y me aproveché del hecho de que tenía la boca llena de Conde Chócula para no tener que darle ninguna explicación en concreto.

—Oye, en serio, ya sé lo que decía el poema de Kramisha y todo eso —continuó Erin—, pero tienes que tener cuidado con él. Es un peligro.

—Además, puede que el poema no se refiriera a él —añadió Shaunee.

—Chicas, ¿de verdad tenemos que hablar de esto ahora? —pregunté, después de tragar.

—No, ese chico no tiene absolutamente ninguna importancia para nosotras —se apresuró Shaunee a contestar.

—Lo mismo digo —dijo Erin, que entonces añadió—: ¿No deberías comprobar que no te ha robado nada?

—Sí, puede ser —dije. Abrí el bolso, miré dentro, metí la mano y rebusqué un poco, y enseguida comencé a hacer un inventario en voz alta—: Móvil... brillo de labios... gafas de sol... cartera con... sí, todo mi dinero y mi carné de conducir

dentro... y...

Me interrumpí bruscamente al encontrar una notita con el dibujo de una flecha rota. Debajo de la flecha ponía: «Gracias por esta noche».

—¿Qué? ¿Qué es lo que te ha robado? —preguntó Erin, tratando de asomar la cabeza por encima de la mesa para mirar en el interior de mi bolso.

Lo cerré corriendo.

—No, solo es un pañuelo de papel usado. Ojalá me lo hubiera robado.

—Bueno, yo sigo diciendo que es un gilipollas —refunfuñó Erin.

Asentí e hice ruidos como fingiendo que estaba de acuerdo mientras me terminaba los cereales y trataba de no pensar en la cálida mano de Stark acariciándome el pelo.

Las clases, tal y como habría dicho mi profesora de español, la señora Garmy, de no haberse convertido en una profesora vaina, fueron «*no bueno para me*».* Y lo peor de todo, dejando a un lado la desagradable presencia de los cuervos del escarnio, que parecían estar por todas partes, es que casi podría haberme autoconvencido de que todo era normal. Pero la palabra «casi» puede llegar a ser una palabra realmente importante.

El hecho de que me hubieran cambiado el horario a mitad del semestre no fue de gran ayuda, porque estaba en una clase en la que no coincidía ni con Damien, ni con las gemelas. A Aphrodite la había perdido de vista por completo, con lo cual no hacía más que preocuparme por si los cuervos del escarnio se los habrían comido a ella y a Darius. Aunque, por supuesto, conociendo a Aphrodite, seguro que ambos seguían aún en el dormitorio, jugando a los médicos.

Con esa desagradable idea en la mente llegué a mi primera clase y me senté en mi pupitre: primera clase que correspondía a literatura de segundo curso. ¡Ah!, al cambiarme Shekinah el horario para que pudiera asistir a un nivel más avanzado de sociología vampírica, olvidó mencionar que el apaño me había hecho saltar también a un nivel más avanzado de literatura y de español. Así que el estómago se me revolvió un poco mientras esperaba a que la profesora Pentesilea, más conocida como profesora P, me asignara una obra literaria con su correspondiente ensayo horrible, cosa que me superaba hasta tal punto que habría podido tener consecuencias nefastas.

Pero no hubiera debido preocuparme. Llegó la profesora P. Parecía la misma mujer bella y artística de siempre, pero se portaba como un vampiro completamente diferente. La profesora P, que era con mucho la profesora de literatura más guay que hubiera podido imaginarme, comenzó la hora pasándonos unos ejercicios de gramática que quería que hiciéramos durante esa clase. Sí. Me quedé mirando la media docena de páginas, fotocopiadas por delante y por detrás, que ella quería que rellenáramos. En el ejercicio había preguntas que iban desde dónde poner una coma o

dejar el texto corrido, hasta representar gráficamente oraciones complejas.

Vale, puede que para algunos chicos, supongo que para la mayoría de los que tienen el nivel de la escuela pública, eso no suponga ninguna sorpresa. ¡Pero aquella era la clase de la profesora P en la Casa de la Noche! Y si había algo que podía decirse con toda seguridad del Alto Infierno (tal y como llamaban los chicos humanos a nuestra escuela), era que las clases nunca resultaban aburridas. Pentesilea incluso destacaba entre los profesores menos aburridos. Ella era la profesora que me había cautivado en los primeros sesenta segundos de clase el primer día, nada más llegar a la Casa de la Noche, al anunciar que íbamos a leer *La última noche del Titanic*, de Walter Lord, una obra acerca del hundimiento del *Titanic*. El tema era ya lo suficientemente guay, pero añádase a eso el hecho de que la profesora P vivía por aquel entonces en Chicago, y recordaba toneladas de detalles asombrosos acerca no solo de la gente que iba en el barco, sino también de cómo era la vida a principios del siglo xx: el resultado era una clase magistral.

Alcé la vista desde el aburridísimo ejercicio hasta ella, sentada ante su mesa con un rostro impasible, mirando la pantalla del ordenador. Sin duda aquel día su carisma en el instituto South Intermediate High School habría caído hasta colocarse en la escala de los profesores mierda, más o menos al nivel de la señora Fosster, que constantemente salía ganadora del premio a la peor profesora de literatura inglesa de todos los tiempos, y a quien, además, llamábamos «Reina de las Hojas de Ejercicios» o «Umpa Lumpa» dependiendo de si llevaba puesto su muumuu hawaiano de color azul M&M o no.

Sin lugar a dudas la profesora Pentesilea se había convertido en una persona vaina.

La siguiente fue la clase de español. No solo el segundo nivel de español era una absoluta locura para mí por su grado de dificultad (¡demonios!, el español siempre me había resultado difícil), sino que la profesora Garmy se había convertido en una no profesora. Si antes la clase había sido una inmersión en la lengua, lo cual significa que básicamente se daba toda la clase en español y no en inglés, de pronto la profesora revoloteaba nerviosamente de un lado para otro del aula, ayudando a los chicos a redactar la descripción de la cartulina que ella misma había colocado sobre la pizarra con un montón de... *gatos** que se enredaban con un *mmm... hilo*... o lo que sea*. (En serio, no tengo mucha habilidad con el español). Sus tatuajes de vampiro parecían plumas, y ya antes me habían recordado a un pequeño pájaro. Pero de pronto se portaba como un verdadero gorrión neurótico, volando de chico en chico como si estuviera a punto de tener una crisis nerviosa.

Profesora vaina número dos.

Pero me habría quedado todo el día en la confusa clase de español de la profesora Garmy si de ese modo hubiera podido evitar asistir a mi tercera clase, la de sociología

vampírica avanzada, que impartía, como podéis imaginar, Neferet.

Desde mi primer día en la Casa de la Noche, yo me había resistido a que me pusieran en un nivel avanzado de sociología vampírica. Al principio simplemente porque quería encajar. No quería ser conocida como la extraña chica de tercero (o del primer curso de la escuela) a la que habían asignado al curso de sexto (el de los mayores) porque era muy «especial». Es decir, ¡*puaj!*

Pero bueno, a pesar de todo no había tardado mucho en descubrir que para mí no había manera de permanecer en el anonimato. Desde entonces, había aprendido a manejarme con mi forma de ser especial y con las responsabilidades (y las tensiones) que ello conllevaba. Pero por muchas veces que me repetí en silencio que la clase de sociología vampírica no era más que otra clase, seguía estando terriblemente nerviosa al entrar.

Por supuesto, saber que Neferet sería la profesora no ayudó en absoluto.

Entré, encontré una mesa libre al fondo de la clase y procedí a aposentarme allí, tratando de imitar a uno de esos chicos perezosos que se pasan la vida durmiendo y que solo se despiertan entre clase y clase, dejando un rastro de babosos bostezos sobre las mesas y de manchas de un rosa brillante sobre sus frentes.

Mi perezosa representación podría haber funcionado de haber sido Neferet una profesora vaina. Pero, por desgracia, no lo era. Neferet resplandecía de poder y felicidad, esto último a juicio de los menos informados. Yo, en cambio, lo reconocí como regocijo. Neferet era una araña hinchida, que se recreaba en su victoria sobre las cabezas de aquellos a los que había mordido, encantada con la contemplación de la carnaza.

Como nota aparte: Damien estaría realmente complacido al ver cómo había memorizado las palabrejas que había estado usando delante de mí.

Aparte del hecho de que a mí me parecía una araña, noté una vez más que Neferet no llevaba la insignia de Nyx: la diosa bordada en plata con las manos levantadas, abrazando una luna creciente. En lugar de ello llevaba una cadena de oro, de la cual colgaban dos alas grabadas en una piedra completamente negra. Me pregunté, y no por primera vez, por qué nadie se daba cuenta de lo retorcida que era. Y también me pregunté por qué nadie notaba la forma en que irradiaba de ella una energía oscura que llenaba el espacio a su alrededor, cargando el aire igual que justo antes de caer un rayo.

—La lección de hoy va a centrarse en un aspecto de las habilidades que solo un vampiro, o a veces un iniciado avanzado, puede utilizar. Así que de momento no necesitaréis vuestro *Manual del iniciado*, a menos que queráis tomar notas adicionales en la sección fisiológica. Por favor, abrid el libro de texto por la página cuatrocientos veintiséis, que es el capítulo sobre el ocultamiento.

Neferet mantenía la atención de aquella pequeña clase sin dificultad. Caminaba de un lado a otro por la parte frontal de la clase con un aspecto regio, con su típico vestido negro largo y precioso, bordado con un hilo de oro, que parecía como metal líquido. Llevaba el cabello moreno recogido hacia atrás, pero unos cuantos encantadores mechones ensortijados escapaban y adornaban su precioso rostro. Su voz era fina y resultaba fácil de escuchar.

Aquella mujer me ponía los pelos de punta.

—Bien, quiero que leáis este capítulo por vuestra cuenta. Vuestra tarea será documentar en un diario todos vuestros sueños durante los próximos cinco días. A menudo tanto los deseos secretos como las habilidades aparecen en los sueños. Antes de ir a la cama, quiero que os concentréis en la lectura y que penséis en lo que significa el ocultamiento para vosotros. ¿Qué oscuros secretos mantenéis ocultos de la mirada del mundo? ¿Adónde iríais si nadie pudiera encontraros? ¿Qué haríais si nadie pudiera veros?

Neferet hizo una pausa. Sonreía en dirección a cada estudiante mientras hablaba. Algunos le devolvían la sonrisa tímidamente. Otros apartaban la vista casi con culpabilidad. A pesar de todo, la clase resultaba más animada que las otras a las que había asistido.

—Brittney, cariño, ¿quieres leer en alto la sección acerca del ocultamiento de la página cuatrocientos treinta y dos?

Brittney, una morena bajita, asintió, buscó la página y comenzó a leer:

EL OCULTAMIENTO

La mayoría de los iniciados están familiarizados con la habilidad inherente que poseen de ocultar su presencia ante los extraños, es decir, los humanos. Practican esta habilidad tradicional de escabullirse del campus para llevar a cabo rituales ante la mirada misma de los humanos. Pero esta es solo una pequeña muestra de una habilidad que poseen y controlan los vampiros adultos. Incluso aquellos vampiros que no tienen afinidades pueden invocar a la noche y ocultar sus movimientos de los inadecuados sentidos del típico humano.

Al llegar a ese punto Neferet la interrumpió.

—Parte de lo que aprenderéis en este capítulo es que cualquier vampiro puede moverse sigilosamente entre los humanos; una habilidad que resulta muy útil, porque los humanos tienden a ser excesivamente críticos al juzgar nuestras actividades.

Yo leía el texto con el ceño fruncido, pensando que no podía ser la única iniciada que advertía los prejuicios de Neferet en contra de los humanos, cuando su voz me dio un latigazo desde la mesa de al lado.

—Zoey. Qué amable por tu parte unirte a una clase que encaja tan bien con tus habilidades.

Alcé la vista despacio hacia sus helados ojos verdes y traté de contestar como habría hecho cualquier otra iniciada:

—Gracias. Siempre me han gustado las clases de sociología vampírica.

Ella sonrió, y de pronto me recordó a la criatura de *Alien*, en aquella aterradora película antigua, con Sigourney Weaver, en la que un escalofriante alienígena se comía a la gente.

—Excelente. ¿Por qué no lees en voz alta el último párrafo de la página?

Feliz de tener una excusa para poder agachar la cabeza, bajé la vista hacia mi libro, busqué el último párrafo y leí:

Los iniciados deberían tomar nota de que el ocultamiento resulta extenuante para sus energías. Invocar y mantener la noche durante un lapso de tiempo dado supone un gran poder de concentración. Por eso es importante comprender que el ocultamiento tiene sus limitaciones. Algunas de esas limitaciones son las siguientes:

1. Resulta una práctica extenuante, que puede provocar agotamiento.

2. El ocultamiento solo funciona sobre cosas orgánicas, razón por la cual es más fácil mantenerse oculto si uno se cubre únicamente con la túnica de los cielos (va desnudo).

3. Tratar de ocultar cosas como coches, motos o bicicletas es un ejercicio inútil.

4. Igual que el resto de vuestras habilidades, el ocultamiento tiene un precio. Para algunos ese precio será una suave fatiga o un dolor de cabeza. Para otros puede ser mucho peor.

Al llegar al final de la página alcé la vista hacia ella.

—Ya basta, Zoey. Bien, entonces, dime, ¿qué acabas de aprender? —preguntó Neferet, con los ojos clavados en los míos.

Bueno, lo cierto era que acaba de aprender que sería mejor que mis amigos y yo no nos escapáramos de la Casa de la Noche en el Hummer, a menos que tuviéramos permiso para abandonar el campus. Pero eso no se lo dije... En lugar de ello traté de adoptar un aire reflexivo y respondí:

—Que no se pueden ocultar los coches, ni las casas, ni ese tipo de cosas de los humanos.

—Ni de los vampiros —añadió ella con una voz rotunda, que para cualquiera no informado (o a quien le hubieran robado el cuerpo) habría sonado preocupada y

didáctica—. No olvides nunca que otros vampiros podrán ver a través del ocultamiento de materiales inorgánicos.

—Lo recordaré —dije solemnemente.

Y lo recordaría.



Tenía clase de esgrima antes de la comida, y no podía sentirme más feliz. Vale, bien, es una exageración. Podría haber sido más feliz de estar mis amigos y yo a un millón de kilómetros de distancia de la Casa de la Noche, de Neferet y de Kalona. Pero como eso no era posible, sobre todo después de la clase de sociología vampírica y de la aterradora lección de Neferet en contra del ocultamiento, me conformé con ser feliz por el hecho de que Dragon y yo estuviéramos de acuerdo en que yo parecía demasiado cansada como para hacer nada más que sentarme y observar a los demás en clase.

De hecho, no me sentía mal en absoluto, y cuando saqué mi espejito del bolso para ponerme el brillo de labios que por suerte no había perdido, pensé que tampoco tenía tan mal aspecto. Así que el hecho de que Dragon me permitiera sentarme, unido a que su gato hubiera sido uno de los que habían aparecido en mi dormitorio a modo de pista peluda, me mantuvo con un ojo fijo sobre el profesor.

A primera vista, Dragon parecía otro de los acertijos de mi abuela. En primer lugar, es bajito. En segundo lugar, es majo. Realmente majo. El tipo de tío que una elegiría para hacer de papá, de esos que se quedan en casa para hacer galletas e incluso, en caso de emergencia, para cogerle el dobladillo del bajo de la falda a la niña. Pero en un mundo en el que los vampiros machos eran tíos guerreros y protectores, un tipo majo y bajito jamás lograría mucha atención. Sin embargo toda su personalidad se transformaba con una espada en la mano o, tal y como diría él, corrigiéndome, con un florete. Entonces se convertía en una persona letal. Sus rasgos se endurecían. No se hacía más alto, eso habría sido una tontería (además de imposible), pero es que no le hacía falta ser más alto. Literalmente, era tan rápido que su florete parecía moverse y brillar por voluntad propia.

Observé a Dragon practicar en la clase de ejercicios de esgrima. Los iniciados no parecían tan vainas en esa clase. Pero probablemente se debía a que se trataba de una actividad física, y no una actividad mental. Presté más atención y noté entonces que, aunque la clase iba haciendo todos los movimientos físicos, nadie hacía ninguna broma inofensiva. Todo el mundo estaba dedicado a la tarea, lo cual era extrañísimo. Quiero decir que seamos sinceros: mantener a un grupo de adolescentes con instrumentos puntiagudos en las manos sin hacer nada absolutamente más que lo que tienen que hacer es casi imposible.

Yo fruncía el ceño ante un grupo de chicos que, por lo general, solían llevarse al menos un par de regañinas de Dragon además de unas cuantas advertencias para que prestaran más atención y no se portaran como idiotas (los profesores de la Casa de la

Noche pueden llamar idiotas a los chicos cuando se comportan como idiotas, porque los chicos idiotas no pueden correr a casa a contárselo a sus madres y ponerse a llorar, y por eso en la Casa de la Noche hay muchos menos chicos comportándose como idiotas que en los colegios públicos), cuando Dragon se puso de pie delante de mí, bloqueándome la vista. Parpadeé y lo miré.

Dragon me guiñó un ojo lenta y claramente antes de volverse hacia la clase.

Fue entonces, más o menos, cuando su enorme gato maine coon vino a sentarse a mi lado y comenzó a lamerse una de sus gigantescas patas.

—¡Eh, hola, *Shadowfax*! —dije acariciándole la cabeza y sintiéndome más esperanzada que nunca desde el momento en el que el cuervo del escarnio estuvo a punto de matarme.

A pesar de que la escuela se había convertido en una pesadilla y de que estábamos rodeados de peligro por todas partes, la hora de la comida fue como un oasis de familiaridad. Me serví en abundancia de mi comida favorita, espaguetis y refresco de cola, y me uní a Damien y a las gemelas en nuestra mesa de siempre.

—Bueno, ¿qué habéis descubierto, chicos? —susurré entre bocado y bocado de pasta con tomate y queso.

—Tienes mucho mejor aspecto —dijo Damien prácticamente a voz en grito.

—Me siento mejor —dije al tiempo que le dirigía una mirada inquisitiva, como preguntándole qué coño hacía.

—Creo que tenemos que repasar el vocabulario nuevo para el examen de literatura de la semana que viene —dijo Damien en voz alta, abriendo su sempiterno cuaderno de notas y sacando un lápiz del número dos.

Las gemelas gruñeron. Lo miré con el ceño fruncido. ¿Se había vuelto una vaina con nosotras?

—Sí, solo porque las cosas estén cambiando por aquí, eso no significa que podamos permitir que nuestras notas bajen —añadió él.

—¡Damien, eres un verdadero petardo! —exclamó Shaunee.

—¡Peor! Eres un verdadero petardo con tu estúpida historia mierdera y pedante del vocabulario y...

Damien deslizó el cuaderno por la mesa de modo que pudiéramos leer lo que había escrito al final de la lista del vocabulario.

«C. del esc. en todas las ventanas. Tienen un oído excelente».

Las gemelas y yo le echamos un vistazo rápido, y luego suspiré y dije:

—Bien, Damien, lo que tú digas. Estudiaremos ese estúpido vocabulario contigo. Pero estoy de acuerdo con las gemelas en que eres un petardo.

—Muy bien. Comencemos con la palabra «locuaz» —dijo Damien, señalando la palabra con el lápiz.

—¿La has sacado de *Star Trek*? —preguntó Shaunee mientras se encogía de hombros.

—A mí me suena bien —dijo Erin.

Damien les dirigió a las dos una mirada de disgusto que sabía que no le había hecho falta fingir.

—No, so simples, esto es lo que significa —contestó Damien, que escribió: «Dragon está de nuestra parte»—. Así que, Erin, ¿por qué no lo intentas tú con la siguiente palabra, «voluptuoso»?

—¡Ah!, esa sí que sé lo que significa —dijo Shaunee, que agarró el lápiz de Damien antes de que él pudiera pasárselo a Erin.

A continuación de «voluptuoso», Shaunee escribió «yo». Luego, más abajo, en la misma página, garabateó: «Anastasia tb».

—¿Sabéis? Me parece deplorable utilizar abreviaturas al escribir —dijo Damien.

—Da igual —contestó Shaunee.

—Aunque supiéramos qué significa «deplorable» —añadió Erin.

—Yo haré la palabra siguiente —dije.

Hice caso omiso de la siguiente palabra del vocabulario y escribí: «Tenemos que salir de aquí esta noche, pero no podemos irnos en el Hummer. No se puede ocultar». Entonces hice una pausa, me mordí el labio y luego añadí: «Tenemos que tener cuidado. N sabe que vamos a intentar escapar».

—Creo que, después de todo, no sé lo que significa esa palabra. ¿Puedes ayudarme, Damien?

—Claro —dijo Damien, que escribió: «Tenemos que salir de aquí cuanto antes; antes de que puedan detenernos».

—Vale, espera. Lo intentaré con la siguiente palabra. Pero déjame pensarlo un segundo —dije.

Todos nos pusimos a comer en silencio mientras yo pensaba, aunque no precisamente en el siguiente vocablo, «ubicuo» (en serio, podría haberme pasado una eternidad pensando en esa palabra sin adivinar qué significaba).

Teníamos que salir del campus bajo mi ocultamiento y cuanto antes. Pero Neferet esperaba que tratáramos de salir pitando; lo había dejado bien claro. Y eso significaba que había estado escuchando nuestras conversaciones durante las comidas, y no solo a través de los cuervos del escarnio, sino también metiéndose en las cabezas de Damien y de las gemelas en el mismo segundo en el que había estado lo suficientemente cerca de ellos, físicamente hablando, como para que funcionaran sus poderes psíquicos. Una vez más, volví a sentirme aliviada de que solo Stevie Rae y yo supiéramos que huiríamos al convento de las benedictinas en lugar de a los túneles de la estación. Gracias a mi habilidad para pasar notas y...

—¡Eso es!

Las gemelas y Damien se quedaron mirándome. Yo les sonreí.

—¡Ya recuerdo qué significa «ubicuo»! —mentí—. Y tengo una idea para estudiar. Voy a escribir las definiciones de algunas de las palabras en trozos de papel. Os daré una definición a cada uno de vosotros, y se supone que vosotros os la tenéis que estudiar y aprender. Cuando os hayáis aprendido la definición de la palabra, devolvédmela a mí, y os daré otra. Será como si os pasara tarjetas.

—¿Has perdido la maldita cabeza? —preguntó Shaunee.

—No —dijo Damien, tan espabilado como siempre—. Es una buena idea. Será divertido.

Rompí tiras de papel y escribí a toda prisa en ellas: «Id a los establos». Después doblé esas tiras cuidadosamente y dije:

—Pensad en las definiciones que hemos repasado. Y no leáis la palabra que os voy a dar hasta que no suene la campana al final de la sexta hora. Lo digo en serio —añadí, pasándole a cada uno su «palabra».

—Vale, vale, ya lo pillamos —dijo Erin, que se metió el papelito en el bolsillo de sus vaqueros de diseño.

—Sí, lo que tú digas. Así que ahora vosotros dos sois como profesores. Y no es un halago —dijo Shaunee, que se guardó su trozo de papel.

—Acuérdate, no mires el papel hasta después de la campana —repetí.

—No lo haremos —dijo Damien—. Y cuando lo miremos, ¿te parece que invoquemos a nuestros respectivos elementos, aunque sea para ayudarnos a concentrarnos?

—¡Sí! —exclamé, sonriendo agradecida en dirección a Damien.

—Y hablando de eso —dijo Shaunee, que agarró el papel en el que todos habíamos estado escribiendo—. Voy a llevar esto al servicio de chicas para hacer un estudio personal con mi elemento —comentó, mirándome larga y seriamente.

Asentí; estaba claro que iba a invocar al fuego para destruir la prueba de nuestro «subterfugio», que era una palabra muy complicada de la que yo sí sabía la definición.

—Iré contigo, gemela. Puede que necesites mi... ayuda —dijo Erin, apresurándose detrás de ella.

—Al menos no tendremos que preocuparnos de que Shaunee haga arder toda la escuela en llamas desde el servicio —susurró Damien.

—¡Demonios, estoy hambrienta! —exclamó Aphrodite, que entró y se dejó caer en el asiento a mi lado justo en ese momento.

Llevaba un plato cargado de espaguetis. Estaba preciosa, como siempre, aunque parecía un poco agotada. Normalmente llevaba el pelo largo y suelto alrededor de los hombros, pero ese día lo llevaba recogido en una cola de caballo que quizá al principio había resultado chic, pero que en ese momento se veía enredada.

—¿Estás bien? —le pregunté en susurros, lanzándole una significativa mirada hacia la ventana, que esperaba que ella supiera interpretar como un «Cállate, que nos oyen».

Aphrodite siguió la línea de mi visión, asintió levemente y después susurró:

—Estoy bien. ¡Darius es rápido!

Por esa respuesta deduje que el guerrero probablemente la había llevado en una de sus carreras superrápidas. Lamenté por un momento que no nos pudiera sacar a todos de allí, de uno en uno, pero archivé una versión modificada de la idea: quizá pudiera sacar a uno o incluso a dos iniciados en caso de emergencia.

—Están todos ahí fuera —dijo Aphrodite con una voz tan baja, que casi ni la oí.

—¿Alrededor del perímetro? —susurró Damien.

Aphrodite asintió y se metió un puñado de espaguetis en la boca.

—Y además también están al acecho alrededor del campus —añadió ella mientras masticaba, con cuidado de mantener un tono de voz bajo—, pero es evidente que están centrados en evitar que nadie entre o salga sin permiso.

—Bueno, pues nosotros vamos a salir sin su permiso —dije. Miré a Damien—. Tienes que irte para que pueda hablar con Aphrodite, ¿comprendes?

Por un segundo Damien pareció sentirse herido, pero enseguida vi en sus ojos que comprendía y que se acordaba de que podía hablar con Aphrodite libremente sin preocuparme de que Neferet pudiera penetrar en su mente y sonsacarle lo que yo le había dicho.

—Comprendo —dijo él—. Bien, entonces nos vemos...

La frase de Damien, en tono interrogativo, se desvaneció.

—Tú repasa la nota con el vocabulario que te he dado, ¿vale?

—Vale —dijo con una sonrisa.

—¿La nota con el vocabulario? —repitió Aphrodite después de que él se hubiera ido.

—Es solo una forma de decirles que nos encontraremos en los establos justo después de las clases sin tener que decírselo con antelación. Quizá, si consigo que sea una sorpresa para ellos, a Neferet le cueste averiguar qué planeamos exactamente.

—¿Y para entonces ya estaremos fuera de aquí?

—Eso espero —susurré. Entonces me incliné sobre ella sin importarme si los cuervos del escarnio sospechaban por el hecho de que teníamos juntas las cabezas. Al menos no podrían penetrar en ellas—. Ve a los establos con Darius en cuanto acaben las clases. Dragon y Anastasia están con nosotros. Así que espero que eso signifique que la pista de los gatos es correcta, y que Lenobia también está de nuestro lado.

—¿Significa eso que crees que puede que ella nos ayude a salir de aquí por el trozo roto del muro que hay junto a los establos?

—Sí. Vale, y ahora no le cuentes a nadie lo que voy a decirte, ni siquiera a Darius,

¿lo juras?

—Sí, sí, lo que tú quieras. Te lo juro, que me...

—Me basta con que me digas que no se lo dirás a nadie —la interrumpí, pues no quería oírla decir nada acerca de que se moriría.

—No se lo diré a nadie. Vale, ¿qué es?

—Cuando salgamos de aquí, no vamos a volver a los túneles de la estación. Vamos al convento de las benedictinas.

Aphrodite me dirigió una mirada penetrante y mucho más inteligente de lo que la gente creía que era.

—¿De verdad te parece una buena idea?

—Yo confío en la hermana Mary Angela, y los túneles me dan muy mala espina.

—¡Ah, mierda! ¡Detesto que digas eso!

—¡Demonios!, a mí tampoco me gusta. Pero noto una oscuridad allí abajo de la que estoy más que harta.

—Neferet —susurró Aphrodite.

—Eso me temo —contesté lentamente, pensando en voz alta—. Y estoy pensando que la influencia de las monjas puede que la repela. Además, la hermana Mary Angela me dijo que en el convento había un lugar de poder, y por eso era por lo que mi poder sobre los elementos no le sorprendía. Creo que ella lo llamó «la gruta de María» —dije. Mientras hablaba, sentí esa seguridad con la cual Nyx me demostraba que mi elección la complacía—. Quizá podamos utilizar de algún modo el poder que hay allí igual que hemos utilizado otras veces el que hay en el muro este. Como mínimo, puede que nos ayude a mantenernos ocultos.

—¿La gruta de María? Suena a que debería de estar en el océano, no en el centro de Tulsa. Escucha, tú acuérdate que el lugar de poder que hay en el muro este ha sido objeto de un mal uso tantas veces como de un uso correcto —dijo Aphrodite—. ¿Y qué hay de Stevie Rae y de sus *frikis*? Por no mencionar a tus novios.

—Ellos ya estarán allí. O, al menos, espero que estén. Los cuervos del escarnio han estado vigilando la estación. Así que, a menos que Stevie Rae se haya inventado un modo de darles esquinazo, tengo miedo de que la hayan atrapado.

—Pues después de haber estado allí con ella dos días, puedo asegurarte que Stevie Rae tiene muchos recursos, aunque algunos de ellos no son muy bonitos, que digamos —contestó Aphrodite, que hizo una pausa y una mueca.

—¿Qué pasa? —solté.

—Mira, si te lo digo, quiero que me prometas que vas a creerme.

—Bien. Te lo prometo. Pero dime, ¿qué es?

—Bueno, pues que hablando de la paleta de tu mejor amiga y de su bolsa de trucos, me he acordado de algo. Algo que descubrí cuando ella y yo... bueno, ya sabes.

—¿Os conectasteis? —pregunté, tratando inútilmente de no esbozar una sonrisa.

—No tiene ninguna gracia, listilla —soltó Aphrodite—. Es molesto. Bueno, ¿te acuerdas de cuando tú estabas hablando con Stevie Rae acerca de la extensión de los túneles y todo eso?

Traté de recordar.

—Sí, me acuerdo.

Sentí que se me agarrotaba el estómago mientras veía la escena en mi imaginación y me acordaba de lo incómoda que me había parecido que estaba Stevie Rae al preguntarle por los otros iniciados rojos. Así que me preparé para escuchar lo que Aphrodite tuviera que decirme.

—Te mintió.

Había presentido que Aphrodite iba a decirme exactamente eso, pero saberlo de antemano no significaba que oírlo me resultara más fácil.

—¿En qué me mintió exactamente?

—Entonces, ¿me crees?

Suspiré.

—Por desgracia, sí. Tú estás conectada con ella. Eso significa que estás más cerca de ella que nadie. Mi conexión con Heath me ha enseñado eso.

—Vale, pero escucha. Yo no quiero hacer guarrerías con Stevie Rae.

Puse los ojos en blanco.

—No me refería a eso, so tonta. Hay distintos tipos de conexiones. Mi lazo con Heath es físico, pero me he sentido atraída por él durante años. Eh... ¿puedo suponer que no me equivoco al decir que tú jamás te has sentido atraída por Stevie Rae?

—¡Demonios!, sí, puedes suponerlo —afirmó secamente Aphrodite.

—Las dos tenéis habilidades psíquicas. Es lógico que vuestro lazo sea solo mental y no físico —dije.

—Sí, cierto. Me alegro de que lo hayas captado. Y así fue como supe que te estaba mintiendo cuando te dijo que solo estaban los iniciados rojos que nos presentó. Hay más. Ella lo sabe, y está en contacto con ellos.

—¿Estás absolutamente segura de eso?

—Total y absolutamente —confirmó Aphrodite.

—Bueno, ahora mismo no puedo ocuparme de ello, pero sin duda explica parte de la oscuridad que noté allí abajo. Es la misma aura que rodeaba antes a Stevie Rae. Pero el asunto tendrá que esperar hasta que salgamos de aquí —dije.

Me sentía terriblemente triste por el hecho de que mi mejor amiga hubiera sentido la necesidad de mentirme.

—Detesto ser yo quien te ponga en guardia, pero Stevie Rae tiene más secretos que bolsos tiene Paris Hilton. Aunque, mirándolo por el lado bueno, apuesto a que la paleta y mentirosa de tu amiga, los *frikis* y tus novios, han conseguido burlar a los

chicos pájaros.

—Eso espero —dije con un suspiro, mientras jugaba con la servilleta.

—¡Eh! —añadió ella en voz baja—. Procura no dejarte asustar por este asunto de Stevie Rae. Es cierto que tiene secretos, pero también es verdad que te quiere. Y mucho. Y además sé que está eligiendo el bien, por difícil que le resulte a veces.

—Lo sé. Creo que Stevie Rae tendrá sus razones para no contarme las cosas. Quiero decir que no es como si yo nunca hubiera guardado secretos y no se los hubiera contado a mis amigos.

Sí, me dije en silencio. Yo también la había liado a lo grande por esa misma razón.

—Vale, así que entonces no es solo por lo de Stevie Rae por lo que parece necesitar una farmacia con tanta urgencia, a ver si te animas un poco —comentó Aphrodite, arqueando ambas cejas mientras seguía escrutando mi rostro—. ¡Ah!, ya lo tengo. Tienes un problema con el novio. ¿O debería decir un problema con los novios?

—Por desgracia, me temo que la forma correcta de la palabra es el plural —musité.

—Erik y yo solíamos tener algún problemilla, pero ya sabes que de eso hace mucho tiempo. Puedes hablar conmigo cuando quieras.

La miré, y una vez más pensé en lo irónico que era que ella tuviera razón. Realmente podía hablar con Aphrodite.

—No estoy segura de querer seguir con Erik.

Aphrodite abrió los ojos una pizca, pero su voz siguió sonando tan natural como siempre al contestar:

—¿Te presiona con el sexo?

Me encogí de hombros.

—Sí. No. Bueno, algo así. Pero no es solo eso —dije, inclinándome hacia ella y bajando la voz—. Aphrodite, ¿alguna vez se mostró excesivamente posesivo y celoso contigo?

Aphrodite curvó los labios, esbozando una sonrisa sarcástica.

—Lo intentó. Pero no toleraré esa gilipollez de los celos —dijo, que hizo una pausa y luego, en un tono más serio, añadió—: Y tú tampoco deberías tolerarlo, Z.

—Lo sé, y no lo tolero —suspiré—. Voy a tener que enfrentarme a muchas cosas cuando todo esto termine.

—Sí, desde luego. Tienes un buen follón al que enfrentarte cuando todo esto acabe —repitió Aphrodite, engullendo un tenedor abarrotado de espaguetis.

—Bueno, entonces vamos a ocuparnos de este follón en particular, a ver si así puedo volver y ocuparme de mi ridículo drama personal. Dile a Darius que se prepare para un buen marrón esta noche. Como él mismo dijo, Kalona no se va a poner muy

contento cuando salgamos de aquí.

—No, él dijo que Kalona no iba a ponerse muy contento cuando tú salgas de aquí. Ese tipo está realmente obsesionado contigo.

—Lo sé, aunque preferiría que lo superara.

—¡Eh!, ¿has vuelto a pensar otra vez en el primer poema que te dio Kramisha antes de marcharnos de los túneles? Sonaba a la fórmula para librarse de Kalona.

—Bueno, si es una fórmula, aún no la he descifrado.

No quise admitir ante Aphrodite que no había vuelto a pensar en el poema de Kramisha o, al menos, en el poema acerca de Kalona. Había estado por completo distraída con el segundo poema y con la posibilidad de que Stark recuperara su humanidad. Pero darme cuenta de ello me agarrotó el estómago. ¿Y si Stark estaba tratando de desviar mi atención a propósito? ¿Y si estaba interpretando un papel cada vez que nos quedábamos solos, de modo que yo me sintiera tan ligada emocionalmente a él que ni siquiera pensara en el otro poema o en ninguna otra cosa como, por ejemplo, en el modo de salir de la Casa de la Noche?

—Vale, está claro. Te pesan realmente los problemas. Pero creo que se pueden resumir en una sola palabra —dijo Aphrodite.

Las dos nos miramos a los ojos y dijimos esa palabra al mismo tiempo:

—Chicos.

Ella soltó un bufido, y yo una especie de risita histérica y sofocada.

—Esperemos que algún día todo esto quede olvidado y tu mayor problema sea un solo chico —dijo Aphrodite, que vaciló y luego añadió—: Y espero que no sigas pensando en Stark.

Me encogí de hombros y tomé un buen bocado de espaguetis.

—Escucha, he estado preguntando por ahí, y ese chico es malo. Punto. Fin. Olvídate de él —aconsejó Aphrodite.

Tragué, mastiqué otro poco más y volví a tragar. Aphrodite seguía escrutando mi rostro.

—Puede que el poema no fuera acerca de él —añadió ella.

—Lo sé.

—¿En serio? Además escucha: tienes que concentrarte en salir de aquí cuanto antes y librarte de Kalona. O, al menos, en conseguir que se marche de aquí. Averiguar el medio cuanto antes. Ya te preocuparás luego de Stark, de Erik, de Heath e incluso de Stevie Rae.

—Sí, lo sé. Pensaré en ellos después, en serio.

—Sí, bien. Todavía me acuerdo de cómo estabas la noche en que murió Stark. Te caló hondo. Pero tienes que recordar que el Stark que va pavoneándose por ahí, haciendo como que él es lo más, y utilizando a las chicas para dejarlas luego tiradas después de joderles la mente tanto como el cuerpo, no es el chico que murió en tus

brazos.

—¿Pero y si es ese chico, solo que necesita cambiar, igual que le pasó a Stevie Rae?

—Bueno, pues te prometo que no voy a ceder otro pedacito de mi humanidad para salvarle el culo. ¡Mierda, Zoey! ¡Erik es mejor apuesta que Stark! ¿Me estás oyendo?

—Te estoy oyendo —dije, inhalando profundamente—. Vale, ahora mismo voy a olvidar a todos los tíos y a concentrarme en salir de aquí, y después voy a pensar solo en deshacernos de Kalona.

—Bien. Ya te ocuparás de los chicos luego.

—Vale.

—Y puedes ocuparte del asunto de tu mejor amiga después.

—Vale —repetí yo.

—Vale —dijo ella.

Las dos nos pusimos otra vez a comer. Yo había hablado en serio. Me enfrentaría a mis asuntos personales. Más tarde. De verdad. O, al menos, eso fue lo que me dije...



Pensaba que la clase de teatro no sería un gran problema. Probablemente un profesor vaina cualquiera sustituiría a Erik, que a su vez había sustituido temporalmente a la profesora Nolan después de que ella hubiera sido asesinada. Me senté en una mesa justo detrás de Becca. No podía evitar sentir cierta extraña sensación de *déjà vu* y de esperar en parte a que apareciera Erik, con una cara de terrible cabreo, para llamarme a la tarima y seducirme o humillarme delante de todo el mundo.

—¡Oh, Dios mío! ¡No estuvo conmigo! ¡Y mira que yo *síííí* que quería!

La molesta exclamación de Becca me llamó la atención y evitó que pensara con disgusto en Erik. Becca hablaba como con jadeos, arrancando y parándose continuamente, con la chica que estaba al otro lado de la misma fila que ella y a la que reconocí como Cassie, una chica de quinto curso. La conocía porque había quedado en el puesto veinticinco del Certamen Nacional Anual de Monólogos de Shakespeare, del que Erik había salido vencedor, y todos los chicos de teatro solían conocerse. Aquel día, sin embargo, Cassie no se comportaba como una heroína de Shakespeare. Se comportaba como una bobalicona que no dejaba de reír.

—Bueno, pues conmigo tampoco estuvo. Pero te lo aseguro, desde que me mordió, me muero por morderle y succionarle un poco la sangre yo a él también —dijo Cassie, que acto seguido se disolvió en risitas sofocadas.

Otra vez.

—¿De quién estáis hablando, chicas? —pregunté, a pesar de estar bastante segura de conocer la respuesta.

—De Stark, por supuesto. Es el tío más sexi de toda la Casa de la Noche. Bueno, sin contar a Kalona —dijo Becca.

—QTM... los dos —dijo Cassie.

—¿QTM? —repetí.

—Que te mueres; están que te mueres, los dos —dijo Becca.

Después comprendí que debería haber tenido la boca cerrada. Quiero decir que en realidad estaba tratando de mantener una conversación con personas vaina con el cerebro lavado, pero no pude quedarme al margen y sí, sabía que en parte mi cabreo provenía de un sentimiento de celos completamente inapropiado.

—¡Ah!, disculpa, Becca —dije con un tono fuertemente sarcástico—, pero ¿no te salvamos el culo Darius y yo de que te violara y te mordiera ese ¡oh, el tío más sexi de la Casa de la Noche!? Y entonces no hacías más que gritar y llorar a moco tendido.

Atónita ante mi salida, Becca abrió, cerró y volvió a abrir la boca. Me recordó a un pez.

—¡Estás celosa! —exclamó Cassie, que en lugar de parecer atónita, lo que parecía más bien era una puta odiosa—. Erik se ha marchado. Loren Blake ha muerto. Así que ahora no tienes a los dos tíos más sexis de la escuela a tus pies.

Sentí que me ponía colorada. ¿Acaso había ido contando Neferet lo mío con Loren por toda la escuela? No supe qué decir, pero de todos modos Becca no me dio oportunidad de contestar.

—Sí, solo porque seas una persona importante y poderosa con los elementos, eso no significa que puedas tener a todos los chicos que quieras —dijo Becca, lanzándome la misma mirada fija y despectiva que les había lanzado la noche anterior a Damien y a las gemelas—. Los demás también podemos tener una oportunidad de vez en cuando.

Contuve mis ganas de gritarle, y en lugar de ello traté de razonar con ella.

—Becca, no piensas con claridad. Anoche, cuando Darius y yo os separamos a Stark y a ti, él te estaba forzando para que lo dejaras succionarte la sangre, y además estaba a punto de violarte.

Detestaba decirlo. Y sobre todo, detestaba saber que era cierto.

—Yo no lo recuerdo así —dijo Becca—. Recuerdo que me gustaba que me succionara la sangre, y me habría gustado todo lo demás que sigue cuando Stark le succiona la sangre a una chica. Tú echaste a perder algo bueno que ni siquiera era asunto tuyo.

—Lo recuerdas así porque Stark te ha enturbiado la mente.

Becca y Cassie se echaron a reír, y eso provocó que muchas cabezas se giraran en nuestra dirección.

—Y ahora vas a decir que Kalona también nos está enturbiando la mente, y que por eso es por lo que lo encontramos tan condenadamente sexi —dijo Cassie.

—¿De verdad me estáis diciendo las dos que no habéis notado que las cosas son distintas desde que Kalona salió de la tierra?

—Sí, ¿y qué? Él es el consorte de Nyx. En persona. Su presencia tiene que hacer que las cosas sean diferentes —dijo Cassie.

—Y por supuesto que salió de la tierra. La tierra es uno de los elementos de Nyx. ¡Como si tú no lo supieras! —añadió Becca, poniendo los ojos en blanco.

Yo acababa de abrir la boca para tratar de explicarles que él había escapado de la tierra, y no nacido de ella, cuando la puerta de clase se abrió y el propio Kalona entró a grandes zancadas.

Todas las chicas suspiraron excepto yo. Y para ser completamente sinceros, yo hubiera querido suspirar y tuve que agarrarme la mandíbula para no hacerlo. Sencillamente, él era una verdadera belleza. Aquel día llevaba un pantalón negro suelto y una camisa de manga corta, pero la llevaba abierta y a medio abrochar, y cada vez que se movía se le veía la piel de bronce sin tacha y los músculos del pecho.

Alguien le había rajado la camisa por detrás para poder sacar por ahí las magníficas alas negras, que se plegaban sobre la ancha espalda. Llevaba el largo pelo negro suelto por los hombros, cosa que le hacía parecer un ángel de la antigüedad a pesar de lo moderno de la ropa.

Quise preguntarles a Becca o a Cassie qué edad creían ellas que tenía, porque para mí, una vez más, no representaba más de dieciocho o diecinueve años: igual que si estuviera en la flor de la juventud y de la fuerza, y no como si fuera tan anciano y misterioso como para quedar fuera de mi alcance.

Pero no. Escúchate a ti misma. Porque el siguiente paso será hablar con la misma insensatez y falta de sentido común que Becca y Cassie, y que el resto de las iniciadas, me dije. Piensa, me ordené. Él era mi enemigo. Eso no debía olvidarlo. Me esforcé por ver más allá de la belleza física y del atractivo hipnótico que él irradiaba, y entonces me di cuenta de que él llevaba un rato hablando, mientras yo estaba abstraída con mis pensamientos.

—Dicho esto, he pensado que podía ayudar a dirigir esta clase, ya que parece que sois tan duras con vuestros instructores.

Las carcajadas de la clase sonaron cálidas y llenas de admiración.

Alcé la mano. Sus ojos de color ámbar mostraron sorpresa, y luego sonrió y dijo:

—¡Qué agradable que la primera pregunta venga de la más especial de todas las iniciadas! Sí, Zoey, ¿a qué pregunta quieres que te conteste?

—Al hacerte cargo de las clases de teatro, me preguntaba si es que no crees que Erik Night vaya a volver en mucho tiempo.

Vale, en realidad no quería hacerle esa pregunta, pero mi instinto me había impulsado a levantar la mano y luego, del mismo modo, me había dicho lo que tenía que preguntarle. Sabía que era peligroso que me burlara de él por el hecho de que Erik se hubiera escapado, pero le había hecho la pregunta de tal modo que no esperaba suscitar su ira inmediata. Simplemente, no estaba segura de por qué me sentía tentada a hostigar a un inmortal ya de por sí voluble.

Kalona no se desconcertó en absoluto por mi pregunta.

—Creo que Erik Night volverá a la Casa de la Noche mucho antes de lo que pueden pensar algunos. Pero, por desgracia, he oído decir que puede que no esté en condiciones de retomar sus tareas como profesor, ni ninguna otra, durante un tiempo.

Su sonrisa se hizo más cálida y más íntima, y sentí que Becca y Cassie y el resto de las chicas de clase me lanzaban miradas como dagas de envidia. Entonces me di cuenta, con un terrible sentimiento de pavor e incredulidad, de que las chicas en realidad no habían oído nada de lo que había dicho Kalona. No se habían dado cuenta de que acababa de amenazar a Erik y de que había dicho que iba a volver, pero seguramente metido en un saco y arrastrado hasta la escuela. Solo habían oído el sonido de su bella voz. Y solo sabían que me había escogido a mí y que me prestaba

particular atención.

—Y ahora, dulce Zoey, o como yo prefiero pensar en ti, A-ya, voy a hacerte el honor de darte a elegir la pieza de teatro que prefieras que estudiemos en primer lugar. ¡Pero ten cuidado! Toda la clase tendrá que acatar tu decisión. Y tienes que saber que yo haré el papel principal en la obra que tú elijas.

Kalona caminó a grandes zancadas hacia mí. Yo estaba en la segunda fila, en la parte delantera, justo detrás de Becca, y juro que pude verla temblar ante su proximidad.

—Quizá te dé un papel en nuestro pequeño drama —dijo Kalona.

Me quedé mirándolo. El corazón me martilleaba en el pecho con tanta fuerza, que estaba segura de que él podía oírlo. Me resultaba muy duro que él estuviera tan cerca. Me recordaba a mis sueños, en los que él había venido a mí y me había estrechado en sus brazos. Podía sentir la fría atracción que partía de su cuerpo... que me envolvía... que me hacía desear que me cubriera con aquellas alas de ébano...

Él va a hacerle daño a Erik. Me aferré a ese pensamiento y sentí como el delicioso frío se escurría de mi lado. Hubiese lo que hubiese entre Erik y yo, a mí no iba a molarme nada que a él le ocurriera algo malo.

—Conozco la obra perfecta para nosotros —dije, orgullosa de oír que mi voz sonaba serena y fuerte.

Él esbozó una sonrisa de pura y sensual alegría.

—¡Me intrigas! ¿Cuál es tu elección?

—*Medea* —contesté sin vacilar—. Una tragedia griega antigua, escrita en los tiempos en los que los dioses aún caminaban por la tierra. Es sobre lo que ocurre cuando un hombre tiene un orgullo desmedido.

—¡Ah, sí, el orgullo! Lo que ocurre cuando el hombre exhibe la arrogancia de un dios —dijo él. Su voz seguía sonando profunda y seductora, pero yo advertí que la ira comenzaba a prender en sus ojos—. Creo que descubrirás que el orgullo desmedido solo les corresponde a los mortales, no a los dioses mismos.

—Entonces, ¿no quieres hacer el papel? —pregunté con exagerada inocencia.

—¡Todo lo contrario! Creo que la representación será divertida. Quizá te permita representar a *Medea* —contestó Kalona, que entonces dejó de mirarme a los ojos y dirigió su carisma hacia el resto de la clase—. Estudiamos esa obra esta noche. Empezaremos la representación mañana. Descansad bien, niñas. Espero ardientemente volver a veros a cada una de vosotras —dijo Kalona, que, tan bruscamente como había entrado, se marchó.

Hubo un completo silencio, que a mí se me hizo eterno. Finalmente yo alcé la voz y hablé para todo el mundo, sin dirigirme a nadie en particular.

—Bueno, creo que voy a ver si encuentro unas cuantas copias de *Medea*.

Me levanté de mi sitio y fui hacia el fondo de la clase. Pero ni siquiera el ruido de

abrir y cerrar puertas de armarios y pasar archivos con viejos manuscritos de obras de teatro y guiones bastó para impedirme oír la lluvia de susurros que me cayeron encima:

—¿Por qué tiene que ser a ella a quien él destaque?

—¡No es justo!

—¡Si esta es la forma misteriosa de ser de Nyx, estoy más que harta!

—Sí, es una mierda. Como no seas Zoey Redbird, entonces no vales una mierda para Nyx.

—Nyx le da todos los tíos que quiere. La diosa no deja a nadie para las demás.

Así siguieron y siguieron, cada vez más y más cabreadas. Incluso los chicos metían baza. Según parecía, yo era el chivo expiatorio que tenían más a mano para cargar con un montón de ira y de celos acumulados que debían de guardarle a Kalona, pero a los que no se les permitía dar rienda suelta porque él jugaba con sus mentes.

Y lo peor de todo era que Kalona destruía metódicamente el amor de los iniciados por Nyx, y me utilizaba a mí para ayudarlo. Los iniciados eran ya incapaces de ver el amor, el honor y la fuerza de su diosa, porque la presencia física de Kalona les bloqueaba esa visión igual que el Sol oculta el brillo de la Luna durante un eclipse lunar.

Encontré una caja con los guiones de *Medea*, la llevé hasta la mesa de Becca y allí la dejé caer. Al alzar ella la vista hacia mí, dije:

—Toma. Reparte esto.

Y, sin decir una palabra más, abandoné el aula.

Nada más salir del edificio me alejé del camino pavimentado y me oculté entre las sombras que creaba la propia escuela. Me apoyé sobre el muro de piedra y ladrillo, cubierto por una fina capa de hielo, que formaba los edificios de la Casa de la Noche y el muro que rodeaba el campus. Estaba temblando. Había bastado una sola aparición de Kalona para volver a toda una clase contra mí. Y lo mismo daba que yo no hubiera estado babeando detrás de él como hacía el resto de la clase. No importaba ni siquiera que incluso hubiera conseguido cabrearlo. Lo único que habían procesado todos aquellos chicos era su hipnótica belleza y el hecho de que él me hubiera destacado entre las demás, prestándome una atención especial por encima de cualquiera de ellas.

Y solo por eso me odiaban.

Pero era algo más que el simple hecho de que me odiaran. Lo más tenebroso, lo más increíble de todo era que habían comenzado a odiar a Nyx.

—Tengo que sacarlo de aquí —dije en voz alta, haciendo de ello un juramento—. Pase lo que pase, Kalona abandonará esta Casa de la Noche.

Caminé lentamente hacia los establos, y no solo porque había abandonado mi

última clase demasiado pronto y me sobraba tiempo antes de que comenzara la clase de estudios ecuestres, a sexta hora. Caminé lentamente porque me resbalaría y me caería de culo como no tuviera verdadero cuidado. Con la suerte que tenía, seguro que me rompía algo. Y entonces tendría que cargar con una escayola o dos, aparte de todo lo demás.

Alguien había echado una mezcla de arena y sal sobre la acera, pero apenas servía de nada con aquella tormenta que no cesaba. Caía aguanieve a cántaros, haciendo que el mundo pareciera una enorme tarta cubierta de azúcar glas. Seguía siendo bonito, pero en un sentido misterioso y como de ensueño. Mientras me resbalaba, me deslizaba y luchaba por recorrer esos pocos metros que separaban la clase de teatro de la clase de equitación en los establos, me di cuenta de que no había forma de que los seis saliéramos de allí; eso por no mencionar el kilómetro o dos que teníamos que recorrer hasta llegar al convento de las benedictinas, en la esquina de la calle Lewis con la Veintiuna.

Quería sentarme en medio de la helada, mojada y resbaladiza acera y romper a llorar. ¿Cómo iba a conseguir sacarlos a todos de allí? Necesitaba el Hummer, pero no podía ocultarlo. Así que solo quedaba escapar a pie, cosa que no habríamos podido hacer con la suficiente rapidez ni siquiera en circunstancias normales. Durante una tormenta de hielo, las calles y las aceras de los barrios residenciales del centro de Tulsa estarían todas oscuras y cubiertas de hielo, y entonces la huida no solamente sería lenta, sino imposible.

Estaba ya casi en la entrada de los establos cuando oí un croar burlón desde una de las ramas del viejo y enorme roble que se alzaba como un centinela justo pegado a la escuela. Mi primera reacción fue deslizarme corriendo por la puerta y entrar en el edificio. De hecho, comencé a caminar más aprisa, pero entonces mi propio mal humor me paró. Me detuve, respiré hondo para concentrarme, e ignoré a la terrible cosa pájaro con ojos humanos que me miraba y me ponía de punta los pelos de la nuca.

—Fuego, te necesito —susurré.

Envié mis pensamientos al sur, la dirección en la que regía ese elemento. Casi instantáneamente sentí el calor rozar mi piel y el aire pareció esperar, escuchar a mi alrededor. Alcé la vista hacia las ramas cubiertas de hielo del orgulloso viejo roble.

Pero en el centro del árbol, justo donde comenzaban a separarse las ramas más grandes del tronco y donde había estado el cuervo del escarnio, surgió la imagen espectral de Neferet. Irradiaba oscuridad y mal. No había brisa, pero su largo pelo se levantaba a su alrededor como si los mechones tuvieran vida propia. Sus ojos brillaban con un asqueroso tono escarlata, más parecido al óxido que al rojo. Su cuerpo era casi transparente, y su piel reflejaba una luz no terrenal.

Me centré en el único detalle que me permitía apaciguar mi terror lo suficiente

como para hablar: si su cuerpo era transparente, entonces es que ella no estaba realmente allí.

—¿Es que no tienes nada más importante que hacer que espiarme?

Me alegré de que mi voz no sonara trémula. Incluso alcé la barbilla y le dirigí una mirada desafiante.

—Tú y yo aún tenemos asuntos pendientes.

Ella no movió los labios, pero oí misteriosamente el eco de su voz a nuestro alrededor.

Imité una de esas arrogantes risitas de Aphrodite y contesté:

—Vale, así que no tienes nada mejor que hacer que espiarme. Yo, en cambio, estoy demasiado ocupada para preocuparme por ti.

—Una vez más, alguien va a tener que enseñarte la lección de cómo respetar a tus mayores.

Mientras la observaba, ella comenzó a sonreír. Sus enormes y bonitos labios empezaron a estirarse y estirarse hasta que, con un horrible ruido como de atragantarse, comenzaron a salir arañas de aquellas fauces abiertas, y su imagen se rompió en un hervidero de cientos y cientos de criaturas con muchas patas.

Tomé aire, ansiosa por gritar, y ya estaba echándome atrás cuando oí un susurro de alas. Un cuervo del escarnio aterrizó en el mismo lugar en el que había aparecido la imagen. Parpadeé, esperando que lo invadieran las arañas, pero los animalitos reflejaron débilmente la luz y, después, parecieron hundirse en la noche y desaparecer. En el árbol solo quedaban el cuervo del escarnio y mi insistente miedo.

—¡Zzzzzzoey! —dijo la criatura en un silbido. Era evidente que ese cuervo era uno de los menos destacados, porque su habilidad para hablar no era ni mucho menos lo refinada que era la de Rephaim—. Huelessss a verano.

Abrió el oscuro pico y lo vi sacar vorazmente la lengua bífida, como si estuviera tratando de saborear mi olor.

Vale. Ya me bastaba. Neferet casi me había matado del susto. ¿Y de pronto ese... ese... ese chico pájaro también pretendía tomarme el pelo? ¡Ah, no! ¡No!

—Muy bien, estoy harta de que vosotros, *frikis*, y de que vuestro papá y la asquerosa Neferet piensen que pueden controlarlo todo.

—Padre diceeee «Encuentra a Zzzzzzoey», y yo encuentro a Zzzzzzoey. Padre dice «Vigila a Zzzzzzoey». Yo vigilo a Zzzzzzoey.

—¡No, no, no! Si quisiera tener a un pelma de padre para que me siguiera a todas partes y me vigilara, llamaría al perdedor de mi padrastro. Así que te lo digo a ti, a tu papá, al resto de tus hermanos pájaros e incluso a Neferet: ¡fuera de mi vista!

Alcé las manos y le lancé el fuego. El pájaro chilló y trató de echar a volar, sacudió las alas como un loco y voló erráticamente, lejos del árbol y de mí, tan deprisa como pudo, dejando atrás un tufo a plumas chamuscadas y silencio.

—¿Sabes? No es muy inteligente ponerse en contra de ellos —dijo una voz—. Por lo general son molestos. Pero si les destrozas las plumas, entonces sí que es difícil llevarte bien con ellos.

Me giré hacia el edificio del establo. Stark estaba de pie ante la puerta abierta.



—¿Lo ves? Esa es una de las diferencias entre tú y yo. Tú pretendes llevarte bien con ellos. Yo no. Así que no me importa cabrearlos —le dije a Stark. Canalicé el resto del miedo que me quedaba y lo transformé en ira—. ¿Y sabes qué? Que ahora mismo no quiero ni oír hablar de eso —continué. Con voz aún cabreada, por último añadí—: ¿Has visto eso?

—¿El qué? ¿Te refieres al cuervo del escarnio?

—No, me refiero a esas desagradables arañas.

Stark pareció sorprendido.

—¿Había arañas en el árbol? ¿De verdad?

Solté un largo suspiro de frustración.

—Últimamente no estoy muy segura de qué es de verdad y qué es de mentira aquí.

—Pero sí que te he visto bastante cabreada, arrojándole fuego como si se tratara de una pelota de playa.

Vi como Stark dirigía la vista hacia mis manos, y entonces me di cuenta no solo de que me temblaban, sino también de que seguían brillándome con el aura del fuego. Respiré hondo, traté de calmarme y ordené al temblor parar. Entonces, ya con más tranquilidad, dije:

—Gracias, fuego. Ya puedes irte. ¡No, espera! Primero, ¿podrías derretir un poco de ese hielo, por favor?

Dirigí las manos brillantes, con las llamas del fuego, hacia el trozo de acera que me faltaba por recorrer en dirección al establo. Igual que diminutos artistas del circo en el manejo del fuego, de mis dedos brotaron llamas jubilosas que lamieron alegremente la espesa capa de hielo, convirtiéndola en una mezcla de barro. Pero al menos el barro no era resbaladizo.

—¡Gracias, fuego! —les grité a las llamas que se apagaron en mis dedos y que corrieron en dirección sur.

Caminé con dificultad por el barro y el agua, y pasé por delante de Stark, que me miraba.

—¿Qué? —le pregunté—. Estaba harta de estar a punto de caerme y partirme el espinazo.

—Eres una chica realmente especial, ¿sabes?

Stark esbozó esa sonrisa impertinente y preciosa de niño malo, y antes de que yo pudiera parpadear, él me estrechó en sus brazos y me besó. No fue uno de esos besos abusivos, uno de esos en los que te soban y que rebosan de cierto sentido de la

posesión, como los que me había estado dando Erik. El beso de Stark era más bien como un signo de interrogación, al que respondí con una decidida exclamación.

Claro que debería haberme cabreado. Debería haberle empujarlo y haberle dicho que se echara atrás en lugar de devolverle el beso (y encima con entusiasmo). Me habría gustado poder decir que mi casi apasionada reacción ante él se debía a que últimamente había tenido tanto estrés y tanto miedo que necesitaba escapar y que sus brazos eran la única salida disponible, lo cual habría implicado que yo no era del todo responsable del hecho de estar morreándome con Stark justo delante de la puerta de los establos.

Pero la verdad no es tan halagadora, y sin embargo sigue siendo la verdad. No lo besé por culpa del estrés, ni del miedo, ni para escapar, ni por ninguna otra razón excepto por el hecho de que quería besarlo. Me gustaba. Me gustaba de verdad. No sabía qué iba a hacer con respecto a él. No sabía dónde encajaría en mi vida o si encajaría siquiera, sobre todo porque me daba vergüenza admitir en público, libremente, mis sentimientos hacia él. No hacía más que imaginar lo mucho que asustaría a mis amigos. Por no mencionar a las miles de chicas vainas a las que...

Pensar en las miles de chicas vainas a las que Stark había estado mordiendo y todo lo demás fue como un jarro de agua fría para mí, y por fin conseguí dejar de besarlo. Le di tal empujón que lo eché más allá de la acera. Me apresuré a entrar en el campo de deportes, miré a mi alrededor con cierto aire de culpabilidad y suspiré con alivio al comprobar que éramos los únicos que merodeábamos por allí y que faltábamos a clase.

A un lado del complejo del campo de deportes había una habitación pequeña, semejante a la habitación que servía para guardar las guarniciones de los caballos en el lado de los establos. Allí se guardaban los arcos, las flechas, los blancos y todo el resto de equipos deportivos que se utilizaban en el campo de deportes. Entré con Stark pisándome los talones, cerré la puerta y di unos cuantos pasos para apartarme de él. Me dirigió esa mirada, esa sonrisa sexi suya y se lanzó a por mí, y entonces alcé una mano.

—¡No! Tú te quedas ahí y yo aquí. Tenemos que hablar, y eso es imposible si te acercas a mí.

—¿Porque no puedes apartar las manos de mí?

—¡Oh, por favor! Puedo apartar las manos de ti perfectamente. No soy una de tus chicas vaina.

—¿Chicas vaina?

—Ya sabes, como en la película de *La invasión de los ultracuerpos*. Así es como creo que son las chicas a las que muerdes y con cuyas mentes juegas para que estén todo el día «¡Oh, ese Stark, es tan sexi! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío!». Es desagradable de verdad. Y, a propósito, como se te ocurra intentar eso

conmigo alguna vez, te prometo que invocaré a los cinco elementos y te daremos una patada en el culo. Cuenta con ello.

—Jamás intentaría hacerte eso a ti, pero eso no significa que no quiera saborearte. Me gustaría mucho saborearte —contestó él con una voz supersexi otra vez, mientras trataba de acercarse a mí.

—¡No! Hablo en serio cuando te digo que te quedas ahí.

—¡Vale, vale! ¿Qué te ha pasado para que te alteres así?

Lo miré con el ceño fruncido.

—No estoy alterada. Solo que resulta que se ha desatado el infierno a nuestro alrededor, por si no te habías dado cuenta. La Casa de la Noche está bajo el control de un ser que debe de ser un demonio. Y Neferet se ha convertido en algo que seguramente es bastante peor que un demonio. Mis amigos y yo no estamos a salvo aquí. No tengo ni idea de cómo hacer lo que tengo que hacer para enderezar todo eso, y encima me estoy enamorando de un tío que ha estado con un montón de tías en el campus, y que les ha lavado el cerebro.

—¿Te estás enamorando de mí?

—Sí, es fantástico, ¿verdad? En realidad ya tengo un novio vampiro y un tío humano con el que tengo una conexión. Como diría mi abuela, mi carné de baile está más que completo.

—Yo puedo encargarme del novio vampiro —afirmó Stark que, automáticamente, echó mano del arco que llevaba a la espalda y comenzó a acariciarlo.

—¡Demonios, no, no quiero que «te encargues» de él! —grité—. A ver si se te mete esto en la cabeza: ese arco no es la solución para todos tus problemas. Debería de ser tu último recurso, y jamás, jamás deberías usarlo contra otra persona, ya sea humano o vampiro. Antes lo sabías.

Su rostro se endureció.

—Ya sabes lo que me pasó. No voy a disculparme por lo que se ha convertido en mi naturaleza.

—¿Tu naturaleza? ¿Quieres decir tu naturaleza de mocoso y malcriado, o tu naturaleza de cabrón?

—¡Quiero decir yo! —gritó, golpeándose el pecho—. Es lo que soy ahora.

—Vale, vas a escucharme de una vez por todas, porque no voy a repetirme esto más. ¡A ver si te enteras! Todos tenemos cosas malas en nuestro interior, y todos elegimos o bien dar rienda suelta a esas cosas malas, o bien luchar contra ellas.

—Eso no es lo mismo que...

—¡Cállate y escúchame! —grité, estallando de rabia—. No es igual para nadie, para ninguno de nosotros. Para algunas personas la lucha solo consiste en decidir si quedarse dormidos una hora más y perderse la primera clase o mover el culo e ir a la escuela. Para otras es más duro, por ejemplo cuando tienen que decidir si van a ir o

no a rehabilitación y a mantenerse limpios o si simplemente van a rendirse y seguir vivos como si fueran una máquina. Para ti quizá sea aún más duro, porque tienes que decidir si vas a luchar por tu humanidad o si vas a ceder ante la oscuridad y ser un monstruo. Pero sigue siendo una elección. Tu elección.

Nos quedamos ahí de pie, mirándonos el uno al otro. Yo no sabía qué más decir. No podía tomar la decisión de elegir su humanidad por él. De pronto comprendí que no podía seguir escabulléndome por ahí y viéndolo a escondidas. Si él no podía ser el tipo de chico con el que yo pudiera estar orgullosa de que me vieran en público, entonces el papel que representaba para mí en la intimidad no significaba nada. Y él tenía que saberlo.

—Lo que ocurrió anoche no va a volver a ocurrir. No igual.

Yo me había tranquilizado, y mi voz ya no reflejaba enfado, sino serenidad. Pero también tristeza en medio de la quietud de aquella pequeña habitación.

—¿Cómo puedes decirme eso cuando acabas de confesarme que te estás enamorando de mí?

—Stark, lo que te estoy diciendo es que no voy a seguir contigo si tengo que ocultar el hecho de que estamos juntos.

—¿Por tu novio vampiro?

—No. Por ti. Erik nos afecta. Él me importa. Lo último que quiero es hacerle daño, pero sería estúpido por mi parte estar con él si deseara estar contigo. O con cualquiera, incluyendo al chico humano con el que estoy conectada. Así que tienes que comprender que Erik no puede impedir que esté contigo.

—De verdad sientes algo por mí, ¿no es así?

—Sí, pero te prometo que no voy a ser tu novia si tengo que avergonzarme de estar contigo delante de mis amigos. No puedes ir portándote mal por ahí, con todo el mundo, y luego portarte bien conmigo. Tú eres realmente lo que haces la mayor parte del tiempo. Yo veo que aún hay bondad en ti, pero esa buena voluntad quedará borrada al final por la oscuridad que también está ahí. Y no voy a quedarme a tu lado, esperando para verlo.

Stark apartó la vista de mí.

—Sabía que era eso lo que sentías, pero no creía que pudiera molestarme tanto oírte decir. No sé si puedo hacer la elección correcta. Cuando estoy contigo, siento que sí puedo. Tú eres tan fuerte, y tan buena...

Resoplé con fuerza.

—No soy tan buena. He fastidiado mucho las cosas. Y por desgracia, las seguiré fastidiando. Mucho. Y anoche tú fuiste el más fuerte de los dos, no yo.

De nuevo él me miró a los ojos.

—Tú eres buena. Lo siento. Eres buena en lo más profundo de tu corazón, donde importa.

—Espero serlo. Trato de serlo.

—Entonces haz esto por mí, por favor.

Stark recorrió los escasos metros que nos separaban antes de que pudiera volver a detenerlo. Al principio no me tocó. Simplemente se quedó mirándome a los ojos.

—Todavía no has completado el cambio, pero aun así, los Hijos de Érebo te llaman sacerdotisa —dijo Stark, que apoyó una rodilla en el suelo, alzó la vista hacia mí y se llevó la mano derecha, con el puño apretado, al corazón.

—¿Qué estás haciendo?

—Me comprometo contigo. Los guerreros lo han hecho durante siglos: se comprometen en cuerpo, corazón y alma, para proteger a su alta sacerdotisa. Ya sé que aún no soy más que un iniciado, pero creo que ya estoy cualificado para ser un guerrero.

—Bueno, yo tampoco soy más que una iniciada, así que estamos iguales —dije con voz trémula.

Tuve que parpadear rápidamente para despejar las lágrimas que inundaban mis ojos.

—¿Aceptas mi juramento, mi señora?

—Stark, ¿comprendes el alcance de lo que estás haciendo?

Sabía algo acerca de las promesas de los guerreros a las altas sacerdotisas, y se trataba de un juramento que los vinculaba al servicio de su señora durante toda su vida, y que a menudo era más difícil de romper incluso que una conexión.

—Lo comprendo. Estoy haciendo una elección. La elección correcta. Elijo el bien por encima del mal, la luz sobre la oscuridad. Elijo mi humanidad. ¿Aceptas mi juramento, mi señora? —volvió a repetir.

—Sí, Stark, lo acepto. Y en el nombre de Nyx te vinculo al servicio de la diosa tanto como al mío, porque servirme a mí es servirle a ella.

El aire a nuestro alrededor brilló, y de pronto se produjo un resplandor. Stark gritó y se desplomó; cayó a mis pies con un gemido.

Me arrodillé a su lado y traté de alzarlo por los hombros para ver qué había ocurrido.

—¡Stark! ¿Qué ha ocurrido? ¿Estás...?

Con un maravilloso llanto de felicidad él alzó la vista hacia mí. Las lágrimas caían en abundancia por su rostro, pero su sonrisa era radiante. Entonces parpadeé y me di cuenta de lo que estaba viendo. Su luna creciente se había rellenado y extendido. Frente a ella había dibujadas dos flechas. Estaban decoradas con complicados símbolos que parecían resplandecer en color escarlata contra el blanco de la piel.

—¡Oh, Stark!

Alargué una mano y tracé con el dedo suavemente el dibujo del tatuaje que lo

marcaría ya para siempre como vampiro adulto: el segundo vampiro adulto rojo que había existido jamás.

—¡Es precioso!

—He completado el cambio, ¿verdad?

Asentí, y las lágrimas rebosaron mis ojos y cayeron por mis mejillas. Y de pronto estaba en sus brazos, besándolo, y nuestras lágrimas se mezclaron y los dos reíamos, llorábamos y nos abrazábamos el uno al otro.

La campana que marcaba el final de la quinta hora nos sobresaltó. Él me ayudó a ponerme en pie sin dejar de sonreír, enjugó las lágrimas de mis mejillas y las suyas. Entonces la realidad desbarató nuestra felicidad, y me di cuenta de todo lo que conllevaba este nuevo e increíble cambio.

—Stark, cuando un iniciado cambia, tiene que superar una especie de ritual.

—¿Conoces tú ese ritual?

—No, solo lo conocen los vampiros —contesté. Entonces tuve una idea—. Tienes que ir a ver a Dragon Lankford.

—¿Al profesor de esgrima?

—Sí. Él está de nuestra parte. Dile que te envío yo. Dile que, como guerrero, has jurado permanecer a mi servicio. Él sabrá qué hacer.

—Vale, lo haré.

—Pero no permitas que nadie vea que has cambiado.

No sabía por qué era importante para mí, pero sabía que él debía mantenerse oculto hasta después de ver a Dragon. Busqué por aquella pequeña habitación que servía de almacén hasta encontrar una gorra de explorador de la Universidad de Tulsa. Se la puse a Stark en la cabeza. Seguí buscando un poco más hasta dar con una toalla, y se la enrollé al cuello.

—Ponte esto —le dije mientras le remetía la toalla—, y mantén la visera bajada. Tampoco estás tan raro. Quiero decir que ahí fuera hay una tormenta de hielo. Tú simplemente procura encontrar a Dragon sin que nadie te vea.

Stark asintió y preguntó:

—¿Y qué vas a hacer tú?

—Yo estaré planeando nuestra huida de aquí. Dragon y su mujer están con nosotros, y creo que la maestra de equitación, Lenobia, también. Así que vuelve aquí tan pronto como puedas.

—Zoey, no me esperes. Márchate de aquí. Aléjate todo lo que puedas.

—¿Y tú?

—Yo puedo entrar y salir siempre que quiera. Te encontraré, no te preocupes. Mi cuerpo no estará contigo todo el tiempo, pero siempre tendrás mi corazón. Soy tu guerrero, ¿recuerdas?

Sonreí y toqué su mejilla.

—Jamás lo olvidaré. Te lo prometo. Soy tu alta sacerdotisa y te has comprometido conmigo. Eso significa que tú también tienes mi corazón.

—Entonces será mejor que los dos procuremos mantenernos a salvo. Porque es difícil vivir sin corazón. Yo lo sé. Lo he intentado.

—Pero eso ya no volverá a ocurrir.

—Nunca más.

Stark me besó con tal suavidad que me arrebató el aliento. Después dio un paso atrás, se llevó el puño al pecho e inclinó formalmente la cabeza ante mí.

—Nos veremos pronto, mi señora.

—Ten cuidado.

—Y si no puedo tener cuidado, seré rápido —contestó, esbozando aquella sonrisa impertinente y saliendo por la puerta.

Nada más marcharse cerré los ojos, me llevé el puño al pecho e incliné la cabeza.

—Nyx —susurré—, le estaba diciendo la verdad. Él tiene mi corazón. No sé cómo va a salir todo esto, pero te pido que mantengas a salvo a mi guerrero y te doy las gracias por darle el coraje suficiente para elegir el bien.

Nyx no se me apareció de repente, pero tampoco lo esperaba. Sin embargo, sí sentí un breve e intenso silencio en el aire, como si ella me estuviera escuchando, y con eso me bastó. Sabía que mi diosa había posado la mano sobre Stark. Así que le pedí en silencio que lo protegiera, que le diera fuerzas, y que me ayudara a mí a decidir qué hacer con él. Estuve rogándoselo hasta que sonó la campana que anunciaba la sexta hora.

—Vale, Zoey —me dije—, es hora de salir de aquí.



Entré corriendo en los establos pasada la hora, así que Lenobia me dirigió una mirada helada y me dijo:

—Zoey, tienes un box que limpiar.

Me tiró una horca y me señaló el box de *Perséfone*.

Musité un «Sí, señora, ahora mismo, señora», y corrí al box de la yegua que había considerado mía desde el momento en que llegué a la Casa de la Noche. *Perséfone* relinchó suavemente a modo de saludo y me acerqué directamente a su cabeza. Le acaricié la cara y le besé el hocico de terciopelo, y sobre todo le dije que era la yegua más guapa, más inteligente y mejor de todo el universo conocido. Ella me rozó la mejilla con el hocico, resopló en mi cara y me pareció que estaba de acuerdo conmigo.

—Ella te quiere, ¿sabes? La yegua me lo ha dicho.

Me giré y vi a Lenobia de pie, dentro del box, apoyada contra la pared, pegada a la puerta. A veces me olvido de lo excepcionalmente guapa que es, así que en momentos como ese, cuando la miro de verdad, su belleza única me sorprende. Lenobia es toda carácter, envuelto en un delicado papel de seda. Su cabello, de un blanco plateado, y sus ojos grises, del tono de la pizarra, son sus rasgos más notables; bueno, a excepción de los increíbles tatuajes de caballos encabritados que la marcan como vampiro. Ese día llevaba la ropa de siempre: una camisa blanca bien planchada y unos pantalones de montar sueltos, metidos por dentro de las botas de montar inglesas. Quitando los tatuajes y las diosas bordadas en plata sobre el corazón, por su aspecto Lenobia podría haber aparecido en cualquier anuncio chic de Calvin Klein.

—¿De verdad puedes hablar con ellos?

Yo lo sospechaba, pero Lenobia jamás antes me había hablado tan directamente de su habilidad.

—No con palabras. Pero los caballos comunican sus sentimientos. Son seres apasionados y leales, con un corazón lo suficientemente grande como para que quepa en él el mundo entero.

—Yo también he pensado eso siempre —dije en voz baja, besándole la frente a *Perséfone*.

—Zoey, Kalona debe morir.

La brusquedad con la que Lenobia hizo la afirmación me sobresaltó. Miré a mi alrededor. Me preocupaba que algún cuervo del escarnio pudiera andar por ahí, acechando, como habían estado haciendo durante las otras clases.

Lenobia sacudió la cabeza para despejar todos mis miedos.

—Los caballos desprecian a los cuervos del escarnio tanto como los gatos, solo que el odio de los caballos es bastante más peligroso. Ninguna de esas abominables criaturas pájaro se atrevería a entrar en mis establos.

—¿Y los otros iniciados? —pregunté en voz baja.

—Están demasiado ocupados haciendo ejercicio con los caballos, que llevan días encerrados por culpa de esta tormenta. No pueden oírnos. Así que te lo repito: hay que matar a Kalona.

—No se le puede matar. Es inmortal.

Mi frustración ante tan desafortunado hecho resultó evidente en mi tono de voz.

Lenobia se echó atrás el largo y abundante pelo y comenzó a caminar de un lado a otro por el box.

—Pero tenemos que derrotarlo. Él atrae a nuestra gente y la aparta de Nyx.

—Lo sé. No llevo aquí ni siquiera un día entero, y ya he visto lo mal que están las cosas. Y Neferet también está metida en todo esto —dije conteniendo el aliento y esperando a ver si Lenobia permanecía ciegamente leal a su alta sacerdotisa o si sería capaz de ver la verdad.

—Neferet es peor que cualquiera de ellos —contestó Lenobia amargamente—. Ella, que debería serle fiel a Nyx, la ha traicionado por completo.

—No es la misma de antes. Se ha convertido en una persona centrada en el mal.

Lenobia asintió con la cabeza.

—Sí, algunos de nosotros ya nos lo temíamos. Me avergüenza decir que miramos para otro lado en lugar de enfrentarnos a ella cuando comenzó a hacer cosas extrañas. Yo ya no la considero al servicio de Nyx. Pretendo ofrecerle mi lealtad a una nueva alta sacerdotisa —terminó por explicar Lenobia, dirigiéndome una mirada significativa.

—¡A mí no! —exclamé prácticamente a gritos—. Ni siquiera he cambiado aún.

—Has sido marcada y elegida por nuestra diosa. A mí eso me basta. Y también les basta a Dragon y a Anastasia.

—¿Y los otros profesores? ¿Están con nosotros también?

Una terrible expresión de tristeza atravesó su rostro.

—No. Todos los demás están cegados por Kalona.

—¿Y por qué vosotros no?

Lenobia se tomó su tiempo antes de contestar.

—No estoy segura de por qué él no nos ha cegado como ha hecho con casi todos los demás. Dragon, Anastasia y yo hemos estado hablando de ello, aunque muy brevemente. Sentimos su atractivo, pero parte de nosotros es capaz de permanecer lo suficientemente insensible a él como para verlo; me refiero a verlo de verdad y reconocerlo como la criatura destructiva que es en realidad. No nos cabe duda alguna de que tienes que encontrar el modo de derrotarlo, Zoey.

Me sentí fatal: impotente, sin aliento, y excesivamente joven. Me hubiera gustado agitar los brazos y gritar: «¡Solo tengo diecisiete años. No puedo salvar al mundo. Ni siquiera sé aparcar en paralelo!».

Pero entonces una brisa dulce y primaveral me acarició el rostro; una brisa caliente gracias al sol del verano y húmeda gracias al rocío del amanecer, y mi espíritu se animó.

—Tú no eres simplemente una iniciada. Escucha en tu interior, niña. Tienes que saber que adonde te lleve esa vocecilla serena, nosotros te seguiremos —dijo Lenobia con una voz que me recordó a la de mi diosa.

Sus palabras se combinaron con los elementos para tranquilizarme, y de pronto abrí los ojos inmensamente. ¿Cómo podía haberlo olvidado?

—¡El poema! —exclamé, corriendo a buscar el bolso, que había dejado colgado de la puerta del box de *Perséfone*—. Una de las iniciadas rojas ha estado escribiendo poemas proféticos. Justo antes de venir, me dio uno que tiene que ver con Kalona.

Lenobia me observó con curiosidad mientras yo rebuscaba por el bolso.

—¡Aquí está!

Estaba hecho una bola junto con el otro poema que hablaba de Stark. Lo abrí y me concentré en él.

—Vale... vale... Este es. Aquí dice cómo hacer que Kalona huya. Es solo que... está escrito en lenguaje poético o algo así.

—Déjame que lo lea. Quizá pueda arrojar un poco de luz.

Sostuve el poema de modo que ella pudiera verlo, y Lenobia lo leyó en voz alta mientras yo seguía las palabras.

Lo que una vez lo ató
lo hará huir.

Lugar de poder, unión de cinco:
Noche,
Espíritu,
Sangre,
Humanidad,
Tierra,

unidos no para conquistar
sino para superar.
La noche lleva al Espíritu.
La sangre une la Humanidad.
Y la Tierra lo completa.

—Cuando Kalona surgió de la tierra no renació, como Neferet ha tratado de hacernos creer, ¿verdad? —preguntó Lenobia sin dejar de analizar el poema.

—No. Llevaba allí encadenado más de mil años.

—¿Quién lo encadenó?

—Los ancestros cheroquis de mi abuela.

—Esto parece sugerir que lo que una vez utilizaron los antepasados de tu abuela para encadenarlo no volverá a funcionar una segunda vez. Esta vez lo hará huir. Y a mí con eso me basta. Tenemos que librarnos de él antes de que borre por completo los lazos que nos unen a Nyx —dijo Lenobia, que apartó los ojos del poema y me miró a mí—. ¿Cómo lo encadenaron a la tierra los cheroquis?

Resoplé. Deseaba con todo mi corazón que mi abuela hubiera estado allí para guiarme en aquel momento.

—Yo solo... ¡Yo no sé con exactitud cómo ocurrió! —grité.

—¡Chsss! —me tranquilizó Lenobia, que enseguida puso una mano sobre mi brazo como haría con una potra nerviosa—. Espera, tengo una idea.

Lenobia salió corriendo del box, pero volvió a los pocos segundos con un cepillo de cerdas abundantes y suaves, que me tendió. Entonces se marchó otra vez y volvió con una bala de paja. La colocó contra la pared del fondo del box y se sentó encima. Apoyó cómodamente la espalda, sacó una brizna larga y dorada y se la metió en la boca.

—Vale, y ahora cepilla a la yegua y piensa en voz alta. Encontraremos la solución entre las tres.

—Vale —comencé a decir, mientras acariciaba el largo cuello de *Perséfone*—. La abuela me dijo que las mujeres *ghigua*, eh... las más sabias, procedentes de varias tribus, se reunieron y crearon una doncella con tierra, y la hicieron especialmente para atraer a Kalona a una cueva, donde lo atraparon.

—Espera, ¿has dicho que las mujeres se reunieron para crear a una doncella?

—Sí, ya sé que suena a locura, pero te prometo que es lo que ocurrió.

—No, si no dudo de la verdad de lo que cuenta tu abuela. Solo me preguntaba cuántas mujeres se habrían reunido.

—No lo sé. Lo único que me dijo la abuela es que A-ya era para ellas un instrumento, y que cada una de ellas le concedió un don.

—¿A-ya? ¿Es así como se llamaba la doncella?

Asentí, y entonces giré la cabeza por encima del caballo y miré a Lenobia.

—Kalona me llama A-ya a mí.

Lenobia respiró hondo, sobresaltada.

—Entonces tú eres el instrumento a través del cual él volverá a ser vencido.

—Sí, pero esta vez no será vencido, sino solo ahuyentado —dije automáticamente. Entonces, de pronto, el instinto me obligó a taparme la boca,

porque comprendí que lo que acababa de decir era verdad—. ¡Soy yo! Esta vez no conseguiré atraparlo porque él lo está esperando. Pero sí puedo hacerlo huir —le dije más bien a *Perséfone* que a Lenobia o a mí misma.

—Pero esta vez no eres simplemente un instrumento. Nuestra diosa te ha dado libertad. Tú eliges el bien, y el bien es lo que hará huir a Kalona —dijo Lenobia con tanta seguridad que resultaba contagiosa.

—Espera, ¿qué decía esa parte que hablaba de los cinco?

Lenobia recogió el poema del suelo del box.

—Habla de un «lugar de poder, unión de cinco». Y luego enumera a esos cinco: Noche, Espíritu, Sangre, Humanidad, Tierra.

—¡Son personas! —exclamé, sintiendo una ola de entusiasmo—. Como dijo Damien, por eso van con mayúsculas, porque el poema habla de personas que simbolizan a esas cinco cosas. Y... y apuesto a que si la abuela estuviera aquí, me diría que eran cinco las mujeres *ghigua* que se reunieron y crearon a A-ya.

—¿Sientes que es correcto lo que dices, lo sientes en el fondo de tu alma? ¿Te está hablando la diosa?

Sonreí y mi corazón se elevó.

—¡Sí que lo siento! ¡Es correcto!

—El lugar más poderoso en el interior de la Casa de la Noche, evidentemente, es este —dijo Lenobia.

—¡No! —exclamé con más énfasis del que pretendía, poniendo nerviosa a *Perséfone*. Le di unos cuantos golpecitos, bajé la voz hasta un tono más razonable y añadí—: No, dentro del interior de la escuela, el lugar más poderoso ha sido teñido por él. En él se mezclan su poder y el de Neferet junto con la sangre de Stevie Rae, que lo liberó y... —Abrí la boca atónita al darme cuenta en ese instante de las consecuencias de lo que acababa de decir—. ¡Stevie Rae! Debería de haberme dado cuenta de que ella representa a la tierra. Quiero decir que esa es su afinidad y todo eso, pero ella no es la tierra: ¡es la sangre!

Lenobia sonrió y asintió.

—Muy bien. Una menos. Ahora solo tienes que nombrar a los otros cuatro.

—Y el lugar —musité.

—Sí, el lugar —convino ella—. Bueno, los lugares de poder también están vinculados al espíritu. Como Ávalon, la antigua isla de la diosa, que está ligada al espíritu de Glastonbury. Hasta los cristianos sienten la atracción que ejerce el poder de ese lugar, y en su día construyeron allí un convento.

—¿Cómo?

Di la vuelta alrededor de *Perséfone* para pararme de pie, muy nerviosa, delante de Lenobia.

—¿Qué has dicho de un convento y de la diosa?

—Bueno, Ávalon no es exactamente un lugar de este mundo, aunque es un gran lugar de poder. Los cristianos lo notan, y por eso construyeron allí un convento dedicado a María.

—¡Oh, Lenobia, eso es! —exclamé. Tuve que parpadear fuertemente para despejar las lágrimas de alivio de mis ojos. Luego me eché a reír—. ¡Y es perfecto! El lugar de poder está en la esquina de la Veintiuna con Lewis, en el convento de las monjas benedictinas.

Lenobia abrió los ojos y luego sonrió.

—Nuestra diosa es sabia. Bien, y ahora solo falta adivinar quiénes son los otros cuatro, y llevar a todo el mundo allí. El resto del poema cuenta cómo deben reunirse esos cinco allí.

Lenobia hizo una pausa. Miró la hoja de papel y leyó:

La noche lleva al Espíritu.
La sangre une la Humanidad.
Y la Tierra lo completa.

—La sangre ya está allí, o al menos eso espero —dije—. Le dije a Stevie Rae que se llevara a los iniciados rojos allí cuando descubrí que Kalona quería atraparla.

—¿Y por qué la mandaste allí?

Mi sonrisa fue tan amplia, que juro que casi me partí el labio.

—¡Porque es el lugar donde está el espíritu! El espíritu es la madre superiora, la hermana Mary Angela. Ella ha salvado a mi abuela de los cuervos del escarnio, y desde entonces la cuida allí.

—¿Una monja? ¿Para representar al espíritu y vencer a un antiguo ángel caído? ¿Estás completamente segura de eso, Zoey?

—Vencerlo no, solo hacerlo huir para concedernos tiempo, y poder así reagruparnos e idear el modo de librarnos de él para siempre. Y sí, estoy segura.

Lenobia vaciló solo un instante, pero enseguida asintió.

—Bien, entonces has identificado a la sangre y al espíritu. Piensa. ¿Quiénes tienen tierra, humanidad y noche ocultas en su interior?

Volví a cepillar a *Perséfone*, pero enseguida me eché a reír e incluso sentí la necesidad de darme un coscorrón en la cabeza.

—Aphrodite. Ella tiene que ser la humanidad, aunque la mayor parte del tiempo ella preferiría no tener nada que ver con la humanidad.

—Te tomo la palabra —dijo Lenobia con mordacidad.

—Vale, así que solo faltan la noche y la tierra —dije. Y enseguida continué—: Como ya he dicho antes, al principio pensé que Stevie Rae sería la tierra por su afinidad. Pero sé en el fondo de mi corazón que ella es la sangre. Tierra... tierra...

Suspiré.

—¿Podría ser Anastasia? Su don para los hechizos y rituales a menudo se basa en la tierra.

Pensé en ello, pero, por desgracia, no sentí la punzada que me decía que la respuesta era la correcta.

—No, no es ella.

—Puede que nos estemos concentrando en un grupo de personas incorrecto. El espíritu ha resultado ser alguien de fuera de la Casa de la Noche, cosa que jamás habría adivinado. Quizá la tierra también sea alguien de fuera.

—Bueno, puede que merezca la pena pensarlo de ese modo —accedí.

—¿Qué persona, que no sea un iniciado o un vampiro, puede simbolizar la tierra?

—Creo que de toda la gente a la que conozco, las personas que están más cerca de la tierra son el pueblo de mi abuela. Los cheroquis siempre han respetado la tierra, frente a los que la usan, la poseen o abusan de ella. La concepción del mundo del antiguo pueblo cheroqui es muy diferente de la actual —expliqué.

De pronto cerré la boca y apoyé la frente contra el omóplato de *Perséfone* para darle las gracias a Nyx.

—Ya sabes quién es, ¿verdad?

Alcé la cabeza con una sonrisa.

—¡Es mi abuela! ¡Ella es la tierra!

—¡Perfecto! —convino Lenobia—. ¡Entonces ya están todos!

—No. Falta la noche. Aún no he adivinado quién...

Me interrumpí al captar la mirada cómplice de Lenobia.

—Mira más profundamente, Zoey Redbird, porque estoy convencida de que descubrirás a quién ha elegido Nyx para personificar a la noche.

—A mí no —susurré.

—Por supuesto que a ti sí —me contradijo Lenobia—. El poema lo afirma claramente: «La Noche lleva al Espíritu». Ninguno de nosotros habría ido a buscar al espíritu a un convento de benedictinas, ni lo habría visto en su madre superiora. No habríamos podido encajar las piezas de este enigmático poema, pero tú has ido directa al grano.

—Si es que no me equivoco —dije con voz trémula.

—Escucha a tu corazón. ¿Estás en lo cierto?

Respiré hondo y busqué en mi interior. Sí, ahí estaba, el sentimiento que provenía de mi diosa y que me decía que estaba en lo cierto. Alcé la vista hacia los sabios ojos grises de Lenobia.

—¡Estoy en lo cierto! —dije con rotundidad.

—Entonces tenemos que llevaros a Aphrodite y a ti al convento de las benedictinas.

—A todos —dije automáticamente—. Tiene que ser con Darius, las gemelas, Damien y Aphrodite. Si algo va mal, tengo que tener mi círculo completo. Además, mi bienvenida aquí no ha sido muy agradable, así que si librarnos de Kalona no sirve para despertar a los iniciados y a los profesores de su extraña obsesión, no creo que vuelva. Y, por supuesto, aún tenemos que ocuparnos de Neferet; voy a necesitar mucha ayuda para todo eso.

Lenobia frunció ligeramente el ceño, pero asintió.

—Lo comprendo, y aunque me apena, estoy de acuerdo contigo.

—Tú deberías venir con nosotros. Tú, Dragon y Anastasia. La Casa de la Noche no es un lugar adecuado para vosotros ahora.

—La Casa de la Noche es nuestro hogar.

La miré a los ojos.

—A veces las personas que están más cerca de nosotros nos traicionan, y nuestro hogar deja de ser un lugar feliz. Es duro, pero es así.

—Hablas como una persona sabia a pesar de tu edad, sacerdotisa.

—Sí, bueno, es que soy el producto de un divorcio y una mierda de padrastro. ¿Quién iba a decir que algún día la experiencia iba a servirme de algo?

Las dos nos reíamos cuando la campana sonó, señalando el fin de aquel día de clase. Lenobia se puso en pie al instante.

—Deberíamos de enviarle un mensaje a tus amigos. Podríamos reunirnos aquí. Este sitio, al menos, está a salvo de los oídos y los ojos de los cuervos del escarnio.

—Eso ya lo he hecho —le dije—. Llegarán aquí de un momento a otro.

—Pero si Neferet se da cuenta de que vais a reuniros todos aquí, no nos va a ir nada bien.

—Lo sé.

Eso fue todo lo que dije. Pero lo que pensé fue: *¡Ah, demonios!*



A pesar del hecho de que había comenzado a caer aguanieve otra vez, Damien, las gemelas, Aphrodite y Darius llegaron solo unos minutos después de que sonara la campana.

—Bonita nota —comentó Erin.

—Muy astuto por tu parte, hacernos venir aquí sin dejarnos pensar en ello con antelación —dijo Shaunee.

—¡Bien hecho, tú! —me animó Damien.

—Pero ahora sí que estáis pensando en ello, así que tenemos que asegurarnos de proteger bien ese pensamiento. Tenemos que movernos, y movernos deprisa. Sea lo que sea lo que vayamos a hacer —dijo Darius.

—De acuerdo —dije—. Chicos, unid vuestros elementos y formad con ellos un muro protector que proteja vuestros pensamientos.

—Fácil —dijo Erin.

—Sí, hemos estado practicando —dijo Shaunee.

—¿Necesitáis que invoque un círculo rápidamente? —pregunté.

—No, Z, solo necesitamos que te calles un segundo —dijo Damien—. Tenemos a los elementos ya preparados, esperando.

—Pandilla de lerdos aficionados, ¡adelante! —exclamó Aphrodite.

—¡Cállate! —le gritaron las gemelas.

Aphrodite les soltó un bufido y se quedó de pie junto a Darius, que automáticamente puso un brazo a su alrededor. Noté que la herida de la cara casi se le había curado y que solo le quedaba una fina raya rosa donde antes tenía una enorme y horrible raja. Eso me hizo recordar mi herida, y mientras las gemelas y Damien se ocupaban de unir las fuerzas de sus elementos y Aphrodite le hacía cariñitos a Darius, les di la espalda y eché un discreto vistazo por la pechera de mi camisa. Hice una mueca al ver mi herida. Vale, no era una línea larga, delgada y rosa. Seguía estando arrugada y con el borde dentado, y seguía tan roja y tan fea como antes. Moví los hombros. No, realmente no dolía. Solo al contacto. Era una llaga fea. Realmente muy, muy fea.

Cada vez que pensaba que alguien iba a ver mi asquerosa llaga (alguien quería decir Stark o Erik o incluso Heath, en realidad) sentía deseos de romper a llorar. Quizá, sencillamente, ya nunca más volviera a estar con otro tío. Sin duda eso me facilitaría mucho la vida...

—Las heridas de guerra, cuando la lucha es entre el bien y el mal, tienen una belleza única y propia —afirmó Lenobia.

Salté del susto. Ella estaba de pie, muy cerca de mí, y no la había oído acercarse. La miré con serenidad. Ella era completamente perfecta y bella, y no tenía ninguna cicatriz.

—Eso suena muy bonito en teoría, pero cuando la cicatriz es tuya, la realidad es un tanto distinta.

—Sé de qué hablo, sacerdotisa.

Lenobia se retiró la cortina de pelo plateado de un hombro, se giró para que pudiera verle la nuca y, con una mano, tiró del canesú de la blusa blanca para mostrarme la terrible cicatriz que le recorría toda la línea del pelo, la nuca y desaparecía, ancha y con los bordes dentados, por la espalda.

—¡Vale!, aquí ya tenemos los elementos alzados —gritó Erin.

—Sí, estamos preparados para ponernos en marcha y manos a la obra —dijo Shaunee.

—Sí, así que, ¿cuáles son las últimas noticias? —preguntó Damien.

Lenobia y yo intercambiamos una rápida mirada significativa.

—La historia tendrá que esperar hasta otro momento —dijo ella en voz baja.

Seguí a Lenobia, que se acercó a mis amigos, sin dejar de preguntarme contra qué tipo de mal se habría visto obligada a luchar para hacerse esa horrible cicatriz.

—Zoey ha puesto cara a las personas que se mencionan en el poema —dijo Lenobia sin más preámbulos—. Y el lugar de poder en el cual se deben reunir.

Todos me miraron a mí.

—Es el convento de las benedictinas. Me acuerdo de que una de las razones por las que la hermana Mary Angela no se quedó completamente de piedra cuando le demostré que podía invocar a los elementos es que ella misma había sentido uno de esos poderes elementales. Me dijo que su convento había sido construido sobre un lugar de poder espiritual. Entonces no pensé mucho en ello —expliqué, haciendo una pausa y soltando una pequeña carcajada—. De hecho, no me lo tomé muy en serio, e incluso pensé que era una señora monja un poco excéntrica.

—Bueno, digamos, en tu defensa, que es una monja un poco diferente —dijo Aphrodite.

—Para ser una monja —asintió Darius.

—Además, ella es el espíritu del que habla el poema —afirmé.

—¡Vaya, sí que te habrá costado adivinarlo! —exclamó Damien, sonriéndome—. ¿Quiénes son el resto de las personificaciones?

—La sangre es Stevie Rae.

—Desde luego no me extraña, ¡con lo que le gusta! —musitó Aphrodite entre dientes.

—Tú eres la humanidad —le aseguré con rotundidad, resaltando el anuncio con una enorme sonrisa.

—¡Genial! ¡Simplemente genial! Deja que te diga una cosa, para que conste: ¡No quiero que me muerdan nunca jamás! —afirmó Aphrodite, que entonces alzó la vista hacia Darius, cambió de expresión y añadió—: Bueno, excepto tú, precioso.

Las gemelas hicieron como que vomitaban.

—La tierra es mi abuela —continué, haciendo caso omiso de los demás.

—Menos mal que ella ya está en el convento —comentó Damien.

—¿Y la noche? —preguntó Shaunee.

—Es Zoey —dedujo Aphrodite.

Arqueé las cejas y la miré.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Quién diablos iba a ser, si no? Que no sea un deficiente mental ni comparta el cerebro con nadie más, quiero decir —dijo Aphrodite, que les lanzó a Damien y a las gemelas una significativa mirada—. Está claro.

—Vale, sí, yo soy la noche.

—Así que tenemos que ir al convento de las benedictinas —dijo Darius, directo, como siempre, al punto central de la logística de nuestra «operación».

Y digo «operación» porque, en general, me parece como si me agitara de un lado para otro, esperando haber acertado de alguna manera con los detalles suficientes como para no enredarlo todo por completo. Y a eso, naturalmente, no se le puede llamar «operación».

—Sí, y tenéis que llegar allí rápidamente, antes de que Kalona y Neferet provoquen más daño entre nuestra gente —dijo Lenobia.

—O comiencen la guerra contra los humanos —añadió Aphrodite.

Todos, a excepción de Darius, la miramos con la boca abierta. Pero a pesar de mirarla con la boca abierta y a pesar de la belleza de su rostro y de su habitual calma, vi las ojeras oscuras bajo sus ojos y el tinte vagamente rojizo del blanco de sus ojos.

—Has tenido otra visión —afirmé.

Ella asintió.

—¡Ah, mierda! ¿Me matan otra vez? —pregunté.

Oí como Lenobia inhalaba el aire con un gran sobresalto.

—Eh... es una larga historia —le expliqué.

—No, tonta. No te matan. Por esta vez —dijo Aphrodite—. Pero he visto la guerra, la misma que había visto ya, solo que en esta ocasión he reconocido a los cuervos del escarnio —explicó Aphrodite, que hizo una pausa y se estremeció—. ¿Sabíais que pueden violar a una mujer? No es una visión muy agradable. Bueno, el caso es que Neferet se alía con Kalona para cumplir su locura de plan de declararles la guerra a los humanos.

—Pero la última vez que tuviste una visión de la guerra, dijiste que con salvar a Zoey ya bastaba para evitarla —señaló Damien.

—Ya lo sé, soy la chica visionaria, ¿te acuerdas? Lo que no comprendo es por qué esta vez es diferente, excepto porque ahora hay que añadir a Kalona a la mezcla. Y, bueno, lamento tener que comunicaros esto, porque es bastante espeluznante, pero Neferet se pasa totalmente al lado oscuro. Se convierte en otra cosa, algo que es distinto de cualquier vampiro que hayamos conocido.

Algo hizo *clic* en mi interior, y de pronto las piezas del puzle encajaron todas juntas, y comprendí lo que estaba sucediendo.

—Se convierte en la reina *tsi sgili*, la primera vampiro *tsi sgili*, y eso es algo que no habíamos visto nunca antes —dije un tono de voz tan frío como helada me sentía yo.

—Sí, eso es lo que he visto —asintió Aphrodite, que se puso pálida—. Y también sé que la guerra comienza aquí, en Tulsa.

—Así que el Consejo del que quieren tomar el control debe ser el Consejo de esta Casa de la Noche —dije.

—¿El Consejo? —repitió Lenobia.

—Es demasiado complicado para explicártelo todo ahora. Digamos, simplemente, que es bueno que estén pensando solo a nivel regional, y no global —le contesté.

—Es lógico que si hacemos huir a Kalona de Tulsa y, con un poco de suerte, también a Neferet, entonces no haya ninguna guerra —dijo Darius.

—O al menos que no empiece aquí —dije—. Eso puede proporcionarnos algo de tiempo para acertar con el modo de librarnos de él para siempre, ya que parece que es una pieza tan importante en la guerra.

—La pieza importante es Neferet —dijo Lenobia con una voz tan serena, que casi parecía muerta—. Ella es el impulso oculto que alienta a Kalona. Lleva muchos años deseando la guerra —continuó Lenobia, que me miró a los ojos—. Puede que tengas que matarla.

Me puse pálida.

—¡Matar a Neferet! ¡De ningún modo! ¡No voy a hacer eso!

—Puede que tengas que hacerlo —afirmó Darius.

—¡No! —grité—. Si mi deber fuese asesinar a Neferet, entonces no sentiría estas horribles ganas de vomitar que siento solo de pensarlo. Nyx me haría saber que esa es su voluntad, pero no puedo creer que asesinar a una alta sacerdotisa suya pueda ser jamás la voluntad de la diosa.

—Ex alta sacerdotisa —me corrigió Damien.

—¿Es que eso de ser alta sacerdotisa es como un trabajo, que se puede perder? —preguntó Shaunee.

—Sí, ¿no es una de esas cosas «para toda la vida»? —siguió Erin preguntando.

—Además, ¿de verdad sigue siendo una alta sacerdotisa si se está convirtiendo en otra cosa, como la reina *tsi sgili*? —añadió Aphrodite.

—¡Sí! ¡No! —titubeé—. ¡No lo sé! Dejemos ese tema de asesinar a Neferet. Me niego a hacerlo.

Vi a Darius, a Lenobia y a Aphrodite intercambiar una larga mirada, que optó decididamente por ignorar. Entonces Lenobia dijo:

—Bien, volvamos al tema de sacaros a todos de aquí. Eso sí que tenemos que hacerlo.

—¿Ahora mismo? —preguntó Shaunee.

—¿En este preciso instante? —preguntó a su vez Erin.

—Cuanto antes, mejor —contesté—. Quiero decir que siento vuestros elementos y sé que protegen vuestros pensamientos, pero lo cierto es que en el momento en que Neferet quiera penetrar en vuestras mentes, descubrirá que ocurre algo en cuanto se tope con el muro de los elementos. Simplemente, no sabrá qué —continué. Miré a mi alrededor, esperando en parte ver a Neferet, flotando como una araña, hinchada y espectral, entre las sombras—. A mí se me ha aparecido ya dos veces como un desagradable fantasma, así que digo que hay que salir de aquí. Ya.

—No me gusta cómo suena eso —dijo Erin.

—¡Dímelo a mí! —contesté—. Solo que salir de aquí va a ser un problema. Y el tiempo desde luego no ayuda. Es casi imposible venir andando desde el edificio principal hasta los establos sin caerse y partirse la espalda varias veces, por lo menos. ¡Yo he tenido que utilizar el fuego para derretir parte del hielo! —exclamé, mirando y sonriendo en dirección a Shaunee.

—Espera, ¿qué acabas de decir de utilizar el elemento fuego para derretir el hielo? —intervino Lenobia.

Me encogí de hombros.

—Pues que estaba ya harta de estar todo el rato a punto de resbalarme, así que concentré una pequeña llama sobre la acera. Derretí el hielo sin problemas.

—Yo también, ¡es fácil! —dijo Shaunee.

Lenobia parecía cada vez más emocionada.

—¿Creéis que podríais proyectar una llama lo bastante grande como para derretir el hielo a vuestros pies si fuerais todos juntos, formando un grupo?

—Sí, creo que sí. Si descubriéramos el modo de no quemarnos los pies de paso. Aunque no sé durante cuánto tiempo podría hacerlo —contesté, mirando inquisitivamente a Shaunee.

—Claro, yo podría ayudar, y ni siquiera me quemaría los pies —asintió ella—. Entre las dos juntas podríamos conseguir prolongarlo durante mucho más tiempo que cada una sola, por su lado.

—Además, gemela —dijo Erin—. La esquina de la Veintiuna con Lewis está a menos de un kilómetro de distancia, bajando por esta calle. Y Zoey tiene hoy mucho mejor aspecto, así que entre las dos seguro que conseguíamos llegar.

—Pero aunque el problema del hielo esté solucionado, jamás podríamos movernos a pie con la suficiente rapidez, y no puedo ocultar el Hummer porque no es orgánico.

—Creo que tengo la solución para eso —dijo Lenobia—. Venid conmigo.

Todos la seguimos. Lenobia nos guió hasta el box de *Perséfone*. La yegua comía satisfecha, y solo echó las orejas hacia atrás cuando Lenobia la saludó, se dirigió hacia una de sus patas traseras, se agachó y le dijo:

—Dámela, preciosa niña.

Obediente, *Perséfone* levantó la pata. Lenobia le quitó la paja que tenía pegada al casco y entonces, sin soltársela, le preguntó a Shaunee:

—¿Podrías enviarle fuego para calentarle las herraduras?

Shaunee pareció sorprendida por lo inusual de la petición.

—¡Es fácil! —exclamó enseguida, sin embargo.

Entonces respiró hondo, y la oí susurrar algo que no logré descifrar, pero ella señaló con un dedo resplandeciente hacia el casco de *Perséfone*, y añadió:

—¡Arde, chico, arde!

El resplandor viajó desde su dedo hasta la herradura plateada y ajustada a la pezuña de *Perséfone*. En cuestión de segundos comenzó también a brillar. *Perséfone* dejó de comer, giró la cabeza y se miró la pata con curiosidad, relinchó, y enseguida volvió a comer.

Lenobia le dio unos golpecitos en el casco como si estuviera comprobando a ver si el hierro estaba demasiado candente, pero enseguida retiró el dedo de la superficie resplandeciente.

—Sin duda funciona. Ya puedes apagarlo, Shaunee.

—¡Gracias, fuego! ¡Ahora vuelve conmigo!

El fuego se arremolinó alrededor de la yegua, cosa que la hizo relinchar, y de nuevo volvió hacia Shaunee, cuyo cuerpo comenzó a brillar hasta que ella frunció el ceño y dijo:

—Vale, cálmate.

Lenobia dejó la pata del caballo en el suelo, le dio unos afectuosos golpecitos en la grupa y dijo:

—Así es como saldréis de aquí y llegaréis rápido al convento. A caballo, que, en mi opinión, es el mejor modo de viajar a cualquier parte.

—La idea tiene sus ventajas —dijo Darius—. Pero ¿cómo vamos a escapar? Porque los cuervos del escarnio no van a dejarnos salir cabalgando por la puerta.

—Quizá sí. —Y Lenobia sonrió.



—¡Es una locura de plan! —exclamó Aphrodite.

—Y sin embargo puede que funcione —dijo Darius.

—Me gusta. Tiene algo de romántico, con eso de los caballos y todo eso. Además, es el mejor plan que tenemos —dijo Damien.

—Es el único plan que tenemos —lo corrigió. Al ver que Lenobia arqueaba las cejas, añadió de mala gana—. Pero a mí también me gusta.

—Cuantos menos caballos os llevéis, más fácil os será pasar desapercibidos. Sugiero que montéis de dos en dos —aconsejó Lenobia.

—Sin duda, tres son más fáciles de ocultar que seis —afirmó Erin.

—Pero ¿cómo vamos a contarles nuestro plan a Dragon y a Anastasia? —pregunté—. No podemos ir todos andando a la clase de esgrima o a la clase de Anastasia. Y no quiero que nos separemos.

Lenobia volvió a arquear las cejas.

—No sé si vosotros habréis oído hablar de ellos, pero hay una cosa que usamos muchos de nosotros y que se llama teléfono móvil. Y lo creas o no, Dragon y Anastasia tienen uno cada uno.

—¡Ah! —exclamé, sintiéndome como una tonta.

Aphrodite me miró y puso los ojos en blanco.

—Los llamaré y les contaré su parte del plan. Las que lleváis falda tenéis que cambiaros. Zoey os enseñará en qué lugar del almacén de guarniciones podéis encontrar ropa de montar. Coged todo lo que necesitéis —dijo Lenobia mientras se apresuraba en dirección a su despacho—. Le diré a Dragon que las maniobras de distracción comenzarán dentro de treinta minutos.

—¡Treinta minutos! —exclamé con el estómago agarrotado.

—Con eso debería bastaros para cambiaros y ponerles las bridas a los tres caballos. No podréis ponerles las sillas. Se notarían demasiado —dijo Lenobia justo antes de desaparecer por su despacho.

—¿Sin sillas? —repitió Damien—. Creo que voy a vomitar.

—Pues ponte a la cola —le dije—. Vamos, tenéis que quitaros esas faldas tan cortas —añadí en dirección a Aphrodite y las gemelas—. ¿Y a quién diablos se le ocurre llevar esos tacones tan finos, con esta tormenta de hielo?

—Son botas —contestó Aphrodite—. Y las botas son el atuendo más adecuado para un día de invierno.

—Las botas de tacón fino, de ocho centímetros de alto, no son el atuendo más sensato para un día de invierno —repliqué, guiándolas hasta el almacén de

guarniciones.

Allí, ordenadamente colgada entre las guarniciones, había ropa de montar a caballo.

—Esto es completamente deficiente desde el punto de vista de la moda —musitó Aphrodite.

—Estamos de acuerdo —dijo Shaunee.

—Por una vez —añadió Erin.

Agarré tres bridas y sacudí la cabeza en dirección a las tres.

—Vale, cambiaos de ropa. Hay botas de montar a caballo en ese armario. Guarneceos vosotras mismas.

—¿«Guarneceos»? —oí que repetía Shaunee mientras yo salía del almacén de equipamiento.

—La amiga ha pasado demasiado tiempo con la reina Damien —comentó Erin.

Cerré la puerta de golpe.

No estaba muy segura de qué otros dos caballos elegiría Lenobia para irnos, pero sabía que *Perséfone* me llevaría a mí, así que corrí a su box. Darius estaba ocupado, colocando una bala de paja encima de otra junto a una de las ventanas más altas del establo. Era evidente que iba a hacernos un informe sobre el tiempo y la situación de los cuervos del escarnio.

—¡Eh!, Z, ¿puedo hablar un momento contigo? —me preguntó Damien.

—Claro, ven, adelante.

Entré en el box de *Perséfone*, agarré el cepillo y comencé a cepillarla rápidamente.

Damien se quedó en la puerta.

—La cosa es que... yo no sé montar.

—Bueno, eso no es problema. Tú siéntate detrás de mí y agárrate bien.

—¿Y si me caigo? Estoy seguro de que es un animal estupendo —continuó Damien, saludando con un gesto de la mano a *Perséfone*, que seguía comiendo paja sin prestarle atención—. Pero es que es tan grande... Es realmente grande. En realidad es enorme.

—Damien, estamos a punto de escaparnos de la escuela, de correr para salvar nuestras vidas, y después tenemos que hacer desaparecer a un antiguo ser inmortal y a una alta sacerdotisa y vampira que se ha convertido en otra cosa, ¿y tú te preocupas porque tienes que montarte detrás de mí en un caballo?

—Sin silla. Cabalgar sin silla detrás de ti en un caballo —dijo él. Entonces asintió—. Sí, eso me preocupa.

Comencé a reírme, y tuve que apoyarme encima de *Perséfone* porque me estaba haciendo daño en el pecho. Bien, aquí está la verdadera lección que he aprendido en la vida: por mucho que tu vida sea un asco, si tienes buenos amigos, ellos te harán

reír.

Damien, mientras tanto, me miraba con el ceño fruncido.

—Pues, para que lo sepas, voy a decirle a Jack que te has reído de mí, y él se va a enfadar mucho contigo. Y eso significa que la próxima vez que te compre un regalo, él se pondrá en huelga y no supervisará el papel de regalo.

—¡Sí, qué horror! —dije, y volví a reventar de la risa otra vez.

—¿Queréis por favor, chicos, ser un poco serios? ¡Tenemos que ganar una guerra y salvar al mundo! —exclamó Aphrodite de pie, en la puerta del box, con las manos sobre las caderas.

Llevaba una camiseta de tirantes negra de diseño, muy corta, (con la palabra «juicy» estampada encima del pecho), y los pantalones de montar prestados, de color tostado, metidos por dentro de las botas inglesas planas de montar. Sin nada de tacón. Nada.

Le eché un vistazo y comencé otra vez a reírme sofocadamente. Entonces vi a las gemelas, de pie detrás de ella. Las dos iban con una blusa de Dolce & Gabbana con un estampado animal (probablemente compradas en Saks Fifth Avenue, o en Miss Jackson ¡ja, ja, ja!). Llevaban los culos bien apretujados en unas mallas de montar inglesas, de color tostado, de elastano (¡ja, ja, ja!), por dentro de las botas de montar, una de ellas en color tostado, y la otra en marrón.

La estampa no tenía precio. En esa ocasión, Damien se unió y se rió históricamente conmigo.

—¡Os odio a los dos! —exclamó Aphrodite.

—Amiga, cada día tenemos más y más cosas en común contigo —le dijo Erin a Aphrodite.

—Lo mismo digo —añadió Shaunee, poniéndonos cara de enfurruñada a Damien y a mí.

Por desgracia, el anuncio de Lenobia fue como un jarro de agua fría, que acabó con el momento de risas.

—He hablado con Anastasia. Todo está listo, a pesar de que Dragon ha estado atareado un rato y no estaba disponible. Ha tenido que ocuparse de un caso poco frecuente de cambio completo a vampiro. Me ha encargado que le diga a Zoey que Stark ha llegado y que ya se ha ocupado de él.

—¿Ha dicho Stark? —preguntó Damien.

—¿Cómo? —preguntaron las gemelas al unísono.

—¡Oh, mierda! —exclamó Aphrodite.

—El tiempo aún sigue igual, y noto movimiento en los árboles. Creo que su plan es atraparnos cuando salgamos de los establos. Será mejor que nos vayamos —dijo Darius, uniéndose a nuestro grupo. Al ver que todos estaban mirándome, añadió—: Es evidente que me he perdido algo.

—Sí, y Zoey estaba a punto de contárnoslo —contestó Damien.

Me mordí el labio y miré alternativamente a cada uno de mis amigos. Bueno, ¡qué demonios!

—Vale, el asunto es este. Stark ha completado el cambio. Es el segundo vampiro rojo que existe.

—Y eso, ¿qué coño tiene que ver? —preguntó Erin—. Sigue siendo un caraculo.

—Sí, ¿y por qué coño tienes tú que saber que él ha cambiado? —preguntó Shaunee.

—Tienes que dejar de pensar en él como si fuera Stevie Rae. Son dos mundos aparte —dijo Damien con más suavidad que el resto.

—Ella le quiere —soltó Aphrodite.

—¡Aphrodite! —grité.

—Bueno, alguien tenía que informar a estos pobres lerdos sobre tu patético encaprichamiento con él —se defendió Aphrodite.

—No me estás ayudando.

—Espera. Rebobina. ¿Zoey está enamorada de Stark? Es la cosa más estúpida que he oído jamás en mi vida —comentó Erin.

—Bueno, excepto cuando oímos eso de la ley del permiso de conducir para los graduados en Oklahoma, gemela. En serio, eso sí que era la cosa más estúpida que habíamos oído en la vida —la corrigió Shaunee.

—Cierto. Bueno, pero aparte de eso. Así que, Aphrodite, tenemos que decírtelo: ¡has perdido la maldita cabeza! —afirmó Erin.

—Otra vez —añadió Shaunee.

Todos me miraron.

—Yo también creo que eso de la ley del permiso de conducir para los graduados es estúpido —dije sin mucha convicción.

—¿Lo veis? ¡Os lo he dicho! —exclamó Aphrodite—. Se trae algo serio entre manos con ese Stark.

—Una seria mierda —dijo Erin.

—Jamás lo habría creído —comentó Shaunee.

—¡Dejadla que se explique! —gritó Damien.

Todo el mundo guardó absoluto silencio.

Me aclaré la garganta.

—Vale. Bien. ¿Os acordáis del poema? —pregunté. Todos mis amigos me miraron con el ceño fruncido, cosa que no me pareció muy justa. Pero de todos modos, añadí—: Decía que se suponía que yo debía salvar su humanidad. Y lo he hecho. Creo. Espero.

—Sacerdotisa, lo pillamos abusando de una iniciada. ¿Cómo puedes perdonarle una cosa así? —preguntó Darius.

—No se lo perdono. Me pone enferma. Pero me acuerdo de cuando Stevie Rae luchaba por retener su humanidad, y era terrible —dije, mirando a Aphrodite—. Tú sabes de qué estoy hablando.

—Sí, y todavía hoy no estoy segura al cien por cien de que puedas confiar en ella. Y te lo digo como la humana que está conectada con ella.

Esperaba que las gemelas y Damien se cabrearán con Aphrodite, pero todos guardaron silencio. Finalmente me giré hacia Darius.

—Stark me hizo un juramento como guerrero.

—¡Un juramento como guerrero! ¿Y tú lo aceptaste? —preguntó Darius.

—Lo acepté. Y justo después de eso él cambió.

Darius suspiró profundamente.

—Entonces Stark está vinculado a ti hasta que tú lo liberes de su juramento.

—Creo que fue eso lo que provocó su cambio —añadí—. Me parece que con los iniciados rojos el cambio completo tiene algo que ver con su elección entre el bien y el mal.

—Al comprometerse contigo, Stark ha elegido el bien —dijo Darius.

—Me gusta pensar que es así —contesté con una sonrisa.

—Entonces, ¿eso significa que no va a seguir siendo un caracaca? —preguntó Erin.

—Creía que lo habías llamado «caraculo» —dijo Shaunee.

—Gemela, es lo mismo —contestó Erin.

—Significa que confío en él —dije yo—. Y quiero que vosotros, chicos, le concedáis una oportunidad.

—Concederle una oportunidad a la persona equivocada en este momento podría matarnos —aseguró Darius.

Respiré hondo y contesté:

—Lo sé.

—Todo nuevo vampiro que acaba de completar el cambio tiene que estar recluido a solas en el templo de Nyx. Dragon me ha dicho que Stark está allí, a salvo —dijo Lenobia, mirando el reloj—. Nos quedan exactamente diez minutos. ¿Podemos empezar ya a hablar de cosas importantes, y olvidar la cuestión de si Stark merece o no nuestra confianza para un momento más propicio?

—Naturalmente —dije—. ¿Qué falta por hacer?

No podía hacer otra cosa más que esperar que Dragon, efectivamente, hubiera encerrado al nuevo Stark en el templo de Nyx para que nosotros pudiéramos ahuyentar a Kalona fuera de la escuela y librarnos de paso de Neferet, de modo que tuviéramos una oportunidad de comprobar la lealtad de Stark en otro momento mejor.

Les pusimos las bridas a los otros dos caballos a toda prisa, caballos que casualmente

llevaban los nombres de *Esperanza* y *Fortuna*. Y entonces comenzó la parte más difícil del plan.

—Sigo diciendo que no es seguro —comentó Darius, que parecía una nube negra cargada de electricidad.

—Tengo que hacerlo. Stevie Rae no está, así que soy lo más parecido que tenemos a la afinidad por la tierra.

—Pues a mí no me parece realmente tan difícil —dijo Aphrodite, que trataba de razonar con el furioso guerrero—. Lo único que tiene que hacer Zoey es escabullirse fuera del muro, decirle al árbol, que de hecho está ya medio destrozado, que se termine de caer de una vez, y volver aquí corriendo.

—Yo la llevaré —se ofreció Darius con cabezonería.

—Tu supervelocidad sería perfecta —dije yo—. Y, a propósito, estoy lista.

—¿Cómo sabré que has tenido éxito y que me ha llegado el turno de seguir con la siguiente parte del plan? —preguntó Lenobia.

—Te mandaré al espíritu. Si sientes de repente una especie de sacudida de algo bueno, entonces sabrás que estamos bien y que es hora de decirle a Shaunee que se prepare para saltar el fuego.

—Pero ella tiene que acordarse de que lo único que tiene que hacer arder son las herraduras —dijo Lenobia, lanzándole a Shaunee una mirada severa.

—¡Pero que ya lo sé! ¡Si ni siquiera es difícil! Tú preocúpate de lo tuyo. *Fortuna* y yo nos estamos haciendo amigas —contestó Shaunee.

Shaunee se giró hacia la enorme yegua parda que cargaría con ella y con Erin, y siguió charlando con ambas mientras cepillaba al caballo y le daba terrones de azúcar y de otra cosa llamada Jazzy Apple.

—Bueno, tú cuídamela y tráemela de vuelta aquí —dijo Lenobia.

Aphrodite besó a Darius en la boca y se dirigió hacia *Esperanza* para ayudar a Lenobia a terminar de ajustarle las últimas correas de las bridas.

—Bien, sacerdotisa, ¿salimos? —me preguntó Darius.

Asentí y dejé que me tomara en brazos. Darius dio un paso hacia fuera, hacia la helada noche tormentosa, y de pronto todo se tornó borroso. El guerrero se movió en diagonal, cruzó la parte trasera del terreno de la escuela hacia el enorme muro que la rodeaba, donde había otro nuevo roble, más grande aún que el de siempre, tendido en el suelo. De algún modo, en el último de los desastrosos inviernos de Tulsa, el árbol había sucumbido y se había desplomado. Más o menos. Aphrodite afirma que en circunstancias normales es un lugar excelente por el que escaparse de la escuela sin que te pillen, y yo sé, por mi experiencia personal, que es verdad.

Pero ese día no nos enfrentábamos a circunstancias normales.

Darius se detuvo demasiado pronto junto al árbol caído, me empujó bajo él y susurró:

—Quédate ahí hasta que esté seguro de que estamos a salvo.

Y se marchó.

Así que me agaché bajo el árbol y pensé en lo húmedo y frío que estaba todo y en lo molestos que eran los tíos. Entonces oí el asqueroso sonido de un aleteo, y decidí erguirme. Y de prisa.

Salí de debajo de aquellas ramas del árbol justo a tiempo para ver a Darius agarrar al cuervo del escarnio del ala, tirarlo al suelo y después cortarle el cuello.

Aparté la vista a toda prisa.

—¡Vamos, Zoey! No tenemos tiempo.

Traté de no hacer caso del cadáver del cuervo del escarnio y me acerqué apresuradamente de nuevo al árbol medio derribado. Le puse una mano encima y cerré los ojos. Me concentré, busqué el norte en mi interior, es decir, la posición de la tierra, y entonces la invoqué:

—Tierra, te necesito. Por favor, ven a mí.

En medio de la tormenta de nieve, del mortal invierno, de pronto, milagrosamente, me vi rodeada de esencias primaverales con olor a pradera, a trigo maduro, al árbol de la mimosa en pleno florecimiento... Incliné la cabeza agradecida y continué:

—Lo que tengo que hacer ahora es duro, pero no te lo pediría si no fuera una emergencia. —Respiré hondo y me concentré en la corteza helada del árbol, bajo la palma de mi mano—. Cáete —ordené—. Perdóname, pero tengo que pedirte que te caigas.

La corteza del árbol se estremeció bajo mi mano tan violentamente, que yo me caí hacia atrás, y juro que junto con el crujido, oí un grito de muerte. Entonces el viejo roble cayó. Se derrumbó contra el muro ya debilitado, lanzando pedazos de piedra y de ladrillo al suelo y formando un agujero en la barrera que rodeaba la escuela. Por supuesto, lo lógico era escapar por ese hueco.

Yo respiraba agitadamente y me sentía más que un tanto temblorosa, pero de inmediato le envié el espíritu a Lenobia para que ella supiera que todo había salido bien. Me levanté, me acerqué tambaleándome al árbol caído y puse ambas manos sobre su corteza.

—Gracias, tierra —dije. De pronto se me ocurrió añadir—: Ve con Stevie Rae. Dile que vamos para allá. Dile que se prepare. —Sentí esa sensación, ya habitual, de que me estaba escuchando—. Vete ya, tierra. Gracias otra vez por ayudarme, y lamento de verdad haber tenido que hacerle daño al árbol.

—Tenemos que volver a los establos —dijo Darius, acercándose a grandes zancadas hacia mí y tomándome en brazos—. Lo has hecho bien, sacerdotisa.

Apoyé la cabeza sobre su hombro, y sé que lloré porque vi rastros alargados de humedad sobre su chaqueta.

—Salgamos de aquí.



Los tres caballos, ya preparados y con las bridas puestas, nos esperaban. Erin y Shaunee se habían montado ya sobre *Fortuna*. Shaunee «conducía». Había dado clases de salto y de caza a caballo al estilo inglés en su colegio privado antes de ser marcada, y se había proclamado a sí misma una «jinete casi hasta mediocre». Aphrodite esperaba de pie, junto a *Perséfone* y *Esperanza*. Damien parecía a punto de vomitar en cualquier momento.

—He sentido el contacto del espíritu y he supuesto que todo ha ido bien —dijo Lenobia, acompañándonos y comprobando una vez más las cinchas de los caballos.

—El muro se ha roto, pero he tenido que matar a un cuervo del escarnio. No creo que tarden en darse cuenta —contestó Darius.

—Pues de hecho es mejor. Así será más fácil que se crean que vais a tratar de escapar por el muro —dijo Lenobia, que miró el reloj—. Es hora de montar. Shaunee, ¿estás lista?

—Nací lista para cualquier cosa —contestó Shaunee.

—Muy bien, ¿y tú, Erin?

—Lo mismo digo. Estoy lista —asintió Erin.

—¿Damien?

Damien le contestó a Lenobia, pero a mí me dijo:

—Tengo miedo.

Corrí a su lado y lo tomé de la mano.

—Yo también tengo miedo. Pero da mucho menos miedo si piensas que estamos todos juntos.

—¿Aunque estemos juntos montando en un caballo?

—Aun así —sonreí—. Además, *Perséfone* es la perfecta dama.

Tomé la mano de Damien y la apreté contra la curva del cuello de la yegua.

—¡Ah, sí que es suave, y está caliente! —exclamó Damien.

—Venga, te ayudaré a subir —dijo Lenobia, que se inclinó a nuestro lado y le tendió a Damien el apoyo de sus dos manos juntas para que pusiera el pie.

Damien lanzó un suspiro largo y sufriente, apoyó la rodilla sobre las manos de Lenobia y trató (inútilmente) de reprimir un alarido mientras Lenobia lo alzaba sobre el enorme lomo de *Perséfone*.

Antes de ayudarme a subir a mí, Lenobia puso las manos sobre mis hombros y me miró a los ojos.

—Sigue los dictados de tu corazón y de tu instinto, y no te equivocarás. Oblígalo a huir, sacerdotisa.

—Lo haré lo mejor que pueda —respondí.

—Por eso es por lo que tengo tanta fe en ti —contestó ella.

Una vez que todos hubimos montado, Lenobia guió a los caballos por una diminuta rampa hasta las puertas que daban al rodeo, donde los animales hacían ejercicio al aire libre. Poco antes Lenobia había salido fuera a hurtadillas para abrir la puerta exterior del rodeo. Ya nada se interponía entre nosotros y el mundo, excepto un montón de hielo, las puertas principales de la escuela, un puñado de cuervos del escarnio, su padre y una ex alta sacerdotisa loca.

Como todos podéis imaginaros, estaba muy preocupada por la posibilidad de padecer una diarrea nerviosa galopante. Por suerte, no tenía tiempo ni siquiera de pensar en ello.

Lenobia abrió las puertas. Había apagado previamente las luces de esa parte de los establos para que nadie pudiera ver nuestras siluetas. Íbamos todos montados, pero agachados. Asomamos las cabezas por la helada oscuridad e imaginamos la tormenta que se nos venía encima.

—Te daré unos minutos para que invoques a los elementos —dijo Lenobia—. La repentina furia de la tormenta será la señal para Anastasia. Entonces ella pondrá en marcha el hechizo de la confusión al otro lado del campus, y no os olvidéis de que Dragon se situará junto a las puertas de la escuela. Él se ocupará de quitar de en medio al cuervo del escarnio que esté allí de centinela en cuanto oiga los cascos de los caballos. Shaunee, cuando estés lista, incendia el establo. En cuanto yo vea las llamas, liberaré al resto de los caballos. Ellos ya saben que tienen que provocar una estampida por todo el terreno de la escuela y provocar cuantos más estragos, mejor.

—Bien —asintió Shaunee.

—Después focalizas las llamas sobre las herraduras de los caballos —continuó Lenobia, que hizo una pausa y repitió—: Y me refiero solo a las herraduras que llevan sobre los cascos. Le diré a *Perséfone* cuándo tiene que salir. Los demás solo tenéis que agarraros y seguirla a ella.

Lenobia le dio unos golpecitos cariñosos a la yegua y luego alzó la cabeza hacia mí y añadió:

—Feliz encuentro, feliz partida y feliz reencuentro, alta sacerdotisa.

Entonces cerró el puño, se lo llevó al corazón e inclinó la cabeza ante mí.

—Mis mejores bendiciones para ti, Lenobia —contesté.

Lenobia echó a caminar apresuradamente, y entonces le grité:

—Lenobia, por favor, deberíais reconsiderar marcharos de aquí. Si no consigo librarme de Kalona, Dragon, Anastasia y tú tenéis que meteros bajo tierra. Tenéis que ir a los túneles debajo de la estación, al convento o incluso al sótano de cualquier edificio del centro de la ciudad. Es vuestra única oportunidad de manteneros a salvo.

Lenobia se detuvo y me miró por encima del hombro. Su sonrisa era sabia y

serena.

—Pero, sacerdotisa, sí vas a conseguirlo —contestó Lenobia, que se marchó a toda prisa.

—¡Demonios, sí que es cabezota! —exclamó Shaunee.

—Bueno, asegurémonos de que todo sale bien, como ella cree —dije yo—. Vale, ¿listos?

Mis amigos asintieron. Respiré hondo y me concentré. Estábamos posicionados de cara al norte, así que golpeé a *Perséfone* con la rodilla derecha de modo que girara hacia el este. No había tiempo para palabras bonitas ni para música inspiradora: era el momento de la acción. Invoqué rápidamente a los elementos, y sentí como mis nervios se iban calmando al notar que cada uno de ellos iba saturando el aire y creando un círculo que nos unía a todos. Cuando el espíritu se hinchó dentro de mí, no pude evitar echarme a reír en voz alta.

Mareada aún por el vértigo, exclamé:

—¡Damien, Erin, poned vuestros elementos a trabajar!

Noté cómo Damien levantaba las manos detrás de mí, y observé que Erin hacía lo mismo. Oí a Damien susurrar palabras al viento, pidiéndole al aire helado que girara y soplara, que se agitara y peleara, y que lo hiciera todo a nuestro alrededor. Sabía que Erin le estaba pidiendo algo parecido al agua; le ordenaba que aumentara el hielo y empapara el mundo que nos rodeaba.

Me preparé para ayudarles a canalizar y controlar sus elementos de modo que nosotros pudiéramos (en teoría) movernos dentro de una burbuja de calma en el interior de lo que, de otro modo, habría sido el vórtice de una tormenta de elementos.

Ambos elementos respondieron al instante. Asomamos la cabeza para ver como la noche estallaba ante nosotros en una tormenta tan fuerte y repentina, que probablemente habría tirado un Doppler 8 de culo.

—Vale —grité por encima del viento—, le toca al fuego.

Shaunee levantó los brazos, echó atrás la cabeza e, igual que si fuera a lanzar una pelota de baloncesto, arrojó el fuego que brillaba entre las palmas de sus manos hacia el establo vacío y lleno de paja que Lenobia le había dicho que destruyera. El establo estalló en llamas violentamente.

—Ahora los cascos de los caballos —grité.

—Ayúdame tú a encenderlos —asintió Shaunee.

—Te ayudaré, no te preocupes.

Shaunee señaló hacia abajo, hacia los cascos de los caballos.

—¡Calienta las herraduras! —gritó ella.

Perséfone relinchó. Tenía la cabeza inclinada, pero al comenzar a echar humo el serrín del establo bajo sus pies, alzó las orejas.

—¡Oh! Será mejor que salgamos de aquí antes de que lo quememos todo con los

pies —dijo Damien.

Damien se aferró a mí con tanta fuerza que me costó respirar. Sin embargo no quise decirle nada para que no se balanceara a los lados. Pensaba solo en que realmente podíamos prenderle fuego al serrín cuando, de pronto, oí detrás de nosotros una enorme conmoción, y supe que era Lenobia, que había liberado a los caballos para que salieran disparados y se desbocaran por la parte principal del campus, como si se hubieran vuelto completamente locos al prenderse el establo. *Perséfone* agitó la cabeza y relinchó. Sentí como hinchaba los músculos, pero no tuve tiempo más que de apretar los muslos contra sus costados y gritarle a Damien:

—¡Agárrate! ¡Allá vamos!

Y entonces la yegua salió disparada del establo y se internó en la furiosa noche.

Los tres caballos, el uno al lado del otro, atravesaron galopando el corral y salieron por la puerta que Lenobia había dejado abierta. Torcieron a la izquierda formando una curva cerrada, rodearon el edificio principal de la escuela por la parte de atrás y, antes de lo que yo había imaginado, comenzaron a levantar olas de vapor y de niebla a nuestro alrededor al derretir con los cascos el hielo del asfalto que cubría el aparcamiento.

Oí el relinchar de los caballos y los terribles alaridos de los cuervos del escarnio detrás de nosotros. Apreté los dientes, rogando que las yeguas de Lenobia hubieran acabado con un buen puñado de hombres pájaro.

Los cascos de *Perséfone* golpearon el liso pavimento que llevaba hacia la puerta principal.

—¡Oh, por la diosa! ¡Mira! —gritó Damien.

Me señaló, por encima del hombro, hacia delante y un poco a la izquierda, hacia la línea de árboles que enmarcaban el camino que llevaba a la puerta. Dragon estaba allí, luchando contra tres cuervos del escarnio. La hoja de su espada parecía una neblina de plata al ritmo al que él embestía, eludía, y giraba el arma. Al entrar nosotros en su campo de visión, los hombres pájaro quisieron volver la atención hacia nosotros, pero Dragon redobló el ataque. Atravesó a uno, y al instante los otros dos se giraron, silbando, hacia él.

—¡Marchaos! —gritó Dragon mientras nosotros pasábamos delante de él—. ¡Y que Nyx os bendiga!

La puerta estaba abierta, obra de Dragon, sin duda alguna. La atravesamos, giramos a la derecha y galopamos por la calle desierta y helada de Utica, cuesta abajo.

Al llegar al semáforo de la esquina con la calle Veintiuna, que no funcionaba, hicimos girar a los caballos a la derecha y nos colocamos en medio de la calle. A partir de allí les dimos libertad a los caballos.

El centro de Tulsa se había convertido en una imagen fantasmal y helada de lo

que había sido. De no haber estado bien concentrada y absolutamente segura de que nuestros caballos galopaban calle abajo por la calle Veintiuna, habría pensado que estábamos completamente perdidos en un mundo helado y postapocalíptico. No me sonaba nada de lo que había por allí. No había luces. Ni coches que se movieran. Ni gente. Reinaban el frío, la oscuridad y el hielo. Los viejos y bellos árboles del centro de la ciudad estaban cubiertos con tal cantidad de hielo que muchos de ellos literalmente se habían partido por la mitad. Los postes eléctricos estaban caídos, y los cables serpenteaban por el suelo como perezosas víboras. Los caballos no les prestaron atención. Saltaron por encima de ramas y postes, rompiendo el hielo con los cascos ardientes y soltando chispas contra el pavimento.

Y entonces, por encima del barullo de los golpes de los cascos y del siseo de las llamas sobre el hielo, oí el terrible aleteo y el alarido de un primer cuervo del escarnio, y luego otro y otro.

—¡Darius! —grité—. ¡Cuervos del escarnio!

Él miró hacia arriba, detrás de nosotros, y asintió, serio. Y entonces hizo algo que me dejó de piedra. Se sacó un arma negra del bolsillo de la chaqueta. Yo jamás había visto que ningún Hijo de Érebo llevara un arma moderna, y me pareció que estaba completamente fuera de lugar en su mano. Darius le dijo algo a Aphrodite, que se apretaba contra su espalda. Ella se deslizó un poco a un lado, permitiéndole girarse. Darius levantó la mano, apuntó y disparó media docena de tiros. El sonido resultó ensordecedor en la noche helada, pero ni mucho menos tan horripilante como lo que siguió a continuación: los gritos de los cuervos del escarnio heridos, y los silbidos y golpes que produjeron sus cuerpos al caer del cielo.

—¡Allí! —gritó Shaunee, señalando algo delante de nosotros, un poco a la derecha—. ¡Hay fuego!

Al principio no vi nada pero después, a través de una fila de árboles envueltos en hielo, capté una primera y acogedora luz vibrante, y luego otra y otra. ¿Era eso? ¿Era ese el convento de las benedictinas? La visibilidad era casi nula, y resultaba todo tan confuso y oscuro, que no podía discernir si se trataba del convento o simplemente de uno de esos edificios de oficinas que se habían transformado en clínicas de cirujanos plásticos y que abundaban por esa parte de la ciudad.

Me ordené a mi misma concentrarme. Si era un lugar de poder, entonces tenía que sentirlo.

Respiré hondo y por fin seguí mi instinto, y sentí... indiscutiblemente, la atracción que procedía del poder combinado del espíritu y de la tierra.

—¡Es allí! —grité—. ¡Es el convento!

Dirigimos las cabezas de los caballos hacia la derecha y salimos de la carretera. Cruzamos la cuneta y subimos por un terraplén, salpicado de árboles. Los caballos tuvieron que ir más despacio para rodear ramas caídas y postes derribados, pero luego

corrimos por entre los árboles hasta llegar a un claro. Justo delante de nosotros vimos un enorme y viejo roble. Tenía las ramas más bajas llenas de vasitos de cristal, con velas alegremente encendidas. Un poco más allá del árbol había un aparcamiento cubierto con un toldo y, aún más allá, distinguí la enorme mole de ladrillo del edificio que debía ser el convento de las benedictinas. O al menos logré ver las ventanas, porque había velas en todas ellas.

—Vale, chicos, podéis apagar los elementos y dejar que todo se calme.

Las gemelas y Damien les susurraron a sus elementos, y la locura de la tormenta comenzó a calmarse hasta que todo quedó en una noche fría y nublada.

—¡Vaya! —exclamé.

Nuestra obediente y leal yegua se detuvo justo delante de una figura impresionante, vestida con un manto oscuro y una toca.

—Hola, niña. He oído decir que venías —dijo ella, alzando la vista y sonriéndome.

Me bajé de los lomos de *Perséfone* y me arrojé a sus brazos.

—¡Hermana Mary Angela! ¡Estoy tan contenta de verte!

—¡Tan contenta como yo de verte a ti! —contestó—. Pero, niña, puede que sea mejor dejar los saludos para después, una vez que nos hayamos encargado de las oscuras criaturas que pueblan los árboles detrás de ti.

Me giré en redondo justo a tiempo de ver a docenas de cuervos del escarnio, aterrizando en los árboles. Permanecían en completo silencio, excepto por los sonidos de sus alas, y sus ojos rojos brillaban como demonios que nos observaran.

—¡Vaya, maldita sea! —exclamé.



—¡Esa lengua! —dijo la hermana Mary Angela con serenidad.

Darius ya había desmontado y estaba ayudando a Aphrodite y a las gemelas a bajarse de los caballos. Damien no había esperado ayuda, sino que había desmontado casi tan deprisa como yo, y estaba de pie, a mi lado.

—Sacerdotisa —dijo Darius en dirección a la hermana Mary Angela—, ¿no tendrás, por casualidad, armas de fuego en el convento, verdad?

La carcajada de la hermana pareció por completo fuera de lugar, y sin embargo resultó sumamente reconfortante.

—¡Ay, guerrero!, pues claro que no.

—No somos suficientes para luchar contra ellos, pero tenemos el círculo —dijo Darius mientras examinaba la fila de árboles, repleta de pájaros—. Estarás a salvo siempre y cuando permanezcas dentro.

Darius tenía razón, por supuesto. Nuestro círculo seguía intacto. Tenía una forma extraña, pero el hilo de plata que nos había unido a todos seguía brillando entre nosotros.

—¡Ya sé! Volveré corriendo a la Casa de la Noche y traeré ayuda —sugirió Darius.

Advertí la nota de frustración de su voz. ¿Qué ayuda podía traer? Yo no había visto a ninguno de sus hermanos guerreros desde el momento de volver a entrar en los terrenos de la escuela. Dragon era un genio con la espada, pero ni siquiera él podía ser rival para todos aquellos cuervos del escarnio. Los árboles alineados en la calle Veintiuna por el lado de la acera del convento estaban repletos de siluetas oscuras. Crujían ya antes bajo el peso del hielo, pero la carga adicional de los cuervos del escarnio que se les había añadido era más de lo que muchos de ellos podían soportar, y los crujidos y roturas de ramas resultaban tan terribles como los gritos de los cuervos.

—¡Eh, he oído que necesitáis ayuda aquí fuera!

Jamás en toda mi vida me había sentido tan feliz de oír una voz como en ese momento, cuando oí el acento *okie* de Stevie Rae. La abracé con fuerza: Tal fue mi alegría al verla que ni siquiera me importaron los secretos que me ocultaba. Suspiré profundamente aliviada, y entonces vi salir a los iniciados rojos de la oscuridad, detrás de ella.

—¡Qué asquerosos! —exclamó Kramisha, alzando la cabeza hacia los cuervos del escarnio.

—¡Vamos a darles una patada en el culo! —dijo Johnny B hecho un machote,

todo músculo.

—Sí que son asquerosos, sí, pero no hacen más que observar —dijo entonces otra voz que me resultó familiar.

—¡Erik! —grité.

Stevie Rae sonrió y me soltó, y Erik me estrechó entre sus fuertes brazos.

Hubo un revuelo a mi derecha, y Jack se lanzó sobre Damien.

Alcé la vista hacia Erik, y a pesar del tremendo enredo en el que nos encontrábamos, deseé que todo pudiera ser simple y fácil entre los dos. Por un instante deseé que estuviéramos solos Erik y yo, y no Erik, Stark, Kalona, Heath...

—¿Y Heath? —pregunté, soltándome de Erik.

Erik suspiró y ladeó la barbilla hacia el edificio del convento.

—Está allí dentro. Está bien.

Sonreí débilmente, algo avergonzada, y no supe qué decir.

—Zoey, Kalona no tardará en llegar. La razón por la que los cuervos del escarnio no nos atacan es porque ya no estamos tratando de huir. Solamente nos observan. Pero no olvides lo que tienes que hacer —dijo Darius, que interrumpió el molesto silencio que acababa de crearse entre Erik y yo.

Asentí y me giré hacia la hermana Mary Angela.

—Seguramente Kalona va a seguirnos hasta aquí. ¿Te acuerdas de que te dije que era inmortal?

—Un ángel caído —dijo ella, asintiendo.

—¿Y te acuerdas de que también te hablé de nuestra alta sacerdotisa? Bueno, pues ahora es seguro que es mala, y estoy convencida de que vendrá con él. Son igual de peligrosos.

—Comprendo.

—Así que a él no podemos matarlo, pero creo que sé cómo hacerle huir de aquí y, con suerte, Neferet se irá con él. Pero necesitaré tu ayuda.

—Todo lo que tengo es tuyo —contestó la hermana Mary Angela.

—Bien. Te necesito a ti —le dije, y entonces me giré hacia Stevie Rae—. Y a ti también.

Aphrodite di un paso para colocarse a mi lado y dijo:

—Y a mí.

—Y también necesito a la abuela. Ya sé que va a ser duro para ella, pero necesito que salga aquí fuera o, al menos, al lugar donde está este centro de poder que siento a nuestro alrededor.

—Kramisha, niña, ¿querrías ir a por la abuela de Zoey?

—Sí, señora —contestó Kramisha, que salió corriendo.

—El lugar de poder es la gruta de María —dijo la hermana Mary Angela, que señaló un lugar detrás de nosotros, a un lado de donde estábamos.

El lugar exacto estaba situado en medio entre nosotros, el extremo noroeste de una pradera de césped bien recortada, y la fila de árboles repleta de monstruos.

Me giré para ver hacia dónde señalaba la hermana y abrí la boca sorprendida, preguntándome cómo no lo había visto antes. Era el santuario más grande que hubiera visto nunca. Estaba construido con enormes piezas de piedra arenisca de Oklahoma. Cada piedra había sido cuidadosamente elegida para encajar exactamente entre las de al lado. Tenía la forma de un cuenco, y me recordaba a los cuadros de los teatros al aire libre más famosos que había visto. Dentro había un banco protegido para sentarse y muchos salientes naturales de la roca, que hacían las veces de repisa y que estaban repletos de velas encendidas, de modo que todo el santuario estaba iluminado por la luz de las velas y su reflejo en el hielo. Me acerqué, observé el elegante arco superior, como a medio metro por encima de mi cabeza, y contuve el aliento. Allí, colocada en lo alto de la estructura, estaba la estatua de María más preciosa que había visto nunca. Oraba con un rostro sereno, y casi sonreía mirando hacia arriba. A sus pies se enredaba un revoltijo de bellísimas rosas, como si hubieran sido ellas las que le habían dado vida. Escruté el rostro de María, y sentí que mi corazón daba un brinco. Reconocía a esa María. ¿Cómo no iba a reconocerla? Era la que se me había aparecido unos cuantos días antes con la forma de mi diosa.

—Siento el poder de este lugar —dijo Aphrodite.

—¡Vaya!, esa estatua de María es verdaderamente bonita —dijo Jack.

Él y Damien caminaban de la mano, alzando la vista.

—Mirad la acera; es perfecta —dijo Stevie Rae.

Bajé la vista. Desde donde habíamos dejado los caballos hasta la entrada del santuario, la acera se iba ensanchando. Al llegar al lugar santo, era mucho más grande y formaba un círculo. Miré a Stevie Rae y sonreí.

—Sí, desde luego que es perfecta.

—¿Qué es lo que necesitas que hagamos, Zoey? —preguntó la hermana Mary Angela.

Pero antes de que yo pudiera responder, el ruido del motor de un coche nos llamó la atención, y todos miramos más allá de los árboles repletos de pájaros, hacia la carretera.

Observé con creciente miedo cómo el enorme Hummer negro, el mismo con el que nosotros habíamos vuelto a la escuela, abandonaba la carretera. Con el motor a tope, el vehículo atravesó la cuneta, subió por el terraplén y llegó hasta la fila de árboles, provocando que los cuervos del escarnio agitaran las alas y croaran en un frenesí mutuamente alentador.

—Hermana, quédate cerca de mí —dije—. Aphrodite, Stevie Rae, a vosotras también os necesito a mi lado.

—Estamos aquí —dijo Aphrodite mientras Erik y Darius se apartaban de en

medio y se colocaban a los lados.

—Necesito a la abuela —repetí.

—Ya viene, no temas —dijo la hermana Mary Angela.

Por fin el Hummer se detuvo, aunque tan cerca de los caballos que los animales se pusieron a relinchar y se echaron hacia atrás hasta meterse en el aparcamiento, bajo el toldo. Se abrieron las puertas del vehículo, y Kalona y Neferet salieron de él. Ella llevaba un vestido negro hasta los pies, de seda, con el escote tan bajo que se le veía el colgante de ónice en forma de alas entre los pechos. Alrededor de ella vibraba un aura negra que hacía que se le levantara el pelo y le revoloteara alrededor de los hombros.

—¡Maldita mierda! —susurró Aphrodite.

—Sí, desde luego —dije, seria.

Kalona venía a su lado. Llevaba unos pantalones negros y nada más. Al alejarse del Hummer con Neferet, sus alas susurraron y se abrieron ligeramente, mostrando un pequeño indicio de su magnificencia.

—¡Oh, bendita María! —exclamó la hermana Mary Angela, boquiabierta.

—¡No lo mires a los ojos! —le susurré—. Tiene un efecto hipnótico sobre la gente. No le permitas llegar a ti.

La hermana vaciló, observó al hombre de las alas y por fin dijo:

—A mí no me atrae, pero sí me da pena. Desde luego que ha caído.

—¿Cuántos años te parece que tiene? —le pregunté, ya que no pude resistirme a no hacerle la pregunta.

—Es anciano. Más viejo que la tierra.

No tuve tiempo de decirle que a mí me parecía que tenía unos dieciocho años, porque fue entonces cuando el conductor salió del Hummer y se unió a Kalona y Neferet. El conductor era Stark. Sus ojos buscaron los míos y, al instante, nos miramos. Él inclinó la cabeza ante mí muy ligeramente.

Oí cómo Stevie Rae inhalaba rápidamente el aire, sorprendida, y noté el revuelo de los iniciados rojos a su lado.

—Ese es el chico que me mató, ¿verdad? —preguntó Stevie Rae.

—Sí —dije.

—Ha completado el cambio —añadió Stevie Rae—. Es un vampiro rojo.

—Y además es una jodida rata —musitó Aphrodite que, de mala gana, añadió después—. Perdón, hermana.

—No confíes en él, Zoey —dijo Darius, que estaba justo detrás de mí—. Ahora veremos con quién se alía.

—Darius —contesté con dureza, sin girarme hacia él—, tienes que confiar en mí, y eso implica confiar en mi juicio.

—A veces tu juicio es una locura —dijo Erin.

—No cuando escucho a Nyx —alegué.

—¿Y la estás escuchando ahora? —preguntó Shaunee.

Miré a Stark, y traté de ver algún rastro de sombra a su alrededor. No había nada, solo Stark y la forma en que me miraba a los ojos, con serenidad.

—Estoy escuchando a Nyx. Absolutamente. Y ahora, formad un círculo alrededor de todos nosotros.

Al instante las gemelas y Damien se separaron del grupo y salieron de detrás de mí. Damien se dirigió al lado este del círculo que formaba la acera, delante del santuario. Más que ver, sentí que Shaunee se colocaba en su sitio detrás de mí y que Erin se situaba a nuestra izquierda. Por un segundo me preocupó tener que separarme de Aphrodite, de Stevie Rae y de la hermana Mary Angela para ponerme en la posición de la tierra, pero entonces me di cuenta de que la gruta de María estaba firmemente posicionada al norte, y que el bello hilo plateado que unía nuestro círculo incluía su santuario.

—No puedes mantener ese círculo por toda la eternidad —dijo Kalona mientras caminaba lentamente hacia nuestro grupo—. Yo, en cambio, sí puedo perseguirte durante toda la eternidad.

—¡Iniciados míos! —exclamó Neferet, caminando al lado de Kalona. A excepción del aura oscura que vibraba a su alrededor, su aspecto era bello, sereno, y propio de una alta sacerdotisa—. Habéis permitido que la errónea búsqueda de poder de Zoey os coloque en una situación peligrosa, pero aún no es demasiado tarde para vosotros. Solo tenéis que renunciar a ella y romper el círculo, y seréis aceptados nuevamente en el seno de vuestra alta sacerdotisa.

—Si no hubiera una monja aquí, te diría qué puedes hacer con tu asqueroso seno —le contestó Aphrodite.

—No es Zoey quien le ha dado la espalda a Nyx —dijo Erin.

—Sí, todos sabemos que has sido tú. Solo que Zoey fue la primera en darse cuenta —añadió Shaunee.

—¿Veis cómo sus malévolas palabras han teñido vuestro juicio? —preguntó Neferet, que parecía muy triste y muy razonable.

—¿Y qué es lo que ha teñido mi juicio? —le preguntó entonces la hermana Mary Angela, que seguía a mi lado—. Apenas conozco a esta niña. Sus palabras no han podido mancharme, ni pueden hacerme imaginar la oscuridad que noto que irradia de ti.

La supuesta serenidad de Neferet se resquebrajó en el momento en el que quiso mofarse de la monja.

—¡Mujer humana, eres una estúpida! Por supuesto que sientes que irradia oscuridad de mí. ¡Mi diosa es la noche personificada!

Pero la serenidad de la hermana Mary Angela no era mera apariencia, así que ni

se inmutó.

—No, yo sé algo de Nyx, y aunque personifica a la noche, no comercia con la oscuridad. Sé sincera, sacerdotisa, y admite que has roto con tu diosa por esa criatura —respondió la hermana Mary Angela, haciendo un gesto con la mano hacia Kalona, lo que hizo que los pliegues negros de su hábito ondearan elegantemente—. Nefilim, te reconozco. Y en el nombre de nuestra Señora te digo las palabras que tú ya sabes: abandona este lugar y vuelve al dominio del que caíste. Arrepiéntete, y quizá aún se te permita conocer el paraíso en la eternidad.

—¡No le dirijas la palabra, mujer! —chilló Neferet, quien había abandonado ya toda pretensión de serenidad—. Él es un dios venido a la tierra. Deberías adorarlo y postrarte a sus pies.

La carcajada de Kalona fue terrible, y provocó que los cuervos del escarnio se pusieran a graznar y revolotearan incansablemente a nuestro alrededor.

—¡Señoras, no discutáis por mí! ¡Yo soy un dios! Soy lo suficientemente grande como para poder con todas, podéis compartirme.

Kalona hablaba en respuesta a Neferet y a la hermana Mary Angela, pero sus ojos de color ámbar estaban fijos en mí.

—Yo jamás estaré contigo —dije, sin hacer caso de nadie más—. Mi elección siempre ha sido mi diosa, y tú eres todo lo contrario de lo que representa ella.

—No presumas... —comenzó a decir Neferet.

Pero Kalona alzó una mano para hacerla callar.

—A-ya, me has malinterpretado. Busca bien dentro de ti y encontrarás a la doncella que fue creada para amarme.

Algo se movió detrás de mí. Sentí una ligera alteración que me indicó que alguien había cruzado nuestro círculo, cosa que solo podía haber ocurrido si la diosa misma se lo había permitido. Quise mirar atrás para ver quién había llegado, pero no podía apartar los ojos de la mirada hipnótica de Kalona.

Entonces una mano se posó sobre la mía y el amor rompió el hechizo de Kalona. Con un grito de alegría miré hacia abajo y vi a mi abuela, sentada en una silla de ruedas que empujaba Heath. Parecía como si viniera de la guerra. Tenía un brazo escayolado y la cabeza vendada. Aún tenía la cara hinchada y llena de arañazos, pero esbozaba su sonrisa de siempre y su voz era igual de cariñosa.

—¿Es cierto que me necesitas, mi *u-we-tsi-a-ge-ya*?

Le apreté la mano.

—¡Abuela, siempre te necesito!

Alcé la vista hacia Heath, que me sonrió.

—Dale una patada en el culo y sácalo de aquí, Zo —dijo Heath, que enseguida se metió detrás, junto con Erik y Darius.

La abuela, mientras tanto, se había puesto en pie. Dio lentamente dos pasos hacia

delante y se quedó mirando la fila de árboles y el enjambre de cuervos del escarnio.

—¡Oh, hijos de la madre de mis madres! —gritó la abuela. Su voz resonó en medio de la noche como el sonoro y rítmico cántico de los tambores de una tribu—. ¿Cómo es que le habéis permitido que os haga volver? ¿Es que acaso no sentís la sangre de vuestras madres? ¿No veis que les habéis roto el corazón?

Atónita, contemplé cómo muchos cuervos del escarnio volvían la cabeza, como si no fueran capaces de enfrentarse a mi abuela. En otros, el brillo rojo de sus ojos comenzó a apagarse, y yo pude reconocer el dolor y la confusión en las profundidades de sus miradas.

—¡Silencio, *Ani Yunwiya!* —bramó Kalona.

Sabía que mi abuela había reconocido el antiguo nombre de los cheroquis. Lentamente, ella se giró hacia el ser alado.

—Te veo, anciano elegido. ¿Es que nunca vas a aprender? ¿Tienen que reunirse las mujeres una vez más para vencerte?

—Esta vez no, *ghigua*. Esta vez comprenderás enseguida que no va a ser tan fácil atraparme.

—Quizá esta vez simplemente esperemos a que tú solito caigas en la trampa. Somos gente muy paciente, y ya has caído en otras trampas antes —contestó la abuela.

—Pero esta A-ya es diferente —dijo Kalona—. Su alma me llama a través de sus sueños. Su cuerpo no tardará en llamarme también al despertar, y entonces la poseeré.

—No —negué con firmeza—. Pensar que puedes poseerme, como si fuera una propiedad, es tu primer error. Mi alma se siente atraída hacia ti —confesé al fin en voz alta, hallando una sorprendente fuerza en el valor de mi sinceridad—. Pero como tú bien has dicho, soy una A-ya diferente. Tengo voluntad, y mi voluntad es no ofrecerme a la oscuridad. Así que el trato que te ofrezco es el siguiente: márchate. Llévate a Neferet y a los cuervos del escarnio, e iros todos a algún lugar en el que podáis vivir en paz, sin hacer daño a nadie más.

—¿O si no? —preguntó Kalona con aire divertido.

—O yo, tal y como ha dicho mi consorte humano, te daré una patada en el culo y te echaré de aquí —afirmé.

Su mirada divertida se amplió hasta esbozar una encantadora sonrisa.

—A-ya, no creo que vaya a abandonar este lugar. Me he dado cuenta de que me gusta mucho Tulsa.

—Acuérdate de que esto te lo has ganado tú —le dije. Entonces hablé a las mujeres reunidas en torno a mí—. El poema dice lo siguiente: «Unidas no para conquistar, sino para superar». Yo soy la noche. Os he guiado hasta la hermana Mary Angela; ella es el espíritu —expliqué. Alcé la mano izquierda y la hermana Mary Angela me agarró con fuerza—. Stevie Rae, tú eres la sangre. Aphrodite, tú eres la

humanidad.

Stevie Rae se acercó a la hermana Mary Angela y la tomó de la mano que le quedaba libre, y luego miró a Aphrodite, que asintió, y las dos se agarraron de la mano.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Neferet, cuya voz provenía de más cerca que antes.

Alcé la vista y vi que se acercaba rápidamente hacia nosotras.

—¡A-ya! ¿Qué tontería es esta? —preguntó Kalona, que ya no parecía tan divertido, y que también se acercaba a nuestro círculo a toda prisa.

—Y la tierra lo completa —dije, ofreciéndole mi mano a la abuela.

—¡No permitas que la *ghigua* se una a ellas! —gritó Kalona.

—¡Stark! ¡Mátala! —ordenó Neferet.

—¡No, a A-ya no! —chilló Kalona—. Mata a la vieja *ghigua*.

Contuve el aliento y miré a Stark a los ojos mientras Neferet repetía:

—¡Mata a Zoey! Y esta vez no quiero errores. ¡Apunta al corazón!

Mientras Neferet gritaba, la oscuridad que rodeaba su silueta fue desgajándose y alejándose de su sombra. Se deslizó hacia Stark; la observé envolver primero sus tobillos y luego comenzar a extenderse por su cuerpo. Vi claramente la lucha que se desataba en el interior de Stark. El oscuro poder de Neferet todavía le afectaba. Sentí que el estómago se me agarrotaba. ¿Bastaría con su juramento como guerrero para romper aquel yugo? Quería confiar en él. Había decidido confiar en él. ¿Había sido un estúpido error?

—¡No! —gritó Kalona—. ¡No la mates!

—¡No pienso compartirte! —gritó a su vez Neferet, con el pelo volando a su alrededor.

Neferet parecía hacerse más grande cuanto más la observaba. Yo tenía razón: ella ya no era lo que había sido una vez, ni en cuerpo ni en alma. Dejó de mirar a Kalona y se giró hacia Stark.

—Por el poder mediante el que te he despertado, te ordeno que apuntes al blanco. Mata a Zoey y atraviésale el corazón.

Yo observaba a Stark. Trataba de influir en su voluntad para que eligiera el bien, de mantenerlo en el camino del bien para que le diera la espalda a la inagotable oscuridad de Neferet, así que vi el momento exacto en el que él comprendió cuál era su salida. Igual que si los dos estuviéramos otra vez en el diminuto almacén junto al campo de deportes, me oí decirle: «Tienes mi corazón». Y luego oí su respuesta: «Entonces será mejor que los dos procuremos mantenernos a salvo, porque es difícil vivir sin corazón...».

—Mi puntería jamás fallaría ese blanco —me dijo Stark a través de la helada distancia, como si él y yo estuviéramos solos—. Tengo por mía esa parte del corazón

de mi señora.

Las sombras que se habían aferrado a su cuerpo se desprendieron de él al instante, en cuanto tomó la decisión.

Con un arranque de pánico comprendí de pronto lo que estaba haciendo.

Apuntó directamente hacia mí, tiró del arco y disparó.

Al soltar él la flecha, grité:

—¡Aire, fuego, agua, tierra, espíritu! ¡Oídmeme! ¡No dejéis que esa flecha lo toque!

Arrojé mi poder hacia Stark, canalizando los cinco elementos en su dirección. La flecha adquirió un brillo extraño por un segundo, y de pronto ya no se dirigía en mi dirección, sino que corría hacia el corazón de Stark. Estaba a solo unos centímetros de su pecho cuando los elementos la hicieron estallar; la disgregaron de tal forma que Stark se echó hacia atrás y se desplomó en el suelo.

—¡Tú, zorra entrometida! —chilló Neferet—. ¡No vas a ganar esta batalla!

No le hice caso. Le tendí la mano a mi abuela.

—Y la tierra lo completa —repetí.

La abuela tomó mi mano y, todas juntas, nos enfrentamos a Kalona y a Neferet.

—No les maldigáis —dijo la hermana Mary Angela con una voz tan serena, que parecía de otro mundo—. Él está demasiado acostumbrado a la oscuridad, al odio y a las maldiciones.

—¡Bendigámosle! —exclamó Stevie Rae.

—Sí, la gente que está llena de odio no sabe qué hacer con el amor —dijo Aphrodite, que por un momento me miró a los ojos y sonrió.

—Bendícelo, abuela. Nosotras nos uniremos a ti —dije.

Entonces resonó la fuerte voz de mi abuela, amplificadas por el poder del espíritu y la sangre, la noche y la tierra, todas unidas a través de la humanidad del amor.

—Kalona, mi *u-do* —comenzó mi abuela, utilizando la palabra que en cheroqui significa «hermano»—, esta es mi bendición para ti —continuó la abuela que, acto seguido, recitó una antigua oración cheroqui que me sonó tanto que oír esas palabras me hizo sentir como si volviera a casa—: Quieran los cálidos vientos del cielo soplar suavemente sobre tu casa...

Las cinco repetimos:

—Quieran los cálidos vientos del cielo soplar suavemente sobre tu casa...

—Y el gran espíritu bendiga a todo el que entre allí... —continuó mi abuela.

En esa ocasión, al ir a repetir la oración, Damien y las gemelas la recitaron con nosotras.

La voz de la abuela siguió entonando enérgica y firmemente:

—Quieran tus mocasines dejar felices huellas en muchas nieves...

Al alzar nuestras voces para repetir las palabras de la abuela, todo el mundo en el círculo se nos unió. La bendición incluso se repitió como un eco detrás de nosotras, y

supe que las monjas benedictinas habían salido del convento para sumarse a nuestra plegaria.

Al pronunciar la abuela la última línea del poema, su voz estaba tan llena de amor, de calidez y de felicidad, que me llenó los ojos de lágrimas.

—Y quiera el arcoíris tocar siempre tu hombro.

Entonces, por encima del sonido de nuestras voces, unidas para recitar la bendición, oí el grito agonizante de Kalona. Había dejado de tambalearse y se había detenido a escasos metros de mí. Neferet estaba a su lado, con su bello rostro retorcido de odio. Él alargó una mano hacia mí.

—¿Por qué, A-ya?

Lo miré a los increíbles ojos del color del ámbar y lo desterré de allí con la verdad:

—Porque elijo el amor.

Una luz cegadora, creada con el reflejo del hilo de plata que había unido nuestro círculo, salió disparada desde mí para envolver a Kalona y a Neferet. Observé como les echaba el lazo y comenzaba a apretarles. Sabía que ese hilo de plata no estaba hecho solo con elementos, sino que también estaba fortalecido por la noche y el espíritu, la sangre y la humanidad, y fundado en la tierra.

Con un terrible grito, Kalona se tambaleó hacia atrás. Neferet se aferró a él. La oscuridad que pulsaba en ella se retorció y deformó mientras soltaba alaridos de agonía. Aunque él no apartó los ojos de mí en ningún momento, estrechó en sus brazos a Neferet, abrió las poderosas alas del color de la noche y se precipitó al cielo. Kalona se quedó allí, suspendido por un instante, agitando las alas para vencer la fuerza de la gravedad, hasta que de nuevo el hilo de plata tomó impulso y, antes de quebrarse, azotó y elevó al hombre alado y a la alta sacerdotisa caída. Los lanzó arriba, más y más arriba, hasta que ambos desaparecieron entre las nubes, con los cuervos del escarnio gritando, siguiéndolos de cerca.

Justo en el instante en el que él desapareció de nuestra vista, sentí un ardiente calor extenderse por mi pecho, y supe que en cuanto me mirara al espejo, vería una nueva marca de mi diosa. Aunque en esa ocasión se combinaría con una cicatriz y con un dolor que me había roto el corazón.

Epílogo



Nadie dijo nada durante lo que a mí me pareció un largo rato. Luego, de manera automática, les di las gracias a los elementos y cerré el círculo. Medio paralizada, ayudé a la abuela a volver a la silla. La hermana Mary Angela comenzó a hacer de madre de todo el mundo, se puso a parlotear acerca de lo mojados, lo helados y lo cansados que debíamos de estar todos, y nos llevó en manada hacia el convento, donde prometió darnos un chocolate caliente y ropa seca.

—¡Los caballos! —exclamé.

—Ya se han ocupado de ellos —contestó la hermana Mary Angela, que asintió en dirección a las dos monjas que reconocí por mi trabajo como voluntaria en Street Cats como las hermanas Bianca y Fatima.

Las dos hermanas se llevaban en ese momento a los tres caballos a un pequeño edificio lateral que se utilizaba como invernadero, pero que estaba construido con pesadas piedras como las del convento y que, por eso mismo, hacía pensar que un día había sido el establo.

Asentí. Estaba agotada, pero llamé a Darius. Me acerqué al cuerpo inmóvil de Stark, seguida de cerca por él, por Erik y por Heath.

Stark se había derrumbado junto al Hummer, de modo que su cuerpo estaba bien iluminado por los faros del coche. Se le había quemado la camisa, de la que no quedaba ni rastro, y tenía la marca sanguinolenta de la flecha rota sobre el pecho. La herida tenía un aspecto terrible. No solo estaba en carne viva y sangrando, sino que además tenía todo el torso magullado, como si alguien se lo hubiera grabado con un hierro candente. Me armé de valor. Lo había visto morir una vez, así que podía soportar ser testigo de su segunda muerte. Respiré hondo, me arrodillé a su lado y tomé su mano. Yo tenía razón. Stark no respiraba. Pero nada más tocarlo, respiró hondo, tosió y abrió los ojos. E inmediatamente hizo una mueca de dolor.

—¡Eh! —dije en voz baja. Sonreí a pesar de las lágrimas y le di las gracias a Nyx por aquel milagro—. ¿Estás bien?

Él bajó la mirada hasta su pecho.

—Es raro, pero me he quemado. Aparte de eso y de sentirme como si los cinco elementos me hubieran pasado por encima, creo que estoy bien.

—Me has asustado.

—Yo también me he asustado.

—Guerrero, cuando te comprometes al servicio de una alta sacerdotisa, el objetivo no es asustarla hasta la muerte, sino protegerla de la muerte —dijo Darius, ofreciéndole una mano a Stark.

Stark tomó la mano de Darius y se puso en pie lenta y dolorosamente.

—Bueno —comentó Stark con esa sonrisa impertinente que yo adoraba—, puede que para servir a esta dama haya que escribir todo un libro de reglas nuevas.

—¿Nos lo vas a contar tú a nosotros? —bromeó Erik.

—Sí, no nos estás diciendo nada que no sepamos —confirmó Heath.

—¡Vale, chicos! —dije, sacudiendo la cabeza en dirección a todos mis chicos.

—¡Zoeybird!, ¡mira ahí arriba! —me gritó la abuela.

Alcé la vista y respiré hondo, sorprendida.

Las nubes se habían disipado por completo, dejando un cielo límpido y mostrando una brillante luna creciente, que resplandecía de tal modo que quemó y se llevó toda la confusión y toda la tristeza que había dejado Kalona en mi corazón.

La hermana Mary Angela se acercó a mí. También miraba hacia arriba, pero hacia la estatua de María, sobre la cual la luna proyectaba un único rayo de bella luz.

—Aún no hemos terminado ni con él, ni con ella, ¿sabes? —dijo la monja en voz baja, solo para mis oídos.

—Sí, lo sé —confirmé—. Pero, pase lo que pase, mi diosa estará conmigo.

—Igual que tus amigos, niña. Igual que tus amigos.

Notas

[1] Las palabras seguidas por asterisco están en español en el original. <<

[2] N. de la t.: Se refiere a que se comportan como los extraterrestres que se formaban en el interior de vainas de la película *La invasión de los ultracuerpos*. <<